

MARCOS AYERRA

NUEVA
EDICIÓN
REVISADA

El futuro de Argentino




MARCOS AYERRA

El futuro de Argentino

Edición al cuidado de Paula Viale





Ayerra, Marcos

El futuro de Argentino / Marcos Ayerra. - 2a ed revisada. - Bella Vista: Bourel, 2022.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-47028-7-6

1. Narrativa Argentina. 2. Acción Comunitaria. I. Título.
CDD A863

Fecha de catalogación: 21 de marzo de 2022

Revisión: Paula Viale

Ilustraciones de tapa e interior: Justo Ayerra

Diseño Gráfico: Belén Toscano

© 2020, Marcos Ayerra

1ª edición: diciembre 2020

2ª edición revisada: marzo 2022

Quedan prohibidos dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright.

Impreso en Argentina

ISBN 978-987-47028-7-6

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

*A Laura,
mi gran amor
y fuente de inspiración*

Índice

1. <i>El baúl</i>	9
2. <i>El diario de Argentino</i>	21
3. <i>El centro de abuelos de Bella Vista</i>	43
4. <i>Pasando la rompiente</i>	61
5. <i>Dinámicas sociales del renacimiento argentino</i>	71
6. <i>El impacto social de la tecnología</i>	89
7. <i>Liberando la creación de empleo</i>	111
8. <i>La nueva educación</i>	125
9. <i>El mejor trabajo del mundo</i>	151
10. <i>El despertar de la conciencia</i>	169
11. <i>Participación ciudadana</i>	187
12. <i>El valor del servicio público</i>	211
13. <i>El plan económico del renacimiento</i>	233
14. <i>El impacto social del uso consciente del dinero</i>	251
15. <i>Los 10 consensos del renacimiento</i>	275
16. <i>El discurso de un presidente</i>	301
17. <i>Mensaje final de Argentino</i>	311
<i>Epílogo</i>	325
<i>Agradecimientos</i>	327



1

El baúl

Las historias que voy a contarles representan mucho para mí. Principalmente porque describiré detalles de hechos y personas que resumen las principales características de la gran transformación reciente de mi querido país, y además porque en estas historias estuvieron muy involucrados mis abuelos, Argentino y Lucía, mis padres, nuestros vecinos, nuestros amigos y yo.

Argentino fue un gran luchador, era muy generoso y querido por la comunidad. Siempre me llamó la atención su amor por el trabajo y su alegría, que derramaba como si tuviera la certeza de que todo pasaba por una razón, y también su profunda actitud de agradecimiento como si estuviese convencido de que el solo hecho de estar vivo fuese un milagro, una especie de regalo del cielo que no podía desaprovechar ni un instante.

Nunca le faltó trabajo, pero tampoco le sobraba dinero. En realidad, nunca se preocupaba por el dinero y parecía que lo económico era secundario para él. Su amor por la vida era contagioso y él, mi abuela y mis padres me hicieron sentir amada y aceptada tal como vine al mundo durante mi infancia y mi juventud. Su influencia fue decisiva para creer en mí misma y amar la vida como ellos la amaron y me amaron.

Con mis padres vivíamos a una cuadra de su casa. Recuerdo con mucha alegría cuando empecé en la escuela Waldorf de Bella Vista y con mi madre visitábamos a mis abuelos cuando volvíamos caminando del colegio. Otro de mis recuerdos preferidos es



cuando mi padre me contaba cuentos. Él tenía una bandeja con piedritas de colores, de todo tipo y origen que había reunido en sus viajes por Argentina y, como le encantaba contar cuentos, me invitaba a elegir una piedra y entonces me describía con lujo de detalles la forma fantástica en que la había conseguido, luchando contra leones o dragones, con la ayuda de hadas y magos. Con el tiempo supe que las historias eran inventadas espontáneamente por él, pero fue increíble el efecto que tuvieron en mi imaginación.

Mi vida cambió cuando tenía diez años y mis padres murieron en un accidente de auto, en el Camino del Buen Ayre. Se llevaron por delante un caballo cuando volvían a casa una noche, y quedaron guardados en mi alma el dolor y el vacío que sentí en esa época, la más traumática de mi vida. Aún me cuesta hablar de ello, y solo recuerdo que mi enojo fue muy grande durante años, porque su accidente fue uno de los últimos de ese tipo. En esa época los autos eran mayoritariamente autónomos y esa clase de accidentes, pocos años después, no sucedían más. Recuerdo sentirme abandonada por ellos y me costó muchos años poder superarlo.

Yo no tenía hermanos y, al quedarme sola, mis abuelos me adoptaron; por suerte pude seguir en la misma escuela y cerca de mis amigos, sintiendo al menos un poco de normalidad. Pese a haber quedado huérfana desde chica y haberme criado sola con mis abuelos, fui tan amada por ellos y por sus amigos que no me considero una persona triste ni sufrida. Por el contrario, creo que la combinación de amor con sufrimiento me hizo muy fuerte. A mis abuelos y a sus amigos los recuerdo como gente muy corajuda, tan convencidos de sus ideas que no tenían miedo de luchar por ellas. Las historias de vida que mi abuelo contaba eran increíbles, casi tan increíbles como los hechos que tuve la suerte de presenciar.

Cuando murieron mis abuelos en el año 2050, yo tenía veinte años y volví a sentirme muy desamparada. Mis abuelos se acompañaron durante casi sesenta años y murieron con un mes de diferencia. Mi abuelo se fue en octubre y estoy convencida de que mi abuela Lucía se dejó llevar un mes después, como quien considera

que su jornada en la tierra había terminado. Otra vez sentí mucha bronca, pensaba que ni mis padres ni mis abuelos se habían cuidado para mí y me dejaban completamente sola para enfrentar el mundo.

La tristeza que me invadió fue enorme. Había perdido muy temprano a toda la familia y debía lanzarme sola a la vida, sin poder contar con ellos o compartirles mis logros y fracasos. Encima, quedé sola en la casa familiar y sentí una gran angustia, un impulso muy fuerte de cambiar de aire. Toda mi historia había transcurrido en Bella Vista, mi pueblo natal, y me entusiasmaba la posibilidad de conocer gente nueva y vivir experiencias distintas.

En ese momento había comenzado a estudiar historia con foco en liderazgos, seguramente influida por lo que había vivido y motivada a entender cómo incidía la presencia de buena o mala gente, con más o menos protagonismo, en las diferentes etapas de la evolución de las sociedades y, a través de ellas, de la humanidad. Ante el deseo repentino de cambiar de horizonte, no dudé ni un minuto. Mi abuelo siempre decía que el hogar es el lugar donde, en cada momento, uno siente que está viviendo su propio camino con plenitud.

Fui a ver a Juan Pablo, amigo de mis padres, compañero de aventuras de mi abuelo y a quien sentía como parte de la familia, y le pregunté si estaba dispuesto a mudarse a la casa mientras yo me iba de viaje por unos años. Recuerdo su tristeza al darse cuenta de que él no solo había perdido a mis padres y a mis abuelos, sino que además iba a dejar de verme por un tiempo, y la casa en la que tantas cosas habían pasado quedaba vacía, sin vida, como pasa siempre que termina un ciclo. Me dio un abrazo fuerte, largo, lo sentí llorar, dijo que por supuesto se mudaba a la casa y que me apoyaba en cualquier proyecto que implicase seguir a mi corazón.

Juan Pablo era dueño del galpón vecino a la casa, a él le servía mudarse para estar cerca y a mí me convenía dejar a alguien muy cercano a la familia cuidándola, hasta estar lista para decidir qué hacer.



Mis abuelos tenían unos ahorros que me habían dejado y que alcanzaban para iniciar mi viaje, y al mes de la muerte de mi abuela ya estaba embarcando rumbo a Perú. Dejé todo como estaba en la casa, le pedí a Juan Pablo que ordenara o regalase lo que quisiera, y solo me llevé el collar con la cruz trenzada que usaba mi abuelo, hecha con cuero de caballo por Nacho, su gran amigo y socio en la ferretería que inició la historia del Centro BV.

En la primera escala de mi viaje me uní a un grupo de amigos que estaban en Lima y seguí con ellos viajando por Latinoamérica, sin apuro ni rumbo fijo. Para no abandonar mis estudios, logré diseñar un combo interesante de materias y seguí cursando en forma remota, combinando el programa con universidades regionales en las que había encontrado materias que me interesaban particularmente.

Si bien llevaba algunos ahorros, mientras viajaba y estudiaba, también trabajaba para mantenerme y seguir conociendo gente.

Viví buenas experiencias en varios países, principalmente en Perú y Colombia, donde conocí mucha gente del lugar, pero también otras personas que estaban viajando como yo. En mi adolescencia, mis abuelos me contaban que los argentinos habíamos sido muy ricos hasta mediados del siglo 20, por la abundancia de recursos naturales y por la combinación de esa abundancia con la fuerte inmigración europea de gente muy trabajadora, logrando una prosperidad económica y cultural que nos hicieron sentir distintos y mejores a los demás durante mucho tiempo. Pero en la segunda mitad del siglo 20 comenzó un ciclo de decadencia relativa de Argentina, progresábamos menos que otros países vecinos, la degradación de la moral y de la cultura del trabajo fue tan fuerte y patética que en épocas de la Implosión teníamos tan baja la autoestima que solo queríamos ser normales y rogábamos parecernos a nuestros vecinos. Finalmente, el proceso de renacimiento posterior, fruto del realismo y del recupero de los valores y la cultura del trabajo, nos hizo sentir parte de la región, ya ni mejores ni peores, sino pares, como miembros agradecidos de pertenecer a esa comunidad.

Esa fue la lindísima sensación que tuve durante mi viaje, la de conocer a otras personas, de sentir que gente que vive realidades tan distintas, en países tan lejanos, tiene los mismos miedos y anhelos que uno. Con el tiempo seguí viajando y, luego de pasar unos meses en Panamá y Costa Rica, llegué a México, donde conseguí trabajo como asistente de un grupo de investigadores en las ruinas mayas del sur, cerca de Playa del Carmen. A los investigadores los desvelaba conocer la razón por la cual esos pueblos, tan pujantes y ricos culturalmente, habían abandonado sus ciudades, cerca del año 900 de la era, sin un motivo aparente. También me interesaba mucho el tema, seguramente por la fuerte experiencia vivida en Argentina y que tanto me costó entender. ¿Cómo puede ser que ciertos pueblos, que tienen todo para prosperar, se enfrasquen ciegamente en caminos destructivos o en peleas internas que los terminan debilitando y hasta extinguiendo?

Me parecía fascinante estudiar esos fenómenos particulares, en pueblos tan antiguos, y aprendí mucho en esos años, no solo sobre los mayas, sino sobre cómo trabajar, cómo relacionarme, cómo era yo en esas relaciones, y así construí amistades con colegas de diversas nacionalidades y orígenes.

En esa época descubrí el buceo y me hice fanática. Comencé en los Cenotes como parte de mis trabajos de investigación, pero luego seguí practicándolo en el mar. Me gustaba observar la magia de la naturaleza y experimentar esa sensación de paz, como si estuviese flotando en el espacio o a la deriva, entregada al devenir, imaginando que eso debe sentir un bebé en la panza de su madre. Tuve un muy buen grupo de amigos buzos con los que íbamos de un lado a otro buscando aventura y diversión.

Fue muy rica la experiencia y me terminé quedando dos años en ese país. En los meses previos a mi partida, escribí mi primer artículo para una revista científica, allí compartí mis teorías sobre las posibles causas y actitudes de la gente que pueden modificar el destino de un pueblo. Evidentemente, por mis vivencias en Argentina, ese tema se había convertido en la inquietud de mi vida.



Comencé a sentir que mi experiencia en México se había agotado, y pensé en volver a Perú, ya que me había quedado muy enganchada con la historia de los incas, cuyo imperio se había debilitado por peleas entre dos hermanos líderes hasta su casi extinción, antes de la llegada de los españoles, y en pocas semanas me fui de México para volver a Perú.

Fue muy duro mi aterrizaje allí porque no tuve la suerte de encontrar trabajo tan rápido, ni de hacer amigos. Trabajé en bares y hoteles en Lima, mientras aprendía sobre su cultura, y con el tiempo me fui sintiendo más cómoda. Al año decidí mudarme a Cusco, la vieja capital del Imperio Inca, y allí las cosas comenzaron a fluir. Lentamente me involucré en las actividades del turismo y, por hablar inglés fluido, luego de unos años, me transformé en guía para extranjeros sobre temas relacionados con la historia del lugar.

La experiencia en Perú fue muy transformadora. Si bien finalmente hice amigos y tuve una vida social activa, no había sido tan relevante como la de México. Sin embargo, mi evolución interna y mi comprensión del sentido de la vida habían crecido como nunca antes en mi vida. Algo raro me pasaba, como si hubiera vivido ahí antes y todo lo sentía como una especie de redondeo, de cierre de experiencias pasadas.

Me intrigaba la historia de debilitación del imperio, generada por una pelea aparentemente sin sentido entre dos bandos, y encontraba que temas así de inentendibles eran muy parecidos a los que generaban la decadencia de otros pueblos antiguos y modernos. Durante los últimos años en Cusco, escribí mi segundo artículo, basado en la experiencia incaica, y así le fui tomando el gusto a escribir sobre la evolución de las sociedades.

En esa etapa comencé a extrañar mi país, que volvió a estar en mis pensamientos, y en medio de esa renovada nostalgia recibí la llamada de Juan Pablo. Me contó, emocionado, que había recibido una oferta de la Municipalidad de San Miguel por su galpón, ve-

cino a la casa de mi familia, y que había decidido vender. Él sintió, como sentí yo en su momento, el deseo de cambiar de aire y podía aprovechar el dinero de la venta del galpón para mudarse. Había decidido irse a Catamarca, provincia en la que pasó varios veranos con sus primos cuando era chico, en la que existían infinidad de lugares vírgenes con hermosos paisajes y que se estaba transformando en una atracción para la gente, por sus bajos costos y la buena conectividad para trabajar.

Le costó tomar la decisión de vender el galpón, por todo lo que había significado en la vida del centro de abuelos, porque con la muerte de mis abuelos él quedó a cargo del centro y debía ser justamente él, gran protagonista también de ese proyecto, quien lo desarmara. De todas formas, el centro había perdido vigencia, y le daba cierta tranquilidad el hecho de que el comprador fuera la Municipalidad con el fin de hacer un museo. Me contó que la Municipalidad le había ofrecido también comprar la casa familiar, para que el museo abarcara todas las instalaciones en las que operaba el centro de abuelos.

Todo esto no solo requería mi decisión de vender, como heredera de la propiedad, sino que debía viajar a Argentina para ordenar las cosas en la venta y porque, si decidía no vender, Juan Pablo igualmente iba y alguien tenía que hacerse cargo de la casa que quedaba deshabitada. Le rogué que les pidiera a los compradores unas semanas, para decidir si vendía o no, y también que él me esperara para poder despedirnos adecuadamente antes de su partida.

Habían pasado más de cinco años desde la muerte de mis abuelos y era momento de volver a mi país y tomar el toro por las astas. En la semana siguiente viajé a Buenos Aires. Es difícil de explicar lo que sentí cuando salí del aeropuerto. Los recuerdos de olores, ruidos y sensaciones varias invadieron mi ser. Había vuelto a casa, sentía plenitud y satisfacción, regresaba luego de un largo pero necesario retiro, un retiro lleno de vivencias que me permitieron crecer y tener una mirada distinta sobre las cosas.



Bella Vista parecía detenida en el tiempo, en el buen sentido. Las calles se veían iguales y muchas casas conocidas seguían ahí, a pesar de la cantidad que se habían demolido para la construcción de casas modernas, con diseños y materiales sustentables, adaptadas a las nuevas formas sociales. La casa familiar de la calle Irusta estaba intacta, con el inconfundible galpón a su lado. Me detuve un rato largo a contemplar el lugar que había marcado mi vida, paralizada por la emoción. Los recuerdos pasaban por mi mente como un relámpago forzándome a recordar que mis padres y mis abuelos ya no estaban conmigo.

El encuentro con mi comunidad fue muy emotivo. A muchos de ellos no los había visto en años y me trataron con mucho cariño, quizás hicieron un esfuerzo extra porque me había quedado sin familia. Me recibieron con un gran almuerzo en la casa familiar, y nos quedamos charlando hasta la noche, contando historias y tomando las cervezas pícaras de Juan Pablo. Él aceptó quedarse conmigo durante una semana, antes de emprender su viaje a Catamarca, para ponernos al día y también para ayudarme a tomar una decisión respecto de la venta.

Aunque esa decisión, en realidad, creo que ya la había tomado. Me parecía fabuloso que la Municipalidad quisiera hacer un museo con la casa de mis abuelos y no se podía negar que la oportunidad de vender en bloque con el galpón era única. Yo no quería quedar pegada a ella, porque la vida es mucho más que una casa y a veces lo mejor es seguir para adelante, buscando la aventura del momento, y es muy importante saber construir sobre el pasado sin quedarse estancado en él. De todas formas, quería aprovechar esos días para estar con Juan Pablo y los demás seres queridos que tenía en Bella Vista.

Era el mes de julio, pleno invierno, y fue una alegría descubrir que habían preparado mi cuarto de la juventud, calentito, con los muebles, sábanas y frazadas de siempre. Esa noche dormí como un ángel, con la cálida sensación de haber regresado a casa y de haber sido muy bien recibida. Me puse triste cuando, al despertar,

vi a Juan Pablo empacando sus cosas porque en pocos días pasaría el camión que las llevaría a su nueva dirección en Catamarca. Caí en la cuenta de que ese calor de hogar que estaba sintiendo iba a durar poco, que con su partida tenía que volver a hacerme cargo de mí misma.

Decidí dejar la tristeza de lado y disfrutar con alegría los días que quedaban para compartir con él, gran amigo de mis padres y abuelos, antes de verlo partir y quedarme sola en esa casa que me provocaba un revuelo de emociones. Empecé esa mañana dándome un buen baño, vistiéndome con la ropa que había dejado varios años atrás y haciéndome un rico café como cuando vivía con mis abuelos, para tomarlo cerca de la ventana en la que daba el sol de la mañana, lugar que tanto le gustaba a mi abuela Lucía.

Más tarde se sumó Juan Pablo y luego de conversar un rato decidimos salir a recorrer el jardín y el galpón. Me comentó que la vida en el centro de abuelos se fue diluyendo, luego de la muerte de Argentino, y que las Charlas del Cincuentenario tuvieron una enorme repercusión, muchos medios lo visitaron durante al menos un año para recordarlas. Contó que los abuelos fueron muriendo, que las necesidades sociales y económicas que habían originado el centro ya no existían, por suerte, y que por la combinación de falta de necesidad y ausencia de liderazgo todo se fue apagando, incluyendo el famoso bar, aunque Juan Pablo lo seguía abriendo de vez en cuando como un gesto, para permitir que se siguieran reuniendo quienes aún estaban vivos.

Como dato de color, la cerveza Pícara de Juan Pablo se transformó en un símbolo de esa época y pasó a ser producida y comercializada en todo el país por una gran empresa, lo que fue excelente para él porque le pagaban regalías, aunque, como suele pasar, se había perdido la magia artesanal que la hizo famosa en sus primeras épocas.

Al salir del galpón, Juan Pablo se quedó pensando un rato, me dijo que tenía algo para mostrarme y fuimos juntos a la vieja



casita del jardín que estaba llena de cosas de Lucía y Argentino. Movi6 unas cajas y me mostr6 un baúl de madera. Era lindísimo, muy fino y robusto. Nunca lo había visto. Juan Pablo sabía que Nacho se lo había regalado a Argentino, como agradecimiento por tantos momentos juntos, y que lo hizo con sus propias manos, usando maderas de la demolición de una vieja casa de Bella Vista.

Juan Pablo había visto varias veces a Argentino guardando cosas personales en el baúl. Mi abuelo una vez le comentó: "... seguramente Camila se interese algún día por el contenido...". Se me erizó la piel al escuchar eso y me invadió la curiosidad por saber qué había oculto allí.

El baúl tenía un candado con combinación y Juan Pablo imaginaba cuál podía ser la que lo abría, pero no había querido probar esperando mi llegada. Argentino era fanático del número 7, al que le asignaba un tinte espiritual. Primero pusimos 777, pero no funcionó. Luego pusimos 490, que era el resultado de multiplicar setenta veces siete, una frase de la Biblia que sugería la cantidad de veces que debíamos perdonar a quien nos ofendía, y ¡abrió! Estaba lleno de papeles y recuerdos atesorados por mi abuelo. ¡No se imaginan lo que sentí en ese momento! Pónganse en mi lugar, siendo historiadora, amante de Argentina, nieta y admiradora de ese hombre tan espiritualmente consciente y a la vez tan patriota, cuyos recuerdos estaban frente a mí, ¡todo junto!

Juan Pablo volvió a la casa para seguir metiendo sus cosas en cajas, preparando su mudanza, y yo me quedé todo el día frente al baúl. Encontré el diario personal de mi abuelo, fotos familiares y de la época, cientos de artículos de diarios y revistas, cartas del centro de abuelos, sus cosas de pesca y su computadora personal. Me pasé toda la tarde leyendo los recortes, su diario y tratando de encender la computadora para ver qué tenía en su memoria. Al final de la tarde, como la computadora no respondía, la llevé a un local en la calle Gaspar Campos, donde me prometieron que tratarían de encenderla o idearían algo para poder leer su memoria. En el barrio todos me conocían y sabían, por supuesto, quién era

Argentino. Esa noche me fui a dormir con mucha ansiedad. ¿Qué tendría esa computadora? ¿Qué podría hacer con esa información? ¿Qué debería hacer?

Al día siguiente, luego de desayunar, fui al local de computación y descubrí con sorpresa que los chicos se habían quedado hasta la madrugada, probando alternativas, hasta lograr que arrancara. La computadora no era realmente tan vieja y me mostraron que en su memoria estaban grabadas todas las Charlas del Cincentenario. Recuerdo haber estado ahí, sentadita, con mis veinte años, escuchando cómo las personas que habían contribuido a cambiar la Argentina en el segundo cuarto del siglo 21, relataban a una audiencia de jóvenes entusiastas y adultos melancólicos, el bizarro pasado de nuestro país y sus experiencias de transformación. Esa misma noche tomé la decisión de quedarme en Bella Vista el tiempo necesario para ordenar todos esos datos y armar un libro. Se trataba del legado de mi abuelo y era documentación relacionada con una época muy intensa de la historia argentina. No podía dejarlo así nomás. Era una oportunidad única para trabajar en un libro que, utilizando todos esos datos, brindara claridad sobre lo que nos hundió en la Implosión del 25 y lo que nos permitió salir de ella.

Al día siguiente, fui a la Municipalidad a discutir sobre la propuesta para adquirir la casa. Me reuní con el intendente para confirmarle que aceptaba la oferta para hacerla museo, pero le pedí quedarme en la casa del jardín, analizando la información que había encontrado y escribiendo el libro, durante el tiempo que a ellos les demandase reformar el galpón y la casa principal para transformarlos en un museo. Le pareció muy interesante la idea del libro, y que me quedara en la casa mientras realizaban las obras, porque por haber vivido allí en la época del centro de abuelos, les sería de ayuda para la restauración. Además, el libro podría ser la pieza central histórica de referencia de las ideas que habían surgido en el centro, que habían constituido el eje de la épica de los abuelos.



He pasado los últimos años revisando sus diarios, escuchando las charlas, validando los datos y reuniéndome con los protagonistas del cambio que aún estaban vivos. Reuní todo en este libro como una suerte de tributo a mi abuelo, a los valores que él representaba, y a todas las personas que dejaron su huella en esa época tan importante de Argentina.

¡Este libro es un tributo para vos, Argentino, que has sido ejemplo y sostén de mucha gente, y que tanto hiciste por fortalecer mi autoestima y mi amor por la vida!

2

El diario de Argentino

El material que encontré en el baúl era abundante y muy rico en contenido. Aunque nací cinco años después del inicio de la crisis y, por lo tanto, no la viví en carne propia, afortunadamente contaba con Juan Pablo, quien nació en 1999 y sí había vivido los años previos y posteriores a ese proceso crítico de nuestra sociedad. Además de ser la persona que me llevó al baúl de mi abuelo, su aporte fue valiosísimo para comprender ciertos conceptos, aún extraños para mí, aportando sus propias vivencias e interpretaciones de todo lo que iba apareciendo.

Juan Pablo era muy cercano a mi familia, fue el mejor amigo de mi padre y muy querido por mis abuelos, que lo adoptaron simbólicamente cuando, en distintos años y circunstancias, perdió a sus padres. También fue uno de los grandes protagonistas del centro de abuelos, aportando mucho para su supervivencia en la crisis, y luego durante el segundo cuarto del siglo 21, también llamado el período del renacimiento argentino.

No fue fácil definir qué tipo de libro quería hacer, pero sí estaba segura de la importancia de recoger las voces de los protagonistas, por lo que decidí transcribir textualmente ciertas partes relevantes de los escritos y videos con los que me iba encontrando. Revisando todo lo fechado en la etapa precrisis, me causó mucho impacto la lectura del diario de mi abuelo, que describía sus vivencias y sentimientos.

El primero que me llamó la atención fue un texto de inicios de siglo, en el que describía una situación muy beneficiosa, de



bienestar. No está claro exactamente el año en que escribió estas palabras, porque no siempre ponía fecha a sus notas y, cuando no había fecha explícita, no siempre había datos dentro de cada nota para tener noción exacta del momento.

(Escrito en algún momento en los primeros años del siglo 21, luego de superada la gran crisis de 2001)

Escribo estas líneas en un momento de mucha alegría personal, y de satisfacción profesional. Mi vida familiar es un sostén. Estamos muy bien con Lucía, que es una gran madre y compañera, y nuestro hijo está creciendo sano y fuerte.

Argentina está pasando por un buen momento económico y social y soy optimista con su futuro. Hemos salido de la fatídica crisis de 2001 y hay una buena actividad económica en el país, ya que al usual rebote luego de una crisis se agrega que estamos viviendo una etapa de muy altos precios internacionales de todo lo que Argentina vende al mundo como la soja, el trigo, el maíz, el aceite, los minerales y el petróleo, y el gobierno acertadamente apuesta por la exportación y mantiene sendos superávits tanto de lo fiscal como de lo comercial.

Lo repito porque ¡ni yo lo puedo creer! El gobierno argentino está gastando menos de lo que recauda, por primera vez desde que tengo memoria, y como lo que exportamos al mundo es más de lo que importamos, ¡sobran dólares! Los gastos del Estado son bajos, por el ajuste de 2002 a los salarios estatales, y los ingresos son altos, por el gran precio internacional de las materias primas. En otras palabras, el gobierno no debe imprimir billetes ni endeudarse porque con lo que recauda le alcanza. La situación es excepcional, increíble, y si el gobierno sienta las bases para mantener estas fortalezas, tenemos por delante años de crecimiento económico para acomodar los tantos en nuestra sociedad tan castigada durante décadas por nuestras malas decisiones.

El Congreso aprobó una ley para promocionar la producción de biocombustibles y se están lanzando muchas inversiones millonarias para capturar la oportunidad de agregar valor a la exportación. Y estoy muy feliz porque una agencia de reclutamiento de personal, que trabaja para un grupo de inversores, me ofreció esta mañana trabajar en su proyecto de producción y exportación de biodiesel prometiéndome que, si hago bien mi trabajo durante la construcción, seré el gerente de la planta productiva luego de su inauguración. ¡Qué regalo me hace Dios! Luego de tanto esfuerzo, logré que me ofrecieran el trabajo con el que siempre soñé. Gracias.

Si todo sale bien, en pocos años la planta estará funcionando y con ese trabajo espero tener más comodidad económica para pagar lo que falta de la educación de mi hijo y tener una jubilación digna. ¡No lo puedo creer todavía!

Nunca imaginé estar tan contento con mi vida personal y profesional, sentirme tan pleno.

Gracias Dios, me siento muy agradecido por todo lo que la vida me está dando.

Juan Pablo era muy chico todavía, pero recuerda esa época de su infancia como una parte muy feliz de su vida, en la que a sus padres les iba muy bien. De hecho, su padre tenía un frigorífico dedicado a la exportación y en esos tiempos había bonanza en su casa. Escuchaba a su padre decir que Argentina tenía una oportunidad única para ordenar todas sus distorsiones y fortalecer la cultura del trabajo y la dignidad de la gente. La misma sensación de armonía, tranquilidad y felicidad sentía él cuando se juntaban a jugar con mi padre, en la casa de mis abuelos. Recuerda a mi abuelo, Argentino, como un papá contento, orgulloso de sí mismo.

En los materiales del baúl, encontramos un gráfico que muestra claramente ese fuerte incremento de los precios internacio-



nales de todo lo que Argentina vendía durante aquellos años. Ese derrame de riqueza en todos los países exportadores de materias primas benefició fuertemente a la Argentina, y cuando Argentino escribió esos párrafos, estaban viviendo esa bonanza.

Continué leyendo su diario, y me pareció muy contundente el siguiente texto, posterior al que reproduce antes, en el que ya se percibía el fuerte desánimo que siguió a la bonanza.

Estoy devastado. Luego de años de trabajo, ayer me comunicaron mi despido de la empresa. Tenía mucha ilusión con este proyecto, le puse mucho compromiso y jamás pensé que iba a terminar así. Desde hace años que el nivel de actividad en la planta cayó a la mitad y este año quienes hicieron la inversión tomaron la pérdida y la vendieron a otro grupo, que aprovechará su capacidad ocasionalmente cuando sea rentable producir.

Son muchas las razones por las que se truncó el gran proyecto para esta industria, pero a esta altura no tengo ni ánimo para mencionarlas. ¡Están realmente mal las cosas en Argentina y tengo mucho miedo de no conseguir otro trabajo! Ojalá tenga fuerzas para evitar cargar a mi familia con toda la angustia que estoy viviendo.

La economía no crece hace años, y estamos cada vez peor. Los intendentes, gobernadores y el gobierno nacional incorporaron cientos de miles de empleados públicos a la planta del Estado, que casi se duplicó desde inicios de siglo. Sobre eso se incorporaron además cientos de miles de planes sociales. Y ahora que pasó la bonanza de precios internacionales que tanto nos beneficiaba, están subiendo mucho los impuestos para financiar ese gasto, y con más de 150 impuestos, ¡nos hemos transformado en uno de los países con mayor carga impositiva del mundo!

Es obvio que no hacía falta incorporar toda esta gente al estado. Pero es tan fácil tomar gente y construir lealtades sintiéndose poderoso con plata que viene del sudor de todos nosotros, los pelotudos que pagamos impuestos... y el gobierno ni siquiera da mejores servicios, ¡no les importa!

Y encima, dar empleos que no hacen falta en el Estado es inutilizar a la gente que pierde la confianza en reinsertarse en la actividad privada, y dar planes de asistencia en forma permanente hace que la gente pierda la costumbre de trabajar y la confianza en su capacidad para salir adelante por su propia cuenta. Esta trampa genera frustración y resentimiento, provocando división entre las personas que sacan provecho de ella y los que nos deslomamos trabajando para pagarles la fiesta.

Hoy en Argentina hay una misma cantidad de gente que vive del Estado que gente que paga impuestos, y los beneficiarios van a pelear por mantener sus ingresos. ¿Cómo salimos de esa trampa? Me asusta mucho pensar que quizá no tengamos salida y nos vamos al tacho.

Obviamente, con tanta incertidumbre, sin justicia confiable y con una carga impositiva intolerable, es muy poca la gente que se anima a emprender o que prospera emprendiendo, y por lo tanto los que crean empresas no alcanzan a compensar a la gente que baja los brazos y tira la toalla, y la actividad económica no crece desde hace muchos años.

Encima, para que la gente tenga bienestar de corto plazo, atrasaron el precio del dólar y combinado con las altas retenciones a la exportación y la caída de los precios de las materias primas, las empresas dejaron de exportar y hay cada vez menos "fabricación genuina" de dólares. ¡Cinco mil quinientas empresas dejaron de exportar en los últimos 10 años! A mi primo lo despidieron del frigorífico el año pasado. El gobierno cerró las exportaciones para que la gente coma carne barata, y se perdieron quince mil puestos de trabajo por los frigoríficos



que cerraron. ¡No lo puedo creer!

Y para que la gente consuma con más tranquilidad el gobierno pisó las tarifas de todos los servicios a un precio que está por debajo del costo de producción. Hay cada vez más cortes de luz, y por primera vez en mucho tiempo la Argentina volvió a tener que importar gas y petróleo.

En el período en el que yo estaba lleno de esperanza, Argentina exportaba miles de millones de dólares más de lo que importaba de energía, o sea, sobraban esos dólares para fortalecernos como sociedad. ¡Cuánta esperanza me daba eso!

Pero en estos años, la ecuación se dio vuelta y pasamos a exportar menos de lo que importamos... Es decir, tuvimos que sacar dólares de algún lado para financiar el consumo de energía regalada... ¿de dónde salió ese dinero?

Se han distorsionado las variables económicas, ya casi no tiene reservas el Banco Central y estamos peleados con todo el mundo. Es de no creer y verdaderamente no sé cómo vamos a salir de esta.

¿Quién querría dejar sus ahorros acá?

Los argentinos compramos en promedio más de diez mil millones de dólares por año, porque no confiamos en nuestra moneda. Se estima que hay más de un 50% de ahorros de argentinos en monedas de otros países, con respecto al tamaño de nuestra economía, cuando el promedio mundial es 10%. Esto es resultado del "sálvese quien pueda" que desde hace décadas provoca que quien hace un mango en Argentina se lo lleve inmediatamente. Los que tienen suerte se los llevan a otro país y los que tenemos menos recursos, los ahorramos debajo del colchón con el riesgo de que nos roben.

Yo cobré una plata por el despido de la empresa, con eso compré unos dólares y los tengo enterrados en el jardín, como salvavidas por si no consigo empleo... ¿alguien haría algo di-

ferente en una situación como esta? Todos piensan igual y por eso corren para no llegar últimos.

Solo nos salvaría que la gente quisiera emprender acá para producir nueva riqueza, pero ¿quién querría invertir en Argentina en estas condiciones? Las dos o tres empresas grandes que surgieron en lo que va del siglo, como Mercado Libre, Globant o Despegar, ¿se instalaron afuera del país por las dudas! ¿Nadie se da cuenta de eso?

Realmente tengo mucho miedo y no sé cómo terminará esto. Mi hijo está cerca de terminar el colegio y no solo me quedé sin trabajo, sino que veo muy negro el futuro de mi país.

¿Por qué los argentinos somos tan suicidas como sociedad?

Cada vez somos más pobres, y vivimos con mayor resignación el clima de creciente corrupción y degradación del estado. ¿Verdaderamente no nos importa que esto pase en nuestro país? ¿Lo aceptamos porque tenemos miedo de perder nuestro estilo de vida, o porque verdaderamente no creemos que exista gente honesta que pueda gobernar nuestro país?

¿Por qué los buenos empleados del Estado, los maestros, los administrativos y profesionales de la salud con verdadera vocación no se quejan del ingreso al Estado de acomodados que no hacen falta, que provocan que les bajen el sueldo a todos? ¿Tan mansos o miedosos somos?

Es obvio que elegimos el camino equivocado. Se ve perfectamente cuando nos comparamos con países como Nueva Zelanda o Australia que a mediados del siglo 20 tenían la misma riqueza que nosotros, y hoy nos miran desde el tercer piso. Ellos simplemente eligieron el camino del trabajo, del esfuerzo, y del respeto, sobre todo el respeto entre los miembros de la sociedad.



Y como acá todo está desmadrado, estamos todos peleados. Los tipos como yo, que perdimos el trabajo, estamos llenos de bronca con los que se procuraron un puesto en el Estado y tienen trabajo siempre a costa de nuestro sufrimiento. ¡Me pasa en mi familia! Tengo tres primos que entraron recientemente al Estado, se aseguraron un sueldo y tienen poco para hacer. Y yo, que quiero ganarme la vida dignamente, estoy desesperado... y encima cuando discutimos me dicen "garca" porque cuestiono su nueva forma de vida.

Estoy entendiendo de a poco que los culpables no son los líderes políticos que se acomodan y nos manipulan para goberarnos. La culpa es nuestra, es de la gente, nosotros somos los que queremos "la nuestra" a costa del futuro, y somos los que votamos a gente que sabemos que nos miente, con tal de mantener nuestros beneficios, "un poquito más". Este círculo es implosivo y nos tiene de cómplices. Somos una sociedad adicta al corto plazo, y no vamos a parar hasta implosionar, hasta que el Estado sea más grande que la sociedad a la que debe servir, y la ahogue hasta la muerte.

Verdaderamente me asusta mucho esto porque con este ritmo de degradación no sé dónde voy a conseguir un empleo, y no quiero entregarme al puestito del Estado, porque quiero sentirme digno de merecer mi trabajo. Me resisto a perder mi dignidad. Yo sé que puedo.

Y encima, por este proceso de degradación se reduce cada vez más lo que cobran los jubilados, y no sé qué voy a cobrar cuando me jubile. Me desmotiva mucho pensar que hago aportes para nada.

Me cuesta respirar. Tengo mucho miedo de que todo se vaya más al carajo. Dios, me entrego a vos y te pido fuerzas para que no me invada el resentimiento y pueda reconvertirme para sacar a mi familia adelante.

Juan Pablo sufrió muchísimo esta crisis, porque por ella perdió a su padre. Por eso se emocionó tanto cuando le leí este fragmento del diario de mi abuelo, sintió que mencionaba también los problemas de su padre, los que Argentino conoció de primera mano. Resulta que el padre de Juan Pablo era dueño de un pequeño frigorífico familiar, con treinta empleados, del que estaba orgulloso y al que había dedicado toda su vida. Como es común en los emprendedores, había comenzado con una carnicería de barrio y, a fuerza de trabajo, fue creciendo hasta montar el frigorífico. Era muy bueno en lo suyo y con el tiempo se especializó en los cortes de exportación. En la empresa familiar estaban muy orgullosos de haber logrado acceder a ese mercado. Todo iba bien hasta que un día el gobierno decidió prohibir la exportación con el fin de abaratar el precio local. Desgraciadamente, fue una resolución criminal para el empleo en los frigoríficos de todo el país y, de hecho, con el tiempo, se eliminó esa prohibición, pero en el corto plazo el gobierno compró voluntades a costa de fundir a los exportadores, dividiendo a la gente, como queda claro en el texto de Argentino.

Y el papá de Juan Pablo no pudo tolerar la pesadilla. De un día para otro vio cómo se desmoronaba todo lo que había construido durante su vida. Su frigorífico no estaba preparado para producir solo cortes locales. Además, al perderse la demanda de exportación, se perdió parte del negocio y, como le pasó a otros cientos de frigoríficos, comenzó a tener problemas para pagar a los proveedores, luego tuvo problemas con el sindicato que se movilizó para que no echara a nadie ni bajara los sueldos, luego con la AFIP, que le embargaba las cuentas por impuestos impagos. Entonces tuvo que cerrar la empresa, dejando a treinta familias sin el sustento principal del que dependían. El día que tomó esa decisión, tuvo un infarto del que no sobrevivió.

Juan Pablo era adolescente y recuerda esa época como un momento oscuro, en su vida y en la de la mayoría, en el que los adultos se peleaban, entablaban largas discusiones que nunca tenían buen fin y cada cual con sus razones no hacía más que dis-



tanciarse del otro. Muchos vivían del Estado y necesitaban de la actividad privada para bancarlos; otros querían reducirlo, para trabajar sin sentirse ahogados por un Estado que veían como tonto y desmadrado. La división era muy grande porque el modelo de país que buscaba cada bando era una amenaza para el otro.

Además de su propio drama familiar, Juan Pablo recuerda que lo veía abatido a Argentino y muy callada a mi abuela Lucía, muy metida para adentro, como si estuviera en una constante ple-garia.

Entre las páginas del diario de mi abuelo había recortes de revistas y diarios con varios gráficos, mostraban datos que asumí que le parecieron útiles para demostrar la incompetencia de los líderes argentinos de esa época.

En uno de ellos se veía cómo en el mundo, desde hacía décadas, se reducía la pobreza mientras que en Argentina aumentaba. Era tan evidente, tan desquiciadamente evidente que estábamos haciendo las cosas mal, que seguramente Argentino se agarraba la cabeza y encima, por el sufrimiento, iban cayendo económicamente y en salud sus amigos, sumiendo en el dolor a sus familias.

En otro gráfico, se apreciaba cómo, desde mediados del siglo 20, la evolución de la riqueza por persona en Argentina se había degradado constantemente en comparación con las de Australia y Nueva Zelanda, países que Argentino claramente admiraba.

Según Juan Pablo, la razón de esta degradación relativa se debía a que el crecimiento económico anual de Argentina era la mitad del de esos países y esto porque su economía era tan insostenible, por gastar siempre más de lo que obtenía, que por cada dos años que crecía había uno que caía; mientras que Australia, por ejemplo, crecía durante décadas consecutivas porque planificaban a largo plazo y respetaban las reglas de juego.

Mientras analizaba estos datos con Juan Pablo pensaba, ¿Cómo pudo Argentino soportar la frustración y la amargura de ver

ese deterioro sin tener la posibilidad de hacer algo? ¿Cómo logró evitar el fin trágico que tuvo el papá de Juan Pablo?

Inevitablemente mis pensamientos me llevaron a recordar su gran fuerza interior, su actitud de continuo agradecimiento por la vida, por el solo hecho de estar vivo, de ser. Él aceptaba el devenir con la alegría de estar entregado al destino, confiaba en los designios del mundo espiritual y creía que cada suceso era la señal necesaria para no desviarse del camino de crecimiento interior, que era el único importante en esta vida. Esa actitud tan sabia, tan suya, lo fortalecía ante la adversidad.

Avanzando en la lectura de su diario, me sorprendió encontrar un fragmento con algo de esperanza, quizá por un cambio de gobierno, o por haberse organizado con un trabajo que lo hizo muy feliz, y que fue su última actividad estable hasta la gran crisis y la posterior creación del centro de abuelos.

Estoy entusiasmado con el país y con mi trabajo. El gobierno está intentando desarmar las trampas sociales y económicas en las que estamos para lograr una viabilidad social de largo plazo, y me siento muy afín con el esfuerzo.

Pero esta vez no siento el alivio y la alegría que sentía a principios de siglo, porque ahora no arrancamos con cuentas superavitarias y tampoco tenemos el gran precio internacional de las materias primas.

En muchos frentes el gobierno hace lo que yo haría, me siento afín. Está intentando ordenar las cuentas públicas, reconstruir las instituciones, incrementar la transparencia, y eliminar las distorsiones de precios. Pero siento que el camino es demasiado difícil y no estamos listos como sociedad para lograrlo. Siento que la gente no está convencida de hacer un gran esfuerzo y tomar los riesgos necesarios durante años para ser parte de un país con reglas de juego virtuosas y sostenibles en el tiempo.



Una verdadera transformación argentina que nos permita evolucionar como Australia o Nueva Zelanda requiere muchos años de esfuerzo sostenido. Es como cuando uno deja las drogas y siente abstinencia. Son pocos los que están suficientemente convencidos de su decisión de dejar las drogas para tolerar el sufrimiento del camino de abstinencia. Muchos vuelven... Y el comportamiento económico y político sigue la misma dinámica que la del drogadicto. Por miedo o adormecimiento, la gente quiere "la suya" y prefiere irse degradando, pero en un entorno conocido.

Y lo peor es que no confiamos en nosotros como grupo social. Para animarse uno a apoyar una verdadera transformación debe también confiar en que los demás acompañarán, y lo que principalmente no estoy viendo es esa confianza de cada uno en su propia conducta, y en la del grupo social. Hay muchos ejemplos en los que es mucho el sufrimiento que genera la transformación necesaria.

El modelo natural de Argentina, sobre el cual puede, al menos, financiarse la transformación, es el exportador. Y para poder exportar, hay que tener un precio del dólar que haga rentable exportar; pero cuando se devalúa, sube la inflación y todos sabemos que la inflación es sinónimo de sufrimiento social.

Si queremos que haya rentabilidad en la exportación sin devaluar, o para la creación de empleo privado en general, hay que bajar impuestos porque Argentina es uno de los peores países del mundo para hacer negocios por su inviable costo impositivo, ¡ya nadie quiere emprender acá!

Pero para eso hay que ordenar el gasto público, y para ordenar el gasto hay que dar menos subsidios, dar menos planes sociales y tener menos empleados públicos; todo eso afecta a gente que está en tal estado de dependencia que siente que necesita "la suya" como quien no tiene fuerzas para dejar el paco aunque sabe que se está suicidando.

Y aun así, para lograrlo debe haber consensos en el congreso, y no los hay. ¡Estamos en la misma trampa que fuimos cavando como sociedad desde hace tanto tiempo! Y no veo al gobierno convencido de enfatizar en la necesidad de hacer un gran esfuerzo para transformarnos verdaderamente.

Y salir de esa trampa es imposible sin compromiso social, y sin líderes que crean que la sociedad puede lograr grandes cosas. Hoy la gente prioriza “tener la suya”, y termina votando a quien le dé tranquilidad de que su situación personal estará igual o mejor en los próximos años, aunque intuya que con el tiempo ese camino provoque un suicidio económico y social, y eso da espacio a los gobiernos manipuladores oportunistas del cortoplacismo, cuyos miembros son adictos al poder, no saben vivir de otra cosa que del estado, y no creen en nuestro potencial como sociedad.

Los líderes de esos gobiernos tienen la misma mentalidad que los narcotraficantes, con la diferencia de que su negocio es legal y la droga la regalan en vez de venderla, ya que el costo de producción de esa droga lo financiamos los tontos que pagamos impuestos.

Por eso no estoy tan confiado esta vez, los desafíos son grandes, hay demasiados frentes atados con alambre, falta convicción en la gente, y es muy tentador para los oportunistas del cortoplacismo fomentar el miedo y recurrir al recuerdo de la gente, a los mejores momentos del pasado.

Por suerte, en lo personal, voy bastante bien. Estoy muy contento por cómo me reinventé, haciendo uso de mis conocimientos de ingeniería para mantener casas particulares, y me siento muy bien haciéndolo. La gente me llama porque tiene problemas domésticos y yo se los soluciono. Hago de todo y me doy mucha maña. Por el servicio que doy, logro conectar mucho con mis clientes y sus familias. Desde esa conexión fui desarrollando una relación de confianza con muchos clientes



particulares en casas que, salvo raras excepciones, quedan en Bella Vista.

Me hice amigo de muchos de ellos y nos acompañamos. Cuando se van de vacaciones, les cuido la casa y hasta llevo a sus chicos al colegio cuando hacen viajes cortos en época de clases. Soluciono muchas situaciones y me siento útil a la comunidad. Con el tiempo fui eligiendo la gente con la que me siento cómodo trabajando, en relaciones donde percibo un lindo espíritu de respeto.

Tengo más tiempo libre que cuando trabajaba en la empresa y me doy el gustito de ir a pescar seguido a los afluentes del Paraná y a las islas del norte del Delta. La pesca me ha dado lindos momentos con los amigos de siempre, con mi hijo y en contacto con la naturaleza. ¡No veo la hora de que lleguen mis nietos a este mundo para llevarlos a pescar!

Si bien me preocupa mucho el país, no tengo tanta angustia personal, porque ahora tengo un trabajo y, como es muy artesanal y personal, tengo menos miedo de perderlo. ¿A fin de cuentas, quién no hace mantenimiento de su casa de vez en cuando?

Juan Pablo me contaba que en esa época se había profundizado la división social. Los que querían un país viable y sostenible eran una amenaza para los que necesitaban vivir del Estado. Además, los que querían un país sostenible ajustaban el gasto para lograr la sustentabilidad de las cuentas, generando tensión social. Esa tensión era aprovechada por los que querían llevar agua para su molino, prometiéndolo ser generosos con dinero que no había, instaurando el miedo sobre el futuro del país a los que tenían que tomar decisiones, paralizando la economía e impidiendo lograr la estabilidad económica. Hacía falta inversión, pero nadie se arriesgaba porque todos conocían nuestra debilidad por el cortoplacismo.

Mientras Juan Pablo seguía meditando sobre esos tiempos, en los

que estaba ya cercano a sus veinte, avancé varias páginas en el diario de Argentino hasta llegar a la descripción de la Implosión, cerca del cuarto de siglo, una época tan oscura que el solo imaginarla genera angustia y desesperación.

¡Estamos viviendo una depresión social de un nivel que jamás imaginé! Soy una persona enérgica y siempre fui optimista, sin embargo, hoy no tengo ganas de vivir. Estamos todos como adormecidos. Nuestro país se degradó de tal manera que nadie quiere emprender algo nuevo, la gente no paga sus impuestos y, como da todo por perdido, ya no le importa lo que le pase; nadie lucha siquiera por sus libertades o sus sueños. Nos llenamos la boca durante muchos años diciendo que Argentina era diferente, que nosotros nunca llegaríamos a degradarnos como les pasó a otros países de la región, que éramos distintos y que siempre encontraríamos la forma de salir adelante.

Y finalmente la realidad nos abofeteó de tal manera que se hizo evidente que no éramos diferentes ni le íbamos a encontrar la solución a todo. Solo nos estábamos engañando a nosotros mismos, y ahora estamos verdaderamente jodidos.

Nunca pudimos salir del cortoplacismo destructivo. Los gobiernos siguen prometiendo grandeza y entregando pequeñez, sumando empleados públicos, dando planes sociales y asignaciones, gastando más que lo recaudado, sumando impuestos y deuda, creando inflación, y desarmando las instituciones para que hubiera menos transparencia y control.

Como las empresas en la nueva economía del conocimiento y la virtualidad se implantan en cualquier país, y Argentina es uno de los países en el mundo con más impuestos, incertidumbre e inflación, ya no es viable emprender localmente.

El shock es tan grande que no sabemos por dónde empezar a resolverlo... ¡Estamos paralizados!



Nos sentimos humillados como sociedad, tocamos fondo y entramos en una crisis muy profunda, en la que básicamente nos encontramos solos frente a nuestras miserias. Perdimos la energía para luchar por nuestros ideales o por nuestros derechos y hasta perdimos las ganas de resistirnos contra la adversidad que nosotros mismos habíamos construido como grupo social. Siento que nos entregamos y muchos de nosotros hubiéramos preferido morir para evitar enfrentar el desafío de salir adelante.

El Estado creció tanto y de tan mala forma que dejó de dar servicios útiles, y se transformó en una carga insostenible para los que laburamos. Lo siento como una sanguijuela que pesa más que la víctima a la que le chupa la sangre, y ya ninguno puede sobrevivir. Las empresas perdieron toda su rentabilidad y, como la moneda está destrozada y no hay financiamiento, la gente dejó de pagar impuestos para sobrevivir. La menor recaudación de impuestos combinada con un rígido nivel de gasto forzó al gobierno a realizar tanta emisión de billetes que la moneda sufrió el peor brote inflacionario del siglo.

Las familias ven cómo crece el desempleo y bajan sus ingresos, incluyendo el de sus abuelos jubilados, en una degradación social sin precedentes. Y en estos años, hasta la gente del Estado gana cada vez menos plata, porque se acumularon demasiados empleados y no hay cómo pagarles sin generar hiperinflación. Recientemente, hasta los empleados públicos de vocación bajan los brazos y ya no luchan por prevalecer contra los empleados del acomodo. Se entregan.

La sensación de injusticia provoca una amargura indigerible en los que trabajamos todos los días y ya no tenemos fuerzas ni esperanzas de salir adelante. Hace tiempo que no se crean más empresas. Ya nadie tiene energías para emprender, y las familias ven con dolor cómo sus hijos emigran buscando algo de normalidad.

El que tuvo un mango, compró dólares y el que pudo se fue del país. Ya no hay esperanza para nuestros hijos, entonces, ¿para qué quedarse? Muchos padres simplemente se van, acompañando a sus hijos al extranjero, para no perder contacto con sus nietos.

Veo una suerte de depresión anímica en la sociedad. Ni los del campo sembraron este año, porque han perdido su capital de trabajo y, como los números no cerraban, tiraron la toalla por primera vez en la historia.

La sensación general que percibo no es de bronca ni de revolución, sino de tristeza. Nos convertimos en mutantes sociales que ya no quieren seguir luchando. Y tenemos el peor y más doloroso de los enojos, que es el enojo con nosotros mismos por habernos auto engañado y habernos dejado llevar al abismo, aferrados a nuestras debilidades. Siento que somos como un adicto a la droga, que toca fondo y no tiene ánimo para salir. ¡Jamás pensé que íbamos a vivir la situación de mierda que estamos viviendo!

La decadencia a la que nos fuimos sometiendo desde que tengo memoria, aceptando cualquier cosa con tal de que nos den "la nuestra" un poquito más, nos destruyó la autoestima.

Y encima, a todo esto, que de por sí es abrumador, se le fueron agregando los desafíos globales del momento. Porque todos los países enfrentan el problema de que cada vez hay más gente adulta que sostener, la tecnología es útil, pero elimina los viejos empleos; el cambio climático se hizo evidente, se está agotando la biodiversidad necesaria para mantener el equilibrio planetario, provocando incertidumbre, costos y restricciones al crecimiento económico.

Las amenazas, que hace décadas se venían prediciendo, se hicieron realidad y Argentina no escapó a esta tendencia. Para peor de males, el despelote global hizo bajar los precios de muchas materias primas, cuya exportación nos sostuvo



siempre, y ya ni siquiera tenemos ese salvavidas al que tantas veces nos agarramos para disimular nuestra mediocridad. ¡No puedo creer lo que estamos viviendo!

Me jubilé este año y mi jubilación es una miseria, una estafa que no alcanza ni para comer. Después de años de achataamiento de las jubilaciones, hoy todos ganamos la misma miseria porque no hay plata en el Estado para pagarnos adecuadamente. Como los que nos habíamos esforzado toda la vida, contribuyendo por encima de la media, pasamos a ser minoría, el gobierno eligió igualar las jubilaciones, porque le servía ahorrar nuestra plata, y nuestro enojo le costaba pocos votos y a los demás no les importaba. El incentivo al aporte diferencial pasó a ser nulo y la degradación fue total.

Muchos amigos míos se han peleado con sus familiares, con los que compartían la mesa de los domingos, porque viven de un puestito inventado en el Estado que les da mucha más plata que la jubilación de quien trabajó toda su vida. A veces, esos son los propios hijos de un jubilado; muchos de esos hijos sufren por su padre y sienten vergüenza por vivir de un sueldo inventado, pero no quieren perder ese magro ingreso porque si no, ¿de que trabajarían?

Estamos viviendo lo peor del pasado, porque a los vicios de siempre se agrega la desesperación de estar en una trampa, y cuando la gente está desesperada sale la peor faceta de su personalidad. Se agrega que pocos argentinos de esta época saben trabajar. Por culpa de los planes y asignaciones, hay millones de argentinos que nunca aprendieron a valerse por su cuenta. ¿De qué puede trabajar esa gente? ¿Quién les enseña? ¡Siento que estamos perdidos!

Si bien me siento fuerte para seguir haciendo mantenimientos, veo que muchos de mis viejos clientes están fundidos y hacen mucho menos mantenimiento o lo encaran ellos mismos para ahorrar plata. Estamos nadando en un mar de miseria y verdaderamente no tengo ganas ni de salir de la cama.

Encima, los políticos siguen buscando echar la culpa a otros de la mierda en la que nos metimos, y tengo miedo de la escalada de violencia que genera esta combinación de confusión con el hambre generalizado y la bronca. Tengo mucho miedo de no poder mantenerme, de no poder alimentar a mi familia. Mi hijo tiene un trabajo muy precario y si bien yo intuía que el camino que seguíamos nos llevaba a la ruina, no me había imaginado que sería tan duro vivirla, y me siento muy culpable de no haber hecho más en su momento para evitarles a mis nietos pasar por esto.

Dios, ayúdame a seguir siendo agradecido por estar vivo, a encontrar el sentido en todo esto que está pasando, y a disimular mi amargura frente a mi familia, para no generar en ellos más miedo que el necesario.

Este escrito de mi abuelo era durísimo. Yo no había nacido todavía, pero leerlo me generó un nivel de angustia indescriptible.

Para Juan Pablo esa crisis fue el golpe de gracia en su familia. Ya había perdido a su padre en la crisis anterior, y en esta perdió a su madre. Antes de su viaje a Catamarca, en una de las caminatas que emprendíamos por Bella Vista, fuimos hasta la clínica en la que había muerto su madre. Padeció un cáncer contra el que luchó un par de años, pero según Juan Pablo ella se entregó luego de la gran crisis. Estuvimos un largo rato frente a la ventana de la habitación en la que ella estuvo, el lugar donde él permanecía en silencio, sentado en un banquito, todo el tiempo que no podía estar con ella adentro.

Ese día recordó, con lágrimas en los ojos, cuánto amaba su madre su profesión de maestra y cuánta satisfacción sentía al ver esa chispa en los ojos de los niños, esa fascinación cuando el entusiasmo por aprender los invadía por completo, o esa ansiedad que les nacía cuando aprendían algo nuevo y no veían la hora de volver a sus casas para compartirlo con sus padres. Pero a medida



que avanzaba el siglo 21, ella fue notando cómo aquello se fue perdiendo por culpa del creciente adoctrinamiento en los contenidos pedagógicos, por la incorporación en el cuerpo docente de militantes sin amor por los niños, por la sindicalización del ambiente, que fue degradando las discusiones, generando miedo y pasando el bienestar de los niños a un lugar secundario respecto de las luchas de poder, y por salarios que eran cada vez más magros e injustos. Todo eso destruyó el espíritu de la profesión en las escuelas públicas, se dio una precarización que sucedía en paralelo en las familias, que vivían un fuerte vacío existencial, generando un ambiente de falta de respeto entre padres y docentes, indigno para el proceso educativo de los niños.

En consecuencia, el nivel de deserción se elevó espantosamente y se notaba la pérdida total de la inocencia, el entusiasmo y la curiosidad en los niños. Ella siempre decía, recordaba Juan Pablo, que el adoctrinamiento en las escuelas era una de las acciones de mayor criminalidad social, porque estaban matando la esperanza de los niños en la existencia de un mundo bueno y verdadero, los encaminaban hacia un camino de resentimiento y frustración que retroalimentaba la decadencia social.

Juan Pablo veía a su madre luchar incansablemente, por el gran amor y la vocación que tenía, hasta que la amargura hizo que perdiera toda la energía. Entonces se enfermó y, cuando llegó la Implosión, al poco tiempo, ya derrotada y sin fuerzas, falleció.

Cuando Juan Pablo terminó su relato, lo abracé durante un largo rato frente a esa ventana, un rato que pareció infinito, y lo comprendí tanto que no podía respirar del dolor. Mientras lo abrazaba, apareció la imagen de mi papá, por la amistad que tenían. Por unos segundos, sentí que lo estaba abrazando a él. Lo extrañaba tanto, todavía lo hago, que esa sensación de cercanía con su amigo me resultó muy difícil de explicar con palabras.

Ese día comprendí muchas cosas que, creo, logré plasmar en este libro. En esos tiempos el dolor y la humillación fueron tan

intensos, que la gente se hartó de sus actitudes, de vivir con miedo a enfrentar los desafíos, y se entregó a lo nuevo, se abrazó con desesperación a cualquier alternativa que le trajera un poco de aire fresco para sobrevivir. Quién iba a pensar que, de tanta angustia compartida, de tanta pérdida de energía para seguir luchando y viviendo, la sociedad iba a sacar fuerzas para salir adelante y comenzar la etapa más fructífera de nuestro proceso de evolución social.



3

El centro de los abuelos de Bella Vista

La casa de mis abuelos quedaba muy cerca de la famosa esquina de Gaspar Campos e Irusta. En ella pasé la mayor parte de mi infancia, sobre todo después de la muerte de mis padres. Era una casa antigua, de barrio, con techo de tejas, paredes gruesas de ladrillo con revoque y pintadas de blanco, con tres dormitorios, en un buen terreno de unos mil quinientos metros cuadrados, vecina a un galpón de ladrillos y techo de chapa, al estilo campo, de unos dos mil metros cuadrados, que estuvo en venta mucho tiempo.

Nací en 2030 y viví en carne propia las actividades del centro de abuelos, hasta mi partida, a finales de 2050. De hecho, fui una de las nenas a quienes cuidaban allí, mientras mis padres trabajaban. Fue una etapa muy feliz, sobre todo porque todavía los tenía conmigo. Cierro los ojos y los puedo ver, cuando pasaban a buscarme por lo de mis abuelos, camino a casa, al final del día.

Sin embargo, los inicios del Centro, que en el pueblo llaman el Centro BV, se remontan a varios años antes de mi nacimiento. Por suerte, Juan Pablo tenía cerca de veinticinco años en ese tiempo y me compartió con mucho entusiasmo todo lo que recordaba, para ayudarme a reconstruir esa historia. La ferretería fue el inicio de todo, sentenció, convencido. En los años previos a la Implosión del 25, Argentino había abierto, junto a otro vecino, una ferretería en un espacio prestado de ese galpón vecino a su casa.

Mi abuelo le contó que la aventura de la ferretería comenzó el día que Nacho, un viejo amigo suyo recientemente jubilado,



apasionado de los fierros y rey de la reparación doméstica, se había dado cuenta de que no podía estar sin trabajar, y estaba trepando las paredes de su casa por la ansiedad. Entonces le propuso a Argentino poner una pequeña ferretería-taller en una esquina del galpón vecino, en la que podían atender clientes, venderles los materiales que necesitaran e inclusive ayudarlos a ensamblar lo que hiciera falta. La instalación de la ferretería también lo beneficiaba a Argentino, ya que podía recoger cada mañana, al salir de su casa, los materiales necesarios para las tareas de mantenimiento que encarara ese día.

Argentino aceptó enseguida. Muchas veces oímos, tanto Juan Pablo como yo, la historia contada con mucho humor por mi abuelo y Nacho, en la que ambos reconocían saber que la ferretería del galpón iba a ser un pésimo negocio, pero también que el proyecto era bueno para que Nacho se sintiese activo. Además él tenía los recursos para instalarla adecuadamente y bancar alguna pérdida que pudiese surgir. El siguiente paso fue consultar a la madre de Juan Pablo, dueña del galpón. Ella no veía inconvenientes en prestarles el espacio, en tanto firmaran un contrato por el que aceptaban la condición de que, si el galpón se vendía o alquilaba, debían abandonar la ferretería sin reclamar compensación alguna.

Así empezó la ferretería, que terminó siendo un pésimo negocio, como suponían, pero Nacho se sentía feliz estando en actividad y, con el tiempo, quedó claro que su ferretería fue la gran motivadora de todo lo que surgiría en la casa de Argentino durante los años venideros. Resulta que, como siempre había alguien en el galpón, atendiendo la ferretería, los vecinos y amigos comenzaron a pasar más tiempo allí, ya que podían reunirse y charlar un rato sin molestar a la familia de Argentino. Era muy agradable pasar el tiempo en ese lugar, sobre todo en la galería que daba al terreno de la casa de mis abuelos. Tenía piso de ladrillo, era muy larga y estaba dividida en dos partes. En la parte norte había una parra de uvas blancas y, en la sur, una parra con uvas chinchas. Entre las dos galerías, un hueco de unos cinco metros albergaba una

higuera. En los árboles de ambos terrenos había gran cantidad de pájaros, y sus cantos daban al ambiente una nota de tranquilidad pueblerina que parecía impropia del conurbano bonaerense en el segundo cuarto del siglo 21.

Antes de jubilarse Argentino, muchas personas frecuentaban el lugar. Se había transformado en una costumbre el pasar a la tarde a tomar unos mates en la galería del galpón. Se llenaba de amigos de la familia, de parientes, de vecinos y hasta de clientes habituales de Argentino que, simplemente, se daban una vuelta para conocer las últimas novedades del pueblo. Fue en esos tiempos que ocurrió la gran Implosión del 25, la que destrozó anímicamente a Argentino, a su familia y a la mayoría de amigos y vecinos que visitaban la galería.

Argentino se había jubilado justo ese año y, en el mismo mes de la Implosión, se enteró de que había sido estafado por el Estado, porque el monto de su jubilación era tan miserable que no le alcanzaba ni para pagar los alimentos.

El daño a los jubilados creó mucha infelicidad en la sociedad en general, porque en cada familia había al menos un jubilado y lo veían sufrir, pero a su vez en cada familia había algún empleado público, algún subsidiado o algún desocupado. Por lo tanto, si no había plata para los abuelos, era en parte porque los demás, los mismos que estaban en casa almorzando con el abuelo, no aportaban lo suyo, recordaba Juan Pablo. Estaba claro entonces que el cuerpo social estaba enfermo, desfinanciado, desesperanzado y no era solo un problema de los jubilados, era una sensación de agobio por la falta de futuro para todos los miembros de la sociedad.

Los abuelos se dieron cuenta también de que no existían quienes les pudieran solucionar sus problemas, ya que los más jóvenes estábamos tratando de hacernos un lugar en una sociedad muy desafiante, muy cambiante, decía Juan Pablo, y los adultos de mediana edad estaban luchando para mantenerse a flote. Muchos perdían empleos antiguos, industriales o de administración, pero



les costaba reinsertarse en empleos para los que no se habían preparado, debido a los avances tecnológicos.

Argentino estaba muy preocupado por su situación. Además de su magra jubilación, habían bajado mucho sus ingresos por mantenimiento de casas, debido a que la mayoría de sus clientes estaban afectados por la crisis y postergaban todo lo que no era indispensable. Mi abuelo solía comentar que le resultaba muy difícil imaginar cómo iba a mantenerse en el futuro, además de sentir preocupación por el devenir de su hijo y de los jóvenes, en general, en un país devastado anímicamente. Muchos de sus amigos y conocidos se estaban yendo a vivir al exterior. Cualquier alternativa de país más o menos normal era mejor que lo que se estaba viviendo en Argentina.

En su diario personal, en algunas notas de ese año, queda bien claro que irse no era una opción para Argentino. Él amaba a su país y su última opción era marcharse, aunque sabía que existía la posibilidad de que su hijo buscara un mejor futuro en otro país y, si así sucedía, quizá debería seguirlo para estar cerca. Lo desvelaba este pensamiento y trataba sin éxito de imaginarse cómo salir adelante y contribuir a mejorar las cosas para que todos se quedaran y la gente de la comunidad estuviera mejor. La vida no le había sido fácil y era respetado por haber sobrellevado con dignidad luchas de todo tipo, logrando criar dignamente a su familia con su propio esfuerzo. Le encantaba conocer gente de todas las religiones y encontrar similitudes, puntos en común. Fue educado en la religión católica y a lo largo de su vida fue ampliando su corazón ante una creciente intuición de que todos somos iguales ante Dios sin importar la religión a la que pertenezcamos.

Argentino era un líder natural, sencillo. Me decía Juan Pablo que se interesaba por los demás, transmitía confianza y serenidad, y hacía sentir a gusto a cualquiera cuando estaba cerca de él. Sus características personales hacían que sus vecinos y amigos, que estaban en su misma situación, lo buscaran para salir juntos de la crisis. La desesperación era grande y, de alguna manera, cuando

pasaban por lo de Argentino se sentían contenidos. Era mucha la gente que se juntaba en la casa de mis abuelos y siempre creí que por eso a Carlitos se le ocurrió poner un bar en el galpón. Según Juan Pablo, decía que era “para acompañar las juntadas con algo más que mates y levantar el ánimo de todos”.

Carlitos había tenido abundante y exitosa experiencia como empresario gastronómico, pero había vendido o cerrado sus restaurantes porque la cantidad de reclamos y costos laborales que enfrentaba esa industria lo habían hastiado. Era un muy buen empleador y persona, pero era sabido que, en Argentina, hasta las reformas de modernización laboral del renacimiento, tener empleados era un dolor de cabeza por su alto costo y porque el ámbito laboral estaba copado por sindicalistas y abogados laboristas que hacían de caranchos de cualquiera que quisiera emprender. Era una persona muy conocida en Bella Vista, por su personalidad, y sus trabajos en el comercio y en la Municipalidad de San Miguel. Tardó muy poco en convencer a Argentino de poner su bar en el rincón del galpón que daba a la galería. Leí en alguna parte de su diario que, para mi abuelo, la energía de Carlitos era contagiosa, daba ánimos y podía beneficiar a los que necesitaban mucha ayuda para salir adelante.

Juan Pablo me contó, muy divertido, que el siguiente desafío del grupo fue ¡lidiar con él! Tras la muerte de su madre en la Implosión del 25, pasó a ser el dueño del galpón a quien tenían que convencer. Al principio, él no quería saber nada con el proyecto del bar, tenía la intención de vender e irse de viaje por el mundo unos años para cambiar de aire y sacarse la angustia; y si a la ferretería de Nacho se agregaba el bar de Carlitos, cada vez iba a ser más complicado desalojar a todos. Encima, los personajes que iban copando el galpón eran tan conocidos en el barrio, que se hacía cada día más difícil ser el aguafiestas que vendiera el galpón y desalojara toda la movida.

Pero, por otro lado, no había ningún comprador a la vista y, por la crisis, no era probable que apareciera en el corto plazo. El



proyecto comenzó a parecerle divertido y Carlitos, que no era una persona que soltaba fácil a su presa, lo convenció de que era muy bueno para su galpón darle más visibilidad. Juan Pablo estaba muy bajoneado con la crisis, pero lo entusiasmaba más sentirse parte de esa movida social que la venta de su galpón, y entonces se le ocurrió proponerles una condición a cambio de permitir la instalación del bar.

Desde hacía un tiempo, él soñaba con lanzar una marca propia de cerveza artesanal y nunca se había animado, pero esta también parecía su oportunidad para intentarlo. ¡No la podía dejar pasar! Entonces, aceptó la idea del bar solamente si le permitían vender la cerveza que él mismo iba a fabricar, en el cuarto que estaba detrás del galpón, al final de la galería de uvas chinchas. Encontré un párrafo del diario de mi abuelo que se refería a este episodio:

... fue muy divertida la propuesta que me hizo Carlitos para poner su bar, pero mejor fue la condición que nos puso Juan Pablo, la de dejarnos siempre que pueda ser él quien fabrique y provea la cerveza. ¿De dónde habrá sacado la idea de que sabe hacer cerveza? ¿¿¿Y si es asquerosa??? A Carlitos y a mí nos pareció graciosísimo el pedido, aunque por supuesto nos preocupó la calidad del producto. Pero nos enterneció mucho y sobre todo verlo a Juan Pablo con ánimo de emprender en momentos tan difíciles de su vida, habiendo perdido a su madre hace poco, luego de la dolorosa pérdida de su padre. Pensamos que sería muy contenedor para él, con sus veintiséis años llenos de dolor, llevar adelante este emprendimiento rodeado por nosotros, así que decidimos aceptar que vendiera sus cervezas artesanales, pero siempre que el bar pudiera también ofrecer otras...

Juan Pablo recordó vívidamente cuando le hicieron la contrapropuesta y él aceptó gustoso, tenía toda la fe de que su cerveza iba a ser la mejor del mundo. Así nació la cerveza casera Pícara, de Bella Vista, que verdaderamente logró hacerse famosa con el tiempo.

Pero, volviendo al inicio de Pícara, Juan Pablo no podía creer la oportunidad que tenía. Su mayor aspiración era vender el galpón, sin embargo, de repente había aparecido un motivo para salir de la parálisis en la que su gran tristeza lo había sumergido. Un proyecto que siempre había soñado, un proyecto en un momento inesperado, en el que no tenía la menor expectativa de ganar plata porque la cerveza era para un bar de jubilados, pero le generó muchísimo más entusiasmo que cualquier otro proyecto en su vida.

Para continuar con esta historia, me reuní una tarde con Daniel, otro protagonista del Centro BV y uno de los pocos abuelos con vida cuando regresé a la Argentina. Me contó que, en esos días, toda esa movida le causó una revolución interna. Daniel era ingeniero agrónomo y había trabajado toda su vida como experto en proyectos de cultivos orgánicos. Muchas veces había fantaseado con hacer una gran huerta orgánica en el vecindario, pero no había encontrado tiempo o un lugar adecuado. Así fue que, en su mente, comenzó la idea de proponerles a Argentino y Lucía la posibilidad de instalarla en su jardín. La casa de mis abuelos tenía un amplio jardín, con robustos árboles que llevaban ya décadas de vida. A Lucía le gustaba mucho cuidarlo, pero a medida que avanzaba en edad le faltaban fuerzas para trabajarlo y su hijo, mi papá, ya no vivía con ellos para ayudarla. Unos años antes había comenzado a pagarles a unos jóvenes de la zona para cortar el pasto, pero ya no dedicaba tiempo a los canteros y a los maceteros que, en otras épocas, habían dado una vida esplendorosa a su jardín. Esa falta evidente de atención era lo que más tentaba a Daniel para avanzar con su proyecto, aunque no estaba seguro de tener las fuerzas para ejecutarlo con la excelencia que pretendía.



Mientras los amigos avanzaban con la ferretería, el bar y la fábrica de cerveza, padres de la vecindad, entre ellos, algunos hijos de sus propios amigos, les pedían si podían cuidar a sus niños más pequeños, porque el horario de las guarderías no abarcaba todas las horas que precisaban para atender sus trabajos. Al principio, aceptaban a algunos chicos esporádicamente, pero la experiencia les pareció simpática y casi inevitable por tratarse de una necesidad de sus propios hijos también.

A medida que pasaba el tiempo, era evidente que los abuelos se habían organizado muy bien y que los niños regresaban muy contentos a sus hogares a la noche. “Ir al Centro BV” era, para ellos, el mejor programa del día. Además, los abuelos ofrecían mucha flexibilidad horaria, porque eran varios para organizarse y tenían una agenda muy libre. Estar con los chicos era un bálsamo para ellos en esa época tan difícil, recordaba Juan Pablo. Con el paso de los meses, recibían a más de diez niños por día. Los padres estaban tan felices que se corrió la noticia y el centro de abuelos comenzó a desbordar de pedidos. Sobre todo cuando llegó el verano y eran más de cuarenta familias nuevas las que habían solicitado un lugar para sus hijos a partir de marzo.

Daniel y el resto de los abuelos estaban muy sorprendidos con el entusiasmo de la gente. Ese fue el momento en que Lucía, que estaba al mando de la situación, sentó a la comunidad de amigos y les planteó que así no podían seguir. Debían decidir qué hacer el año siguiente con esa actividad que comenzó como un favor de los abuelos y se había transformado en el producto de guardería de mayor calidad del vecindario. Si la profesionalizaban, debían cobrar una suma mensual para cubrir los gastos y los abuelos debían comprometerse a dar un servicio del que pudieran sentirse orgullosos, y que, a su vez, fuera excelente para los niños. Caso contrario, debían limitar el cupo a los pocos hijos de los miembros y dar el servicio como un favor familiar.

La respuesta fue unánime. Todos querían ir por más. Los chicos llenaban el lugar de alegría y el trabajo era tan reconfortante



para los abuelos que los energizaba. Todos pensaron que no tenía sentido dejar pasar esa oportunidad y decidieron utilizar los meses de las vacaciones para preparar todo lo necesario y estar listos a partir de marzo. Así comenzó, también, la guardería. Reclutaron más abuelos y hasta necesitaron a jóvenes maestros para ayudarlos en la organización. Con el apoyo de todas las familias involucradas, hicieron las obras y los trámites para habilitar la guardería y, cuando llegó marzo, ya estaban listos para arrancar.

Todo resultó bastante fácil para ellos, porque en la Municipalidad de San Miguel veían con muy buenos ojos esa energía de los abuelos y todo proyecto constructivo era bienvenido en esa época de gran tristeza que se estaba viviendo en el grupo social. La decisión de avanzar con la guardería fue el último empujón que necesitó Daniel para plantear el proyecto de la huerta, porque podría resultar un lugar excelente para jugar y enseñar a los chicos. Así fue que tuvo el apoyo de todos y decidieron tenerla lista también para cuando arrancara la guardería.

Entre todos decidieron armar la huerta sin riego automático, una forma de darles un mensaje a los niños respecto de la necesidad de hacerse responsables y esforzarse por regar las plantas para cosechar sus frutos, un mensaje esencial para encarar cualquier proyecto en sus vidas. Decía Daniel que ellos, que habían vivido todo el proceso que llevó a la Implosión del 25, estaban convencidos de que si uno quería matar la iniciativa de alguien, había que darle todo solucionado para evitarle el esfuerzo. Pensaban que para generar entusiasmo por la vida en un niño, había que enseñarle a trabajar con alegría y amor por la acción.

Así se fue encaminando la agenda de actividades del Centro BV. Las tareas que iban encarando acercaban a más y más gente mayor, con experiencias particulares y ganas de participar en las tareas de la comunidad. Era complicado el proceso de aceptación, porque entre los interesados en sumarse había personas muy distintas, trabajadoras y vagas, alegres y depresivas. Era muy importante incorporar al grupo gente afín, que ayudara a tirar del carro.

Pero la tensión generada por ese proceso también fue una dosis de vitalidad para los abuelos. ¡Tenían un proyecto atractivo en sus manos!

Tanto Juan Pablo como Daniel recordaron cuando uno de los abuelos, Andrés, se entusiasmó con la idea de armar un lugar para reuniones, donde se pudiesen brindar charlas y capacitaciones, en la parte del galpón que no era utilizada ni por el bar ni por la ferretería. Todos sabían que en la zona existían barrios con habitantes de muy bajos recursos económicos y Andrés estaba convencido de que muchos de los conocimientos de los abuelos, que estaban recién jubilados, eran sumamente útiles para esas comunidades. Entonces, entre él y mi abuelo comenzaron a averiguar qué tipo de conocimientos tenían los que frecuentaban el galpón, inclusive los clientes de Argentino, dueños de las casas a las que les hacía reparaciones. Con algunas propuestas, se reunieron con la gente de la Municipalidad de San Miguel, para saber qué cursos podían ofrecer desde el Centro BV y quizá complementar las capacitaciones municipales.

Desde la Municipalidad, evaluaron que el más útil que podían dar, teniendo en cuenta no solo las necesidades sociales, sino también la experiencia de los abuelos, era un muy novedoso “Curso para padres”, que era uno de los obligatorios para los que recibían la Asignación Temporal Universal por hijo. El curso consistía en concientizar, a los padres de niños de hasta siete años, sobre la necesidad de dar un buen ejemplo a sus hijos, de mostrarse consistentes entre sus mensajes, pensamientos y actitudes, de ser dignos de imitación. Duraba un año completo y también se hablaba sobre la importancia de la alimentación, y lo que debían evitar para no dañar al niño durante sus primeros años de vida, como las pantallas de cualquier dispositivo, las escenas de miedo, de violencia o la pornografía.

Los abuelos eran los indicados para dar ese curso y, luego de capacitarse ellos mismos en la Municipalidad, durante el mes de marzo, comenzaron a ofrecerlo a los padres en abril. Con ese fin,



acomodaron la mitad del galpón para crear un aula para unas cien personas. Había muchos módulos, entre ellos: “Los niños aprenden lo que viven”, “Los niños escuchan nuestros diálogos”, “Los niños necesitan sentirse aceptados y amados”, “La importancia del abrazo”, “El juego y la alegría”, “La necesidad de respetarlos para enseñarles a respetar”, “Cómo despertar la imaginación a través de los cuentos”, “Es bueno que nos vean trabajar”, “Nuestros odios los enferman”, “La importancia de una adecuada alimentación” y tantos otros.

Para la gente que recibía la Asignación Temporal Universal, era casi imposible dejar a los niños solos en sus casas, pero, en el Centro de Bella Vista, los abuelos estaban preparados para atender a sus hijos mientras ellos cursaban. El éxito fue rotundo por diferentes razones. A los padres les parecía muy interesante y lo sentían como verdadero, percibían la enorme relevancia que tenía, para el futuro de sus hijos, poner atención en los detalles que les enseñaban. Disfrutaban del curso porque, mientras tanto, estaban tranquilos al ver que sus hijos también disfrutaban con los abuelos. Cuando regresaban a sus casas, notaban que podían poner en práctica lo que aprendían y era evidente el cambio tanto en sus hijos como en su vida personal. Había una sensación general de que las piezas se acomodaban, decía Daniel que le comentaban algunos de los asistentes.

Los padres podían elegir entre tomar el curso en los municipios, hacerlo en las escuelas públicas o en el Centro de los abuelos, y la mayoría elegía el centro, a pesar de los pocos cupos. Si bien en esa época las capacitaciones podían darse a distancia, para el curso de padres había un fuerte valor en el encuentro humano. Los abuelos eran más atractivos porque hablaban desde su experiencia, la charla era humana y no transmitían ninguna ideología, porque su interés genuino era impactar verdaderamente en el sano desarrollo de las familias. Muchas personas se quejaban porque, cuando iban a las municipalidades, recibían charlas de militantes que estaban ahí como parte de un aparato político, muy lejanos al conocimiento y al amor desinteresado de los abuelos.

Sin haberlo planificado, el desarrollo de la actividad del Centro rescató emocionalmente a Argentino de la depresión en la que se había sumergido luego de la crisis. En esos tiempos, durante las cenas que compartían con Juan Pablo, mis abuelos comentaban cuánto valor tenía la red de amigos que habían construido durante su vida. Este beneficio anímico fue percibido por otros grupos de abuelos y, con el tiempo, se fueron armando otros centros que muchos abuelos llamaron de autosalvataje, pero que terminarían transformando sus vidas y contribuyendo fuertemente al nacimiento de la nueva Argentina.

Cada centro nuevo fue diferente, en todo sentido, teniendo en cuenta las características de los grupos que se armaban, la disponibilidad de lugar físico y el tamaño o las características de la comunidad a la que pertenecían. Dado el conocimiento de los abuelos que participaban, en el Centro de Bella Vista había cursos de oficios de todo tipo, incluyendo carpintería, plomería, baile, canto, cocina, jardinería y hasta programación. Hacían mucho foco en el encuentro humano, y también acompañaban a los aprendices a realizar trabajos a domicilio, para supervisarlos y que pudieran poner en práctica todo lo aprendido.

Según Juan Pablo, el mejor de todos fue el “Curso para aprender a reír”. Fue una idea de Carlitos, quien se encargaba de darlo todas las mañanas, antes de abrir el bar. La gente llegaba, hacía una ronda, seguía ciertos consejos de respiración y luego Carlitos hacía un chiste, una mueca, un grito, lo que sea que hubiera decidido para esa ocasión. Cada participante estaba obligado a practicar su mejor chiste, grito, aullido o lo que quisiese; así seguían hasta que comenzaban a tentarse y, con el pasar de los minutos, no podían parar de reírse. Fue un curso muy exitoso y se decía que los abuelos que lo hacían vivían cinco años más que el resto, motivando a que muchos otros abuelos del país viajaran a Bella Vista para aprender cómo Carlitos daba el curso. Pero sus réplicas no tuvieron éxito, porque la magia estaba en Carlitos mismo, que era muy gracioso.



Otro curso muy relevante fue el que enseñaba a inventar y contar cuentos. Se había rescatado este arte milenario que transportaba a los niños a mundos de hadas, de ángeles, de animales mitológicos o de cualquier otra temática que provocara en ellos la gimnasia de la imaginación. Era tan especial ver el impacto de estos cuentos en los niños que muchísimos abuelos participaban de esos talleres, expandiendo rápidamente el ejercicio en todo el país. Fue como un renacer de una práctica ancestral, que todos podían aprender y llevar a cabo con mucho impacto en el sano desarrollo tanto del niño como de quien lo contaba.

Los centros de abuelos fueron un gran dinamizador del cambio social. En la opinión de Juan Pablo, hasta ese momento, los abuelos eran vistos como un problema a solucionar, pero con el tiempo pasaron a ser vistos como una bendición social y, a su vez, con sus actitudes y acciones, transmitieron muchos valores que en el proceso de degradación social, previo a la Implosión del 25, estaban siendo olvidados. Ellos eran el símbolo del esfuerzo. Habían trabajado toda su vida y, cuando llegó el momento del retiro, no les alcanzaba para vivir. Por eso salieron a trabajar, pero disfrutaron como nunca esa sensación de dignidad, esa satisfacción por haberse reinventado, por proveer soluciones sociales tan valoradas, por transformarse en la reserva social de conocimientos y valores. Resultaron ser el grupo más confiable de la sociedad, que con su esfuerzo y alegría mostraban a los demás que era posible reinventarse, que la felicidad estaba en aceptar los desafíos, en esforzarse para salir adelante por sus propios medios, cooperando con su comunidad, todo con alegría y un espíritu de gratitud por estar con vida, por ser.

Daniel siempre pensó que uno de sus mensajes más grandes era la importancia de la libertad. Ellos habían podido salir adelante desde su propia iniciativa, eligiendo qué hacer y con quién. La diversidad era otro valor simbólico que se evidenciaba. Los centros de abuelos más resonantes eran aquellos que, por su forma de organizarse, atraían a personas de toda condición social, tanto para

dar capacitaciones como para comandar actividades o acompañar a los niños. Muchos se asombraban de haber encontrado, en esa etapa de sus vidas, un proyecto que era sumamente igualador y apasionante; sentían que estaban viviendo el mejor tercio de su vida. Ya no tenían que criar a sus hijos, sentían el respeto de la comunidad, se acompañaban entre ellos y, en muchos casos, estaban haciendo las actividades que siempre habían querido hacer, y con una libertad inaudita, lo que les generaba mucha plenitud. Los municipios los apoyaban con recursos, espacio físico y todo tipo de cooperación, porque estos centros eran muy buenos para la energía social y resolvían varios problemas al mismo tiempo.

Para Daniel, el único lado oscuro era el envejecimiento. Si bien lo que hacían los llenaba de energía, los abuelos que a los sesenta y cinco se sentían exultantes, a los setenta y cinco se sentían cansados, pero a los ochenta y cinco era más lo que necesitaban que lo que podían dar. Algunos abuelos simplemente dejaban de asistir a los centros, siguiendo la vida que hubieran tenido de todas maneras y otros, tanto por necesidad como por el cariño de los otros, buscaban la forma de mantenerse cerca, de no dejar de ir. Fue así como, en el Centro BV, surgió el servicio de acompañamiento de los abuelos en sus momentos más difíciles. Se organizaban como podían, subcontrataban enfermeros y acompañantes más jóvenes. Sin embargo, en la mayoría de las situaciones, la experiencia indicó que el servicio que brindaban era el más económico y humano que existía en el lugar.

La economía del Centro iba bien. Todos pagaban por sus cursos, consumos, servicios de guardería y les sobraba dinero. Curiosamente, la primera sensación de los abuelos que participaban de la comunidad era la de sentirse más ricos porque, al sentirse tan plenos y acompañados, necesitaban menos. En esos tiempos, el dinero en efectivo ya no se usaba, el dinero era electrónico y el peso no era confiable para nadie, por lo que habían surgido muchas monedas comunitarias digitales. Como el valor de una moneda está en la confianza que genera al poder utilizarse, los centros



de abuelos emitían monedas muy demandadas. El Centro BV fue innovador y creó una moneda virtual a la que los usuarios llamaban el Regatero, con la que se podían pagar todos los servicios que se ofrecían y, a su vez, era recibida por todos los proveedores de servicios de la zona, en una especie de sistema de trueque digital.

Hubo muchas razones para la multiplicación de los centros de abuelos, especialmente durante la Gran Tristeza que siguió a la Implosión del 25, cuando era muy común perder el entusiasmo por la vida, y eso los disponía a cualquier cosa con tal de engancharse con algo que los distrajera. Algunos abuelos comenzaron a priorizar participar de un grupo con una actividad afín como el diseño, la escritura, las artesanías o la vida comunitaria en sintonía con la naturaleza, en lugar de reunirse con los que estaban cercanos a su casa. Esto provocó que, en muchos casos, los adultos vendieran sus casas familiares y compraran departamentos más cercanos al centro que elegían por su vocación o actividad de interés. Otros no vendían sus casas, sino que las alquilaban y se hacían un dinero extra, porque tenían menos necesidades de espacio personal en sus hogares, al pasar mucho tiempo en los centros, y eso permitía que el departamento que alquilaban fuera mucho más pequeño que la casa familiar que le alquilaban a terceros.

Daniel no pudo creer que llegara a haber centros tan demandados que era necesario inscribirse años antes para tener un lugar o esperar a que se muriera alguno de sus integrantes. Esa tensión por ingresar a un lugar muy demandado les hacía recordar a los tiempos de su infancia, cuando la gran demanda por entrar en la universidad o ser parte de la formación de un equipo titular, en un deporte, los llevaba a luchas similares. Hubo mucho impacto social por esta movida. En algunos casos, teniendo en cuenta que por las nuevas tecnologías las distancias no eran un problema, pueblos enteros que estaban literalmente abandonados revivían por la llegada de grupos de adultos, con cierto poder adquisitivo, que compraban casas y aprovechaban toda la infraestructura y espacios disponibles para crear un centro particular.

Era común la existencia de centros que reunían a fanáticos del paisajismo, de la arquitectura o de quienes buscaban una vida comunitaria sustentable. Esa gente vendía sus casas en la ciudad, usaba ese dinero para comprar casas más baratas en los pueblos y las restauraba. El impacto en el sector inmobiliario fue enorme. Es difícil imaginar cómo toda esa energía de miles de personas, en centros del país, buscando mudarse, comprar o restaurar, puso en valor zonas olvidadas, cuyos habitantes estaban sufriendo debido a la crisis. Había nacido una nueva energía social que actuaba como fuente de inspiración para las personas que tenían más para dar a la sociedad, por sus conocimientos, sus experiencias y por sus deseos de evitar que los niños y jóvenes repitieran los errores que ellos tantas veces habían cometido.

Literalmente, estaban viviendo la última etapa de sus vidas, por lo que no tenían incentivos para mentir o robar. Si bien los abuelos eran imperfectos, como todos los seres humanos, no tenían motivos para dañar a la sociedad como otros grupos. Eran muy confiables para varias tareas comunitarias, como un centro de denuncias por robos o tareas de todo tipo que requerían la intervención de gente honesta y sensata.

Ambos, Juan Pablo y Daniel, coincidieron en que en el peor momento de desprestigio de los gobiernos que dañaron el ánimo social de la Argentina, los centros de abuelos ofrecieron una roca de dónde agarrarse para salvar al país del desmoronamiento social. La sociedad entera percibió una suerte de alivio pese a no poder resolver el problema de cómo financiar a los ancianos y, por otro lado, surgió un nuevo entusiasmo en los más jóvenes, al ver la posibilidad de participar en los centros cuando llegaran a la época de jubilarse, en lugar de sentirse aterrados por el futuro. Se invirtió la carga, quienes eran un costo a financiar por la sociedad pasaron a ser un grupo social vibrante y alegre, envidiable, que motivó a las demás generaciones a salir adelante.



4

Pasando la rompiente

A Argentino le encantaba contar cuentos. Estaba convencido de que despertar en el niño la capacidad de imaginar era un valiosísimo aporte en su desarrollo. Creo que a él le fascinaba contar esas historias, sobre todo las inventadas, que lo mantenían lúcido y creativo. Recuerdo con mucha nitidez cuando en una tarde de primavera del 2045, cuando yo tenía 15 y él 78, me preguntó si tenía interés en escuchar un cuento muy especial que tenía muchas ganas de compartir conmigo. Accedí, por supuesto, sus cuentos siempre me atraían, tenían mensajes de sabiduría y afecto por la vida, y eran una invitación a viajar con la imaginación, a soñar despierto. Me encantaba pasar esos momentos con mi abuelo.

Cuando me dijo que el cuento que quería compartir era “*La alegoría de la rompiente*”, me preocupé por su lucidez y le avisé que ya lo conocía, y lo había escuchado más de una vez. Le pregunté qué le atraía tanto de ese relato como para contarlo tantas veces y, con firmeza, pero cariñosamente, me dijo que esa historia representaba simbólicamente su sueño de transformación de la sociedad argentina, y que cuando uno quiere que algo suceda es esencial imaginarlo antes con mucha fuerza y detalle, como si realmente pasara, y hacerlo con toda la convicción posible para incluirlo como posibilidad en el campo energético.

Mi abuelo decía que una historia en forma de alegoría le permitía hacer volar la imaginación y poder abarcar las complejas aristas de nuestra sociedad en una sola imagen en movimiento. Por eso, cada vez que sentía melancolía sobre el desarrollo de Argenti-



na, contaba esa historia, para no perder la esperanza de un futuro mejor. Pero, con su sagacidad de siempre, me confesó que sentía algo distinto, que no era lo mismo esa vez, que en realidad era lo opuesto, porque siempre me lo había contado como un anhelo. Sin embargo, ese día se había dado cuenta de que su anhelo se había hecho realidad.

Por qué sentía eso, pensé, si no había pasado nada distinto o particular ese día...

Y, como si me hubiese leído la mente, continuó diciendo que era una sensación que tenía desde hacía un tiempo, que ese día simplemente se había convencido, no había dudas, de que habíamos dejado atrás la actitud suicida de insistir en algo que la gente sabía que era insostenible, aunque seguía votando por el deseo de tener la suya un poquito más. Creo que muchas veces, durante nuestras vidas, nos pasa que caemos en la realidad de ciertas situaciones por la señal menos esperada, y parece que eso le pasó ese día a Argentino.

Me comentó que había presenciado la reunión semanal del partido político con el que simpatizaba, y pudo observar que, preparando la campaña, los equipos ya no se preguntaban “qué era lo que la gente deseaba oír para decirlo y así obtener sus votos”, sino que se preguntaban “cómo construir una propuesta verdadera para cumplir con los deseos de la gente de continuar evolucionando como sociedad en base a los Diez Consensos de 2035”.

Todo el mundo conocía los Diez Consensos. Argentino recordó que hacía muchos años que no solo permanecían, sino que consolidaban su vigencia. La actitud de la política de estar a la altura de unos consensos que tenían más de una década fortaleciéndose, aun atravesando crisis que los pusieron a prueba, en lugar de estar buscando cómo pasar un mensaje cortoplacista y oportunista, era una señal de que el pueblo verdaderamente había evolucionado y de que la clase política se había adaptado al nuevo orden social. Eso le dio una sensación de alegría cívica que no po-

día contener. Me quedó grabado para siempre el recuerdo de cómo describía el momento en que los argentinos nos habíamos unido para pasar la rompiente y se le llenaban de lágrimas los ojos. Se sumergió en una profunda emoción que lo forzó a permanecer en silencio un largo rato antes de continuar.

Será imposible escribirlo como mi abuelo lo contaba, pero trataré de hacer una síntesis que refleje de la mejor manera su significado. La alegoría es una imagen que simboliza la realidad. En esta alegoría las sociedades se inician, se desarrollan y prosperan en el mar. La orilla de la costa, donde comienza su camino una sociedad, refleja las características de un país, sus materias primas y sus habitantes. Estas características son las herramientas con las que cuenta cada grupo social para construir su destino.

Las aguas poco profundas de la costa simbolizan el cortoplacismo, y las más profundas del océano, el largo plazo. Las sociedades cortoplacistas son sociedades costeras. Se quedan en la costa, porque eso requiere poco esfuerzo y, cuando llegan las tormentas, las sorprenden en medio de las rompientes que revuelcan a sus miembros desprotegidos, que no saben nadar, y pierden sus bienes y sus fuerzas.

Pasar la rompiente requiere la decisión firme de los miembros de la sociedad de ir hacia aguas profundas, lo que significa sacrificar el bienestar a corto plazo a cambio del logro conjunto de un futuro con un bienestar sostenible. Para lograrlo hace falta una nave, que simboliza las características que hacen confiable a una sociedad, no solo para terceros sino, más importante aún, para su propia población. Esa confianza en las propias capacidades del grupo social es la que mantiene a flote a una sociedad para enfrentar los desafíos del largo plazo. Las sociedades más igualitarias, estables y prósperas son aquellas que han podido construir naves grandes, con espacio para todos sus habitantes, robustas y seguras para atravesar las tormentas en aguas profundas. Esa estabilidad la forman el orden social, las instituciones, la moneda y todo aquello que las hace fuertes frente a las crisis.



En toda nave oceánica hay ciertos valores que se consideran los pilares esenciales de flotación: la ética, la libertad, la igualdad ante la ley, la fraternidad y la sustentabilidad. Sin esos valores marcados a fuego, una sociedad nunca llegaría a confiar en sí misma y, por lo tanto, no podría encarar proyectos de largo plazo. Los pueblos que logran construir naves robustas confían más entre ellos y se pueden encontrar en el medio del océano para intercambiar bienes y servicios, también pueden desplazarse de costa en costa, buscando oportunidades para sus emprendedores y evitando tormentas, siempre llevando a toda su comunidad dentro. Esas sociedades logran reducir fuertemente la pobreza porque enfrentan las tormentas unidas en sus sólidas naves, sin exponer a los débiles a la fuerza destructiva de las rompientes, como pasa en las sociedades costeras.

Estos pueblos fuertes tienen monedas robustas, a diferencia de las monedas costeras, que todos en el océano saben que no son confiables. ¿Cómo puede ser confiable la moneda de un grupo social que perderá lo construido ante cada tormenta? Por lo tanto, los emprendimientos radicados en comunidades que navegan el océano tienen muchas más posibilidades de acceder a financiamientos y de colocar sus productos o servicios en otros países.

En cambio, una sociedad costera es aquella en la que sus miembros no confían en sus capacidades y usualmente son manipulados por gobiernos costeros, que se aprovechaban de sus debilidades y los exponen a la corrupción y al cortoplacismo, generando un desorden social en el que la gente sufre y se resiente, porque todo es confuso y parece imposible salir de esa trampa. Son poblaciones inequitativas, en las que sus miembros, al no confiar en sí mismos, tampoco son confiables para el resto del mundo. Pueblos cuyo nivel de pobreza crece luego de que las rompientes de cada tormenta los revuelca y, en lugar de decidir un cambio para alejarse de las rompientes, se entregan a líderes manipuladores que echan culpas a los demás y los incitan a seguir en la costa, adormecidos por el bienestar de los períodos de calma.

Alejarse de la costa asusta, y cuesta más cuando hay que pasar la rompiente con mucha población vulnerable que no sabe nadar. Cuanto más agradable, rica y pacífica es la costa, más tentador es para el pueblo quedarse a disfrutar; por ello las comunidades con costas apacibles se ven tentadas de no pasar las rompientes. Y esto genera un círculo vicioso, porque cuantos más años se queda una sociedad innecesariamente en la costa, más tormentas la azotan y, por lo tanto, es mayor la proporción de gente acumulada en las orillas que no sabe nadar. A estas comunidades les da más miedo e incomodidad pasar las rompientes y llega un momento en el que les parece imposible hacerlo. ¿Por qué permanecen en la orilla cuando es tan obvio que no les conviene?

Nuestro país fue un gran ejemplo de esas situaciones. Los argentinos nos hartamos de la mediocridad varias veces e intentamos pasar la rompiente, pero cuando nos enfrentábamos al oleaje y nos cansábamos de nadar, nos asustábamos y comenzábamos a extrañar la tranquilidad de las costas. En esos momentos de duda, aparecían nuestros viejos líderes costeros, ocupándose de satisfacernos, recordando viejos tiempos, invitándonos a volver atrás para no salir de su territorio. Así nos vimos tentados a seguir haciendo más de lo mismo, apostando tontamente a que las tormentas del futuro no nos afectarían tanto como las del pasado.

Los argentinos deberíamos ser un récord mundial, deberíamos pasar a la historia como la sociedad que más tiempo se ha quedado en la costa pese a la evidencia de que se ha empobrecido más gente que en cualquier otro lugar del mundo. Esto nos había dejado muy rezagados respecto de otros países que se habían aventurado al océano. Las tareas más maravillosas, desafiantes y complejas del siglo 21 habían quedado reservadas a las comunidades que se habían organizado para construir una nave oceánica. Todas las invenciones, innovaciones y actividades fascinantes habían sido implementadas en esos países, mientras nosotros nos seguíamos jactando de haber inventado el dulce de leche y la bierre.



Decenas de países del mundo, que habían construido su nave oceánica, nos veían sufriendo ridículamente y se preguntaban: “¿por qué estos argentinos son tan tercos y no quieren pasar la rompiente?”. Se sorprendían de que nos resistiéramos a cruzarla, de que siguiéramos engañándonos sin entender que quedarse en la rompiente, a merced de todas las tormentas, provocaba un placer de corto plazo en los momentos de calma, pero nos destruía en cada crisis.

Argentino enfatizaba siempre que esta fábrica continua de vulnerabilidad, por exponernos a todos los oleajes, solo destruía la esperanza de la gente. Era tan obvio esto que los políticos, que se aprovechaban de esta vulnerabilidad de la gente para mantenerlos en las rompientes engañados, con el fin de acceder al poder, merecían el infierno. Solo había una salida a toda esta situación pendular, que nos tuvo atrapados por décadas: era pasar la rompiente, ordenarnos como sociedad y abrazar los valores esenciales de forma que, cuando alguien sufriera, lo hiciera en una nave junto con todos los demás, en un marco de equidad. El mundo esperaba con entusiasmo que los países costeros salieran al mar, ya que las sociedades costeras generaban crisis que podían ser contagiosas. El mejor escenario para los países oceánicos era incrementar su comunidad para aumentar la estabilidad mundial.

Esa era la base de esta historia. Cada vez que Argentino la relataba, se ponía a improvisar detalles de las olas que nos atormentaban o profundizaba en la gran nave que había construido tal país. Con tono indignado describía cómo, en momentos de paz que podíamos aprovechar para salir al océano, nos quedábamos en la costa, disfrutando de la comodidad. Con el tiempo entendí que el énfasis de cada improvisación lo ponía en el error que estábamos cometiendo en ese momento de la historia de nuestro país.

Pero no había dudas de que ese cuento llenaba de energía a cualquiera que lo escuchase. Mi abuelo lo repetía en reuniones en el Centro BV, siempre con el mismo entusiasmo, siempre buscando incentivar a que cada uno cumpliera su rol social, con el deber

de proteger a los vulnerables, con la valentía de hacer lo correcto aunque doliera y fuera difícil de entender. Él plantaba el germen de lo distinto que latía en cada uno de nosotros, algo que definitivamente no hacían los políticos costeros, esos que no sabían nadar y engañaban a la gente, prometiendo lo que el pueblo deseaba solo para tentarlo a seguir votándolos, aunque fuera un suicidio social.

Fue otra entrada de su diario la que me llevó a “La alegoría de la rompiente” y a recordar esa vez que me la contó con sus esperanzas renovadas; esa vez que, para él, fue distinta de muchas otras anteriores.

Hoy siento que mis plegarias fueron escuchadas. Como dije siempre, mientras estemos vivos es posible soñar y en este año 2045, después de tanto anhelo, siento que nuestros sueños se han hecho realidad, que los argentinos ya hemos “pasado la rompiente” y nos hemos transformado en un país normal. Las tormentas ya no nos pueden destruir porque hemos logrado incorporar en nuestra cultura los Diez Consensos que nos mantienen unidos y a flote. La gente que no sabe nadar está en la nave de equidad que todos construimos. Cada tormenta que nos azota, nos encuentra juntos, mirando por la borda.

Se me grabó a fuego la sensación de júbilo cuando enfrentamos la primera tormenta y nos dimos cuenta de que no nos hacía daño porque teníamos instituciones fuertes y confianza en el camino elegido. Cuando vemos a otros países que siguen en la orilla, ahora nos preguntamos: “¿cómo no se dan cuenta de que ahí no tienen que estar?”. Vemos la silueta de sus líderes “costeros” que los engañan, diciéndoles que sus males se los enviaron las comunidades del océano porque, obviamente, de ahí vienen las olas.

Hoy siento, por primera vez en mi vida, que los argentinos hemos comprendido el valor de la ética, del esfuerzo, del trabajo y de la educación. Hemos dejado atrás el reino del re-



sentimiento que se nutría solamente de nuestros propios errores y que generaba el peor de los enojos, que es el enojo con uno mismo. Vemos las crisis desde la borda de nuestra nave y pensamos, ¿cómo pueden creer, los habitantes de los países costeros, que los problemas se los mandamos nosotros? ¿Cómo pudimos creerlo nosotros tantos años?

Muchas cosas pasaron en ese período de recuperación y transformación que provocaron la alegría de Argentino. Me pareció que la mejor forma de mostrar nuestros logros como grupo social, a partir de la Implosión del 25, era a través del relato personal de los grandes protagonistas de ese período, los que Andrés nucleó en el Centro BV durante el año 2050 para las famosas “Charlas del Cincuentenario”.

Las charlas trataron sobre los temas centrales que guiaron la transformación de nuestra sociedad, y me pareció muy valioso transcribirlas, ordenándolas de la mejor forma posible para una buena comprensión.

Además, participé en cada una de ellas, y las grabaciones que encontré en la computadora de Argentino me ayudaron a revivirlas intensamente. Sobre todo, me trajeron el recuerdo de cómo me impresionaron las personas que las daban, por su profundidad y sencillez, con un aire de sabiduría y de satisfacción, representando el alivio que significó para millones de argentinos descubrir que podíamos ser un país normal y orgulloso de sus logros.

El ciclo fue organizado por Andrés, el mismo que se encargó de iniciar la movida de los cursos en el Centro BV. Se había especializado toda su vida en el estudio de los liderazgos y armó todo impecablemente. Incluso fue el encargado de dar la charla resumen sobre los Diez Consensos.

Las reuniones comenzaron en el mes de abril del 2050 y se realizaban todos los miércoles a las 19 horas.

Yo tenía veinte años entonces, y recuerdo que nos juntába-

mos en el bar de Carlitos y nos tomábamos unas pícaras un rato antes de entrar al salón. Muchos de los que participaban como oyentes conocían perfectamente las historias y a los protagonistas, porque habían sufrido la crisis en carne propia y se habían tenido que reinventar en los siguientes años o décadas.

Otros, como yo, éramos muy jóvenes y, si bien no habíamos vivido la crisis, habíamos escuchado en nuestras casas las historias de lucha y sufrimiento de esos años. Sin embargo, entre el 2040 y el 2050, Argentina había tenido mucha estabilidad y armonía social, por lo que varios de los conflictos y turbulencias planteados por los protagonistas eran también difíciles de entender para nosotros.

De todas formas, estar allí, junto a mi abuelo, sintiendo esa energía de los protagonistas y el júbilo de ser parte de una sociedad que estaba orgullosa de sus logros fueron sentimientos que quedaron grabados a fuego en mi memoria.

En su momento, me sorprendió ver que los oradores participaban con entusiasmo de todas las charlas. Con el tiempo entendí que el lazo que los unía era muy fuerte por tantas luchas compartidas, y seguramente veían al ciclo de charlas no solo como un encuentro y una celebración, sino también como una despedida.



5

Dinámicas sociales del renacimiento argentino

La primera de las “Charlas del Cincuentenario” del Centro BV, en el año 2050, la dio Juan José.

Según Juan Pablo, Juanjo, como le decían sus amigos, fue desde su adolescencia un emprendedor cuyo sueño era provocar un gran cambio en la sociedad para sembrar esperanza. Había trabajado toda su vida en ello y fue un gran promotor de la idea de que teníamos capacidad de crear bienestar social con el solo hecho de ser innovadores y ejercer un buen liderazgo con el fin de organizar a la gente para aprovechar los recursos disponibles. Verdaderamente así lo hizo, gracias al gran catalizador de cambio que fue la Implosión del 25, por supuesto, pero aprovechó ese estado anímico general para lanzar un movimiento que se mantiene vigente y creciendo desde entonces. Juanjo tenía setenta y cinco años cuando dio su charla y, si bien nunca había trabajado en el Centro BV, se había cruzado con Argentino en varias oportunidades de la vida y se habían hecho muy amigos. Argentino decía que lo admiraba por su gran corazón, su alegría y su energía contagiosa para encarar proyectos con impacto verdadero en las personas.

Después de repasar mis apuntes de los recuerdos de Juan Pablo sobre todos los que habían pasado por el centro de abuelos, despejé la mesa, preparé una picada, encendí la computadora de mi abuelo y busqué el video de la charla de Juanjo. Entonces, Pícara en mano, me dispuse a disfrutar y a recordar.

—¡Hola a todos! Soy Andrés, el organizador de este ciclo. No se imaginan lo entusiasmado que estoy con este



evento que, para mí, marca un hito en la vida del Centro BV y nos permite rendir tributo a todos los que han contribuido al mayor bienestar de la sociedad argentina, a este presente con armonía social. Les presento a Juan José, un gran amigo de la casa, a quien consideramos un referente de lo social en Argentina. Juanjo, ¿por qué no nos contás cuáles han sido para vos los principales movimientos o factores de cambio de la dinámica social en los últimos veinticinco años?

—¡Gracias Andrés, es un placer para mí acompañarlos hoy! Teniendo en cuenta el contenido de las Charlas del Cincuentenario, quisiera enfocarme hoy en aquello que es único, aquello de lo que no hablarán otros. Por eso decidí describir los grandes factores que han influido para cambiar la forma en que nos relacionamos o nos integramos dentro del grupo social.

En el segundo cuarto del siglo 21, que a varios nos gusta llamar el período del renacimiento argentino, vivimos una revolución en la dinámica social de nuestro país. Creo que el verdadero cambio social se inició con una transformación de actitud en la gente, que solo pudo ser generada al pasar por la Implosión del 25, que nos dio un feroz baño de realismo. Los argentinos incorrectamente maldecíamos los malos liderazgos que teníamos, esos liderazgos que eran geniales construyendo poder pero pésimos para construir valor social. Por otro lado, anhelábamos un cambio y siempre buscábamos, incorrectamente también, que apareciera el líder que nos guiara para dar ese salto social. Creo que ese planteo era incorrecto, porque si ese líder hubiese existido en aquellos momentos, se hubiera preguntado cuándo iba a estar listo el pueblo, para seguirlo con firmeza cuando él lo invitase a encarar, con coraje y sacrificio el duro camino de transformación que el país necesitaba. En otras palabras, si un pueblo desea ser guiado hacia un futuro mejor por un camino inevitablemente difícil, antes, sus miembros

deben prepararse para estar listos para poder seguir a su guía. Cuanto más convencido esté un pueblo del camino que desea, menos extraordinario requiere ser el líder.

En nuestro caso, el cambio de actitud social implicó dejar de desear la droga social del cortoplacismo destructivo y encarar, nosotros mismos como individuos, un proceso de transformación similar al que creíamos que debía seguir el grupo social. La Implosión del 25 actuó como catalizadora. La gente entendió que, si queríamos salir adelante, no podíamos repetir el camino que nos había llevado a la ruina, que la única forma de alcanzar un mejor futuro era imaginándolo, y comprometiéndonos individualmente a hacerlo que el grupo social necesitase de cada uno de nosotros para lograrlo. Y se fue dando como una convergencia de ideas, encontrando con el tiempo los puntos de unión que luego se llamaron los Diez Consensos, que fueron la base de implementación de los cambios del siglo, ¿o quizá fue al revés?

Si bien la polarización siguió existiendo, porque es parte de la naturaleza humana, el humor en la gente fue cambiando, como si cada uno fuese aceptando que había tenido parte de culpa en el proceso de degradación que nos llevó a la Implosión del 25. Esa aceptación provocó un nivel de humildad que fue reduciendo el fanatismo que antes llevaba al impulso de cada grupo de hacer prevalecer sus ideas sobre las de los demás, en lugar de buscar los puntos de unión. Me gusta en estos casos recordar la ley de Demarco, en la que se dice que si uno es genuino, entonces caerá muy bien a un tercio de la gente, será indiferente a otro tercio y caerá pésimo al último tercio. Eso es inevitable en el proceso humano de simpatías y antipatías, y por eso debemos preocuparnos siempre por ser nosotros mismos y nunca ocultar nuestra esencia para agradar a los demás. Y, aunque no parezca, esto se puede medir. Si le agradamos a



muchos más que a un tercio de nuestra audiencia, eso probablemente será el resultado de haber perdido nuestro eje, de haber dejado de ser genuinamente nosotros mismos.

Mi sensación es que una nueva vivencia comenzó a latir en el renacimiento, en la que la gente se aceptaba distinta y no pretendía imponerse ni desdibujarse para agradar, aceptando, por un lado, las diferencias y, por otro, entendiendo que nadie tiene la razón absoluta ni el derecho de prevalecer sometiendo a los demás. Es el famoso vivir y dejar vivir, pero no desde la ignorancia del otro, sino desde la comprensión del otro. Con esa mayor tolerancia se vivió en el segundo cuarto del siglo un clima de transformación continua, sin mayores logros económicos pero con una sensación de mayor armonía, de mayor justicia social y, sobre todo, de sentir que estábamos siguiendo el camino correcto como grupo social.

Una de las grandes diferencias en el ánimo social, entre la mentalidad que prevaleció en los primeros veinticinco años del siglo y la de los segundos veinticinco, fue la conciencia de que lo más importante no era el precio del dólar, la inflación o el crecimiento económico, sino el mayor nivel de conciencia del impacto de nuestros actos en la comunidad y la mayor esperanza que genera en cada uno el confiar en sí mismo y en el grupo social. Se entendió que la discusión adecuada no era si el capitalismo o el comunismo eran los modelos ideales para lograr el bienestar, como ocurría durante el siglo 20, sino cuál era el nivel de conciencia necesario de los individuos para que una comunidad encuentre su propio camino de evolución con equidad. Se entendió que con el nivel de conciencia de los siglos 19 y 20 ningún mecanismo funcionaba. Algunos podían simpatizar con las ideas comunistas, pero cuando no había conciencia, quienes se apoderaban del liderazgo asesinaban masivamente para imponer sus ideas, robaban, actuaban como dictado-

res, con el uso de la fuerza interna y el control, y cerraban las fronteras para que la gente no se escapara. Otros podían simpatizar con ideas capitalistas, porque era un ámbito más libre y se creaba más riqueza, pero en un entorno de competencia y sin conciencia no se acortaba la brecha entre triunfadores y perdedores y, por lo tanto, no siempre se alcanzaba un nivel de justicia y armonía social adecuados. Por eso me gusta recalcar, todo lo que haga falta, que sin conciencia no hay modelo que funcione y, con conciencia, el modelo económico deja de ser eje central de discusión, porque pasa a un segundo plano.

Yo soy un gran defensor de la libertad y pienso que solo el emprendedurismo, el amor de la gente por la acción, puede transformar una sociedad, y que ningún emprendedor puede motivarse y florecer bajo el mando de un burocrata que le diga qué hacer. Estas ideas fueron ganando fuerza a medida que avanzaba el siglo 21 porque, con la aceleración del cambio, la riqueza debía crearse continuamente y se podía generar en cualquier país. Por lo tanto, el concepto antiguo de ciertos liderazgos, de atrapar la riqueza ya creada y distribuirla, no encontraba ejemplos concretos en la vida real, debido a que las fuentes viejas de generación de riqueza se acababan y las nuevas eran imposibles de atrapar.

En el mundo se vivían varios desafíos y la única discusión de teoría económica, con algún sentido de realidad, era sobre cómo crear capacidades en la gente para que pudiera innovar y descubrir lo nuevo, y cómo crear las condiciones en el país para retener emprendedores y capturar las fuentes de trabajo que generaban sus iniciativas.

Además de esta vivencia en lo económico, quiero destacar que hubo en Argentina varios movimientos sociales que provocaron una transformación en las formas de relacionarnos.



El primer movimiento a destacar fue el mayor rol social de los abuelos, quienes, a través de su agrupamiento y actividad en los centros comunitarios, fueron un faro ejemplar, una luz de esperanza para todos. Fue de mucha utilidad para el ánimo social ver cómo los mayores, que estaban en la última etapa de sus vidas, que habían sido estafados y nadie imaginaba cómo iban a salir adelante, se transformaron en un faro de virtudes, un grupo social vibrante y alegre que supo encontrar su camino de salida sin resentimiento ni apatía.

El segundo cambio con impacto relevante en lo social fue la revolución tecnológica. Los dispositivos electrónicos evolucionaron muchísimo, la disponibilidad de información para procesar fue enorme, la capacidad de procesar esa información usando inteligencia artificial superó todos los pronósticos y, por último, la gente estaba siempre conectada, por lo tanto era muy fácil acceder a ella en un proceso de retroalimentación continuo. La evolución tecnológica generó buenas herramientas pero también afectó puestos de trabajo automatizables. Con el tiempo, se fue reduciendo la cantidad de empleos, forzando el mayor tiempo libre de la mayoría. Esta combinación tuvo resultados explosivos y dramáticos, porque la escasez de trabajo, luego de la Implosión del 25, generó un clima de intolerancia y asco hacia el acomodo de algunos que tenían empleos inútiles en el Estado, usando injustamente fondos públicos.

Esos abusos fueron desnudados socialmente mediante el uso de nuevas herramientas desarrolladas por los famosos Cazadores de Parásitos, que eran grupos de activistas tecnológicos muy resentidos y agresivos que fueron fogoneros de la transformación social durante muchos de los años posteriores a la Implosión del 25, esa época muy oscura llamada la Gran Tristeza. Las herramientas desarrolladas por los Cazadores fueron tremendamente ingeniosas

y agudas, y permitieron desenmascarar todo tipo de abusos del Estado, actitudes indefendibles de jueces, fiscales y legisladores, propiedades mal habidas de sindicalistas, políticos, testaferros y empresarios, inconsistencias en declaraciones juradas y todo lo que uno se pueda imaginar. Encima, era tal el resentimiento de la gente luego de la Implosión del 25, que se tenía tolerancia cero a las caranchedas, lo que produjo una suerte de linchamiento social de todos los que eran escrachados por estos sistemas.

Es curioso que la tecnología, así como fue usada para perseguir al argentino avivado y a los ladrones, también fue muy utilizada por el mal ideologizado para manipular inocentes. Era tan fuerte el potencial del uso de la tecnología para manipular gente que equivalía a haberle dado a Hitler la bomba atómica. Esa tensión de intereses, para el buen o mal uso de la tecnología, incidió en el desarrollo de las fuerzas anímicas y sociales de la época. Quizá valga la pena aclarar que, desde la perspectiva del empleo, las eficiencias logradas por el uso de la tecnología no solo tenían una parte mala, como la pérdida de empleos mecanizables, sino también una muy positiva, porque la gente cada vez más podía trabajar a distancia y tener una vida más austera, alejada de las grandes ciudades o inclusive en lugares en los que podía realizar actividades de interés personal. Esta tendencia permitió el crecimiento de la valoración del tiempo libre bien usado versus la búsqueda de riqueza, que era cada vez más difícil.

El tercer gran eje de cambio social, junto con el nuevo rol de los abuelos y la irrupción de la tecnología aplicada, fue la inclusión social por reducción del miedo a la inseguridad. El miedo al otro, esa actitud defensiva por temor al ataque emocional o físico, había sido uno de los factores que más inhibieron la integración social hasta bien entrado el siglo 21. El derrame social de la corrupción de los liderazgos li-



gado a la influencia de los narcotraficantes en la sociedad, durante el primer cuarto de siglo, llevaron a un incremento de la inseguridad y al correspondiente aislamiento emocional, dividiendo a la gente hasta límites insostenibles, exponiéndola a la manipulación. Pero los avances tecnológicos del siglo tuvieron efectos grandiosos en la lucha contra la inseguridad, mejorando muchísimo la inclusión e integración de la gente.

Hubo, por un lado, una proliferación masiva de cámaras de vigilancia en calles, autos, negocios y dispositivos portátiles de las personas y, por otro lado, notables mejoras en la funcionalidad y calidad de cámaras, de dispositivos, en la accesibilidad, en el crecimiento de la conectividad y de la capacidad de procesamiento inteligente de la información capturada. Las cámaras interconectadas permitían obtener pruebas de cualquier ataque en tiempo real. Gracias a la inteligencia artificial, se identificaba a cualquiera por su forma de caminar, sus gestos o sus rasgos faciales. Los prófugos eran identificados y apresados en pocas horas. Cada vez que se cometía un hecho delictivo, muchas veces los sistemas tardaban minutos en definir quién era el responsable y dónde encontrarlo. Esos sistemas eran manejados por el sector público y el privado, lo que generó muchos roces por la invasión a la privacidad, pero finalmente fue prevaleciendo un sistema mixto, que recogía datos de todos los dispositivos y que, en los primeros años, para evitar su control por la policía que muchas veces estaba involucrada en el delito, fue controlado en muchos distritos por los centros de abuelos, en ese momento el único grupo confiable en la sociedad.

La mayor seguridad destrabó un montón de situaciones, que hasta ese momento eran impensadas, y tuvo un enorme impacto en la integración social de las personas. El mejor ejemplo fue el cambio en el transporte, que pasó del

vehículo privado al compartido. Eso se dio en medio de una mayor conciencia del cuidado del planeta, por lo tanto, tener bienes contaminantes innecesarios ya no era aspiracional ni bien visto socialmente. Además, se ganaba menos en los trabajos y esto forzaba a ser más selectivos a la hora de elegir un vehículo. Las nuevas generaciones ponían mucho más foco en vivir experiencias y compartir situaciones que en el consumo o en la posesión de bienes. Era tan bueno el sistema cooperativo de transporte que comenzó a verse como ridículamente ineficiente y antiguo el uso del auto privado.

La suma de estos factores provocó la explosión, a partir de la década del 30, de la moda de compartir viajes con desconocidos, usando la aplicación que evaluaba todas las opciones para encontrar el mejor medio de transporte. Todo salía automáticamente desde la aplicación, que se ocupaba también de resolver el movimiento de plata y los aspectos operativos, hasta agrupaba gente en los viajes por intereses en común. Una consecuencia de esta mayor eficiencia fue que la cantidad de tránsito bajó muchísimo, lo que permitía llegar más rápido a todos lados. Bajó también la polución, aunque ya no era tan alta en el transporte urbano porque para mediados de la década del 30 ya casi todos los autos particulares eran eléctricos. La electricidad para cargarlos era provista mayoritariamente por equipos cargados por energías renovables generadas en los domicilios.

Pero, en forma inesperada, el impacto más fuerte de la movida de compartir viajes fue social, por generar una gran integración de personas de todo tipo y diversidad en un ambiente protegido mientras hacían sus viajes diarios. Todos los días cientos de miles de personas, de diversa cultura y condición social, se subían a autos con desconocidos y compartían viajes generando oportunidades de relación y diversión. Este gran subproducto del uso consciente de las



cosas y la menor inseguridad retroalimentaba la socialización y cooperación entre personas, sin importar su pensamiento político, religioso o racial.

La cuarta movida de fuerte impacto social fue el nuevo servicio cívico voluntario. El principal motivador del proyecto fue la necesidad de encontrar contraprestaciones a los planes sociales, aún vigentes, que permitiesen capacitar a la gente para salir de la trampa en la que estaban. Ese curso se constituyó en una excelente herramienta de capacitación e integración social y era tomado con mucho entusiasmo, como oportunidad personal, por quienes carecían de trabajo y de contención social, pero anhelaban descubrir algo nuevo, ser parte de un grupo, sentirse mejor como personas.

La coordinación del programa la hacían en conjunto muchas fuerzas sociales, incluyendo los centros de abuelos, las academias, el ejército y los expertos en oficios de todas las especialidades imaginables. De hecho, participé del diseño del programa original y del grupo coordinador durante los tres primeros años del servicio. Para su implementación se usaron edificios que habían quedado desocupados por la gran transformación del Estado y de la forma de hacer las cosas, con mayor prevalencia de actividades a distancia. De hecho, la restauración de las sedes fue una de las primeras tareas llevadas a cabo por los participantes, que se sentían orgullosos de contribuir con el proyecto y, de paso, en muchos casos, aprendían a trabajar.

Los impulsores creíamos firmemente que la principal fuente de dignidad del ser humano estaba en lograr sustentarse por su cuenta con el fruto de su trabajo. Nada igualaba el impacto en la autoestima de una persona como el sentir que con su esfuerzo cuidaba de sí y de su familia, que no dependía de dádivas de terceros. Por ello era urgente recuperar la cultura de trabajo que habíamos perdido en tantas

décadas de cortoplacismo, cuando no se creía en las potencialidades de las personas. Este proceso interactivo fue muy valioso para el incremento de la inserción social de sus participantes y fue una prueba de cómo, con buenos liderazgos, organización de recursos y apoyo social, se podían lograr cosas asombrosas con recursos que estaban olvidados. Gracias a Dios, los planes sociales, esa maldita draga del alma, fueron desapareciendo, producto de la capacitación de la gente y de la gran evolución del emprendedurismo que incrementó sustancialmente el empleo privado a medida que avanzaba el segundo cuarto del siglo 21.

El quinto movimiento de gran impacto social estuvo en la bioconstrucción comunitaria de viviendas. Uno de los grandes problemas que la sociedad argentina arrastraba desde sus orígenes era la falta de vivienda digna para sus habitantes. Encima, nos habíamos degradado tanto durante décadas, que era escandaloso ver que había espacio disponible, materiales y gente paga por el Estado que no tenía nada para hacer, pero no nos organizábamos para que la gente tuviera un mejor acceso a su vivienda. Las técnicas de bioconstrucción eran milenarias y su uso era masivo en varios países del mundo. En el siglo 21, fueron mejoradas con nuevos procesos y el uso de componentes modernos que, en parte, venían del reciclado de materiales. La bioconstrucción tenía la particularidad de requerir un alto costo de mano de obra pero, a su vez, un costo de materiales que, en general, era muy inferior al costo de una vivienda tradicional. Las casas que se lograban eran extraordinarias, con lindos diseños, prestaciones muy eficientes, y un ambiente muy saludable. Como sobraba mano de obra paga por el Estado, esta solución flotaba en el ambiente y hacerlo era solo cuestión de proponérselo y organizarlo.

El movimiento se originó tímidamente, con grupos alentados por varias ONG y emprendedores comunales en



conjunto con ciertos municipios, manejado por gente bien intencionada que fomentaba la unión de personas para ayudarse entre sí. Los gobiernos cortoplacistas habían sido usualmente reacios a adoptar estos mecanismos de construcción comunitaria, porque uno de los vicios de la política fue enamorarse de querer entregar una casa lista. Así, grupos de personas sin trabajo ni vivienda digna fueron recibiendo capacitación y apoyo económico para diseñar y construir ellos mismos sus casas. Se organizaban encuentros, llamados “mingas”, en los que quienes construían su casa invitaban a terceros interesados para aprender mientras los ayudaban. Este formato de encuentros tiene una larga historia y el único cambio en la época fue su potenciación con la incorporación masiva de recursos humanos y materiales por el apoyo sano de gobiernos, empresas, ahorristas privados y ONG.

Con el tiempo, estos primeros grupos utilizaron el conocimiento adquirido y la experiencia de haber vivido en carne propia los beneficios de este tipo de construcción, para lanzarse como emprendedores y brindar a otras comunidades el servicio de coordinación y capacitación. El éxito de este movimiento fue fenomenal no solamente por los múltiples beneficios sociales, sino también por la enorme satisfacción personal de los participantes, que se sentían vivos y dignos por estar trabajando, aprendiendo y creando bienes con sus propias manos; además, vivían con emoción el momento comunitario en el que, como resultado de su trabajo, una familia accedía a una casa digna. Esas casas tenían diseños únicos, productos del involucramiento de quienes luego vivirían en ellas, eran especiales por haber sido pensadas junto con sus futuros habitantes y por ser construidas con el apoyo de las comunidades. Es infinita la lista de proyectos que, con el uso de la tecnología y la organización, generaron círculos virtuosos de integración ciudadana. El resultado era completamente distinto a las

frías obras de viviendas del siglo 20 que, salvo raras excepciones, se hacían en entornos de corrupción y sin foco en la calidad ni involucramiento de quienes vivirían en ellas. Ni hablar de que eran, luego, asignadas a dedo a los amigos de quienes las adjudicaban.

El sexto movimiento relevante fue la creciente espiritualidad. Fue tal el sufrimiento por el que pasamos, en la Implosión del 25 y en la Gran Tristeza posterior, que, como era muy difícil salir adelante, la gente recurrió a su interior en la desesperada búsqueda por recuperar la esperanza. Ese proceso de búsqueda fue también provocado por la invasión a la privacidad que generaba la tecnología, en general, y, en particular, su abuso por la gente mala y los viejos liderazgos que durante años buscaron volver al poder, intentando manipular al pueblo con mentiras. Lo destacable de estos viejos liderazgos era que mentían y manipulaban buscando que sus mentiras fueran más efectivas que las de otros, porque no creían en la verdad. Pero la creencia en la verdad terminó siendo, justamente, lo que marcó una línea entre las viejas y las nuevas dirigencias. Muchos encontraron en su interior el oasis de protección que no habían podido encontrar en otro lado y, como pasó cada vez en la historia de la humanidad que por desesperación recurrimos a nuestro interior, hallamos esa luz que nos permitió recordar quiénes éramos y a qué veníamos a este mundo. Ese despertar de la conciencia nos permitió resistir los embates del mal y fortaleció nuestra sana evolución social, nuestro compromiso con lo verdadero, y la convicción para involucrarnos y luchar en lo comunitario con una fuerza y consistencia jamás vistas en la historia argentina...

Puse pausa, recordé la impresión que me causó Juanjo en su momento, cuando presencié la charla. Se veía muy sabio, absolutamente convencido de lo que decía, como quien tiene tan claro lo



que debe hacer que no le tiene miedo a nada, pero, a su vez, sin tener furia en su mirada, sino amor.

Es difícil de describir, pero su carácter quedó en evidencia en la sesión de preguntas y respuestas que usualmente seguían a las charlas. Era un espacio que se habilitaba siempre y daba un cierre esclarecedor a los que asistimos al ciclo.

—Ahora sí, entonces, pueden hacer las preguntas que quieran.

—Juanjo, ¿cómo podés decir que lo económico no fue tan relevante, cuando había tanta miseria?

—Bueno, no quise decir que no era relevante, por supuesto que lo era. Pero lo que entendimos con la crisis fue que para salir de la angustia no alcanzaba con enfocarnos solamente en la economía, que tener un mejor futuro no dependía de que viniera un ministro de economía con ideas fantásticas y nos salvara con un plan económico milagroso. Las crisis generan dolor, por supuesto, pero son fantásticas porque te enfrentan con la realidad que ibas postergando, esa realidad que tratabas de no ver. Era obvio que hacía más de cien años que veníamos derrapando con una cultura incorrecta y que necesitábamos un cambio, pero también es cierto que no enfrentábamos el problema, ya sea por miedo o por falta de convicción. La crisis nos obligó a hacer algo distinto, tocamos fondo verdaderamente como sociedad y tomamos conciencia de que el cambio era inevitable, porque seguir el mismo camino nos iba a llevar a repetir los fracasos. De repente, en el vacío, en la desesperación, la mayoría de la sociedad hizo un clic y se dio cuenta de que debíamos cambiar nuestra cultura, como única alternativa para salir adelante. Respecto a la economía, aprendimos con sangre y dolor que la miseria moral genera miseria económica y que no es al revés. Entendimos que habíamos lle-

gado a esa crisis, principalmente, por la inmoralidad que se había instalado profundamente en nuestra cultura. Por eso, en esa época, latía en el pueblo la necesidad de respirar aire puro, de creer en algo nuevo y verdadero como condición esencial para cambiar nuestra cultura y, de esta forma, salir de la miseria económica. Como consecuencia de eso, en esos tiempos se habló poco de economía y mucho de moral y de cultura. Entendimos como grupo social que debíamos retomar la cultura del trabajo y el esfuerzo, de la verdad, de la ética; que era primordial educar a los nuevos integrantes de la sociedad para que desplegasen su potencial y trajeran nuevos aires, siguiendo el camino opuesto al viejo adoctrinamiento, y opuesto también al esquema mecanizante que buscaba llenarlos de conocimientos vetustos que mataban el alma de las personas, y su iniciativa. Todo esto surgió en esta época. A modo de ejemplo, en reuniones de amigos, antes se hablaba del desastre de la economía, de la alta inflación, la corrupción y la injusticia. Luego, aprendimos que nuestros líderes eran fieles representantes de nuestra cultura y que por eso los votábamos. Entonces, luego de la crisis, en reuniones de amigos se hablaba más de las nuevas formas sociales, de los errores que no debíamos volver a cometer, de tal o cual proyecto que movilizaba recursos para aprovecharlos, de actos de virtud de tal o cual persona que debíamos imitar y de cómo reconstruir las bases en todos los aspectos de la sociedad para potenciarnos. Lo económico fue en paralelo, por supuesto, pero sabíamos que era consecuencia de otra cosa que costaría tiempo reconstruir. Como sociedad y por primera vez en décadas, pusimos el foco en transformarnos y no tanto en sacarle ridículamente el jugo a una naranja vieja que ya estaba seca. Eso fue lo que quise decir.

—Juanjo, tu charla fue muy constructiva y nosotros estamos viviendo, de alguna manera, estas nuevas formas sociales que mencionás que aparecieron hace veinticinco



años. Pero mostraste un proceso muy armónico, muy positivo y natural, aunque estoy segura de que no fue así. ¿Cuál fue el lado b de todo este proceso?

—Es correcto lo que decís, siempre hay un lado oscuro. En realidad, en todo momento en la vida en la tierra y en cada uno de nosotros conviven el bien y el mal. Lo oscuro de esa lucha fue lo que prevaleció en el pasado que logramos dejar atrás. Pero ese triunfo nunca es absoluto, lo oscuro perdió protagonismo pero no vigencia, siempre estará en nosotros y no debemos olvidarlo. Traté, en la charla, de resaltar aquello positivo y luminoso que prevaleció en la época, primero porque fue lo novedoso que nos permitió transformarnos o lo que nuestra transformación permitió surgir, como quieras verlo, y segundo porque en la vida es bueno imaginarnos lo bueno para que ocurra, ponerlo como protagonista de tu mente. Quizá el cambio más sutil de la época, relacionado con el bien y el mal, fue que dejamos de ocupar nuestro tiempo en definir quién era bueno y quién era malo, para hacerlo en cómo potenciábamos lo bueno de cada uno, relegando lo malo. ¿Entienden la sutileza? La nueva visión que preponderó en el renacimiento del segundo cuarto de siglo fue mucho más realista y constructiva, porque llevó a que cada uno de nosotros dejara de concentrarse en las razones por las que se creía mejor que el otro. Aprendimos a los golpes que debíamos enfocarnos en que cada uno debe cambiar como persona para ser protagonista del logro de una sociedad más justa. Eso llevó a que las personas dedicaran muchísimo más tiempo y esfuerzo a contribuir con proyectos de organización y transformación social, que permitían poner en valor recursos olvidados, sacando sustancia de la aparente nada, en lugar de reclamar que alguien les solucionara sus problemas, votando la miseria por miedo a quedarse sin su fuente de sustento.

—Juanjo, ¿hay algún proyecto en particular que te haya llamado mucho la atención?

—Además de los que mencioné como corrientes importantes de cambio, me pareció muy simpático, en la reconstrucción social poscrisis, el proyecto de un loco director de música que armó coros en los que era condición de ingreso ser militante de uno de los dos grandes partidos políticos de entonces, los dividía en dos grupos, con un color diferente, y hacían música gospel. Hubo muchos líos y hasta se fueron a las manos alguna vez, pero con el tiempo empezaron a disfrutar el hacer música en común, perdiendo el miedo a acercarse al distinto, al supuesto enemigo. Fue una movida muy reparadora en las primeras etapas de la reconstrucción, que se replicó en varios coros, y hasta hubo alguna competencia entre coros que se llamó “La Babel”. La cualidad de bandos de estos coros perdió relevancia con el tiempo porque, al ir madurando la sociedad, esa división dejó de ser un tema de conversación.

—Juanjo, a pedido del grupo, te hago la última pregunta: ¿cómo te afectó a vos el proceso de transformación que describiste en tu charla?

—Lo primero que pienso es que logramos como sociedad un proceso de transformación muy positivo y poderoso, en el que curiosamente participamos los mismos que antes habíamos elegido nuestros destinos miserablemente, fabricando pobreza y destruyendo la esperanza, primero la de los más débiles y luego la de todos. El mensaje que incorporé es que todo tiene su tiempo. Vinimos a la tierra a aprender y lo que hoy vemos como una cultura inmoral, que nos llevó a la crisis, era un paso previo necesario para nuestro aprendizaje. Porque solo se logra algo cuando uno está convencido, tan convencido que se pierde el miedo. Es un proceso que algunos llaman el camino del guerrero. Y a veces, por nuestras debilidades, requerimos ayuda externa para convencernos de que debemos cambiar de carril. Como miembro de esta sociedad, ese proceso me llevó a



●
●
●
●
●

aceptarme como soy, a quererme más como parte de una sociedad que vivió momentos oscuros, pero que, cuando le llegó la hora, estuvo a la altura de las circunstancias...

Pausé otra vez, me emocioné al verme y escucharme allí, ¡tan jovencita! Súbitamente recordé que mi abuelo me había pedido que, en cada charla, les preguntara a los disertantes sobre su lección personal. Sí, la última pregunta fue mía. No tengo mucho más que agregar a las exquisitas palabras de Juanjo en su cierre, tampoco duró mucho más esa filmación. Terminé el día con todo lo que él contó revoloteando por mi cabeza, como si tuviera veinte años otra vez.

6

El impacto social de la tecnología

La charla de Juanjo me dejó muy pensativa. Viví en carne propia los cambios sociales que mencionó, sobre todo el dilema que enfrentábamos todos entre el deseo de participar de los beneficios de estar conectados, versus el de no ser invadidos en nuestra intimidad.

Juanjo mencionó varias veces el impacto social del uso de la tecnología, y me pareció importante reforzar este tema con la charla de Chipy.

Chipy era un antiguo cliente de Argentino y cuando dio la charla tenía sesenta y seis años. Estaba muy cerca de retirarse de una carrera bastante intensa en el ámbito tecnológico. Era matemático, científico de datos y desarrollador de software, pero sobre todo era un emprendedor serial, muy conocido por sus inventos y contribuciones al mundo. Estaba lleno de cicatrices por los fracasos, pero con las alforjas rebasadas de éxitos, y orgulloso de ambos por igual. Según Juan Pablo, su sueño del momento era ser parte del Centro BV para contribuir en todo lo posible con el futuro de la sociedad. Sentía tantas ganas de compartir sus experiencias, que le había pedido a Andrés varias veces ser quien inaugurara las Charlas del Cincuentenario, aunque no lo dejaron.

Por la fama de Chipy, el auditorio estaba lleno, principalmente de jóvenes de entre veinte y treinta años que, cuando se enteraron de que él iba a dar una charla en un ámbito tan íntimo, viajaron desde muchos puntos del conurbano para conocerlo en persona.



Recuerdo que ese día habían asistido muchos más jóvenes de mi edad que en charlas anteriores y el bar desbordaba de juventud. Carlitos estaba exultante porque había vendido muchísimo y, además, le encantaba rodearse de juventud. Fue muy aclamada la exclusiva Pícara de Juan Pablo, quien también recuerda ese día por su gran satisfacción como creador de la famosa cerveza del centro.

Empecé a mirar la filmación y Andrés, al finalizar su presentación, le hizo una pregunta, a título introductorio, para entregarlo a la audiencia.

—Chipy, ¿en qué creés que influyó el cambio tecnológico en la humanidad durante los últimos cincuenta años?

Pausé y me acordé, creo que todos esperábamos que su respuesta fuera una descripción inentendible de algoritmos y avances en la inteligencia artificial, pero sorprendentemente tuvo un fuerte tinte social y espiritual. No se sabe si estaba planeada o si se puso romántico por haber consumido las pícaras que Carlitos le regaló como invitado a las Charlas del Cincuentenario.

—Gracias a todos por estar acá, a Argentino por recomendarme y a Andrés por invitarme. Tenía tantas ganas de compartir lo que pienso, que me puse muy pesado para que me dejen hablar y ¡finalmente lo logré! Amo la tecnología, me apasiona solamente el pensar en lo que hemos logrado con ella a lo largo de estas décadas, y quiero empezar mi charla aclarando que lo que la tecnología le ha dado al ser humano han sido simplemente herramientas. Solo herramientas. Lo que ha pasado desde inicios del siglo 21 es que estas herramientas han tenido mucha relación con la comunicación entre las personas, con el fluir de informa-

ción, hacia y entre ellas, y con la forma en que se procesa esa información para dar resultados útiles a la sociedad. Es tan fascinante lo que se puede hacer, lo que uno puede divertirse o con quienes puede comunicarse, lo que se puede aprender, que uno podría pasar la vida enchufado y, consecuentemente, un impacto fuerte del avance tecnológico en el ser humano ha sido la distracción. Y aquí cabe una pregunta filosófica: ¿sirve la tecnología para cumplir nuestra misión en el mundo?

Creo que nosotros venimos a la Tierra a evolucionar espiritualmente. Creo que el ser humano viene a la Tierra porque solo aquí puede lograr lo que su alma necesita transformar, lo que no puede lograr en el mundo espiritual. Seguramente esto les parezca muy esotérico, pero quiero enfatizar que lo más importante de la vida, la única razón por la que estamos en el planeta Tierra, no tiene nada que ver con la tecnología ni depende de la existencia de la tecnología para nada. Me gusta poner esta perspectiva porque la tecnología es, entonces, una excelente herramienta, que tendrá efectos positivos, si la usamos para potenciar nuestro desarrollo personal, o efectos negativos, si la usamos para adormecernos, distrayéndonos y demorando nuestra evolución personal.

¿Qué sería usarla bien? Sería, por ejemplo, usarla para educarnos o comunicarnos mejor con nuestros seres queridos, para generar empleo, para vivir donde queramos, para proteger a la gente, para salvar vidas, para resaltar la verdad o la mentira, o para mejorar la vida y el cuidado de la Tierra.

¿Qué sería usarla mal? Usarla para sacarnos de encima a los niños, exponiéndolos prematuramente a ella, usarla para evadirnos del mundo, para manipular a la gente, hacerle daño o destruir su esperanza para obtener un beneficio, o satisfacer con venganza un resentimiento personal. Y



creo que, desde esta perspectiva, en esta primera mitad del siglo 21, salimos empatados.

Los avances tecnológicos causaron un salto fenomenal en la utilidad de las herramientas, en algunos casos sorprendentes por el uso de la inteligencia artificial, pero también han sido devastadores los efectos en los niños sobreexposados a las pantallas y en quienes se dejaron absorber en exceso por los juegos y la actividad en las redes. Creo que el problema o la solución no pasan por la herramienta en sí, sino por la actitud ante esta de quien la consume. El mismo concepto que se aplica al uso del dinero. Las nuevas tecnologías son herramientas extraordinarias para potenciar nuestras capacidades en la Tierra, capacidades que, bien usadas, nos permitirían progresar como personas y como sociedad. Como estamos viviendo en un período de polarización, hay mucha gente que está aprovechando las herramientas tecnológicas para desplegar su potencial humano y espiritual, mientras otra está abusando de las herramientas en forma adictiva, dañando o desperdiciando su jornada en la Tierra. Entonces, mi primer mensaje es que la tecnología ha tenido un crecimiento exponencial en este siglo, extendiendo nuestras capacidades humanas y, como en todos nosotros yace lo bueno y lo malo, los avances tecnológicos, a primera vista, han contribuido a potenciar aquello que cada uno tiene, tanto positiva como negativamente. Pero quisiera hacer un doble clic en los beneficios genéricos más visibles de la tecnología en el siglo 21.

El primer eje ha sido la fuerte reducción de la inseguridad urbana. Independientemente de la existencia permanente de personalidades y emociones que siempre han provocado la inseguridad, esta ha sido aniquilada en las últimas décadas por la combinación de varios factores que explicó muy bien Juanjo en su charla de la semana pasada. Para los que no estuvieron, incluyó el uso masivo de cáma-

ras activas en dispositivos personales y fijos; su capacidad de transmisión online de información a centros de datos; el uso de la inteligencia artificial para procesar esa información; la capacidad de rastreo en línea de telefonía móvil y vehículos; la articulación público-privada para la recepción de denuncias, y la disponibilidad de drones y vehículos inteligentes en todos los rincones de las ciudades para llegar rápido a todo lugar. Esa combinación, prácticamente, permitía resolver los casos en minutos y fue una gran inhibidora para los delincuentes y violentos.

Ha sido muy grande la discusión sobre la invasión a la privacidad de estos elementos, pero se ha resuelto con decisiones voluntarias de la gente al reconocer el gran beneficio de una mayor seguridad y los enormes avances de encriptación de la información, que solo es descryptada para su uso por sistemas inteligentes en caso de denuncias o emergencias. Las nuevas formas sociales han ayudado mucho en esta implementación. A inicios de siglo, toda esa información era recibida por gente de la misma policía y, a veces, ganaba la tentación de quedársela para proteger sus propios negocios o a sus aliados.

En sus primeras épocas de innovación, inclusive recién iniciado el siglo 21, fue muy exitosa la estrategia del municipio de San Miguel a través del sistema Ojos en Alerta, por el que daban información los mismos vecinos y esta iba a la Municipalidad en lugar de ir a la policía, para generar un control cruzado. Esa estrategia fue muy exitosa para reducir la criminalidad, pero no había sido replicada en todos los municipios por falta de convicción para atacar los negocios del crimen. Sin embargo, a partir de la creación de los centros de abuelos en el segundo cuarto del siglo, se dio un paso más y muchos municipios, primero por conveniencia y luego por presión social, pasaron la atención de las denuncias a grupos liderados por los centros de abuelos, y ese fue



un paso fundamental para eliminar fuertemente el filtrado corrupto de denuncias.

La automatización del monitoreo y rastreo, y el encuentro asegurado en minutos por la existencia de tecnologías coordinadas permitieron flexibilizar las restricciones de la seguridad carcelaria. En muchos casos, quienes cometían delitos leves, tenían prisión domiciliaria controlada por la tecnología y, en los más graves, las cárceles siguieron existiendo, pero se fueron incorporando al sistema muchos edificios abandonados que se hicieron útiles por la menor necesidad de seguridad física, ya que luego de unos minutos de que un preso se alejara del lugar, era capturado y empeoraba su pena. Esto permitió una mejora sustancial en la reducción del hacinamiento carcelario y en la implementación de programas muy exitosos para acompañar a los presos en su proceso de transformación personal, ayudándolos a salir adelante y reducir la reincidencia. Fue muy famoso por su humanidad e impacto en las personas el trabajo de los Espartanos en el primer cuarto del siglo 21, y muchas iniciativas del segundo cuarto de siglo siguieron su filosofía.

El segundo eje del cambio social con origen tecnológico ha sido la transformación radical en el modo de transporte urbano. Estos dos puntos, la eliminación de la inseguridad y la cultura de compartir transporte, tuvieron un efecto enorme y muy positivo en la integración social. Esa eliminación gradual de barreras fue la gestora de un excelente cambio social que proyectamos que continúe en lo que resta del siglo 21. Es mayor la cantidad de personas que se sintieron integradas, hubo más relaciones entre personas de distinto origen y estatus socioeconómico, y esa creciente interrelación potenció el encuentro social y redujo la vulnerabilidad a la manipulación de la política.

El tercer eje del cambio social con origen tecnológico fue el uso de la inteligencia artificial para procesar la información disponible con el fin de juzgar el nivel de eficiencia y civilidad de quienes tienen cargos públicos o posiciones con capacidad de influir en la gente. Las aplicaciones actuales fueron creadas en su gran mayoría por los Cazadores, activistas muy resentidos por lo vivido en la crisis que han logrado acceso a mucha información y a una enorme capacidad para procesarla con alcances hasta hace poco inimaginables. Los sistemas obtienen y consideran, por ejemplo, los consumos de una persona, por dónde se moviliza, dónde vive, qué autos tiene, dónde va de vacaciones, sus declaraciones públicas, las personas que ve frecuentemente, lo que mira por internet, y una lista de actividades que se sigue agrandando todos los días en base a la capacidad de rastreo, la mayor cantidad y tipo de dispositivos, y el aporte de particulares que interactúan con ellos y están decididos a exponerlos.

Esas aplicaciones han llegado a indicar si un juez es fiel a sus deberes, si un legislador ha presentado un proyecto o si lo que ha hecho un gobernante tuvo impacto social. También verifican, para todo funcionario público, si sus declaraciones juradas tienen relación con su calidad de vida y tantas otras consideraciones más que han actuado como un fuerte desincentivo a la participación de los deshonestos o mentirosos en la gestión pública. Han permitido al ciudadano común estar más informado de estos temas, al principio por divertimento y morbo, pero con el tiempo estos conocimientos fueron reduciendo la tolerancia a la corrupción y a la incorporación de inútiles al Estado para pagar favores o blindar posiciones políticas. También, ayudaron a los votantes a entender cómo los estaban manipulando; conocer los efectos de la mentira sirvió para asquear al mismo entorno familiar y social de los líderes psicópatas, entorno que finalmente dejó de mirar para un costado.



Así se generó un proceso gradual en el que las personalidades más manipuladoras del arco político fueron perdiendo fuerza, dando lugar a quienes tenían menos destreza para engañar y manipular, pero más compromiso social y capacidad de gestión. El resultado de estos elementos es muy alentador.

El cuarto eje del impacto social con base tecnológica ha sido el trabajo. Es difícil resumir todo lo que ha cambiado el trabajo en estas décadas, pero básicamente hubo increíbles avances en la robótica para realizar tareas repetitivas, en las máquinas de impresión 3D para producir eficientemente en menor escala y en forma descentralizada, en las tecnologías para construir viviendas, generar energía y producir alimentos a gran escala, en ambientes cerrados y en forma sostenible, sin agredir al planeta. La evolución de su uso fue impactando en los países, progresivamente, y el grado de incorporación en cada país dependió de su cultura. Pero independientemente de la transformación resultante en la forma de trabajar, que fue dramática, lo más importante es que a partir de la adopción de las nuevas tecnologías quedó claro, en el mundo, que las fronteras habían perdido vigencia, que el trabajo de baja complejidad era absolutamente reemplazable, que la única forma de crear empleo privado incremental en gran escala era a través de la educación y la capacitación, para que la gente pudiera insertarse en el mundo de la tecnología, y que lo único importante como ancla de cualquier plan económico era potenciar el emprendedurismo.

Quiero detenerme unos minutos en esto del emprendedurismo, porque es sumamente relevante y hoy parece obvio, pero hasta el año 2025 no lo era. Desde el momento en que la principal creación neta de empleo privado comenzó a generarse por adopción de las nuevas tecnologías y de sus derivados relacionados con varias ramas, y esos

trabajos se podían hacer desde cualquier país, los gobiernos se fueron dando cuenta de que si un emprendedor se preguntaba si convenía emprender en sus países y el resultado era que no, entonces el negocio y sus emprendedores innovadores se irían a otro país y nadie de otro país vendría al suyo. Es por esto que, desde hace décadas, todos los países se esfuerzan en potenciar la cultura emprendedora y, luego, en convencer a esos emprendedores a que emprendan en su propio país.

Eso sí, existió siempre una zona gris, que es cuando la empresa está en otro país pero contrata empleados en Argentina, por ejemplo, algo que ha sido cada vez más común por el crecimiento del trabajo a distancia, pero este escenario también requiere educación y una legislación laboral que haga atractivo contratar locales.

Alguno comentará que no es cierto que los principales trabajos sean los relacionados con la tecnología, que en muchas industrias y nichos se crea constantemente trabajo, como en la agrícola, el reciclado, las nuevas energías, la eficiencia energética, entre otros. Y eso es correcto, en todas las ramas se crea trabajo, pero, en la mayoría de las industrias antiguas la desaparición de antiguos trabajos y tareas ha avanzado a un ritmo igual o mayor al de la creación de lo nuevo por la transformación. En esos casos, la razón fue que los nuevos trabajos se crearon como resultado de la innovación, que es más eficiente, y, por lo tanto, lo nuevo creaba menos empleos que los viejos que se perdían. Entonces, como conclusión, la combinación de la innovación y la comunicación dejaron bien claro a las nuevas generaciones que un país que no pone como prioridad a la educación y al fomento del emprendedurismo innovador está frito.

El quinto eje del impacto social del uso tecnológico fue haber puesto en evidencia la enorme injusticia del empleo público del país. Para los que no lo recuerdan, porque



pasó hace mucho tiempo, en las primeras décadas del siglo 21, Argentina se caracterizó por el aumento desmedido de empleados públicos en los niveles nacional, provincial y municipal. De hecho, se batió un récord mundial, ya que no existió ningún país del mundo que haya duplicado la cantidad de empleados públicos en quince años mientras su economía no crecía, una locura típica de esa época. Hoy, todos sabemos que ese incremento no tenía ningún sentido técnico y que era muy injusto, aunque hasta el baño de realidad de la Implosión del 25 no parecía ser tan claro para la mayoría de la gente. Muchos de ustedes ni habían nacido en ese momento y esto les parecerá sorprendente desde su perspectiva actual, pero en esa época los políticos incorporaban a esa gente porque sí, abusando de sus poderes, porque la plata no era suya y les convenía comprar voluntades, dando, además, de comer a los amigos y metiendo gente propia en las estructuras.

Luego se fue la bonanza de los commodities que permitió financiar esa aventura sin que se notara tanto, y hubo que duplicar los impuestos para pagar esos gastos que ya estaban enquistados. Los impuestos eran altísimos y todo se tornó tan insostenible que ya no tuvo tracción la creación de empleo privado en el país. Entonces, los gobiernos tuvieron que seguir tomando gente para ocultar el desempleo y todos sabemos cómo terminó esa espiral negativa. Pero lo que ayudó a que la gente finalmente comprendiera lo que estaba pasando, se enojara y se pusiera firme con sus exigencias fue la tecnología. Recordemos que no solamente había muchos empleados, sino que también existía mucho robo. Entonces, cada uno que se sumaba al gobierno quería ganar, además de un sueldo injusto, alguna comisión por facilitar trámites o un margen por aprobar una compra.

Como la gente estaba harta, comenzaron a circular las aplicaciones que, nutriéndose de la información que

cada ciudadano indignado aportaba, desde adentro o desde afuera del Estado, más todo lo que aportaba la inteligencia artificial, usando los datos de las denuncias, comenzaron a exponer a los que trababan trámites, a los que no trabajaban, a los empleados que eran militantes sin experiencia, a los socios en estudios privados de abogados caranchos del estado, también exponían cuánto tardaba cada trámite, se comparaban los trámites con los de otros países, se comparaba la cantidad de empleados para cada tema con la de otros países e infinitos etcéteras. Se generó un cóctel perfecto, porque luego de la Implosión del 25 la gente estaba harta, se le había agotado la paciencia, quería trabajo y se daba cuenta de que ningún nuevo emprendimiento era viable en Argentina, porque había que pagar impuestos absurdos para financiar un Estado atontado, lleno de empleados que, a esa altura del siglo, nadie entendía para qué estaban.

Por otro lado, había como siempre empleados públicos excelentes, grandes servidores públicos de vocación y carrera, médicos, maestros, abogados, administrativos, que en todos los casos tenían un sueldo bajo porque, al haber tanta gente innecesaria, no alcanzaba la plata, además tenían que trabajar horas de más, porque el Estado estaba lleno de vagos, y encima veían cómo los vagos eran a su vez los que robaban, demoraban trámites y tenían dos trabajos, porque al del Estado iban poco. El hartazgo por esta situación, que mucha gente calló durante años por estar adormecida, por no conocer los datos, por miedo a perder su trabajo, se potenció cuando aparecieron las aplicaciones que revelaban todo. Gracias al altoparlante provisto por la tecnología, comenzó a instalarse en la sociedad el asco a la ocupación de cargos públicos por gente que no hacía falta. Se hablaba mucho de que, en el extremo, si esa gente, que quitaba la energía a los emprendedores y el sueldo a los buenos servidores públicos, no tenía capacidades para conseguir un trabajo en ningún otro lugar, entonces debería



como máximo recibir temporalmente un plan social, pero no cobrar más que eso y menos darle la posibilidad de generarse un kiosco para hacer un daño mayor al sobresueldo que se llevaba.

El sexto eje del cambio social fomentado por la irrupción tecnológica ha sido una menor dependencia a vivir en ciudades. El trabajo y la educación a distancia, las conversaciones virtuales sin fronteras y el transporte autónomo compartido han permitido que mucha gente se mudara a los pueblos del interior del país, que se encontraban casi desocupados en los primeros años del siglo. Había más comodidades en el mundo, pero no había crecido el ingreso por persona, y estas movidas permitían vivir mejor que en la ciudad a un menor costo. Una contracara de esto fue el crecimiento del alquiler temporal de habitaciones en centros urbanos, que se ocupaban cuando quienes vivían en los pueblos iban a las ciudades, algún día en la semana o en el mes, para lograr un equilibrio en sus vínculos con sus compañeros o contrapartes comerciales.

En fin, aquí termino con la charla introductoria y quedo dispuesto a responder sus preguntas, que es lo más enriquecedor de estos eventos.

— ¿Cuál es el sistema o aplicación que más te gusta?

—Mi favorita es LikeMe. Es muy vieja y no es nada sofisticada en tecnología, pero es la que más uso y la que más me reconforta. Para los que no la conocen, que verdaderamente serían unos marcianos porque es conocida en todo el mundo, es una aplicación que permite seguir a personas que hacen cosas que valoramos y pagarles por ello. A diferencia de otras aplicaciones, LikeMe no genera que quien tenga más actividad logre más apoyo publicitario. Esas aplicaciones ligadas a la publicidad generan en el influencer presión para mostrar cada vez más actividad para que lo

sigan más y más personas. En LikeMe se fomenta lo verdadero aunque tenga poca actividad, y uno puede pagarle al individuo directamente, si lo que hace le gusta. Entonces si, por ejemplo, alguien tiene cien mil seguidores y cada uno le paga un peso cada vez que ve una publicación y lo “likea”, este recibe cien mil pesos por cada publicación. Eso permite contribuir a que las personas que hacen cosas valiosas puedan vivir de su trabajo, sin depender de la publicidad, sino de la contribución voluntaria que sus seguidores hacen ante cada publicación que les parece interesante. Hay un filtro muy útil y bien recibido por los seguidores, que indica cuánto esa persona declara necesitar para vivir en forma adecuada, y automáticamente la aplicación, a fin de mes, divide su necesidad mensual de ingresos entre los likes recibidos.

Particularmente, soy un seguidor muy fiel de Sanador77, un señor que me parece muy sabio y vive en una chacra, en un pueblo de la provincia de Buenos Aires. Este señor publica reflexiones y genera conversaciones con sus seguidores, y sus mensajes y la interacción con él han sido de gran compañía para mí desde hace muchos años y han tenido una enorme relevancia en mi evolución personal. Me gusta mucho su ejemplo, porque es una persona con una vida sencilla, muy meditativa y de una profundidad asombrosa, que en otra época de la historia habría pasado inadvertido. Gracias a la tecnología, puedo nutrirme de su ejemplo de humildad y de alegría. Siento que de la forma en la que está organizado el sistema, Sanador77 vive de lo que hace, siendo genuino y en un continuo diálogo con quienes aportamos para su subsistencia y aprendemos de su sabiduría. La tecnología permitió que, con muy pocos aportes de cada seguidor, él pueda vivir bien, y hoy son cientos de miles de personas quienes viven de esta forma, financiados por quienes valoran lo que hacen.



—En la charla mencionaste a los Cazadores y a los sistemas de detección de injusticias que fueron grandes catalizadores del cambio social. ¿Nos podés dar más detalles sobre eso?

—Se dice que el origen del primer sistema de este tipo fue creado por un equipo de matemáticos y científicos de datos, contratados por la AFIP para reducir la evasión. Estas personas fueron muy exitosas en la AFIP, cruzando datos para detectar evasores, pero se fueron hartando cuando veían que las autoridades usaban la información discrecionalmente, eligiendo contra quién ir y a quién no molestar. Estos expertos matemáticos o quants, con el tiempo, fueron filtrando públicamente la información de esas personas que el gobierno quería proteger y, por el ruido generado, algunos fueron despedidos y otros simplemente se abrieron por su cuenta para hacer justicia, divertirse o vengarse, dependiendo del estado de ánimo de cada uno. Se dice que estos fueron los primeros Cazadores, quienes, como ya comenté, son los activistas que han usado la tecnología para desenmascarar situaciones de abusos, robos, extorsiones e injusticias de todo tipo. Estos activistas se financiaban con aportes directos de los usuarios, como el sistema de la plataforma LikeMe, y fueron crueles protagonistas del segundo cuarto del siglo, motivados, en su gran mayoría, por un deseo de venganza porque ellos o su entorno fueron muy dañados en la Implosión del 25, daño que los hizo perder sus esperanzas y las de sus seres queridos, en algunos casos llevándolos a la depresión, al suicidio o a la muerte por enfermedad.

Gracias a los Cazadores fue muy alta la capacidad para desenmascarar el robo y la manipulación grotescos que habían prosperado hasta la Implosión del 25. Hay muchos ejemplos de tecnologías disruptivas del orden social desarrolladas por ellos. Una aplicación, que era conocida

como la Verdadera, permitía descubrir si quienes hablaban de cualquier tema decían la verdad o no. El sistema hacía chequeos instantáneos de veracidad usando inteligencia artificial y alcanzó niveles inauditos de seguidores. Esto fue posible porque la cantidad de información disponible crecía exponencialmente y la gente aceptaba, expresamente, darla en su deseo por recibir a cambio los frutos procesados de la información que daban otros.

Entonces, cuando alguien hablaba públicamente, los sistemas hacían miles de chequeos instantáneos de consistencia entre, por ejemplo, lo que esa persona decía y todo lo que esa persona había dicho antes en medios o en las redes, lo que esa persona decía pensar y la forma de pensar de los grupos a los que pertenecía, o lo que esa persona quería transmitir sobre su propia imagen y los bienes o amistades que tenía. Cada uno programaba, en su dispositivo, los atributos que valoraba o despreciaba en una persona y, con ese filtro, aparecían en la pantalla los colores elegidos, como el verde para alguien valioso y el rojo para una persona despreciable, de acuerdo a lo configurado. Hubo mucho revuelo con ese tipo de sistemas, ya que, en paralelo con los que buscaban la verdad, proliferaban los que buscaban manipularla. Durante años se vivió en una tremenda confusión que solo generaba división y ampliaba la grieta. Pero, con el tiempo, el sistema se fue estabilizando y prevalecieron las versiones que no solo daban el resultado, sino que daban acceso a fuentes verificables valoradas por cada usuario.

También aparecieron grupos confiables de referencia que validaban los resultados, entre ellos algunos centros de abuelos expertos en tecnología. Los abuelos, por el momento en el que estaban de sus vidas, se constituyeron en el último reservorio de confianza en temas cruciales para el renacimiento de la confianza social.



Este sistema tuvo un impacto tremendo, porque la gente se fue hartando de la confusión y la mentira, y necesitaba desesperadamente respirar verdad. La Gran Tristeza, como llamamos a los años posteriores a la Implosión del 25, aceleró el cambio en el humor social. La conciencia del daño causado por los manipuladores llevó a muchos al asco y a la repulsión de haberse sentido funcionales a ellos, aunque fuesen sus padres, provocando lo realmente importante que fue la condena social.

Otra aplicación muy disruptiva creada y fogoneada por los Cazadores fue Maldueño, muy del tipo y de hecho conectada con Verdadera, creada también por activistas de la limpieza ética que buscaban desenmascarar propietarios y testaferros de fortunas mal habidas. Este sistema se nutría de información de denunciante anónimos que buscaban exponer a los delincuentes. Entonces, por ejemplo, si se detectaba por cualquier denuncia anónima un campo que supuestamente pertenecía a alguien que lo había comprado con dinero robado, los denunciante ingresaban esa sospecha en el sistema que comenzaba a rastrear y cruzar datos y, si saltaba una inconsistencia, la información era expuesta públicamente y se generaba una enorme presión para que apareciera su dueño y demostrara que la propiedad estaba adecuadamente declarada. Cuando el dueño aparecía y se justificaba consistentemente sin anomalías, enseguida se desactivaba el alerta, pero cuando el dueño no aparecía, entonces la propiedad quedaba en rojo en la aplicación y la sospecha circulaba cada vez más fuerte en las redes. Si a los cinco días no aparecía el dueño, se asumía como la confirmación de un mal dueño y los activistas comenzaban a aglutinarse en la puerta de la propiedad, interceptando a empleados y proveedores, para postear en las redes todo lo que averiguaban.

Esa situación, fogoneada por miles de jóvenes sin trabajo, resentidos por la Implosión del 25 y asqueados del

afano, a quienes, a su vez, les parecía divertido y los hacía sentir poderosos hacer saltar estas cosas, hizo salir a la luz muchas fortunas mal habidas, forzando, con denuncias, a la justicia a actuar, porque los jueces sabían que el próximo paso de los activistas era exponerlos a ellos con la aplicación Maljuez. Hasta ese momento, en la época de la Argentina de moral adormecida, en cada zona se hablaba de que tal o cual propiedad pertenecía a tal o cual político, sindicalista o empresario testaferro, pero nada de eso se hacía público. Los vecinos, empleados y proveedores de propiedades con dueños oscuros sabían quiénes eran estos dueños, pero se callaban. Y esas personas callaban por diversas razones, en algunos casos, para obtener un empleo o hacer un negocio con ese mal dueño y, en otros, porque era bueno tener un vecino influyente para pedirle favores, o porque ese vecino era un buen candidato para comprarles su propiedad, o simplemente por miedo, un miedo que era mucho mayor que el compromiso social del ciudadano típico y adormecido de la Argentina hasta la Implosión del 25.

Igualmente, ya no hacía falta que reaccionase la justicia, en la que ya nadie creía ni tenía paciencia para esperar, porque cuando estas personas eran detectadas y expuestas por los activistas digitales, en pocos días sin justificar sus bienes se encontraban con un linchamiento social, un vacío total de parte de amigos, parientes, y de todo el entramado social del que toda persona depende, hasta los más psicópatas. Ese altísimo nivel de riesgo a la exposición y aislamiento social fueron un fuerte desincentivo al afano y a la mentira, que marcarían a partir del segundo cuarto de siglo uno de los cambios culturales más grandes y de mayor impacto en la dinámica de poder de la sociedad argentina.

El uso de la tecnología también afectó la imagen de legisladores nacionales y provinciales. Se habían diseñado aplicaciones, para un chequeo on-line entre lo que los le-



gisladores decían y hacían y los Diez Consensos u objetivos de la ciudadanía en los distritos a los que ellos pertenecían. Esto permitía identificar con colores, del verde al rojo, el nivel de consistencia de cada legislador, cuánto hacía por los temas de interés del distrito al que representaba, cuándo actuaba como rebaño siguiendo las indicaciones de otros, sin tener en cuenta los intereses de su gente, y las incoherencias entre su vida y su economía versus lo que realmente declaraba. Por supuesto, provocó mucho tumulto al principio, y el poder político que había prevalecido hasta la Implosión del 25 buscó adquirir o cancelar estas aplicaciones y lanzar las propias, para manipular resultados y atacar opositores, pero, con el tiempo, el peso de esas herramientas y el apoyo en masa de la gente fueron imposibles de frenar, desgastando a los corruptos históricos y dejando espacios a la gente sana de la política que siempre estuvo, pero que fue encontrando su momento gracias a estos procesos de depuración potenciados por el despertar de la sociedad.

Aprendimos, por suerte, que los problemas argentinos de fondo fueron nuestras malas decisiones como sociedad, ya que los políticos que prevalecieron en las épocas oscuras tomaron ventaja de una sociedad que, en su mayoría, toleraba cualquier cosa con tal de que su propia expectativa económica de corto plazo fuera favorable.

Si bien en las épocas oscuras hubo ventanas de oportunidad en las que la gente, harta de sentirse frustrada, votaba a líderes que verdaderamente creían en la gente, y por lo tanto su discurso era largoplacista y verdadero, estos líderes no tenían sustento social ni mayorías en el congreso para realizar las transformaciones necesarias y permanecer en el poder por mucho tiempo.

—En la charla hiciste referencia a los líderes psicópatas que manipulaban a la gente. ¿Podés explicar mejor por qué dijiste eso?

—Es sencillo. Los políticos son personas que, por la naturaleza de su vocación, quieren acceder al poder. Si los políticos perciben que el votante prioriza el asegurarse la suya, entonces, los políticos que ganen elecciones serán aquellos que prometan el cortoplacismo buscado por la gente y que, cuando sean votados, darán cortoplacismo, darán plata en el bolsillo de hoy sabiendo que eso será a costa del futuro de la sociedad. Como eso es un asesinato social, quienes tienen la capacidad de hacerlo recurrentemente, sin importarles el daño, tienen que carecer de sentimientos para soportarlo. Una persona normal no puede hacer eso. Un psicópata, sí. Entonces, cuando la sociedad es cortoplacista en forma suicida, solo pueden prevalecer mucho tiempo en el poder los políticos que no tienen problema en mentir, en enviar a la gente al abismo con tal de que los voten. Yo creo firmemente que, debido a los deseos cortoplacistas y suicidas de los votantes, los liderazgos prevalecientes en la política argentina, hasta el 2025, fueron producto de una selección natural de psicópatas.

— ¿Me explicás la comparación que hiciste respecto del empleo en el Estado que no hace falta versus el plan social?

—Es sencillo también. En un país, el argumento para implementar los planes sociales es que escasea el empleo y que quien recibe un plan no está capacitado para conseguirlo por sus propios medios. Entonces, para financiar a los beneficiarios de los planes sociales los que tienen un empleo privado tienen que pagar más impuestos. Ahora, digamos que hay una empresa del Estado, o una dependencia del Estado, y se toma personal que no hace falta. Recordemos el caso de Aerolíneas Argentinas, la línea de bandera que siempre perdió plata y tuvo que financiar sus pérdidas con los impuestos pagados por la gente. Aerolíneas tenía, hasta entrada la tercera década del siglo 21, el



doble de personal por avión que muchas de las aerolíneas privadas del mundo, ¡el doble! Entonces quedaba claro que esa gente no hacía falta. La única razón por la que se la contrataba era porque la empresa no tenía un dueño a quien le preocuparan los gastos, porque tenía mucha fuerza el sindicato y porque los funcionarios de turno tomaban gente amiga o militante, lo que venga. Total... ¡que la financien los salames que pagan los impuestos! Entonces, si los que pagamos impuestos tenemos que financiar a los que tienen un subsidio en el Estado, si un tipo que tiene un plan gana cinco pesos y un empleado innecesario de Aerolíneas gana quince, ¿por qué debo financiar los quince? En todo caso, que Aerolíneas tenga la gente que deba tener, y todos los que sobran, que no tengan capacidad de conseguir otro empleo, que cobren una asistencia temporaria hasta poder capacitarse y reinsertarse laboralmente. Eso, que hoy es tan obvio, se hizo evidente en la Implosión del 25, cuando los impuestos hicieron colapsar la economía, los empresarios quebraron, los emprendedores se fueron a otros países y la gente, enfurecida, dejó de hacerse la distraída con esas injusticias que nos habían destruido la confianza.

— ¿Cómo estamos parados hacia el futuro?

—Yo creo que estamos bien. Hace años que el rol del Estado es tomado muy en serio. Se maneja profesionalmente y funciona cada día mejor, mientras se reduce su costo. La gente está muy bien socialmente por la menor inseguridad, la baja incertidumbre económica por el mayor nivel de consensos y por el aumento de interacción social gracias a las tecnologías. No hay tanta riqueza, no hemos logrado construir un Estado de bienestar como se soñaba en el siglo 20, pero hay más equidad y eso nos permite sentirnos mejor como personas. Por otro lado, las herramientas tecnológicas también han dado más poder de fuego a los criminales, a los depravados y a los manipuladores, y en esto enfrenta-

mos grandes desafíos que solo pueden ser contrarrestados con mucho trabajo de prevención y de preparación personal para reducir nuestra vulnerabilidad. Siento que estamos viviendo una época de bienestar social por la mayor sensación de justicia, que nos fortalece ante esos desafíos que siempre acompañarán a la humanidad.

—Chipy, a pedido del grupo, te hago la última pregunta: ¿cómo te afectó el proceso de transformación del segundo cuarto del siglo que describiste en tu charla?

—Bien, diría que me sentí muy pleno, porque fue una época en la que el tema que me apasiona tuvo mucho protagonismo social, mucha influencia y, por lo tanto, pude trabajar en proyectos con alto impacto. También aprendí mucho, sobre todo al entender que la tecnología no es la solución mágica a nuestros problemas, sino solo una herramienta que extiende el poder del ser humano, lo potencia y abarca tanto lo bueno como lo malo que yace en la persona que la usa.

Con mucha satisfacción, pude observar que el uso de la tecnología en sus diversas aristas tuvo efectos prácticos muy positivos en la calidad de vida de la gente, que pudo alejarse de las ciudades para vivir más barato y estar más en contacto con la naturaleza, que pudo perder el miedo a la cercanía con los demás, por la mayor seguridad, y también pudo acceder al conocimiento o a fuentes de sustento, haciendo lo que los hacía felices, y con más tiempo libre para dedicarle a los asuntos personales. Creo que esto último, ligado a las fuerzas de la época, fue un buen catalizador para el desarrollo espiritual de la gente, que, repito, es lo más importante que podemos realizar en nuestra jornada en la Tierra...

Paré el video y reflexioné. Me atrapó revivir la charla de Chi-



py, la encontré muy enfocada en el impacto de cada tema en las formas sociales y no tanto en los detalles que tienen menos relevancia. Personalmente, esta charla y el ciclo, en general, me abrieron los ojos para entender mejor cómo funcionábamos socialmente en nuestra época, y por qué.

Repasar las grabaciones y escribirlas me resulta muy movilizador, y termino muy cansada.

Llamé a Joaquín, uno de mis amigos de la infancia, lo pasé a buscar por su negocio de productos sustentables, y fuimos al corredor de Bella Vista. Caminar por el corredor, charlando con él, es una de las actividades que más me reconfortan y distraen en estos días.

Pude observar lo relajada que estaba la gente en el corredor, y ello confirma lo que dijo Chipý: la gente anda sin miedo a la inseguridad, y eso cambia nuestra dinámica social.

7

Liberando la creación del empleo

Recuerdo que la charla de Chipy sobre el impacto de la tecnología en lo social había sido tan exitosa que para la siguiente se ampliaron las capacidades de transmisión por streaming.

Andrés invitó luego a su amigo Ricardo, quien había trabajado durante su vida activa en temas relacionados con recursos humanos, y también fue consultor tanto para el Estado como para empresas privadas. En esa época, hacía ya unos cinco años que Ricardo se había jubilado y era muy activo en el Centro BV. Juan Pablo me comentó que muchísimos centros de abuelos, buscando aprender de la experiencia y hacer lo propio, armaron un lugar físico para ver las Charlas del Cincuentenario por streaming, promocionando un encuentro social para generar debates entre los participantes al finalizar cada charla.

Andrés presentó a Ricardo, a quien cariñosamente llamaban Gatito, vaya uno a saber por qué, con el siguiente disparador:

—Gatito, estamos viviendo desde hace décadas un proceso de cambio permanente, en el que los empleos que se crean requieren capacidades especiales y los viejos empleos, más comunes y accesibles, se van perdiendo, poniendo en un gran desafío al equilibrio social. ¿Cuál es tu opinión sobre esas tendencias y qué creés que pasará en el futuro?



—Bueno, las tendencias son muy claras. Globalmente se ve una consistente eliminación de empleos que llevan adelante tareas repetitivas. Los empleos incrementales que se crean, es decir los que no son reemplazo de viejas tareas que se mantienen, son producto de la innovación. El verdadero impacto marginal lo provocan los empleos que surgen de las áreas del conocimiento, que tienen dos particularidades: requieren educación y no tienen fronteras. A comienzos del siglo 20, los gobiernos, legisladores y sindicalistas luchaban por proteger empleos existentes, mientras que, en la actualidad, el gran cambio de mentalidad se enfocó en crear empleos nuevos, porque los antiguos en algunos casos no crecen y, en otros, tienden a la desaparición. Es por esto que hubo cambios en las legislaciones y también en los protagonismos.

Hoy, el verdadero protagonista es el emprendedor, aquel que tiene energía para encarar un proyecto económico, social o cultural que potencialmente pueda crear empleo, mientras que ayer era el sindicalista. En el pasado, las legislaciones estaban apuntadas filosóficamente a proteger a los empleados de viejas fábricas o grandes Estados, mientras que las actuales apuntan a tentar a la gente a iniciar sus proyectos en el país, a brindar empleo local. Los viejos argumentos para defender ideologías rígidas anti empresariales y a favor del empleado ya no encuentran asideros prácticos porque el empleo es tan flexible y volátil que quedó claro que el mayor valor está en eliminar el miedo de quien tiene un proyecto a los altos costos laborales o a la infame industria del juicio. Estos son conceptos generales, pero luego hay diferencias por industria.

Si bien en toda industria hay ideas que generan nuevos proyectos y más empleos, producto de la innovación, también hay eliminación de puestos por la aplicación de la tecnología. Además, las mismas ideas innovadoras que ge-

neran nuevas empresas, en muchos casos, funden a otras existentes con mayor cantidad de empleados. Un caso concreto es el comercio. Por un lado, las nuevas tendencias o marcas provocan la apertura de nuevos locales al público, pero, por otro lado, desde hace décadas el comercio digital reduce fuertemente el volumen de ventas de los locales físicos, quitándoles rentabilidad e inclusive provocando el cierre de los que dejan de tener sentido económico. Otro ejemplo es la producción. Ya a mediados del siglo 20 había comenzado a perder relevancia el empleo industrial sobre el empleo total y hacía décadas que los puestos de trabajo en la industria caían en términos absolutos, porque el nacimiento de nuevos negocios no llegaba a compensar la automatización y la simplificación de los procesos viejos. La irrupción de impresoras 3D equilibró parcialmente este proceso en los países de altos salarios y de mercados pequeños, porque favoreció la producción local eficiente en pequeña escala, para generar ahorros de logística y practicidad.

Otro sector de evolución muy clara fue el de la seguridad. Los cientos de miles de empleos en seguridad, que tanto auge tuvieron en la época de la corrupción y el narcotráfico, fueron disminuyendo a lo largo de los años con la reducción de la inseguridad provocada por los adelantos tecnológicos.

La construcción, otro gran ítem siempre presente en nuestra matriz laboral, ha tenido una evolución distinta dependiendo del segmento de que se trate. En la industria formal de construcción tradicional hubo una caída leve en la actividad, debido a que el crecimiento poblacional no llegó a compensar las mayores eficiencias en los procesos. Sin embargo, ha crecido muchísimo el nivel de actividad en la bioconstrucción de viviendas sociales, debido a los grandes avances en la organización de la construcción comunitaria



de viviendas, con apoyo de los gobiernos y de las ONG. Si bien esto no generó un boom de empleo formal propiamente dicho, ha tenido un impacto fenomenal en la vida comunitaria por la cooperación entre la gente y el sentido de dignidad de quienes acceden a su casa como producto de su propio esfuerzo y de la compañía de su comunidad.

El turismo internacional, que fue impactado fuertemente por el cambio climático, está recuperando terreno, dada la menor emisión de carbono de los aviones, y el doméstico sigue manteniendo los altos niveles de las últimas décadas. Todo lo relacionado con la producción agrícola y demás alimentos y materias primas siguió empleando poca gente, en proporción al total nacional, aunque la mudanza de la gente al interior, facilitada por el avance tecnológico, generó una fuerte movida de productos orgánicos y saludables en chacras pequeñas, manejadas por comunidades afines.

Han nacido industrias nuevas y enormes, por supuesto, como el reciclado en todos sus órdenes, la eficiencia energética, las energías renovables, el transporte cooperativo y las finanzas sostenibles, aunque en algunos casos han matado a otras industrias, y es posible que, luego de estos años de crecimiento, esas industrias se establezcan.

Otro rubro históricamente relevante en la generación de empleo han sido los gobiernos, pero en nuestro país su personal se multiplicó por razones puramente políticas e ideológicas a inicios de siglo. Todo lo que hizo falta aumentar en estos años, en maestros, personal de la salud, científicos de datos y desarrolladores de software, no estuvo ni cerca de compensar lo que fue cayendo el exceso de personal de partida en otras áreas por los programas de equidad social.

Los empleos que han crecido fuerte en estas décadas, y es probable que lo sigan haciendo en el futuro, son los

ligados a la provisión de servicios, la educación, el desarrollo y soporte tecnológico, la ciencia de datos, la inteligencia artificial y la conectividad. Todos esos empleos requieren educación, no tienen fronteras, y los que están capacitados para tomarlos ven con naturalidad moverse de un país a otro.

Esto de las fronteras es muy importante, ya que a partir de 2030 se hizo absolutamente obvio que estas eran las industrias que verdaderamente creaban empleo incremental relevante, que los negocios que sostenían ese crecimiento aún debían ser creados y que, si en un país los impuestos eran muy caros, si no había estabilidad en las reglas de juego, si no existía infraestructura suficiente, si no tenía una moneda estable, si no poseía financiamiento competitivo y justicia adecuada, entonces, a los que tenían la idea y el espíritu emprendedor les convenía emprender en cualquier otro país con más ventajas o menos incertidumbre.

La gente joven con alguna capacitación se iba a los países vecinos o a países favoritos a probar suerte o a trabajar en emprendimientos que podían haberse hecho en Argentina, pero sabían que no tenía sentido. Hasta los tres a cinco años posteriores a la Implosión del 25, este fenómeno se hizo visible en las familias descendientes de los inmigrantes que habían venido a hacer la América, y eran ellos quienes veían cómo sus hijos emigraban a países más normales, con menos odio ideológico, buscando horizontes donde conseguir un sustento y armar su vida dignamente.

La razón de la frustración y la degradación de los trabajos disponibles localmente se debía a la aplastante carga de un Estado que se había tornado elefantiásico y tonto, que ahogaba por completo las iniciativas de la gente. Muchas cosas convergieron para hacer evidente la necesidad de un cambio, y es muy alentador ver cómo ese cambio se viene dando con mayor claridad en los últimos veinte años. La transformación que fuimos viviendo ha sido clave, porque



un alto porcentaje de los empleos privados, en este momento, es en empresas que han sido creadas durante este siglo, y es posible que esta tendencia de cambio se acelere y que, hacia fin de siglo, casi todos los empleos sean en actividades que están apareciendo en nuestra época.

La buena noticia entonces es que hace unos años fuimos forzados, por la Implosión del 25, a abrir los ojos y darnos cuenta de esta dinámica, por eso hay un proceso positivo de transformación en marcha. La mala es que los demás países lo vieron antes y estamos en una carrera para atraer a los nuevos y únicos proyectos capaces de generar empleo privado incremental.

Quizá sirva que ahora haga una aclaración. Hace mucho tiempo, cuando el trabajo era principalmente en el campo, estos empleos no se podían mover de un país a otro. A lo sumo, la gente del campo se movía hacia la ciudad como pasaba en la era industrial, y cuando una fábrica se instalaba en un país, era inviable moverla. Esto generó, de alguna forma, la tentación de los gobiernos de antaño por hacer rígida la legislación laboral y llenar de impuestos a las empresas que ya habían invertido, porque no se podían ir. Pero ahora todo es muy diferente. Las empresas que generan empleo lo hacen con mucho menos inversión que antes, se pueden crear en cualquier lugar, se pueden mover a cualquier lugar y pueden cerrar y reabrir en cualquier lugar. Cambió completamente el paradigma. El gobierno no puede exprimir a estos proyectos una vez que se instalaron en el país, porque por su naturaleza les es fácil tomar la decisión de irse, si quedarse en el país dejó de convenirles. Además, es tan fácil emprender que quienes lo hicieron enfrentan mucha competencia que aparece rápidamente y del lugar menos esperado. Por lo tanto, quienes luchan por su espacio saben que no pueden darse el lujo de ser ineficientes por quedarse cómodos en un país. Si en esa mudanza es

conveniente llevarse a la gente, entonces la gente se mudará con la empresa, porque esa flexibilidad por adaptarse al cambio, viviendo en donde convenga, es parte de la cultura actual. La nueva naturaleza de los empleos, que requieren mucha formación y no tienen fronteras, impuso un desafío enorme de transformación a los gobiernos.

También está la gente que ahora trabaja en un país para una empresa que está en otro. En Argentina, teníamos esa opción si la empresa se radicaba en otro lado, pero para hacerlo eran relevantes, también, la legislación y los costos laborales. Por la diversidad de herramientas que circulan y permiten que la gente vea la ineficiencia de los gobiernos, estos han recibido mucha presión social para ordenar el Estado y bajar los impuestos. Ese proceso ya comenzó y en Argentina fue muy exitoso, pero no es suficiente, porque ahora todos los países están aplicando la misma receta para tentar a los emprendedores.

Mi único consejo a los miembros de esta audiencia es que estudien y se capaciten, porque si quieren obtener un empleo de calidad en el siglo 21, deberán tener los conocimientos necesarios. No se me ocurre mucho más para decirles, pero me gustaría abrir el grupo a un debate. ¿Alguno tiene una pregunta?

—Gatito, si puedo llamarte así, ¿qué opinás de la reforma laboral que se implementó en el año 2030?

—Muy interesante tu pregunta. ¿Qué edad tenés?

—Nací en 2018, tengo treinta y dos años.

—Bueno, voy a hacer un breve repaso histórico para darle un contexto a mi respuesta. La legislación laboral de Argentina, vigente hasta el año 2029, era arcaica. Fue implementada en el siglo 20 y no se adaptaba para nada a la naturaleza de los trabajos del siglo 21. En base a esa legis-



lación, tener empleados era un dolor de cabeza. El costo laboral era muy alto, si tenías que despedir a alguien era carísimo, y siempre que tenías un problema laboral, se decía que estabas frito.

Recuerdo que, en aquella época, sobre todo en las décadas previas a la Implosión del 25, el dilema de quienes tenían un proyecto era cómo desargentinarlo o, si no quedaba otra que hacerlo en Argentina, cómo evitar tomar gente o minimizar el ingreso de gente, porque el costo era altísimo y las contingencias inmanejables. Vivíamos en el paraíso de sindicalistas y abogados laboristas que parasitaban al empleador hasta quebrarlo, sin importarles si afectaban a los mismos empleados que decían representar. La defensa de los derechos de los que tenían trabajo era tan fuerte que prácticamente no se creaba trabajo nuevo. Digamos que los que tenían empleo defendían lo suyo, matando el incentivo a que otros accedan a un nuevo empleo. Fueron épocas en las que los sindicalistas tuvieron mucho poder, en un entorno corrupto y mafioso que generaba mucha caja, con la que financiaban las campañas de los gobiernos cortoplacistas, y así se generó un círculo vicioso de degradación que, como todo, llegó a su fin cuando la tecnología desnudó su naturaleza parasitaria y destructiva, y cambió la dinámica social y la laboral.

La Argentina tuvo que atravesar décadas de crisis en las que no se generó empleo privado relevante, hasta que en 2030 fue inevitable sancionar una ley que se adaptara a la nueva época, porque ya no solo no había generación de empleo, sino que tampoco se podía defender lo viejo, porque los empleadores de antes habían terminado su ciclo y cerraban sus empresas. Mientras la legislación anterior buscaba defender el empleo existente, la nueva legislación laboral buscaba favorecer la creación de empleo nuevo. Ese fue, en esencia, el cambio de foco y la nueva ley dio li-

bertad para acordar condiciones entre los empleados y sus empleadores sin injerencias de terceros. Una legislación así brindó mucha más flexibilidad a las empresas ante una crisis, pero esta filosofía, que hoy parece obvia, no lo era.

De hecho, hasta hace unas décadas, el gobierno acordaba con los sindicatos y las cámaras empresariales un aumento de sueldo que se aplicaba obligatoriamente a ¡todo un sector! Entonces, una empresa grande o exitosa quizá podía pagarlo, pero una empresa pequeña, o que estaba sufriendo un proceso de falta de competitividad, tenía que cerrar. Eran todas medidas defendidas por los sindicatos, pero que eran un gran fomento al empleo informal, un inhibidor total de la creación de empresas y un factor de concentración en los grandes, quienes podían sobrevivir mejor esos ajustes generales. En los momentos más absurdos de finales de la era de defensa de lo viejo, se llegaron a prohibir los despidos o duplicar el costo de estos, generando en paralelo el certificado de defunción de la creación de cualquier emprendimiento que necesitase contratar gente.

Pero, en esa época, todo lo que hoy vemos tan claro, no lo era, y existía aún la ilusión de que los empleos se podían defender para siempre, de que las empresas existentes tenían mucha vida por delante y que las nuevas vendrían igual, o no era tan importante atraerlas. Ese tipo de ideologías insostenibles eran las que votaba la gente para seguir viviendo de lo que todos estábamos acostumbrados, bajo el supuesto de que había que ordeñar la vaca mientras durase y, siendo realistas, también por miedo a enfrentar lo nuevo. Se pretendía defender los empleos existentes a costa de que no surgieran nuevos, y la aceleración del cambio se transformó en una bomba de tiempo porque los empleos existentes fueron muriendo y los nuevos no aparecían.

Y, como todo, duró hasta que explotó.



En ese tiempo perdido no quisimos ver que las empresas innovadoras, capaces de generar cientos de miles de empleos, se creaban fuera del país, que el ritmo de muerte de las empresas viejas se aceleraba por el cambio tecnológico y que el truco de absorber gente en el Estado, para compensar la falta de creación de empleo privado, pagándolo con nuevos impuestos, estaba destinado a implosionar, como efectivamente pasó. Digamos que se pudo pasar la ley pese a las férreas defensas de la vieja dirigencia, porque la obsolescencia de sus posturas quedó en evidencia con la Implosión del 25 y ya no quedó otro remedio que adaptarse a la nueva realidad. Se había hecho muy evidente que las empresas más innovadoras, como Google, Amazon, Facebook, WhatsApp, Tesla, Twitter, Apple y Microsoft, por nombrar las más conocidas, se habían creado en países con legislación laboral flexible que daban la bienvenida al emprendedurismo. También quedó resaltado que, en las décadas previas a la Implosión del 25, las únicas empresas con generación relevante de empleo, cuyas ideas habían nacido en Argentina, como Mercado Libre, Globant y OLX, se radicaron en el exterior para evitar ser aplastadas por el mortal combo argentino de inestabilidad, impuestos, persecución ideológica y costos laborales.

Ya para esa época comenzaba lentamente a entenderse que no solo lo nuevo pasaba lejos de nosotros, al perderse todos esos empleos por aferrarnos a lo inviable, sino que además lo viejo, que ya tenía pocas ventajas competitivas, estaba siendo aplastado por el combo argentino y la innovación global. Con las crisis del siglo se comprobó también cómo los modelos laborales flexibles ayudaron a las empresas a despedir personal para sobrevivir a los momentos difíciles, sin debilitarse, y retomar sus actividades, recontratando personal inmediatamente después de reanudarse la normalidad económica. En los modelos flexibles era muy sencillo y barato despedir personal. Esto, si bien

parecía muy cruel desde el punto de vista del empleado, no era tan así porque, detrás de ese despido, estaba el Estado brindando un seguro temporal de desempleo. Es muy importante entender que, filosóficamente, en los modelos flexibles se prioriza mantener saludables a las empresas, bajo el supuesto de que son el motor fundamental de la innovación y el progreso económico. Si la empresa se mantiene fuerte, estará en condiciones de retomar al personal en cuanto pase la tormenta.

En cambio, en el rígido modelo argentino, las empresas no podían despedir a la gente porque lo prohibía el gobierno, o se plantaban los sindicatos, o porque el costo de los despidos era inviable económicamente, además de ridículo, teniendo en cuenta que las empresas que volvían a tener actividad debían retomar al personal pocos meses después. Entonces, las empresas se veían forzadas a aguantar las crisis sin poder bajar los costos, y colapsaban financieramente porque durante las crisis no tenían ingresos para pagar los sueldos. En los modelos rígidos, como era el nuestro, con el fin de hacer el show político de proteger un empleo, lo que se hacía en realidad era precarizarlo al debilitar a la empresa. Los emprendedores lo sabían y emprendían en las jurisdicciones en las que les iba a resultar más fácil competir en las buenas y sobrellevar las crisis en las malas. Claramente ese no era el caso en Argentina.

Lo que hoy es tan obvio, antes no lo era. Y cuando se discutía este tema, no había voces que pelearan por el cambio, ya que los emprendedores y los trabajadores modernos radicados en el país eran pocos y no llegaban a ser relevantes. Pero, cuando vivimos la Implosión del 25, fue tan evidente la degradación del mundo empresario y laboral argentino que ya nadie se animaba a defender con fuerza lo vigente y entonces el cambio se hizo posible. La nueva ley estuvo muy bien armada, porque bajo ese marco todo



lo nuevo se viabilizaba, impulsando la creación de empleos. Los que tenían un derecho lo mantuvieron, igual que lo que pasaba en el Estado. No se atacó a lo viejo porque había demasiados intereses creados, entonces se lo preservó mientras moría, al tiempo que se potenciaba lo nuevo.

Si bien ustedes, los jóvenes, consideran que Argentina está mal porque a otros les va mejor y aún hay mucha gente que no tiene empleo a la altura de sus expectativas, al menos, hoy podemos sentir que estamos encaminados, luchando por el empleo casi de igual a igual con otros países inteligentes, mientras que, hasta la reforma laboral de 2030, era absurdo emprender en Argentina. Desde entonces, se afianzó en la gente la nueva filosofía de tentar al innovador para que emprenda en Argentina más que la de exprimir al empresario que es malo y está atrapado en el país. Ese consenso en las bases es lo que me dio y me sigue dando esperanza.

—Gatito, ¿cómo fue la batalla con los sindicatos para restarles poder?

—No hubo tal batalla. La crisis clarificó el camino y llegó un momento en el que ellos mismos tuvieron que reinventarse, porque a fin de cuentas, el sindicato necesitaba afiliados. Los líderes mafiosos y corruptos fueron perdiendo poder, sobre todo bajo los ataques de los Cazadores, que los exponían socialmente, y el resto se tuvo que reinventar, como hicimos todos los argentinos, para seguir manteniendo vigencia en el nuevo escenario del segundo cuarto de siglo.

—Gatito, soy la nieta de Argentino y quisiera hacerte la última pregunta: ¿cómo te afectó personalmente el proceso de transformación que describiste en tu charla?

—Sin dudas lo que pasó en el siglo fue mi fuente de realización profesional. Siempre creí en el valor del empleo

privado genuino y soñé con verlo crecer en forma saludable. El ordenamiento de las cuentas públicas ligadas a la flexibilidad laboral y la reducción de impuestos provocaron un boom del empleo privado en reemplazo del público. En lo neto, el empleo total no cambió tanto, pero hoy veo al empleo mucho más saludable y sostenible, sobre todo, potenciando la dignidad de las personas. El cambio más impactante para mí fue que la gente y, en consecuencia, los liderazgos entendieron que toda la energía debía estar puesta en favorecer la creación de empleos nuevos, en tentar a la gente para emprender en nuestro país, en animarse a perseguir sus sueños buscando hacer realidad cualquier proyecto que tengan en mente. Todo ello como oposición a lo hecho en el siglo de la degradación, en el que la energía estaba puesta en sostener el empleo existente, aplastando indirectamente mucha energía creadora de la gente, energía que hubiera favorecido el nacimiento de lo nuevo. La filosofía vieja beneficiaba a unos pocos, perjudicando a todos los que hubieran tenido un buen empleo nuevo y no lo tuvieron, mientras que la nueva filosofía beneficia a todos, porque si hay buen clima para la creación de empleo nuevo, sin dudas es un buen escenario para la defensa del viejo. Y los resultados están a la vista.

Así terminó esta grabación y me quedé reflexionando sobre la exposición de Gatito. ¡Qué difícil habrá sido cambiar la cabeza de los líderes para animarse a apostar por el futuro! Creo que su mensaje más relevante fue que, gracias a la crisis, emergió el realismo necesario para pasar a una nueva legislación laboral y que, gracias a esa nueva legislación, en conjunto con otras mejoras que aparecieron en paralelo, se desbloqueó el repunte del empleo privado después de muchísimas décadas.

Yo viví el dilema del emprendedor en carne propia. Fue en México, y con mis amigos estábamos tan entusiasmados con el



buceo en los cenotes y la vida en la playa, que ideamos un proyecto en el cual filmábamos nuestras aventuras, las subíamos a la red, y vivíamos, haciendo lo que nos gustaba, de los likes de la comunidad de seguidores.

Recuerdo que contratamos un camarógrafo con equipos propios de filmación subacuática, una editora, y un asistente para coordinar la actividad de cada día. Compramos también una camioneta, equipos de buceo, y comenzamos a filmar. El proyecto anduvo bien unos meses, pero luego nos fue muy mal, ya que no fue tan interesante para la gente, y nos cansamos de hacer actividades todos los días. Cuando se acabó todo, despedimos a la gente y vendimos los pocos bienes que nos quedaban para pagar las deudas, pero perdimos todos nuestros ahorros. En el fondo de nuestro corazón sabíamos que el proyecto tenía pocas probabilidades de ser económicamente exitoso, pero nos dejamos llevar por el entusiasmo de compartir una aventura entre amigos y ganar en experiencia.

En esos momentos, las leyes laborales en la región eran muy flexibles, y creo que si hubieran sido absurdas como contó Gatito, ni locos nos largábamos a emprender. ¡Hubiera zafado de perder mis ahorros! Pero los empleados no hubieran tenido su oportunidad, ni nosotros, la experiencia.

8

La nueva educación

Cuando, al principio del proyecto, estaba todavía decidiendo si incorporaría todas o solo algunas de las Charlas del Cincuentenario, en esta recopilación, y qué orden tendrían, resolví que era imposible prescindir de la que trataba sobre el pilar de nuestra transformación social duradera: la educación. Si bien ese cambio empezó después del golpe anímico que tumbó a la gente en la gran crisis, solo pudo consolidarse en Argentina muchos años después, como consecuencia del enorme esfuerzo que se hizo en el ámbito educativo desde entonces.

Andrés invitó a dar una charla a Martín, un maestro de ochenta y cinco años, que era muy respetado y querido por sus viejos alumnos y sus familias, y un gran defensor de sus ideas pedagógicas. Su edad al momento del inicio de las reformas, unos sesenta años, invitaría a pensarlo como alguien resistente al cambio. Sin embargo, Martín había sido uno de los líderes más reconocidos de la revolución educativa de los veinticinco años posteriores a la gran crisis. Por supuesto que, al momento de escribir estas líneas, ya conocía su nombre y la influencia de sus pensamientos en las reformas educativas de esa época; pero, en aquel entonces, en las Charlas del Cincuentenario, todavía no tenía mucha idea del significado enorme que habían tenido sus acciones y sus palabras en nuestra historia. ¡Qué placentera esta oportunidad de volver a escucharlo!



—Hola, Martín, no voy a fingir saludarte porque los dos venimos del bar de Carlitos. Vamos al grano entonces y te pido que nos cuentes, ¿qué fue lo que te convirtió en uno de los grandes promotores de los cambios dramáticos experimentados en estas décadas en la educación en Argentina?

—¡Gracias, Andrés! Antes de responderte, quiero felicitarlos por la Pícara. Es una cerveza extraordinaria y se nota que está hecha con mucha pasión.

Volviendo ahora a tu pregunta, les cuento que venía buscando desesperadamente un cambio desde que inicié mi carrera como maestro, cuando tenía algo menos de treinta años, porque era indigerible ver lo que estaba pasando con la educación. Una vez que se inició el proceso de cambio y tuve la oportunidad de ser parte, no lo dudé, aunque estuviese cerca de mi retiro. El sistema antiguo, que en ese momento ya atrasaba un siglo, creaba personas problemáticas. Defino a una persona como problemática cuando tiene menos posibilidades de desarrollar, plena e integralmente, su propósito en esta vida. La llamamos problemática porque es la conducta usual de quien se siente vacío en su interior, como si estuviera viviendo la vida de otro.

Quiero que sepan que mi visión del ser humano tiene un fuerte contenido espiritual. No quiero ser tímido en esto, quiero ser suficientemente enfático porque es, desde esa perspectiva, que concibo al sistema educativo. El ser humano es un ser espiritual y, como tal, viene a esta vida con un propósito. El sistema educativo no puede verlo como puro intelecto a llenar de contenido, ni tratarlo como una máquina a adoctrinar, porque no lo es. La inteligencia que se nos ha dado a los seres humanos tiene como fin último adquirir conciencia de nosotros mismos como seres espirituales. No hay nada más importante que descubrirnos como tales. Si, buscando maximizar el intelecto prematuramente, en-

torpecemos el desarrollo de lo espiritual en una persona, entonces su intelecto maximizado será un escollo y no una ventaja. Alguien dijo que el siglo 21 será espiritual o no será. Estamos viviendo en una época en la que el ambiente es propicio para que la persona se descubra y se conozca en su espiritualidad, y creo que la educación es el ámbito fundamental para facilitarlos.

Una buena educación es aquella que permite a una persona desarrollarse plenamente, poder intuir y perseguir lo que vino a hacer en esta jornada en la tierra. Para ello, la educación debe acompañar su desarrollo, cuidadosamente, en cada etapa de su evolución personal, para potenciarla.

Para ponerle una imagen, porque me encanta poner las cosas en imágenes, veamos el cuerpo físico de un niño como una maceta, una maceta que viene llena de un contenido espiritual único, que, en el ejemplo, serían unas semillas especiales, en una tierra fértil especial. Entonces, cada niño es como una maceta que en su interior tiene una tierra particular, un compost especial, que está lleno de vida en potencia, con sus semillas, nutrientes y todo lo necesario para su desarrollo individual, para cumplir su propósito en la tierra. A esa maceta es necesario regarla adecuadamente sin entorpecer ni desviar su desarrollo, para que pueda dar sus frutos. Una buena educación, siguiendo este ejemplo, equivale a dejar que el interior de cada niño florezca, sin taparlo con nada ajeno que entorpezca su desarrollo, el encontrarse y reconocer su individualidad, todo aquello que debe descubrir y potenciar para alcanzar su plenitud.

Contrariamente a esta visión, la educación antigua tenía un plan igual para todos. Usando el ejemplo de la maceta, el plan del momento podía ser plantar rosas, jazmines o cualquier planta que sea demandada por la moda social de la época. O peor aún, cactus, que simbolizaría cuando a un niño le inoculan cierta ideología para amar a un líder



político o para odiar a los mismos que eran odiados por los adoctrinadores.

Como en la maceta había tierra, si el trabajo de implantación igualitaria estaba bien hecho, esa planta implantada crecía y, a veces, lucía fuerte. Ofrecía a la sociedad, de ese momento, las flores y los frutos que los administradores de esa sociedad tenían deseos de ver. Lucía bien. Los que planearon la tarea estaban satisfechos. Cuando los alumnos sacaban buenas notas, en los temas que a ellos les interesaba, los burócratas decían: «hemos logrado que la planta produzca lindas flores en forma muy robusta». Al haber plantado otras semillas aplastando sus originales, lo verdadero que traía esa persona quedaba latente en la tierra, no crecía, y la humanidad se perdía lo nuevo que traía ese niño al mundo, niño que luego viviría una vida implantada y vacía, para la que no estaba destinado, que le era ajena. Esa sensación continua de estar descolocado, de estar viviendo una vida de otro, de sentirse raro y vacío, generaba, y sigue generando, las reacciones de lo que llamamos una persona problemática. Una persona que no pudo sentirse plena porque no pudo ser lo que estaba destinado a ser. Todas las decisiones de su vida estarán luego sesgadas por la búsqueda de esa potencialidad que intuye que traía en su interior, pero que no pudo encontrar por haber sido aplastada bajo una capa gruesa de plantas artificiales, adaptada a los gustos de algún funcionario de turno y de los maestros que lo ponían en práctica.

Por el contrario, para que en esa tierra especial y fértil que viene con cada persona nazca lo nuevo, hay que seguir ciertos pasos en sus tres etapas educativas. Se debe esperar la situación propicia para cada paso: primero, en la etapa en que el niño imita; luego, en la que el niño necesita la contención de una autoridad amada, y, por último, en la tercera etapa, en la que ya como joven debe usar su juicio para

insertarse con entusiasmo en la vida social. Creo profundamente en esto, en que el ser humano es un ser espiritual que debe ser tratado como tal, acompañándolo en su recorrido de aprendizaje con una mirada y mensajes adecuados para cada momento de su evolución.

Fui maestro de la pedagogía Waldorf creada por Rudolf Steiner hace casi ciento cincuenta años. Un lema que él usaba para describir su pedagogía era: «No hemos de preguntarnos qué necesita saber y conocer el hombre para mantener el orden social establecido; sino ¿qué potencial hay en el hombre y qué puede desarrollarse en él? Así será posible aportar al orden social nuevas fuerzas procedentes de las jóvenes generaciones. De esta manera siempre pervivirá en el orden social lo que hagan de él los hombres integrales que se incorporan al mismo, en vez de hacer de la nueva generación lo que el orden social establecido quiere hacer de ella». La pedagogía Waldorf fue una de las tantas corrientes que capturaron las nuevas tendencias en la educación. La menciono solamente porque yo me formé y ejercí en ella. Por lo tanto, es la que más conozco.

Al ser consciente de esto con tanta claridad, en aquellos tiempos, veía necesario que se generara un fuerte cambio en el sistema educativo, para que la educación ayudara al niño a desplegar su potencial, a encontrarse y sentirse amado tal como vino al mundo, transformándose en una persona libre e integrada socialmente sin perder su individualidad. Lamentablemente, durante mucho tiempo, los niños fueron sometidos a todo tipo de corrientes mecanizantes de su espíritu; las que, volviendo al ejemplo de la maceta, les plantaban las semillas que los adultos querían ver crecer y florecer, de una forma mecánica y masiva, tapando lo que cada niño traía consigo, esa semilla de transformación hacia un mundo nuevo.

Quisiera detenerme un poco aquí, es sumamente im-



portante. La ideología surge cuando falta espiritualidad, en tiempos en los que se mecaniza el espíritu y se adormece el alma. En términos generales, este proceso de mecanización estudiantil fue formando personas frustradas, enojadas, resentidas, que son la base de la ideología que, salvo que la persona logre escapar o salir de su trampa con mucho trabajo personal, genera el deseo de retroalimentar el adoctrinamiento ideológico en las escuelas para perpetuar aquello en lo que creen. Entonces, a la educación mecanizante con intelectualización temprana se agrega, en los peores momentos de degradación social, la ideológica. Existía, en la sociedad, la sensación de que era útil imponer a los niños, como si fueran máquinas, ideas gestadas en el pasado, que habían sido base de la política y la filosofía imperantes. En tiempos de tendencia al adoctrinamiento, la educación impartida por el Estado buscaba impregnar, en los nuevos participantes de la sociedad, las ideas y la lealtad a sus líderes políticos de turno. Convencido de la importancia de centrar la educación en el ser humano, como ser espiritual, viendo claramente que la educación igualadora y mecanizante ya había perdido su momento en el siglo 21, yo no encontraba eco en las autoridades. No entendía cómo puede no verse una necesidad de cambio tan obvia, pero los programas dependían del Estado y las autoridades no me escuchaban.

La realidad es que, al principio, creían en la necesidad de adoctrinamiento, pero luego de que esas ideas fueron perdiendo fuerza, igualmente se resistían al cambio, porque no tenían claro hacia dónde ir. Si bien la educación privada no sufría el copamiento sindical, ni la superpoblación del cuerpo docente, ni el adoctrinamiento militante que había degradado la pública, en esa época, salvo excepciones, muchos programas privados fomentaban la intelectualización temprana y la competencia. Finalmente, el cambio sucedió, pero lo que lo gatilló, como suele pasar, no fue la razón que yo esperaba. No sucedió porque los embajadores de reco-

nocer lo espiritual en las personas convencimos a alguien, sino que, simplemente, se fue muriendo el sistema antiguo y perdió fuerza, hasta que finalmente se desmoronó por su propio peso.

El gatillo fue apretado por la Implosión del 25 y los años siguientes, la oscura época de la Gran Tristeza. En esos momentos, la gente se sentía vacía y perdida, porque muchas de sus creencias y resistencias habían perdido fuerza súbitamente. Simplemente, había llegado el tiempo de lo nuevo, de una nueva conciencia y, por supuesto, eso incluyó a la educación. Se hizo evidente que los programas vigentes, al menos en las escuelas públicas de la mayoría de las provincias, atrasaban más de cien años, brindando conocimientos que los chicos ya podían encontrar en internet, más actualizados y mejor explicados. Los maestros perdían interés por enseñar, estaban desmotivados y se sentían humillados por no poder dar a los alumnos algo mejor que lo que ellos mismos conseguían por sus propios medios.

En otros momentos, la escuela servía al menos como lugar de encuentro y contención social, pero con el tiempo hasta eso resultó insuficiente para retener a los alumnos. La escuela pública se degradó, la política en conjunto con los sindicatos tomó un creciente protagonismo en los programas educativos y, físicamente, en los colegios. Todo el que podía, familias con sus hijos y maestros con vocación, trataba de escaparse del ámbito público, buscando algún horizonte que le permitiera mantener la esperanza de encontrar el camino. Quedó cada vez más claro que la idea de mecanizar conocimientos y adoctrinar con ideas del pasado perdía fuerza, lo que con el paso del tiempo dejó de interesar a los políticos, que lo veían cada vez más como un factor de frustraciones y tensiones sociales innecesarias.

Además, y en aumento, los chicos se desinteresaban de las escuelas privadas y desertaban de las públicas, por-



que lo que recibían y vivían en la escuela no coincidía con su pulso interior. No entendían qué hacían ahí. La sensación era como si un joven amante del fútbol, de repente, despertara y se encontrara en un equipo de vóley. Pensaría, ¿qué hago acá?, ¿quién es este entrenador?, ¿quién me quiere hacer creer que me gusta el vóley? Esa sensación interna, inconsciente, de sufrir un engaño, de sentir que uno está desperdiciando su tiempo, de sentirse atrapado en un camino que no es el propio; eso es lo que llevaba a la creciente e irrefrenable deserción escolar. En paralelo, así como las personas iban perdiendo el sentido de sus vidas, también iban desapareciendo los empleos. Los maestros percibían que los conocimientos que enseñaban ya no servían a los jóvenes ni para conseguir trabajo. Se los entrenaba para elegir una carrera laboral, pero esas carreras ya no estaban vigentes, mientras que lo necesario era gente que inventara lo nuevo, que generara las nuevas carreras, que nos acercase al futuro. Eso no se podía enseñar y provocaba mucha desazón en los maestros con vocación que, como siempre, abundaban. Así fue quedando claro que el sistema educativo ya no servía para motivar a los jóvenes ni a las comunidades, tampoco servía para innovar ni para la creación de lo nuevo que, en otros países del mundo, se traducía en empleo y bienestar. En las comunidades de diferentes países se daban cuenta de que las formas sociales, los empleos y las actitudes que habían servido hasta ese momento, ya no funcionaban. Se generó una urgencia por adoptar lo nuevo, con la ansiedad de quien, súbitamente, descubre el camino y quiere recuperar tiempo.

La buena noticia es que en el mundo surgían empleos nuevos, había herramientas y formas sociales novedosas. Sin embargo, para los argentinos, el desafío aún era ser parte de eso, aprovechar la oportunidad. En realidad, era un momento fascinante para construir el futuro, pero era difícil descubrir cómo hacerlo. En esa búsqueda, la mayor

flexibilidad estaba en la educación privada. Fue entonces cuando su peso, que venía creciendo desde hacía décadas por el proceso de degradación que describí, se aceleró. En paralelo, como sociedad nos dimos cuenta de que el camino de triple impacto negativo, que habíamos seguido durante cien años, había creado efectos nefastos en nuestra cultura y era urgente salir de ellos a toda velocidad.

El primer impacto negativo fue que habíamos aplastado la iniciativa en los jóvenes, al mecanizarlos con una educación para otra época, que no los potenciaba. El segundo fue que habíamos aplastado el poco ánimo emprendedor que quedaba, cobrándole impuestos y sometiéndolo a incertidumbres económicas, torturas burocráticas y falta de justicia, que hicieron insostenible crear empleo privado en Argentina. El tercer impacto fue que habíamos aplastado la autoestima e iniciativa de quienes, por generaciones, habían recibido planes sociales a cambio de nada, convencidos de que eran incapaces de valerse por sí mismos.

Ese combo mataba la cultura del trabajo, que es la forma natural en que una persona alcanza su sensación de dignidad, consumiendo sus energías para socializar, transformarse y plasmar en el mundo el fruto de su imaginación. ¡Pero, de repente, ese combo, con el que habíamos convivido por décadas, se hizo insoportable!

Llegando al segundo cuarto del siglo 21, después de muchos años de insuficiente creación de empleos privados, el problema se acentuó durante la Gran Tristeza. Fuimos tomados por una sensación general de imposibilidad de crearlos, sin un cambio actitudinal total para evitar perder completamente la autoestima como grupo social. Ante esa sensación de cambio, fue quedando en evidencia que la educación, que se ocupaba de insertar en las mentes de los niños y jóvenes conocimientos vetustos, era ineficaz para la sociedad y, por lo tanto, sería útil cambiarla. De estar dor-



midos, como dopados y ciegos ante lo obvio, al instante pasamos a estar despiertos, queríamos ver y correr para recuperar el tiempo perdido. Hacía falta generar un espacio en la educación que permitiera al alumno animarse a desafiar al mundo. El ambiente en la escuela debía ser el propicio para generar preguntas y no para dar respuestas, porque nadie las tenía, algo que, por la particularidad de la época, se fue aceptando. Entonces, por la razón equivocada, fue naciendo con fuerza la nueva educación. Digo equivocada porque, a mi parecer, la verdadera razón por la que debía perseguirse el cambio educativo era para potenciar lo espiritual en el ser humano. Pero, aquí, el cambio no se dio para contribuir al desarrollo del ser humano libre, como ser espiritual, sino que se planteó para educar personas que generaran ideas que contribuyeran a la creación de empleos en un país que se había caído por el abismo socioeconómico.

De todas formas, por la razón que fuera, el resultado de la apertura hacia lo nuevo en lo educativo tuvo un fuerte impacto en lo espiritual, en lo anímico y en la conciencia social. En este proceso se fueron conjugando varias ideas y situaciones. Ya no había forma de captar la atención de los jóvenes tratando de insertarles un conocimiento cuyo sentido no entendían; además de que ellos ya habían percibido que tampoco le interesaba al maestro. Pasó a ser más importante despertar la curiosidad de los alumnos que tomarles un examen basado en la memorización. Se entendió que, al ser una preparación para la vida, era esencial en la educación despertar el amor a la acción, la curiosidad por aprender, por comprender, por resolver, activando en las nuevas generaciones la fuerza de voluntad para encarar los desafíos que se presenten. Era menos importante enseñar conocimientos estáticos, ya que la información pasó a ser lo más fácil de encontrar. Lo difícil e importante era trabajar sobre la persona. Para eso, era mucho más práctico usar el momento en clase para la interacción social, para desafiar

ideas, para desarrollar la curiosidad, la pasión por aprender y la habilidad para manejar situaciones.

En el ánimo social, latía la necesidad de encontrar formas distintas de incrementar nuestra conciencia sobre nosotros mismos, la comprensión del otro, la capacidad de relacionarnos mejor y evolucionar hacia una sociedad más íntegra. Esa búsqueda, en realidad, era la que latía en lo más profundo de la gente. Era la búsqueda de un sentido espiritual de la vida. En aquella época, se instaló el convencimiento de que no podíamos abrazar un futuro distinto, sin desarrollar, en las nuevas generaciones, la capacidad de imaginarlo. Comenzó a considerarse indispensable que la educación potenciara la curiosidad y la imaginación en los jóvenes, que había que complementar con otras herramientas y aptitudes. Una herramienta indispensable era la intuición. Se podía intuir que algo iba a ser útil o redituable, pero la intuición más fina que puede desarrollar el ser humano es aquella que nos permite visualizar lo bueno, lo verdadero, lo bello en las cosas. Aquello que nos reconforta el alma y nos hace sentir que estamos yendo por el camino correcto.

Se entendió también que no era bueno apurar los procesos de aprendizaje, que ir rápido no necesariamente era mejor que hacer las cosas a su debido tiempo, respetando las características de cada persona. Era curioso cómo, en esos tiempos, la humanidad había logrado extender el tiempo de vida, pero, contrariamente a lo imaginable, se apuraba el proceso de aprendizaje con presión social para lograr más en menos tiempo. La gente se jactaba de que su hijo sabía leer a los cinco años, sin darse cuenta de todo lo que había matado en su interior para un logro sin utilidad. Si la vida duraba más que antes, ¿no hubiese sido más natural tomar las cosas con más calma en lugar de apurarlas?

Otra actitud que se incorporó en el proceso educativo fue la capacidad de aceptar los errores, de convivir con la



equivocación sin verla como un fracaso, sino como parte necesaria de todo proceso natural de aprendizaje. La capacidad de aprender de los errores y disfrutar intentando es uno de los pilares de una actitud innovadora, es vital para el desarrollo de un grupo social. Aceptar nuestras equivocaciones como un juego, en los procesos de aprendizaje, es parte de la construcción de la autoestima, de aceptarnos a nosotros mismos independientemente de los resultados de corto plazo. La construcción de la autoestima o, mejor dicho, evitar su destrucción durante el proceso educativo, es un componente esencial de la formación de un grupo social vibrante.

Afortunadamente, la lista de cualidades y objetivos educativos incorporados por el cuerpo social en esos años fue infinita. Incluía la búsqueda de la sensación de dignidad, la capacidad de inspirarse y ser creativos, el arte, el sentido del humor, la capacidad de jugar y la actividad cooperativa. Este último fue un punto sumamente importante. Fue creciendo la conciencia de que la interpretación de Occidente, sobre los hallazgos de Darwin en el siglo 19, había sido incorrecta. Lo que se tomó literalmente y se incorporó en la dinámica social de Occidente fue el concepto de supervivencia del más apto. Bajo ese concepto, en cada especie sobrevivía el animal más fuerte y resistente, por lo tanto, el animal superviviente era el modelo imperante, el modelo que prevalecía sobre los débiles. La interpretación errónea de esta teoría generó un ensalzamiento de la competitividad como alma de la época, lo que fue retroalimentado con evidencia empírica, porque quienes mejor compitieron, más prosperaron en una sociedad moldeada para ello.

En realidad, lo que subyacía en las observaciones de Darwin era otra cosa, había algo latente y mucho más profundo para el sano desarrollo social, que se fue clarificando con el avance del siglo 21. Cualquier animal que prevalecía

en la supervivencia se había criado gracias al cuidado recibido de los demás, de su madre, de su padre, de su comunidad. Entonces, para que pueda haber competencia, antes tuvo que haber cooperación y comunidad. Esa idea fue calando en las bases sociales para desbloquear la evolución de la época hacia una mayor comprensión de la dimensión espiritual en el ser humano. En pocas palabras, la cooperación es un requisito previo a la competencia, aun desde la perspectiva de la supervivencia del más apto. En términos sociales, sin un clima de amor fraternal, cualquier ventaja competitiva de una sociedad es temporal, no es sostenible en el tiempo. En términos de formación, si una persona no se conoce a sí misma, no tiene autoestima ni amor por la vida para aportar a la vida comunitaria, de nada sirve que sepa leer a los cinco años o que tenga buenas notas en el secundario. Lo más importante, entonces, no es la nota, no es el examen, no es la memorización. Lo más importante es el desarrollo de un ser humano con entusiasmo por la vida, que se sienta parte y aceptado por la sociedad y digno de ser, propenso a errar con tal de probar, curioso y ansioso por descubrir lo nuevo que el mundo tiene para ofrecer.

Estas nuevas ideas pedagógicas, que se fueron dando naturalmente, generaron resistencia, que continúa hasta el día de hoy. Muchos maestros se opusieron, en parte, para aferrarse a lo viejo conocido y, en parte, porque no sabían cómo encarar ni qué rol tendrían en esa novedad. Varios gobiernos se resistieron por miedo a liberar fuerzas sociales en un proceso que no sabían cómo podía terminar. Algunas familias defendieron los antiguos métodos porque sus padres estaban a gusto con su vida y no entendían la razón de los cambios que percibían como un camino a la mediocridad. Digamos que algunos proponían enfrentar los desafíos del siglo 21 con más competencia y otros, con más cooperación y conciencia. Por suerte, los argentinos habíamos fracasado tan rotundamente como grupo social, que



teníamos la autoestima baja y necesitábamos el apoyo de otros. En consecuencia, estábamos más abiertos a lo segundo que a lo primero; eso nos permitió construir uno de los sistemas educativos más exitosos y admirados del siglo.

Se dice que cuando a una idea le llega su tiempo, su fuerza la hace imparable. En ese entonces, los movimientos educativos, que fomentaban la imposición de ideas vetustas a los nuevos miembros de la sociedad, fueron perdiendo fuerza, dejaron de interesar. Ganó fuerza, en cambio, explorar el interior del ser humano, lo que el ser humano trae, ese interior impoluto y maravilloso que, se intuía, había guiado al ser humano a través de otros tiempos de cambio y lo iba a hacer cada vez que hiciera falta. Fuimos muchos los maestros y expertos, de varias corrientes pedagógicas, que trabajamos en el diseño e implementación de los nuevos planes. El gran desafío, para instrumentar esta renovación, fue la adaptación de los maestros, la formación de maestros capaces de adoptar el nuevo enfoque educativo. Ya no tenía valor, en el nuevo modelo de maestro, el conocimiento de las respuestas de los exámenes. Lo importante era la disposición general de ánimo hacia la comprensión y el acompañamiento del otro en su evolución, lo que era fuertemente percibido y apreciado por los alumnos. Fue esencial que el maestro identifique al niño como un ser espiritual y no solamente como un cuerpo fisiológico con pensamientos esquemáticos.

Así, nos enteramos de que muchos maestros con vocación también percibían este cambio, pero no sabían cómo abrazarlo. Ya desde hacía décadas que no comulgaban con las huelgas sindicales, motivadas por gente inadaptada que no estaba compenetrada con lo que pasaba con los niños y jóvenes, que veía la profesión como un terreno de militancia y defensa de puestos artificiales de trabajo más que como una vocación humana. Esa posición llegó a ser tan patéti-

ca que, en su punto máximo de decadencia, los sindicatos de maestros se oponían al concepto de capacitación. Es-
taban tan desconectados de las necesidades de las nuevas
generaciones que exponían como algo malo lo que cual-
quiera hubiera abrazado con pasión. Muchos maestros de
profunda vocación, en quienes latía esta mayor conciencia
del desafío, se fueron capacitando por su propia cuenta,
aprendiendo, cambiando y, en muchos casos, mudándose
al ámbito privado, donde también se buscaba un rumbo si-
milar y con mayor libertad.

La crisis, que provocó una transformación en la comu-
nidad de maestros, también la vivieron los padres, a quienes
les resultaba muy difícil educar a sus hijos y habían perdido
la capacidad de ponerles límites; algo absolutamente esen-
cial para que el niño se sienta contenido por bordes claros,
provistos por su autoridad amada. Para un niño sin límites,
los desafíos de cada día son aterradores, porque en la eta-
pa temprana necesita que lo guíen amorosamente, que lo
lleven de la mano sin tomar decisiones. Porque el niño que
hace lo que quiere, está tomando decisiones antes de estar
listo para hacerlo.

Hacia finales del siglo 20, se vivió una tendencia al
amiguismo entre padres e hijos, a ser compinches, lo cual
es muy bueno siempre que los padres cumplan su rol. Pero
muchos no lo cumplían, en parte, por no saber cómo hacer-
lo, en parte, por tener que enfrentar sus propios desafíos de
adaptación en una época de tantos cambios. Esta situación
provocaba que asistieran a los colegios chicos desacostum-
brados a tener límites. Entonces, los maestros, enfrentando
sus propios desafíos, no los podían contener, además de
ser acosados por los padres que, a su vez, se enojaban con
los maestros porque no les solucionaban los problemas,
desligándose de su propia responsabilidad. Los chicos, que
todo lo perciben, tenían sentimientos claros para sentirse



enojados con ambos, padres y maestros, que no ejercían su rol para contenerlos y guiarlos. Todo esto fue parte del proceso de crisis del sistema educativo, fue lo que motivó la búsqueda desesperada de lo nuevo, tanto de padres como de maestros. Los padres fueron demandando el cambio en las escuelas. Por tener más libertades de transformación, la actividad privada fue avanzando más que la pública, atrayendo a los maestros y a las familias, en quienes iban permeando las ideas novedosas.

El crecimiento de la escuela privada fue adecuado, porque la educación es parte del proceso cultural y es fundamental, en una sociedad sana, que ese ámbito fluya en libertad. Dentro de la actividad privada, las escuelas que más fácilmente adoptaron la ideas fueron las que más trabajaban lo comunitario, principalmente, aquellas que se organizaban de forma que las decisiones las tomaban entre padres y maestros, favoreciendo un proceso de retroalimentación continuo.

Los estados, escasos de recursos y convencidos ya de la poca capacidad de adoctrinar u ordenar a la sociedad a través de las escuelas, no se resistieron al cambio y se enfocaron en financiar becas para quienes no contaban con todos los recursos para acceder a una escuela privada, para solventar escuelas en lugares recónditos o dar contención a los pocos que no querían asistir a las privadas. En algunas provincias se implementó el exitoso sistema de dar, a cada familia, vales de educación para ser usados por los hijos en las escuelas que eligieran, incluyendo tanto a las estatales como a las privadas, que recibían esos vales exigiendo a veces un pago complementario. Ese sistema motivó la competencia entre escuelas para atraer a los chicos, mejorando sustancialmente la calidad del sistema en todos los ámbitos.

En fin, creo que con esto di un panorama general, así que quedo disponible para preguntas.

—Martín, yo nací en el 2022 y terminé el colegio en el año 2040. Todo lo nuevo que mencionaste lo viví personalmente. Lo que no puedo entender es cómo era antes, ¿me podés dar ejemplos concretos de cambios?

—Quiero aclarar que este proceso de transformación había ya empezado en el siglo 20, en forma de nicho, con mayor o menor desarrollo dependiendo de cada país, pero se aceleró en este siglo y aún está transcurriendo. Por ello, no hay absolutos, blancos o negros, solo hay tendencias y, dependiendo de la familia en la que te criaste y de la escuela a la que fuiste, tu educación puede haber sido más o menos parecida a la de veinte o treinta años atrás. Pero puedo comentar sobre algunos aspectos con cambios más obvios que, seguramente, has vivido sin saber que eran muy distintos en tiempos pasados.

Es posible que tus padres hayan sido capacitados para ser un ejemplo digno de imitación en tus primeros años de vida, para no confundirte, no escandalizarte, todo con el fin de formarte sanamente para potenciar tu desarrollo personal. En los términos del ejemplo que comenté hace un rato, se orienta a los padres para que pongan mucho esfuerzo en proteger las semillas únicas que traés en tu maceta, potenciando tu capacidad de descubrirte, y se capacita a los maestros para hacer bien su trabajo de ayudar a que siga naciendo lo propio en vos cuando llegues al colegio.

Seguramente, notaste que mucha gente ha hecho un gran esfuerzo en contarte cuentos maravillosos y de todo tipo desde tu primera infancia, tanto en tu casa como en los primeros años de colegio. Esto tiene como objetivo ayudar al desarrollo de tu imaginación desde la tranquilidad de un entorno cuidado.

Apuesto a que has jugado muchísimo con tus padres y maestros en tus primeros años de vida. Juegos en la na-



turaleza, juegos de mesa, variedades de juegos que te han dado alegría, curiosidad y han hecho volar tu imaginación. También, seguramente, te invitaron tus padres y tus primeros maestros a acompañarlos en tareas domésticas, como amasar el pan, cocinar o arreglar la huerta, que eran tareas que te gustaba imitar y probablemente sentías reconfortantes.

Probablemente, no te hayan dejado usar pantallas de tecnología hasta los siete años. Mucha gente, a inicios del siglo, entretenía a sus hijos con pantallas y, cuando esos niños fueron creciendo, se comprobó que no fue beneficioso para su desarrollo neuronal ni para estimular correctamente su imaginación.

Ya en el colegio, estoy seguro de que tus maestros pusieron mucho énfasis en estimularte a crear, a inventar y divertirse, equivocándote y fallando como vía de aprendizaje. Esto se hace buscando favorecer la creatividad y el emprendedurismo, abrazando al error como un aliado en tu evolución.

Si haces memoria descubrirás que, en el colegio, te han dado poco contenido para memorizar y que has tenido muy pocos exámenes que tenían como exigencia la competencia por una nota. Habrás percibido que te incentivaron a que explores en tu casa los temas propuestos, usando la tecnología adecuada para cada edad, incluyendo juegos de desafíos con aprendizaje y todos los materiales educativos tecnológicos disponibles, con el fin de entusiasmarte a participar activamente en la discusión de los temas en clase. Habrás notado que tus maestros, que en otros tiempos se suponía que eran expertos en los contenidos que enseñaban, se reconocían expertos solamente en el proceso educativo, en conocer, entusiasmar y potenciar a los jóvenes.

Hoy los maestros aprenden con ustedes, se posicionan explícitamente en ese lugar. Para ese aprendizaje con-

junto ya hay infinitos materiales pedagógicos en las redes, algunos maravillosos, con el uso de realidad aumentada y otros avances tecnológicos, creados por asociaciones, emprendedores y gobiernos, que los maestros usan o exploran con ustedes para movilizarlos y sacarles todo su potencial.

Además, en la actualidad, conocen mejor a sus alumnos. Pasaron de saber un poco de muchas cosas, que estaban en internet, a saber mucho de cada alumno. Si tuviste suerte, los maestros principales de grado te acompañaron durante más de un año para conocerte mejor en un proceso que, hoy se sabe, no es bueno encasillar en uno sino en varios años, para que cada uno pueda llegar al mismo lugar que otros, siguiendo su ritmo personal.

Por eso, en estos tiempos casi nadie repite el grado, pero todos llegan al mismo lugar al final de la primaria. Hace cincuenta años, era común ver a niños de seis años repetir primer grado por no pasar sus exámenes. ¡Eso era una locura! Porque los niños de esa edad están viviendo otra etapa de su crecimiento, más ligada al juego que a la competencia, y, por lo tanto, esas repeticiones dañaban inútilmente su autoestima, producto de una versión muy antigua de la enseñanza humana.

Habrás notado, también, que tu educación no estuvo tan dirigida al intelecto como era antes, sino que abarcó todo tu ser, con foco en el arte y el uso integral de tu cuerpo para tejer, pintar, bailar, cantar y tocar instrumentos. Esto tiene como fin potenciar tus sentidos, tu percepción y descubrir todas tus potencialidades y formas de expresarte y de percibir la vida.

En estos procesos más íntegros y con más entendimiento de lo que cada uno necesita a cada edad, seguramente, habrás comenzado con la lectoescritura en forma tardía y lenta, jugando en el aprendizaje de las letras, enamorándote de sus formas, llegando a la buena escritura a



los ocho o nueve años. Hace cincuenta años, los padres y maestros se regodeaban de ver a niños de cinco años escribiendo. Claro que los niños pueden hacer eso, porque su capacidad de absorción es infinita y en la educación antigua se lograba entrenar a pequeños genios del intelecto a muy corta edad. Pero, con el tiempo, se entendió que la intelectualidad temprana se lograba a costa de perder otras capacidades más propias de esa edad, que luego eran difíciles de recuperar. Se estaban educando cabezas, mientras se sacrificaban otras partes del cuerpo y del espíritu.

Otro cambio fue que, seguramente, no tuviste en un día de clases cinco horas con cinco materias distintas. Hoy los temas son parecidos a épocas anteriores, como matemática, lengua o geografía, pero además de aprender de un modo diferente, como ya hablamos, se dan con menos interrupciones. Hay un período dedicado a la matemática junto con actividades complementarias, otro, dedicado a lengua, y así. Con eso, el niño puede compenetrarse realmente con cada tema, profundizarlo, inclusive aprender a quererlo, dándole la importancia y el tiempo que merece sin hacerle un cóctel multitarea innecesario en el cerebro.

Ese desarrollo integral de capacidades permite que más cantidad de jóvenes encuentren actividades en las que se sienten fluir, en las que disfrutan tanto que las horas les parecen minutos y su nivel de efectividad es enorme. Esta capacidad ampliada, de encontrar actividades afines, permitió que ustedes descubrieran, mucho tiempo antes, vocaciones que al fin y al cabo los motivaron a emprender todo tipo de tareas en sus vidas adultas.

Creo, para terminar, que el gran cambio se dio en la preparación de los maestros. Su vocación ha crecido exponencialmente, se ha redescubierto su rol y hoy debe ser la profesión más moderna, capacitada y valorada en la tierra. Entendimos que solo los jóvenes nos traerán lo nuevo y, en

esta época de cambio exponencial, quedó bien claro que la mejor forma de construir futuro es potenciando a los jóvenes para mostrarlo.

Entonces, la mayor expectativa de la sociedad se posó en los maestros y la de los maestros en los padres, que son quienes deben preservar el potencial de los niños hasta que lleguen al colegio, además de acompañar a los maestros durante sus años escolares. Quizá todo esto no lo percibiste, pero hoy los maestros ven con naturalidad la espiritualidad del alumno, esa energía misteriosa que surge de su interior cuando no se la aplasta con intelectualidad temprana, conocimientos mecanizantes o adoctrinamiento. Ya no se quiere que el niño alcance un modelo social, sino que se encuentre a sí mismo y nos muestre el futuro. Se entendió finalmente que esa es la forma más sólida de lograr una sociedad plena que se transforme naturalmente con la energía y la mirada que aportan sus nuevos miembros.

Por último, a partir de la década del 2030, se notó un proceso de fuerte caída en la deserción escolar, porque con estas modalidades el colegio se transformó en un ambiente diseñado para fortalecer la autoestima de los jóvenes, potenciando su imaginación, su curiosidad y su voluntad. Antes se pasaba lista para verificar que los chicos cumplieran con sus obligaciones, ahora, eso es poco necesario, porque los jóvenes van al colegio con entusiasmo. Si se pasa lista, es para que alguien se encargue de pasarle todo al que no fue ese día. Espero haber sido claro.

—Martín, me pareció que hablaste mucho de la pedagogía Waldorf y poco de las demás, ¿por qué? Además, enfatizaste en la relevancia del emprendedurismo, que es un concepto económico, cuando hay muchas otras aristas en la vida de una persona que la económica, me resultó un poco chocante, ¿podrías explicarlo?



—Hablo de esa pedagogía porque es en la que, repito, me he formado como maestro y conozco en profundidad. Pero los temas profundos de la nueva educación fueron contruidos entre pedagogos de diversas corrientes. Todos unidos fuimos armando programas cuyo foco era despertar, en la gente, su capacidad de imaginar, de soñar y la voluntad de hacer lo necesario para cumplir ese sueño, todo en sintonía con los impulsos de su yo interior. La nueva educación tiene como punto fuerte, justamente, el hecho de haber sido edificada en base a los Diez Consensos. Disculpen si les pareció que vendía el cambio como el producto de una sola pedagogía, porque no fue así. En el proceso se unieron pedagogías que, por ejemplo, ponderaban el juego en la infancia con otras que se enfocaban en desarrollar, en una persona, todo aquello que maximizara sus chances de encontrar actividades en las cuales vivenciar el proceso de fluir y con otras que ponían su foco en abarcar cada tema, desde múltiples miradas, promoviendo la integralidad. Todas ellas convergieron en la nueva educación que les vine a contar.

En cuanto al emprendedurismo, lo menciono como una actitud vital que, por supuesto, tiene una arista económico-productiva, pero mi concepto es mucho más amplio. Me refiero, principalmente, a esa energía que en los emprendedores es imparable y los lleva a hacer, a la acción, en cualquier actividad, que puede ser social, artística, educativa, económica o de desarrollo personal. El emprendedurismo para mí es, esencialmente, el amor a la acción.

—Martín, ¿se puede impartir la misma educación a diferentes edades o hay aspectos a enfatizar en cada momento de la vida de una persona?

—Se cree que la educación básica abarca aproximadamente desde el nacimiento hasta los veintiún años. Y sí, lo que una persona necesita desarrollar en cada etapa de esos veintiún años es distinto y lleva una secuencia. En los

primeros siete años, que transcurren principalmente en las familias, el ser humano es imitativo y repite lo que se hace en su derredor. Digamos que es una esponja que todo lo absorbe para conformar su personalidad. Por lo tanto, es de suma importancia para el sano desarrollo del niño, en este período, que los adultos que lo rodean piensen, hablen y actúen lo que sea digno de imitación. El niño imitará lo que ve. Si eso del mundo que ve e imita es muy distinto de lo que inconscientemente percibe como natural o coherente, entonces irá dejando de confiar en su percepción para adaptarse a lo que observa y absorbe de los adultos que lo rodean. Si el niño vive algo que no es digno de ser imitado, irá perdiendo confianza en lo que le indica su corazón, en lo que le sale de adentro. Eso lo irá enterrando, lamentablemente, porque el niño depende de los adultos que lo rodean para entrar a este mundo y les entrega toda su confianza. Dar mal ejemplo a los niños, mostrarles actos y acciones incongruentes, contradictorias y falsas, hacerles sentir que lo que son y traen no sirve en este mundo extraño, es escandalizarlos, es mostrarles el mundo como algo incomprensible y eventualmente aterrador.

A modo de ejemplo, decirle al niño que hay que decir la verdad, pero, en paralelo, mostrarse mintiendo o engañando, es quitarle confianza en su capacidad de percepción, es mostrarle un mundo incongruente que no vale la pena. Es muy usado, como mal ejemplo, cuando al chico le dicen que hay que decir siempre la verdad, pero si alguien toca el timbre, mientras están viendo un partido de fútbol por televisión, le piden al niño que atienda y diga que no están. Parecen pequeñeces, pero, ¿no era que había que decir siempre la verdad? Generalmente, hay infinitos de estos mensajes contradictorios, en el día a día de un adulto, que el niño percibe con atención en su periodo de esponja. Es esencial, en esa etapa, que el niño se sienta amado y aceptado como es. Necesita sentirse amado siendo él mismo y con más in-



tensidad cuanto más pequeño es, para que siga surgiendo, naturalmente, lo que tiene en su interior, en lugar de taparlo para ser otra cosa, para ser eso que no entiende pero que percibe necesario para lograr que lo quieran. El rol de la familia es fundamental.

Entre los siete y los catorce años, aproximadamente, late en el niño otra tendencia, la facultad de actuar en base a la autoridad. No existe mayor bendición, para el chico de esa edad, que la que se deriva de hacer todo lo que emprenda en armonía con las personas que, en su derredor, le digan cuáles son las formas correctas. Nada es más dañino que no ponerle límites, acostumbrarle, prematuramente, antes de la pubertad, al llamado juicio propio. En esta etapa, el rol del maestro como autoridad amada que le muestra el camino es fundamental. Por eso es muy importante que el maestro pueda acompañar a los niños durante más de un año, para conocerlos mejor.

Desde los catorce hasta los veintiún años, aproximadamente, la parte que más se desarrolla es el juicio crítico. Junto con la evolución del juicio crítico, se desarrollan la conciencia de la propia personalidad y el sentimiento de separación de los demás. Sus facultades mentales están plenamente desenvueltas y el idealismo puebla su espíritu. En esta época es muy importante trabajar en la motivación, incentivarlo a poner lo suyo, su propio juicio, sus ideas y propuestas, a defenderlas, a sentir que puede agregar valor al mundo que lo espera. Es cuando se va delineando en el joven lo que quiere hacer de su futuro como parte del grupo social.

Quisiera terminar diciendo que la nueva educación o, mejor dicho, esta vieja filosofía educativa que se ha ido generalizando, cuaja muy bien con lo que está ocurriendo en la sociedad en otros aspectos. Hay un descubrimiento del ser espiritual en las personas y una percepción generaliza-

da de aceleración del cambio, de un cambio tan fuerte en la conciencia de la gente y en el devenir de las cosas, que ya no es posible mantener el orden y la esperanza buscando contenerlo, posponerlo o controlarlo. Se vive una total entrega a aceptar lo nuevo e, inclusive, a invitarlo y abrazarlo. Eso se permea en la educación, facilitando el desarrollo del yo de las personas, que es el núcleo central de una evolución sana del ser humano sobre la tierra.

—Hola, soy la nieta de Argentino, mi pregunta es: ¿cómo te afectó el proceso de transformación que describiste en tu charla?

— ¡Hola, Camila! Seguramente esta pregunta la quería hacer tu abuelo, pero no se animó. Pensé que Argentino era ese sujeto que se está riendo, a tu lado, pero ahora veo que estoy confundido, porque él no sería tan cobarde de mandar a su nieta a preguntar lo que no se anima... ¿o sí?

Volviendo a tu pregunta, me hizo muy feliz, fue un grandioso proceso de realización para mí. Imaginate, amo la educación, tengo una clara vocación para acompañar a los niños y jóvenes en su crecimiento y siempre estuve convencido del tremendo impacto que tendría en cada persona este nuevo modelo educativo. En estos últimos veinte años, en los que este tipo de pedagogía se masificó en el país, yo viví en una especie de éxtasis, como si estuviera dentro del alma de cada niño que recibe un regalo maravilloso cada día. Creo que el cambio en el sistema educativo ha sido uno de los pilares fundamentales de la transformación de la sociedad argentina en estos 25 años del renacimiento.

Me trajo muchos recuerdos el repaso de esta charla. Yo recibí esa educación, y viví una gran coherencia entre lo que recibía en mi casa y en el colegio, con el que quedé muy agradecida.



No pude resistir el impulso y fui caminando a mi viejo colegio, que quedaba en Gaspar Campos entre Irusta y San Martín. Llegué a las 12:30, justo cuando salían los chicos. Me apoyé en el alambrado y miré con melancolía a los chiquitos que jugaban alegres en el jardín, mientras esperaban que los vinieran a buscar.

Así esperaba yo, en ese mismo lugar, a que me buscara mamá. Tuve un sentimiento encontrado, por un lado, de agradecimiento, porque siempre tuve alguien que me buscara y las caminatas de vuelta a casa eran una gloria para mí, pero, por otro, de enorme tristeza por haber perdido a mis viejos de tan chica.

9

El mejor trabajo del mundo

Luego de haber revivido la charla de Martín, por supuesto, mis pensamientos se clavaron en el tema de la educación y los niños. Entonces, recordé otra charla relacionada, pero sobre los cuidados de los más pequeños. La busqué en los archivos de la computadora de Argentino y la encontré, “Primera infancia – Tere” y me pareció clave ponerlas juntas, porque ambos procesos educativos, el de casa y el del colegio, son absolutamente complementarios.

Mi abuelo siempre decía que los adultos tenían la obligación indelegable de regar la autoconfianza de los chicos, para que puedan desplegar todo su potencial a lo largo de sus vidas. Él creía que esquivar el bulto de esa tarea era una de las cosas más ridículas del comportamiento social, como si se quisiera desafiar a la gravedad. La realidad es que, antes de la Implosión del 25, al cuidado de la primera infancia no se le daba la importancia que merecía. ¿Cómo no priorizar algo tan importante? Nunca lo pude entender.

Era obvia la relevancia del tema para el futuro social de cualquier pueblo. Tomar conciencia de ese desafío fue esencial para el desarrollo favorable del ánimo social en aquellos tiempos, y solo bastó con comprender que cumplir este rol adecuadamente era uno de los trabajos más importantes que podían tener las personas en toda su vida.

Andrés había seleccionado a Teresita para esta charla, porque fue una maestra con cualidades excepcionales para comprender lo que late en el alma de los niños y para acompañar a los padres a desempeñar su rol y, a la vez, disfrutarlo.



—¡Hola a todos! La búsqueda de la excelencia en el buen cuidado de los niños es un proceso que se ha hecho extensivo a toda la sociedad en los últimos veinte años. No se sabe bien qué es lo que generó el cambio de mentalidad social en esa época. Pero sin dudas es un tema que nos tiene a todos intrigados y, para iluminarnos, hemos invitado a Teresita, una mujer maravillosa, madre, abuela y maestra, que se dedicó a acompañar con amor a los niños y a sus padres en sus primeros años de vida familiar y escolar. Tere, ¡somos todos tuyos!

— ¡Gracias, Andrés, me gusta muchísimo estar hoy con ustedes! Me apasiona lo que hago y me encanta poder compartir mi experiencia en este ámbito. Por suerte hoy ya no se discute que lo que percibió una persona en sus primeros años de vida va a condicionarlo durante el resto de sus días. Uno viene al mundo físico y se inserta de la mano de los adultos que lo rodean. Si ellos no hiciesen lo necesario, nos moriríamos a las horas de nacer, o ni siquiera aprenderíamos a caminar, a hablar o socializar. En nuestros primeros años imitamos e internalizamos todo lo que está alrededor. Es la edad en la que se absorbe todo aceleradamente. Sin ningún lugar a dudas, es cuando se sientan las bases para el futuro aprendizaje, para el futuro emocional y para el futuro espiritual de una persona. Lo que hoy es tan obvio para todos, a principios del siglo 21 no estaba en el radar de la sociedad con el peso que merecía. No se hablaba de ello en forma masiva, sino solamente en grupos especializados.

Como comentó Martín, en su charla, la nueva conciencia llegó por las razones menos esperadas, pero llegó. Y, una vez que estuvo aquí, comenzó a provocar en la sociedad los efectos positivos que necesitábamos. La gente empezó a pensar en estas cosas porque faltaba empleo. ¡Gracias Implosión del 25 por hacernos despertar! Mientras

todo más o menos funcionaba y se presumía que iba a seguir andando bien, la gente no prestaba atención a estos supuestos detalles menores del proceso evolutivo de una persona.

En el siglo 20, por momentos se ponían de moda frases como: «los niños aprenden lo que viven» o cosas por el estilo, pero la gente seguía actuando como si los chicos se criaran solos, como si con cambiarles los pañales, alimentarlos, mimarlos y todas las cosas lindas y típicas de la paternidad fuera suficiente, sin pensar que los niños absorben como esponjas lo que hacemos, lo que decimos y lo que pensamos; que nuestras contradicciones, maldades, liviandades, mentiras o cualquier gesto negativo o confuso pueden corroer la construcción de su personalidad. La gente se desvivía por impresionar a su jefe, a su pareja, a sus amigos, a sus clientes, para sentirse aceptada y mantenerse vigente y competitiva, pero se tomaba a la liviana la imagen propia que recibían sus hijos en las sutilezas, niños que a esa edad aceptan todo como bueno, sin quejarse, y sin conciencia del daño que se les hace. Los padres no se daban cuenta de que los que más dependían estructuralmente de su ejemplo y de sus mensajes implícitos y explícitos eran sus hijos más pequeños, que pasaban sus días observándolos.

Como también comentó Martín, los trabajos que siempre hubo comenzaron a escasear. En paralelo, se vivía una gran crisis en el sistema educativo: el sistema público estaba jaqueado por las deserciones y el privado, por la falta de motivación de los alumnos egresados. Encima, la creación de nuevos trabajos y formas sociales requería nuevas energías, creatividad y conocimiento. ¿Cómo podíamos fomentarla si los jóvenes ni siquiera tenían ganas de terminar el colegio? En los años cercanos a la Implosión del 25, aquellos que habían recibido una educación de calidad y estaban en condiciones de afrontarlo se iban, buscando un



futuro en países con entornos menos confusos y con mejores oportunidades para conseguir trabajos interesantes. Esa deserción social nos abrió los ojos y fuimos entendiendo con dolor que, para reconstruirnos como sociedad, había que recrear la forma de hacer muchas cosas en Argentina, incluyendo la formación desde sus raíces más profundas en la educación del niño.

Antes de explicar estas transformaciones, quiero poner el tema en contexto.

¿Para qué sirve una sociedad? En su visión más básica, sirve para proteger la vida de sus miembros, para que los nuevos integrantes puedan nacer, desarrollarse plenamente e integrarse al grupo social, para que los adultos tengan una vida plena y para poder acompañar a sus ancianos hasta su muerte. Para evitar la extinción de un grupo social, sus miembros deben adoptar las ideas que surjan en cada época, que no solo latan en los miembros de un grupo social, sino también en el de las sociedades vecinas y de la comunidad global.

En el siglo 21 hubo grandes cambios en la mentalidad de nuestra sociedad, incluyendo la concientización generalizada de la relevancia de esperar y cuidar un poco más al niño en su proceso de desarrollo fisiológico y mental.

Por si alguno tiene curiosidad y quiere investigar un poco, mi orientación pedagógica está basada en las ideas de Rudolf Steiner, un educador cuyos pensamientos me han guiado. Antes de venir a compartir este momento con ustedes, estuve repasando algunas de sus conferencias en las que brinda conceptos que considero fundamentales para el tema que estamos tratando, y los sintetizaré a continuación con algunos agregados míos.

Para empezar, la educación es un asunto que concierne a la sociedad en el más alto sentido, porque comien-

za inmediatamente después del nacimiento, involucrando a toda la familia, a toda la comunidad, a la humanidad en su conjunto.

Para entrar correctamente al mundo, el niño depende de lo que recibe de sus padres, tutores o maestros en sus primeros años de vida. Lo esencial es acercarse al niño con auténtico cariño y, a través del cariño, simplemente deducir lo que su propio ser pide. Todos, en cierto sentido, somos educadores para los niños desde el nacimiento hasta los siete años.

Para la verdadera educación, nunca debe considerarse al niño como es en un momento dado, sino siempre en relación con el total de su jornada, desde el nacimiento hasta la muerte, porque la vida terrenal entera está presente en la edad infantil, como germen. Los adultos que lo crían deben ser conscientes de que su misión es favorecer el despliegue de ese potencial. Una de las tareas principales del adulto es crear en torno al niño una atmósfera acogedora y protectora, crear un ambiente que sea saludable para neutralizar los efectos destructores que lo acechan.

Hay un complejo engranaje entre el desarrollo fisiológico y el desarrollo mental. Conforme va madurando nuestro organismo físico, así se van liberando o se van poniendo en disponibilidad ciertas energías psíquicas que, antes del momento oportuno, no están disponibles, no deberían tocarse todavía. Nuestro cuerpo es el vehículo que sirve para procesar todos nuestros pensamientos, emociones y actuaciones. Si algo falla en nuestro vehículo, tampoco nuestras funciones psicológicas se desarrollarán en forma correcta.

El niño, en su primera infancia, tiene una época en la que se dice que sueña. Está todavía aletargado, como durmiendo intelectualmente, y es necesario no despertarlo antes de tiempo. Hay que mantener en el niño la condición



apacible, soñadora, de imaginación pictórica que corresponde a sus primeros años.

Ya desde el siglo 20, la irrupción de los aparatos mecánicos y, luego, las pantallas tecnológicas han contribuido a la maduración precoz. Ese despertar prematuro hundió al niño en su propio cuerpo, produciendo un desequilibrio entre el desarrollo psicológico y el fisiológico. El psicológico se adelantó artificialmente al fisiológico. El despertar temporalmente lo produjeron no solo los aparatos exteriores, sino también la intelectualización prematura de los niños a través de la enseñanza. Se pueden obtener buenos resultados de corto plazo con la enseñanza intelectual prematura, pero a un precio muy elevado, que consiste en que a esos niños se les exija, también prematuramente, un alto rendimiento escolar, truncando sus facultades creadoras, que todavía deberían seguir empeñadas en la modelación de un cuerpo sano, por algunos años más. Digamos que en la naturaleza orgánica infantil simplemente no existe la intelectualidad tan admirada antiguamente, por lo que no hay que introducirla en sus juegos. En los juegos debemos introducir aquello que al niño le llame la atención, facilitando un entorno que le permita desarrollar su imaginación y creatividad. Todo lo intelectual lo deja impasible porque, durante los primeros años de vida, la individualidad del niño está profundamente empeñada en reorganizar todo el organismo, en hacerlo propio.

Entonces, ¿en qué se ocupan los niños en sus primeros años? Principalmente en lograr tres cosas.

La primera es caminar. Los movimientos de sus extremidades llegan al punto de permitirles que se levanten sobre sus pies, venciendo las fuerzas de gravedad. Erguirse a la posición vertical y luego andar son los primeros logros en los que el niño conquista su justo equilibrio en el mundo espacial.

El segundo logro consiste en el desarrollo del habla, del lenguaje, cuyo aprendizaje deriva de la organización del movimiento, que se inicia con el dominio del espacio, en una primera etapa, en el andar, y, en la segunda, en el habla.

El tercer logro se relaciona con el pensamiento. El niño comienza, de forma rudimentaria, a relacionar entre sí ciertos razonamientos. Así como hablar surge de andar, pensar surge de hablar.

Solo después de haber logrado estas capacidades, que podríamos llamar andar, hablar y pensar, llega el momento en que el niño adquiere la memoria; no recuerda nada de aquellos tres pasos de sus primeros aprendizajes. En sus primeros años de vida, el ritmo de cambio es tan alto, todo va tan deprisa, todavía sin nada de reposo, que todo se halla en fluencia y la mínima intervención del adulto tiene fuertes efectos. Nuestros errores o aciertos con los pequeños se proyectan o repercuten sobre la vida posterior en mucha mayor proporción que lo que hagamos bien o mal con un adolescente. Hasta que no termine la primera etapa de desarrollo inicial del cuerpo, que usualmente es con la segunda dentición, el niño no está preparado para la etapa de aprendizaje. Mientras tanto, ¿cómo aprende? Aprende por imitación, que es la más fuerte de sus energías, y no puede menos que imitar, aunque no quiera. Si nosotros miramos, el niño también mira, si nosotros sonreímos, el niño sonríe, si nosotros hacemos algo, el niño quiere hacer lo mismo, si hacemos una mueca, el niño imita la mueca. No es una copia consciente, sino que su imitación equivale realmente a una identificación. Digamos que el niño se identifica plenamente con los adultos, con el ambiente y participa de todo lo que se desenvuelve en su entorno.

Sus primeros tres años y, en segunda medida, los que siguen hasta el séptimo son, con mucho, los más importan-



tes en el desarrollo total de una persona, porque la condición humana del niño es radicalmente distinta a la de su vida posterior. El niño es, todo él, órgano sensorio, idea cuyo alcance no se concibe con suficiente intensidad. A modo de ejemplo, un joven saborea el alimento con la boca, el paladar y la lengua, en cambio, en sus primeros años, percibe el sabor a través de todo su organismo. El niño gusta de la leche de la madre, su primer alimento, de arriba a abajo, con todo su cuerpo.

Como organismo sensorio, no solamente es sensible a las influencias físicas que lo rodean, sino también a las influencias morales, especialmente las del pensamiento. Así, por muy rebuscado que le parezca a la mentalidad materialista moderna, él siente todo lo que piensan quienes se hallan a su alrededor. Como padres y maestros debemos no solamente evitar las acciones exteriormente impropias, sino ser internamente veraces, internamente morales en pensar y sentir, puesto que el niño percibe todo esto y lo absorbe, y así va formando su naturaleza, no solamente de acuerdo a nuestras palabras y acciones, sino en supeditación a nuestra total actitud mental y afectiva. La calidad del ambiente es, por consiguiente, lo más importante de todo el primer período de la educación hasta los siete años.

El ideal inconsciente de todo niño sano es llegar a ser adulto y, en ese afán impulsivo, dirigido por imitación, solamente encontrará una guía correcta si los adultos, con la mayor responsabilidad, procuramos que encuentre algo que sea digno de ser imitado, porque los niños se nos entregan con una confianza ilimitada, con una confianza sin reserva, y a ella hemos de responder. El temperamento del adulto observado puede influir sobre su desarrollo, su metabolismo, su sistema nervioso. Por eso es muy importante no dejarnos llevar por impulsos sin considerar que el niño está absorbiendo lo que hagamos. Debemos ser claros cuando le

hablamos, no darle órdenes y contraórdenes que le generen confusión.

Ahora bien, si aún no están listos para lo intelectual, entonces, ¿qué actividades podemos compartir con los niños? En los primeros años, como les vengo diciendo, se deben presentar actividades dignas de imitación, por ejemplo, ofrecer en imágenes lo que hace la gente madura, para que los niños puedan luego enriquecer con sus propias vivencias. Podemos amasar para hacer pan y los niños amasarán con nosotros, podemos ponernos a coser y los niños también lo harán, podemos crear un teatro de títeres y los niños participarán. Una tarea muy importante para los adultos es crear un ambiente acogedor en el que ellos puedan sentirse cobijados, puedan sentirse abrigados como en casa.

Según Steiner, un niño que no ha sido aceptado o acompañado en su primera infancia por adultos dignos de imitar en lo verdadero, lo bello y lo bueno, tiene menos chances de transformarse en un ser humano libre. Estos conceptos, planteados en el siglo 20, fueron muy bien comprendidos por la sociedad a partir del avance del siglo 21, disparando cambios sociales impensados, que ya pasaré a describir. Pero antes quisiera cerrar estos conceptos con un ejemplo sencillo. ¿Recuerdan el que utilizó Martín la semana pasada, el de las macetas? Bueno, ese es uno simple y muy claro para entender que el rol de los adultos es ayudar al niño a potenciar lo que trae, en lugar de aplastarlo y tapanlo con otras semillas que, si bien pueden prender y ser bonitas, no potencian a las que ya venían en la tierra de cada niño-maceta, ni son útiles a la sana evolución de la sociedad. Quisiera agregar algunos detalles más. Toda persona puede acceder a cualquier conocimiento. Eso no está mal. El problema es la temporalidad. Es querer insertarle conocimientos antes de tiempo, buscando intelectualizarlo. Supongamos que, siguiendo este ejemplo, las semillas de



la tierra original de la maceta son de un árbol y le agregan la semilla de una hiedra trepadora. Podrían convivir allí, seguramente, pero si la semilla de la hiedra se planta cuando el árbol es pequeño, el árbol puede ser ahogado por la hiedra y morir. En cambio, si se planta la semilla de la hiedra cuando el árbol ya es suficientemente robusto, entonces la hiedra simplemente trepará por el árbol. Un árbol también puede coincidir con otros miles de árboles en un bosque. Pero si los otros se plantan muy cerca de este, en forma prematura, el árbol crecerá muy rápido hacia arriba, buscando la luz, por lo que no podrá expandirse correctamente hacia los costados y se desarrollará débilmente.

En todos los casos, es cuestión de tiempos y espacios. Parece una sutileza, pero es algo crítico. Les doy ejemplos grotescos, si quieren que el chico tenga una vida perturbada, expónganlo a la pornografía a los seis años. Si quieren que el chico tenga relaciones complejas con la sociedad, expónganlo a juegos y películas de violencia cuando es pequeño. Estos son ejemplos sencillos y evidentes de cuidar a los que dependen de nosotros. Afortunadamente, se fue tomando conciencia de lo importante que era esto de acompañar adecuadamente a los niños para tener un mejor futuro social y, sobre todo, de lo lejos que estábamos de poder hacerlo bien, de la enorme necesidad de capacitación para que los padres pudiesen criar a sus niños sin escandalizarlos, sin hacerles perder la esperanza en el mundo.

Hasta ese momento, los adultos capacitados buscaban acceder a los trabajos más excitantes, sentirse plenos, asumir desafíos complejos, muchas veces frustrándose, sin ver que tenían ante sí al más maravilloso e indelegable de todos los trabajos existentes en la tierra, que era acompañar debidamente a los más pequeños a su cargo en esa etapa absolutamente crítica de su vida. ¿Existe acaso un trabajo más igualador? Casi todos tenemos acceso a ese

trabajo, no hay trabajo más importante para la sociedad y todos podemos hacerlo bien. ¿Por qué entonces los adultos lo descuidaban? Lentamente, tomamos conciencia de que, como padres o adultos, teníamos ante nosotros el mejor de los trabajos, el que mejor rastro puede dejar en la evolución de la humanidad, y que todos, sin importar el estrato social o el nivel de educación técnica, estábamos en condiciones de hacerlo maravillosamente bien. Por otro lado, también existía en la Argentina un muy alto desempleo, que venía creciendo desde hacía décadas, con cientos de miles de familias que cobraban asignaciones del Estado.

Entonces, transformar la educación de los hijos desde sus primeros días era indispensable para el futuro argentino, acompañarlos debidamente era el mejor gesto como padres en la vida de los hijos y esa tarea se transformaba en la más importante que cualquiera pudiera tener en la vida. Así fue creciendo un entusiasmo cada vez más fuerte por capacitar a los padres para acompañar bien a sus hijos, como medida esencial para sacar a los miembros futuros de la sociedad de la trampa de la pobreza.

La aceptación de esta potencialidad fue contundente y, aunque se sabía que sus frutos se verían en el largo plazo, era tan clara la percepción de que lo que se hacía era valioso que se disfrutaba y su tiempo de maduración no afectó la predisposición de la gente. Los padres con más recursos se capacitaron por sus propios medios, otros utilizaron la capacitación que recibían del gobierno o de los centros de abuelos. Aquellos que vivían el karma del desempleo, sentían mucha dignidad por tomar conciencia de la gran utilidad de su tarea. Había una sensación de pleno empleo y el único cambio había sido comprender que todos tenían en casa una tarea indelegable que daba sentido a sus vidas, independientemente de los trabajos que pudiesen conseguir afuera.



Con el tiempo, los gobiernos entendieron que una forma de alinear los esfuerzos con los padres más necesitados era pagar la asignación solo a aquellos que tomaran los cursos parentales de la primera infancia. Los lugares más buscados para cursarlos eran los centros de abuelos de todo el país, donde tenían el tiempo y las capacidades para hacerlo y, además, cuidaban a los hijos mientras sus padres cursaban. También se dieron estas capacitaciones en el servicio social voluntario. Los abuelos, que tenían experiencia en educar niños, vieron la necesidad de ayudar y, como tenían tiempo, se capacitaron e implementaron programas variados para acompañar a los padres o tutores en esto de mostrar al niño un mundo amigable, verdadero y consistente. Los cursos que los centros de capacitación vienen dando a padres y tutores, durante las últimas décadas, enfatizan el conocimiento de las vivencias del niño en sus primeros años de vida y el conocimiento profundo de las acciones, mensajes y cuidados que deben hacerse para potenciar lo que cada niño trae a la vida, preparándolo para llegar a la escuela en buenas condiciones para recibir la nueva educación.

Uno de los módulos más interesantes es el del arte de contar cuentos. Para cada edad hay un tipo de cuento más conveniente. Los abuelos enseñan el arte de contar el cuento indicado y de la forma indicada para cada edad. Estos cursos motivaron varias transformaciones, muchas de ellas inesperadas. Un gran impacto social fue el proceso de transformación de los abuelos, ayudándolos a sentirse útiles, a entender que sus vidas activas no terminaban con las jubilaciones, por el contrario, apenas comenzaban su etapa más útil para una sociedad profundamente necesitada de cambio. Resultó otro gran impacto la transformación de los padres que asistieron a los cursos. El curso los llevaba a un lugar tan profundo, tan esencial, que los transformaba y energizaba, y no solo los motivaba a ser mejores padres,

sino también a encarar de otra manera su propia vida.

Ha habido una profunda transformación social generada por la combinación de todos esos efectos, no solo por el positivo en la vida social y económica de los jóvenes potenciados que se fueron lanzando a la vida, sino también por el mejor estado de ánimo de los padres y abuelos, conscientes del valor que agregaban a la sociedad, sin importar la edad ni el estrato social. Entonces, pasó algo muy interesante. Los gobiernos reemplazaron las típicas propagandas de obras con mensajes manipuladores, que ya empezaban a ser despreciadas luego de los cambios en la conciencia social que se venían produciendo desde la Implosión del 25, por otras enfocadas en la educación en la primera infancia, con ejemplos fáciles de cómo evitar escandalizar a los niños. Fue tan grande la transformación en el humor social que la imagen del gobierno llegó a subir cuando emitían estas nuevas propagandas.

Bueno, hasta aquí llego con la introducción. ¿Tienen alguna pregunta?

—Tere, ¿cómo influyó este movimiento de cuidado de los niños en las discusiones sobre la despenalización del aborto que fueron muy relevantes en la vida social del primer cuarto del siglo?

—Influyó muchísimo. Pero, ante todo, quiero ser transparente y decirles que creo que hay vida humana desde el momento de la concepción. Creo que la vida es un milagro maravilloso y que si hay un embrión latiendo es producto de una decisión tomada en el mundo espiritual. Por eso, estoy a favor de cuidar la vida humana desde el momento de la concepción. Me parece honesto aclararlo porque, seguramente en mis respuestas notarán una inclinación hacia la postura con la que estoy de acuerdo. Habiendo dicho esto, haré un esfuerzo para ser lo más neutral posible, así puedo



hacerles comprender la evolución de esta discusión en la dinámica social del siglo. Para los más jóvenes presentes, incluso algunos muy jóvenes que deben haber nacido cerca del 2030, les comento que, un poco antes del inicio del renacimiento que siguió a la crisis, hubo grandes debates en la sociedad respecto a la legalización del aborto. Existieron dos grandes grupos que discutían fervientemente y fue un tema muy utilizado políticamente por los liderazgos cor-toplacistas del momento, para construir apoyos populares, dividiendo a la sociedad. Así como las personas pro-aborto argumentaban que no había vida hasta cierto mes del embarazo y fueron siempre fervientes defensoras del derecho de la mujer a disponer de su cuerpo libremente, también lo fueron las personas pro-vida que creían que desde la concepción había vida y, por lo tanto, el aborto era un asesinato, por decisión de la propia madre, en el momento de mayor vulnerabilidad del pequeño por nacer.

Dejando de lado la irritación y angustia que provocaban a cada grupo los objetivos y argumentos del otro, había un límite: la libertad de unos no podía obligar a otros. Ciertos proyectos de ley, absolutamente pro-aborto, obligaban a que médicos, enfermeros y dueños de clínicas practicaran un aborto, si una paciente lo requería. Para estos médicos, la exigencia del aborto iba en contra de sus creencias más íntimas y el proyecto de ley no tomaba en cuenta su derecho a la objeción de conciencia. Finalmente quedó implementada la despenalización. La práctica del aborto nunca llegó a convertirse en una obligación para quienes lo veían como un asesinato, pero tampoco estaba prohibido si una mujer quería hacerlo. Por suerte, surgió algo extraordinario con la evolución de la conciencia del valor espiritual de los niños después de la Implosión del 25. Se concientizó sobre la relevancia de su educación como seres espirituales, sobre cómo debían ser guiados de la mano en sus primeros pasos en este mundo, y así se logró un gran incremento de

los deseos de adopción. Había mucha más gente buscando criar hijos que madres buscando interrumpir sus embarazos. Como a su vez había gente muy angustiada por la carga negativa de los abortos en el grupo social, comenzaron a organizarse fundaciones que garantizaban, a todas las mujeres que desearan abortar, un lugar donde dejar a sus bebés recién nacidos si decidían llevar a término sus embarazos. Entonces, se logró que muchas eligieran tener a los bebés y darlos en adopción en lugar de abortar.

Fue muy famoso el centro de abuelos de Luján, uno de los que más abuelos atrajo y que mejor hizo a la sociedad. Ese centro recibió mucho apoyo del Estado para recibir a niños y darlos en adopción. Hubo momentos en los que recibían a más de cien bebés por semana y lograban ubicarlos en familias a los pocos días. Luján pasó a ser el centro nacional de rescate de pequeños y, en consecuencia, un centro de esperanza. Gracias al trabajo de este centro, no había familia que deseara adoptar un niño, siendo elegible, que no lo lograra. De hecho, muchas parejas, aunque podían tener hijos, debatían si tener el propio o rescatar a uno de los niños de Luján. Ese ejemplo fue imitado por otros centros de abuelos y, hacia el año 2035, existía al menos un centro por ciudad, en todo el país, que se ocupaba de que más familias pudiesen adoptar. Con el tiempo, se fue comprobando que tener al bebé y darlo en adopción resultó mucho mejor para la estabilidad emocional de la madre, que abortar en los primeros meses de gestación. Se descubrió, entonces, que la forma de frenar los abortos no era por la vía legal, sino por la verdadera evolución de la conciencia en el valor milagroso de las vidas que llegan a este mundo.

—Tere, el concepto de ser digno de imitar por los niños ha sido probado como exitoso y hoy lo hemos internalizado, pero me parece increíble que lo hayan logrado implementar eficazmente en su momento, porque conceptualmente parece imposible. ¿Cómo hicieron?



—Sí, es como vos decís, parecía imposible pero logramos poner el tema en movimiento. En los años de la Gran Tristeza, la gente estaba muy mal de ánimo, y eso repercutía en los chicos y en el trato entre adultos. Si bien, en teoría, es un concepto difícil de transmitir y, en general, difícil de entender, incluso de bajar a tierra porque uno no sabe por dónde empezar, debemos recordar que la Implosión generó un estado de ánimo social muy especial, que hizo que la gente se entregara a los pocos que éramos confiables. Nosotros decíamos que hacer esto era esencial para construir el futuro, y la gente creía en nuestra buena intención porque lo que más quería era encontrar formas de salir del pozo y construir un futuro mejor. Les dimos muchos ejemplos prácticos, muy sencillos, como una forma de comenzar, y cuando los ponían en práctica, se sentían bien y veían mejor a sus hijos. No aflojamos y les dimos más ejemplos, lo hacíamos los abuelos, las fundaciones, los gobiernos, todos se habían subido a esta corriente en la nueva etapa de Argentina. Había ejemplos sencillos, como contar cuentos que nosotros les dábamos para leer y que tenían un efecto muy lindo en hacer volar la imaginación de los niños. A la vez, les daban una excusa para estar con sus hijos en su cuarto, de noche, percibiéndolos. Otros ejercicios simples consistían en tratar de evitar quejarse, decir malas palabras, mentir, maltratarse entre ellos, o a otros. Esos pequeños ejemplos tuvieron un tremendo efecto en la conciencia de los actos por parte de los adultos. Digamos que se buscaba mejorar el ánimo de los niños y se logró mejorar también el ánimo de todos. Como en esa época había poco trabajo, este tipo de actividades se transformaron en oro puro que los padres podían dar a sus hijos, aunque no tuvieran dinero. Así se hizo y ustedes saben ahora el impacto que tienen estas pequeñas cosas para lograr grandes cambios.

—Tere, parece un poco utópico aplicar en forma generalizada estas herramientas cuando hay tanta gente con

maldad, tan perturbada o enojada, que no tiene capacidad de abstraerse de sus pensamientos para enfocarse en sus hijos de esta forma. ¿Cómo lo lograron?

—En realidad, no lo logramos. Estos conceptos que comparto son parte de una tendencia, de un impulso social. Siempre hubo gente que los tuvo presentes, porque los conceptos no son nuevos. Lo que pasó fue simplemente que hubo un incremento en la conciencia sobre esos temas y, cuando eso sucedió, nació un proceso de retroalimentación social muy saludable. Pero esto muy bueno, que viene pasando, no implica que todas las personas lo hayan vivido de la misma manera, o que todos los que entendieron el significado hayan logrado transmitirlo a sus hijos, o inclusive que la vida adulta de todos los niños que hayan recibido este tipo de acompañamiento haya sido feliz. Estas ideas simplemente tomaron fuerza en esa época, digamos que les había llegado el momento, y fueron de gran beneficio para el cuerpo social en general, pero nada que involucre a la humanidad es perfecto ni abarca a todas las personas, por supuesto.

Ese día quedé impactada por Teresita. Todo en ella era amor y la pasión con la que hablaba de aquello en lo que creía era contagiosa. Mientras terminaba la filmación, recordé que había quedado tan compenetrada en sus mensajes finales que nunca llegué a hacerle la pregunta final y, recién ahora, mientras escribo este párrafo, caí en la cuenta de que Tere y mis abuelos eran amigos, que me habían contado esos cuentos, que me habían dado ese gran regalo de cuidarme como si fuera un tesoro incalculable que tenían el honor de proteger, al menos un ratito, y me llené de una sensación de gratitud que no puedo explicar con palabras.

En estos años, mientras viajaba, puse mucha atención en el carácter de la gente y en la relación con su entorno familiar, ya que



ha sido desde chica un misterio para mí por qué hay personas tan resentidas, tan amargadas y enojadas con la vida, mientras que otras son tan alegres y agradecidas.

Con el tiempo me he ido convenciendo de que, en línea con la exposición de Tere, la raíz de estos problemas está muchas veces en las vivencias de cada persona en su primera infancia, vivencias que generan traumas cuyo origen la gente pasa toda la vida tratando de descubrir y resolver.

Sigue y seguirá habiendo problemas de este tipo, pero qué importante ha sido para nuestro grupo social el gran foco que pusieron estos locos del renacimiento en concientizarnos de la importancia de no escandalizar a los pequeños como eje de construcción del futuro social.

10

El despertar de la conciencia

Este tema era de suma importancia para Argentino y me lo recalca todo el tiempo. Él veía a lo espiritual como el eje central del andamiaje de todos los demás cambios sociales de la época. Para mi abuelo, la espiritualidad en el ser humano es la razón fundamental de su existencia en la tierra y, por lo tanto, nada puede prosperar sanamente sin alineación con su fuente espiritual. Siempre me daba un ejemplo que por su sencillez me quedó grabado. Decía que, si nuestra casa es el cielo y venimos a la tierra a aprender algo para evolucionar y volver por nuestra cuenta al cielo, entonces, en nuestras meditaciones debemos contemplar esa realidad para aceptarla como tal, evitando pedir a la vida lo que no es. Si, por ejemplo, fuésemos deportistas y nos mandasen a un centro de entrenamiento a prepararnos para una competencia, no esperaríamos de la vida en el centro de entrenamiento otra cosa que utilidad en el entrenamiento. Eso es la vida en la tierra para nosotros. Un medio de entrenamiento y transformación para volver mejores a casa. Lo que importa entonces es cuánto sirve el entrenamiento para aprender y volver a casa, y no el disfrute en el entrenamiento como si fuese nuestra casa, porque no lo es. El recuerdo de este ejemplo me ayudó muchas veces en mi vida a aceptar con alegría lo que me era dado, entendiendo que todo tiene un porqué, una razón ligada a mi evolución espiritual en la tierra, la única misión importante por la que vine.

Para la charla sobre el tema más importante de todos para Argentino, Andrés había elegido a Angélica, una mujer muy sabia



que transmitía amor por todos sus poros, con la sencillez y humildad que caracteriza a todas las personas con un alto nivel de conciencia espiritual. Así arrancó Andrés:

—A modo de introducción a la charla de hoy, quiero decir que en este ciclo busqué tratar muchos temas distintos entre sí, pero complementarios y necesarios para tener una visión integral de lo que ha estado pasando en estas décadas. Siento que lo he logrado, ya que tenemos una gran variedad de temas que abarcan nuevas formas sociales, empleos del futuro y los efectos de la tecnología. Tendremos, en las próximas semanas, charlas interesantísimas sobre el futuro del dinero, el plan económico o los Diez Consensos sociales del renacimiento, entre otras tan buenas que ¡me cuesta esperar! Me pareció que un tema que no podía faltar en la agenda, un tema central para tener una visión integral de lo que pasa en este siglo, es la evolución de la visión espiritual del ser humano. Para ello tenemos el lujo de contar con Angélica, una mujer espectacular que es madre, abuela, amiga y que ha transitado con mucha devoción su camino espiritual desde el siglo 20. Ella es una persona común, alguien como cualquiera de nosotros, por lo tanto, sus enseñanzas vienen desde el llano y creo que esa visión es de especial utilidad. ¡Ah! Les aviso que Angélica me prohibió terminantemente decir su edad... será difícil adivinarla porque vino en bicicleta y se tomó dos pícaras en un rato.

Angélica, es un placer tenerte con nosotros para conversar sobre este tema tan especial. Siento que la faceta espiritual es como el pegamento que hace que todo lo demás esté unido, que tenga forma y sentido. ¿Lo ves así, también?

—Gracias Andrés, ¡qué alegría que asignen un espacio para hablar sobre la espiritualidad en el ser humano! Este tema, por suerte, ha tomado un creciente protagonismo en

este siglo y está, sin dudas, influyendo en nuestra evolución como personas y como sociedad. Disculpen, sobre todo vos, Andrés, que no siga el procedimiento usual de este ciclo. En lugar de iniciar con una charla introductoria seguida por una sesión de preguntas y respuestas, quiero que la charla sea una conversación. Para lograrlo, les pido que me hagan preguntas desde el principio, así tendremos un intercambio de ideas más concreto y enfocado en los temas que ustedes quieran tratar. Eso sí, si luego de responder a sus preguntas noto que algún concepto relevante quedó sin clarificar, entonces redondearé mi charla hablando sobre ello. Muy bien, entonces, los invito a que alguien comience con alguna pregunta...

—Angélica, ¿cómo definirías el momento espiritual que estamos viviendo?

—Lo llamaría la época del desarrollo de la individualidad consciente. Es decir, estamos viviendo una época en la que tenemos más conciencia sobre nosotros mismos como un yo espiritual, además de mayor conciencia de lo espiritual en la tierra y de las consecuencias de nuestros actos sobre los demás y sobre el planeta. Para ayudarlos a poner en perspectiva esta etapa versus las anteriores que ha vivido la humanidad, voy a repasar las que creo que han sido las distintas épocas en la evolución espiritual del ser humano.

Al principio de su jornada en la tierra, primaba en el ser humano el sentimiento de ser parte del mundo espiritual del que venía, y no tanto como parte de la tierra, donde era recién llegado. Con el tiempo, el ser humano se fue soltando del mundo espiritual, digamos que se fue materializando, y comenzó a sentirse principalmente parte del grupo social que le permitía establecerse, sobrevivir y evolucionar en la tierra. Más adelante, el ser humano fue tomando su ser social como algo dado, como algo ya adquirido, y comenzó a percibirse más intensamente como individuo separado de



la sociedad. Digamos que comenzó a tomar fuerza el sentirse un ser único, a percibir con más claridad su yo.

Ahora, estamos en una época de desarrollo en la que ese individuo, ese yo, toma conciencia de la significancia de su yo en el mundo espiritual, en la sociedad y en su camino personal. Creo que estamos viviendo una fase muy interesante de nuestro proceso espiritual, en la que vivimos con más plenitud nuestra individualidad y, a su vez, somos más conscientes de nuestro propósito. Por eso la llaman la «individualidad consciente».

Estas épocas que describo no son absolutas, todos los aspectos que mencioné, como sentirnos parte del mundo espiritual, parte de la sociedad, o reconocernos individuos espirituales y con conciencia de nuestra relación con el afuera, están presentes siempre en la historia de la humanidad. Simplemente, creo que, según la época, existen diferentes niveles de preeminencia de unos aspectos sobre otros.

En las últimas semanas escuché atentamente las charlas de Martín y de Teresita, y sus mensajes en relación con la educación coinciden plenamente con lo que yo percibo del momento espiritual que estamos viviendo. Es necesario que los padres y los maestros contribuyan a que cada uno de nosotros, desde pequeño, pueda encontrarse con lo que trae consigo desde el mundo espiritual y, desde ahí, desarrollarse para descubrir quién es y a qué vino como condición esencial para, entonces, poder encontrarse realmente con los demás. Todo lo que ellos dijeron, que suscribo plenamente, es lo contrario a la vieja modalidad ya obsoleta de llenar a cada niño de conocimientos que alguien, supuestamente iluminado, detrás de un escritorio, definió como necesarios para que el niño pueda adaptarse al orden social establecido en ese momento.

—Gracias, Angélica, pero no entiendo a qué te referís con eso de épocas. ¿Cómo sería el camino completo entonces de esas épocas, adónde nos llevan?

—Creo que Dios planificó la experiencia del ser humano en la tierra porque aquí podíamos realizar una tarea indispensable en nuestra evolución espiritual, tarea que no podríamos realizar en el cielo. Digamos que, para evolucionar en el mundo espiritual, nuestras almas debían pasar por la escuela en la tierra. Entonces, Dios nos trajo a la tierra, digamos, de la mano, como pequeños espirituales, para que descubramos nuestra individualidad e iniciemos nuestro propio camino terrenal con el fin de volver al cielo, pero por elección propia, como resultado de nuestra propia evolución y transformación. Al principio de nuestra vida en la tierra, seguíamos muy ligados al mundo espiritual y poco aferrados a la nueva vida terrenal. Con el tiempo nos fuimos acostumbrando, materializando, y el desafío de nuestra jornada en la tierra es reconocer el mundo espiritual, valorarlo como propio y realizar en nosotros mismos las transformaciones necesarias para volver a nuestra casa espiritual, por nuestros propios medios y gracias a nuestro propio aprendizaje.

Otra forma de verlo es que al venir del mundo espiritual teníamos una fuerte vivencia de ese mundo porque la memoria estaba fresca, pero luego de perderla, en nuestra jornada en la tierra, el desafío es recuperar, de forma consciente y por nuestra propia voluntad, la espiritualidad que habíamos tenido al principio. Digamos que Dios permitió que perdiéramos el rastro de nuestro origen espiritual, con el fin de que la humanidad pudiera buscarlo por impulso propio y, libremente, hallar la ruta de vuelta en forma plenamente consciente. Este proceso espiritual es muy similar al de nuestra vida humana. Alguna fuerza mágica nos hace aparecer vivos en el mundo, en los primeros dos años de



vida creemos que somos uno con nuestra madre, luego nos descubrimos y desarrollamos nuestra individualidad, hasta que nos independizamos y elegimos el camino para nuestro desarrollo.

—Pero vos, Angélica, ¿en qué creés?

—Creo en Dios, creo en su mensaje de amor y creo que los humanos somos seres espirituales traídos por Dios a la tierra. Creo profundamente que la venida de Cristo a la tierra ha sido el epicentro de la evolución espiritual del ser humano y que, desde entonces, nos acompaña en nuestro camino de regreso a casa. Amo la vida y soy una agradecida del regalo de estar viva, de ser. Soy muy optimista sobre el futuro del ser humano y confío en que estamos en las manos del mundo espiritual, pleno de sabiduría, que nos puso en la tierra para evolucionar. Creo que eso sucederá cuando hayamos perdido el miedo, cuando hayamos aceptado con gozo toda prueba que se nos envía desde el mundo espiritual, y cuando vivamos con todo nuestro ser el amor incondicional de Dios.

—Me pareció muy interesante, intuitivamente me cierra lo que dijiste sobre las épocas, pero me confunde un poco porque no lo he escuchado en la iglesia. ¿Qué opinás de las religiones?

—Creo en las religiones, aunque veo una diferencia entre religión y espiritualidad. Creo que el mundo espiritual es uno solo, aunque existan muchas religiones. Dependiendo de la cultura de cada pueblo, los mensajes del profeta que los guió y el momento en la historia de la humanidad en que haya sido fundada su religión, hay una visión distinta de ese mundo espiritual y de cómo acceder a él. Si bien soy cristiana y católica de origen, creo profundamente que todos somos iguales ante Dios, que todos tenemos algo en común y que un católico no tiene un destino espiritual diferente del

de un judío o un musulmán. Creo que las diferencias entre religiones son solo matices creados por las características del encuentro con Dios y de la evolución cultural de cada pueblo y que, en algún momento, todos nos uniremos en un solo camino, ya que por más que adoptemos la religión del pueblo que llevamos en nuestro corazón, ella lleva al mismo mundo espiritual que todas las demás.

Para brindarles mayor claridad sobre mis creencias, me gusta usar una imagen muy conocida, en la que el mundo espiritual es como un río subterráneo que pasa por diferentes pueblos y cada pueblo hizo un pozo para acceder a ese río. El pozo de cada pueblo es particular, con diferentes formas, materiales y técnicas de construcción de acuerdo con las instrucciones de su profeta y con las características de la época y del pueblo que lo construyó. Podríamos decir, entonces, que el pozo que hizo cada pueblo es su religión; quien tuvo la visión y guió al pueblo para conectar el pozo con el río espiritual fue su profeta; la parte que ve cada pueblo del río subterráneo, desde su pozo, y la interpretación de ese pedazo de río es cómo los habitantes de cada pueblo vivencian el mundo espiritual.

El ser humano que, hace unos siglos, se veía más como parte de un pueblo que como individuo, en la actualidad, pone más atención a lo que tiene en su interior, a lo que late en su alma que es una llama espiritual, un camino propio. Si bien siempre ha pasado que algunas personas han tenido sensaciones que chocan con lo que les enseña su religión, en esta época el choque es más fuerte simplemente porque la luz propia de cada individuo late con más fuerza y, por lo tanto, en su fuero íntimo siente más independencia de la comunidad en su relación con Dios.

Me ha pasado a mí. Yo he sido catequista, luego me desencanté con ciertas rigideces o conceptos, o quizá escandalicé a algunos, y me alejé un poco, buscando mi ca-



mino, pero con el tiempo extrañé a mi comunidad y recordé la cantidad de gente virtuosa, humilde y de buen corazón que hay en la iglesia, a quienes también les pasa que cambiarían cosas de la institución, pero son fieles porque creen en el valor de la comunidad, son agradecidos de su iglesia y seguramente creen que lo importante es el fondo y no tanto las formas. No tengo dudas de que esto agrada a Dios, que es necesario, que la actitud de aceptación con humildad de quienes siguen los preceptos de una religión es tan valiosa como la búsqueda sincera de quienes no los siguen. Porque algo tengo claro. Yo logré un camino individual profundo, que me hace feliz y, si bien siento que en algún momento pude percibir ciertas cosas por haberme alejado de ciertos preceptos institucionales, también siento que nunca hubiera iniciado mi camino si no hubiese recibido de la iglesia los primeros impulsos para descubrir a Cristo y si no hubiese podido volver a ella cuando necesité sentir, nuevamente, el calor de mi comunidad.

Jamás me animaría a decir que las religiones están bien o mal, solo reconozco que las religiones son sistemas culturales creados por los seres humanos en su camino evolutivo, iluminados por sus profetas, en su búsqueda de conectarse con el mundo espiritual, que es uno solo. No soy de los que dicen que las religiones desaparecerán. Sí creo que la gente tiende a unirse en su camino espiritual, sin dejar su religión necesariamente. En el ejemplo del río y los aljibes, supongamos que alguien decide caminar solo, seguir aguas abajo, hasta llegar al lago en el que desemboca el río espiritual subterráneo, y tener un diálogo directo, apartado de las normas que su comunidad estableció para ver a través de su aljibe. Esto está muy bien, porque Dios nos hizo libres, pero las personas que eligen ese camino de soledad no son tantas y ese estilo de soledad no prende mucho en esta época, porque la intuición nos indica que el camino espiritual está signado por el amor y para eso necesitamos comunidad.

Eso nos lleva, nuevamente, a la lindísima problemática de fricción entre las normas de la cultura del pueblo en que vivimos y lo que nos dice nuestro yo interior, que en esta época late más que nunca. Quiero agregar que, si bien vivimos en esta «individualidad consciente», creo que no nos salvamos individualmente, sino en racimo. En esta época, la vida social se plantea desde el reconocimiento del ser humano como yo espiritual, que elige ser parte de una comunidad, y no tanto como lo opuesto, que sería desde la renuncia al yo para pertenecer a un grupo.

— ¿Cómo explicás que haya tanto mal en el mundo? Eso sigue como siempre y me quita las esperanzas de que verdaderamente exista un Dios que nos esté cuidando con amor.

—Eso es un gran misterio para muchos, es fuente de gran enojo y frustración. Afortunadamente, para mí no lo es. Creo que Dios nos trajo a la tierra porque quiso que progresáramos espiritualmente y, en la etapa en la que estábamos de nuestro camino espiritual, lo que necesitábamos experimentar y transformar para lograrlo no se podía hacer en el cielo. Digamos que necesitábamos un cuerpo, los sentidos y la mente como herramientas a utilizar para el progreso de nuestra alma. Para ayudarnos en este camino, Dios nos mandó muchos profetas, nos mandó un ángel para que acompañe a cada uno de nosotros en su recorrido y, sobre todo, nos mandó, en base a mis creencias, a Cristo en el momento justo de nuestra evolución para redimirnos, mostrarnos el camino y seguir a nuestro lado desde entonces.

La esencia de todo este proceso espiritual del ser humano en la tierra es que tenemos libertad y, al darnos Dios la opción de elegirlo, nos está dando también la opción de no elegirlo. Esto le da espacio a la oscuridad. Digamos que la necesaria convivencia con la oscuridad en la tierra es consecuencia directa de la libertad que tenemos.



Cada vez que veamos la oscuridad, debemos recordar que está porque tenemos libertad, que la lucha con la oscuridad es el costo de la libertad y que sin libertad nuestro paso por la tierra sería estéril. Esta visión, en la que creo plenamente, permite entender por qué en la tierra existe la maldad, la mentira, la corrupción, la injusticia, la manipulación y todas las derivaciones del mal que provocan la desesperanza de las personas de buena fe.

Por otro lado, a veces nuestro sufrimiento no viene del lado de la maldad en los seres humanos, sino que viene del lado de los desastres naturales, como las sequías, las inundaciones, los tsunamis y terremotos, las pestes y todas las desgracias que han ocurrido a los humanos, que no necesariamente tienen que ver con la maldad de otros humanos. Aquí también tengo una visión particular, positiva.

Nuestra casa es el mundo espiritual, no es la tierra. Es indispensable, para entenderlo, ver las cosas en perspectiva. Lo importante, repito, no es pasarlo bien en la tierra, sino pasar la prueba que vinimos a enfrentar en la tierra para reconocer al mundo espiritual como nuestra casa y volver a ella por nuestra voluntad. En nuestra jornada aquí, si nosotros nos sintiéramos amos de las situaciones y siguiéramos solo lo que nos indica el intelecto en base a los sentidos, terminaríamos atrapados por el mal. Porque el intelecto nos fue dado para descubrirnos como seres espirituales, pero para que el intelecto esté bien enfocado, debe estar alumbrado por esa luz que tenemos en el interior, ese pedazo de cielo que es parte de nuestro interior y que nos guía en el camino correcto.

Cuando el ser humano se siente vencedor en esta vida terrenal, tiende a alejarse de esa luz, a dormirse. Cuando se apoya en su intelecto y se aleja del camino espiritual, es razonable que el mundo espiritual envíe pestes o desastres naturales, para provocarnos, sacudirnos y movilizarnos,

como hacemos siempre que tememos frente a una crisis, a mirar hacia nuestro interior y suplicar a Dios por ayuda, reencontrándolo. Cuando el ser humano teme, se refugia en sí mismo, pide a Dios y encuentra esa luz interior que es un tesoro, impoluto, que ha sido la salvación de los seres humanos en los momentos de oscuridad, ha sido el pilar de la evolución humana a través de los tiempos. El mundo espiritual crea las condiciones para que la busquemos y recordemos que somos hijos de Dios y el motivo por el que estamos en la tierra. En otras palabras, a veces el mundo espiritual nos manda sufrimiento terrenal, pero solo para despertarnos, incentivándonos a recordar quiénes somos y adónde vamos.

— ¿A qué se debe la grieta, ese concepto que viene perdiendo fuerza pero que estuvo vigente a lo largo del siglo?

—Como dije, al tener la libertad, Dios dio espacio a la existencia de diferencias. Esta dicotomía de fuerzas es indispensable en nuestro camino de evolución, es una de las principales razones naturales para la generación de la grieta, que en otros países se llama polarización. No necesariamente de un lado de la grieta hay buenos y del otro, malos. Porque en el mapa de decisiones de una persona hay infinidad de cuestiones y esa libertad ligada a la experiencia de cada uno y a sus elecciones es lo que nos pone de un lado o del otro. Lo que tenemos que aprender, entonces, es que la grieta está en la naturaleza de la vida terrenal, estuvo siempre, con diversos nombres y matices, y no es algo malo. Todo lo contrario, es necesaria porque la fricción entre las energías de las personas, entre lo bueno y malo que hay en cada uno de nosotros, es lo que nos permite evolucionar.

Por eso, veo a la grieta como una oportunidad de evolución y no como una puerta al infierno. La versión errónea, para mí, es creer que de un lado están los buenos, del



otro, los malos y lo que está en el medio es el demonio que crea esa maldad y nos lleva a todos para abajo. La versión correcta, para mí, es que todos somos imperfectos, todos estamos aprendiendo y no hay un lado bueno y uno malo de la grieta, sino que las fricciones personales nos van posicionando de un lado o del otro y el camino de evolución está en el medio, en el encuentro con empatía, en la comprensión de la voluntad ajena. No hay solución ideal para la cuestión social. Estamos en la tierra porque somos imperfectos. En ese estado, el roce humano y el aprendizaje social son producto necesario del milagro de estar vivos, de estar en la tierra gozando de nuestra libertad para descubrir a Dios en su creación.

— ¿Pero vos creés en la reencarnación?

—Sí, creo en la reencarnación. Al principio de mi vida creía que teníamos una sola vida terrenal y que al morir nos la jugábamos para ir al cielo o al infierno, pero con el tiempo me fui convenciendo, por intuición, que venimos más de una vez a la tierra y que lo haremos hasta que sea el momento de no volver más. Creo, entonces, que el ser humano está en el mundo espiritual antes de descender al físico por concepción y nacimiento. Me pasa que, al creer que hay más de una vida, no pienso tanto en adónde iré después de la muerte, sino que me pregunto: ¿de dónde vengo? ¿Para qué estoy acá? Encontré que este punto de vista nos lleva a una grandiosa profundización de la vida. Dicen que el foco en cómo ganarse el cielo nos empuja al egoísmo, a buscar la salvación, mientras que el foco en entender el enigma del nacimiento, de dónde vengo y para qué, nos impulsa a comprender el mundo en amor, aceptando que, si estamos acá, para algo será.

El foco en la salvación en una única vida nos lleva a vernos como un cuerpo físico que puede salvarse porque tiene un alma. En cambio, asumir que hubo también una

vida previa, lleva a vernos como un alma con muchos cuerpos físicos y nos ayuda a poner el foco en ella, como ente más importante que el cuerpo físico, y en la vida espiritual, como un sitio más importante que una única vida física. Como dije antes, esto tiene que ver con las creencias de cada religión. Actualmente, en el mundo, miles de millones de personas creen que hay una sola vida y otros miles creen que hay varias, y a cada grupo le parece ridículamente raro lo que piensa el otro.

Pero mundo espiritual hay uno y ya averiguaremos cómo es, lo importante es que en la vida en la tierra cada uno de nosotros siga su corazón, su intuición y se anime a ver la realidad desde la perspectiva que considere verdadera. La educación, como comentaron Martín y Teresita, es muy importante para que el niño pueda descubrir lo que trae y, ya como joven, reconocerse, para acceder a su interior y, con esa luz, con esa fuerza, complementar a las fuerzas del intelecto para lograr la equilibrada evolución espiritual que vino a buscar en esta vida.

— ¿Cómo sería un mundo ideal para vos?

—Veo al mundo como un vivero de almas. El mundo funcionaría idealmente si en él pudiesen evolucionar las almas, si pudiesen cumplir con su objetivo en la tierra. Jamás definiría un mundo ideal como un mundo feliz o un mundo de abundancia. Creo que el mundo es simplemente un lugar de evolución, un campo de entrenamiento. De todas formas, sí es posible que se viva una sensación de abundancia y de felicidad. Pero esto no se daría por lo que pase en el mundo, sino por lo que pase en las almas que viven en el mundo. Habrá sensación de abundancia y felicidad cuando las almas que habitan la tierra hayan adquirido un alto nivel de conciencia de su relación con el mundo espiritual. Ese mayor nivel de conciencia hará que vivamos en un continuo agradecimiento por el solo hecho de estar vivos y que ten-



gamos una alegría plena de reconocernos hijos de Dios, una confianza total de estar en manos del mundo espiritual, que es infinitamente más poderoso que cualquier fuerza oscura en la tierra.

Con este nivel de conciencia, seríamos todos más solidarios, más alegres, menos temerosos y más cooperativos. La vida en la tierra sería pacífica. Habría abundancia principalmente porque habría menos necesidades. Pero para que eso se dé, en forma generalizada, quizá falte mucho tiempo de evolución. No tengo idea de cuánto, lo importante es que sería ridículo esperar un mundo mejor si no trabajamos plenamente para ser mejores nosotros. Lo que nos falta evolucionar es una enormidad y es apasionante pensar que estamos en manos de Dios, que tenemos todas las herramientas para lograrlo y la libertad para elegirlo. Diría que un mundo ideal está al alcance de nuestras manos, está en trabajar nuestro nivel de conciencia interior para vivir con alegría nuestro camino, perdiendo el miedo. Muchas veces pienso en cómo nos sentiremos luego de esta vida, cuando miremos hacia atrás y recordemos las veces que tuvimos señales obvias del mundo espiritual, pero no las quisimos ver o no nos preocupamos por recordarlas y nos entregamos al temor de cada día; entonces, por ese temor, que se ve ridículo desde la perspectiva, nos perdimos de prestar atención a nuestros seres queridos, a quienes a nuestro lado necesitaban nuestra mirada y nuestra comprensión, pero no las tuvieron. Creo que ese sufrimiento de ver nuestros errores a la distancia es lo que nos hace volver, una y otra vez, para terminar aprendiendo y disfrutar la alegría de aprovechar ese regalo milagroso e increíble de Dios que son la vida y la libertad.

—Dejando de lado por un momento el ideal que describiste. ¿Qué efectos prácticos ha tenido, para vos, en nuestras vidas, la mayor conciencia que se dice que existe

en el segundo cuarto de este siglo?

—Voy a aprovechar tu pregunta para redondear mi charla. Como introducción a mi respuesta, quiero contarles la historia de Moreno, un hombre a quien conocí cuando era chica en un campo en La Pampa, al que iba seguido. Moreno era una persona muy simple. No tenía familia y, por las pocas veces que iba al pueblo, parecía tener pocos amigos. Su labor en el campo era preparar la comida para la gente que trabajaba allí, alimentar a las gallinas y hacer otras actividades relacionadas con la cocina. A simple vista, no parecía muy relevante su rol ni muy trascendente su vida, pero su imagen de alegría profunda en la simpleza absoluta me cautivó desde pequeña y viene siempre a mi mente en momentos especiales de mi vida. Por la forma en que hacía las cosas, su alegría de vivir y la luz que había en su mirada, parecía como si viviera en un continuo agradecimiento, y eso lo hacía muy especial, como si vibrara con otra energía. No puedo decir mucho más de él, solamente que me fascinaba ir a visitarlo, charlar y la forma en que me veía. Yo sentía que su alegría de vivir, su capacidad de percibir al otro y de encontrarse con el otro eran muy superiores a todo lo que había conocido.

Nunca más lo vi, pero solo por ser él mismo me mostró una forma distinta de vivir la vida. Es curioso, porque mi sensación era y sigue siendo energética al recordarlo. Usualmente lo recuerdo cuando necesito hacerme preguntas fundamentales, como qué es ser relevante en esta vida. No recuerdo haber visto o conocido, desde entonces, a alguien con una expresión de felicidad más plena; alguien que, por otro lado, estaba totalmente despojado de bienes llamativos y no había logrado ninguno de los típicos triunfos terrenales que mucha gente anhela. Su existencia me recuerda que lo importante está dentro de nosotros. Lograr éxitos terrenales no está mal, pero lo único importante es



el despertar interior, porque sin ese despertar todo lo demás es menos relevante. Si el despertar interior es lo más importante a lograr en nuestra visita a la tierra, si nuestra casa es el mundo espiritual y no la tierra, entonces, ¿no es más exitoso lograr el estado de Moreno que el éxito terrenal vacío? ¿Cuánta gente invisible socialmente ha llevado una vida de enorme valor a los ojos de Dios? ¿Y cuánta gente de gran visibilidad la ha desperdiciado?

Cuando hay mayor conciencia, la gente está más agradecida por existir, por tener la posibilidad de aprender en esta vida. Cuando hay mayor conciencia, uno se quiere más a sí mismo y eso genera un creciente interés por el otro. Entonces, la gente llega a tener menos necesidades materiales. ¿Cuánto tiempo de nuestras vidas dedicamos a despertar nuestro interior para encontrar ese amor que nos hará felices y nos permitirá alegrar la vida de todos los que nos rodean, retroalimentándonos? Al final del viaje, nuestro objetivo en la tierra es aprender sobre lo espiritual y lo espiritual es amor. Sobre esa base podemos construir todo lo que queramos, pero sin esa base, nada.

Con esta larguísima introducción, pues, voy redondeando las ideas para responder a tu pregunta. La gente como Moreno estuvo siempre, pero en el siglo 21 la vemos más, ponemos más atención en la gente plena, consciente, agradecida por existir. Como sociedad le damos más valor que antes a lo que representa Moreno. El mal sigue presente con su propio poder de transformación, empoderado como nunca por la enorme manipulación que le posibilita la tecnología en un mundo de gente híper conectada. Es como si estuviesen todos con una sonda clavada por donde el mal puede inocular veneno para el alma. Lo que nos viene salvando de estas influencias malignas es el despertar interior, la gente que intuye que el bien existe se está volcando más que nunca a la búsqueda desesperada de respuestas y está encontrando fuerza en su propia individualidad.

Siempre estamos a tiempo de despertar. El mal puede tomar nuestra mente y nuestro corazón, pero nunca nuestro espíritu. Esa luz interior que tenemos dentro es como el fuego interno de un volcán, que ninguna fuerza en la tierra puede apagar. Gracias a ese regalo de Dios, esa luz estará disponible, siempre que la busquemos. Es en esa fuerza, en esa luz que todos tenemos adentro, donde están todas las respuestas que necesitamos. Buscando en nuestro interior podemos comprender, en un lenguaje simple, como el de Moreno, cuál es nuestra esencia y para qué vinimos a la tierra en esta jornada. En este siglo, por la mayor búsqueda que describí, hay un fuerte despertar interior. Con ese despertar, se entiende el milagro de la vida, el regalo que hemos recibido con la existencia. Hay más alegría, más aceptación de lo que no se puede controlar y menos frustración por no buscar la felicidad en el lugar incorrecto.

Ustedes saben, por experiencia propia, que la mayor disponibilidad de tecnología potenciada por el impacto del cambio climático y la reducción de la biodiversidad ha afectado seriamente la disponibilidad de empleos. En las sociedades lideradas por gente vacía, elegida por ciudadanos cortoplacistas dormidos en su conciencia, el efecto de todo esto fue desastroso y provocó todo tipo de conflictos sociales y de destrucción de la convivencia pacífica. Pero, en las sociedades con mayor despertar de la conciencia ciudadana, como pasó en la Argentina del renacimiento, cuando se eligieron líderes constructivos con verdadera vocación de servicio, no hubo grandes problemas, porque no se vivía un clima de resentimiento y sensación de injusticia, sino que se vivía en mayor o menor medida una disposición interior favorable, se necesitaban menos bienes materiales para ser felices, los servicios del Estado eran buenos y se vivía con agradecimiento la mayor disponibilidad de tiempo, como una oportunidad para encontrarse con uno mismo y con los demás.



Estoy convencida de que el despertar del segundo cuarto del siglo fue lo que salvó a la sociedad argentina de la destrucción en manos del mal, que la hubiera hecho desaparecer. Digamos que, gracias a esa predisposición, en el 2025 implosionó la economía argentina, pero logramos renacer como sociedad y ser parte del grupo selecto de naciones que tomaron los desastres naturales de ese periodo como una oportunidad de transformación...

Se paró la grabación... sí, esa fue otra charla que me dejó tan perpleja que olvidé hacer la pregunta final. La visión de Angélica era muy sencilla, muy sabia. Todo lo que ella describió, creo haberlo vivido en mi entorno. Cuando lo hablaba con Argentino, mi abuelo también decía que, en las décadas previas a la Implosión del 25, la sociedad argentina vivía en una especie de hipnosis, una gran confusión y adormecimiento social originados por influencias del mal, lo que nos hacía creer que una sociedad justa, construida sobre mensajes verdaderos, no era posible.

Con la perspectiva que me da el paso del tiempo, creo que la década más oscura del siglo, tanto en Argentina como en el mundo, fue la del 2020 al 2030. En esos años se vivió una gran confusión y fragmentación social, por momentos muy destructiva.

Fue una década dura de la que algunos salieron fortalecidos y otros, no tanto, como si se hubiera librado una gran batalla espiritual que abrió el camino para el renacimiento, al menos en nuestro país, pero dejó muchos heridos a los que luego hubo que acompañar con mucha compasión para mantener el equilibrio social.

Tuve la suerte de nacer en 2030 y evitar la época más oscura, aunque viví en pleno el sentimiento social que le sucedió.

11

Participación ciudadana

Quedé muy impactada por la charla de Angélica, tanto en aquel momento como en estos días, y al recordarla vuelven a mí muchas ideas e imágenes que fueron forjando mi carácter y mi actitud ante la vida. De hecho, hay pensamientos nobles ligados a su charla que utilizo muy a menudo para ordenar mi mente y mejorar mi energía, y que me ayudaron a superar momentos muy difíciles de mi vida, sobre todo cuando, siendo muy joven, emprendí mi viaje en soledad, luego de haber perdido a todas las personas que me habían amado alguna vez.

Los pensamientos que más me han ayudado son que debemos cultivar el agradecimiento, que debemos mirar hacia adelante, y que la fuerza verdadera la sacamos de nuestro interior, de adentro hacia afuera, y que, cuando accedemos a ella, es imparable como la lava que sale de un volcán.

La relación entre el despertar interior y la vida comunitaria me resultó clarísima en las palabras de Angélica. Además, es actualmente evidente que, así como la mayor conciencia espiritual tuvo un impacto fuerte en la actitud hacia la vida de las personas, ese cambio actitudinal tuvo, a la vez, un impacto fuerte en la vida social de Argentina. Con las vivencias de la Implosión del 25 y de la Gran Tristeza que la siguió aprendimos, de la peor manera, que si queríamos construir una sociedad justa, teníamos que comprometernos verdaderamente con hacer lo necesario para que esto ocurriera.



La participación ciudadana debía tomar protagonismo y así sucedió... una de las charlas del ciclo fue sobre este tema y la dio Miguel, un gran participante de la vida política de la Argentina a lo largo de la primera mitad del siglo 21.

— ¡Hola a todos! Sí, soy Andrés. Asumo que lo saben y el que no, a esta altura, póngase las pilas. Esta charla marca el inicio de lo que llamo la «bajada a tierra» de este ciclo. Hasta acá, hemos hablado principalmente de lo que latió en el ser humano en esta época, de la educación, de las nuevas formas sociales y del grado de conciencia en lo espiritual. Quiero empezar ahora con charlas brindadas por quienes han tenido roles ligados a la política, al servicio público, a lo económico y lo financiero, para que nos cuenten su experiencia en esos frentes que han sufrido una gran revolución en estos años. Nada mejor para iniciar este ciclo que una charla sobre la relevancia de la participación ciudadana en la evolución sociopolítica y económica, y para eso convoqué a Miguel, a quien todos conocen por su fama y por haber pasado cincuenta años de su vida haciendo política en todo tipo de roles. Creo que nadie sería mejor que él para contarnos sobre la relevancia del nuevo compromiso ciudadano en la transformación vivida en el renacimiento argentino del segundo cuarto del siglo. Miguel, el auditorio es tuyo.

— ¡Gracias, Andrés! Todos ustedes saben, seguramente, quién soy o conocen algo de mi carrera. Igualmente, quisiera expresar que amo la política y que me encanta poder compartir mis experiencias ahora que estoy más cerca del arpa. Me asiste la experiencia y también la credibilidad de quien ya está retirado y puede decir lo que quiere. Me considero una suerte de arrepentido, pero no por haber hecho deliberadamente algo malo, sino porque con la perspectiva de haber vivido el reciente ciclo de cambio tan positivo, veo cómo lo que hacíamos los políticos, hace algunas décadas,

dañaba a la sociedad. No lo hacíamos porque, deliberadamente, buscásemos dañar, sino porque hacíamos lo que la sociedad nos pedía, aun sabiendo que era inviable. Nuestro pecado fue aprovecharnos de eso, sin que nos importasen tanto las consecuencias. A veces, me siento culpable de no haber buscado, con mayor énfasis, forzar un cambio en la gente; aunque siempre que me lo planteo o lo discuto con compañeros de viejas batallas, termino convencido de que eso hubiera sido sobreestimar a la política o subestimar a la gente, o ambas cosas.

Quiero ser bien claro, a los políticos nos encanta lo que hacemos. Es uno de los trabajos que mayor vocación requiere y ocupa todo el día, durante toda la vida, porque se trata de estar permanentemente construyendo vínculos y argumentos en un devenir infinito que, cuando reaccionás, te das cuenta de que se te pasó la vida ocupándote de la política. Lo que a los políticos nos gusta es el poder, es gobernar. Es como una pasión, una adicción o todo combinado. Nos gusta porque nos gusta, así de simple como en toda vocación, y porque, en general, pensamos que, de una u otra manera, somos los mejores para gobernar. En la vieja política, en la política actual y en la que vendrá, los políticos estamos continuamente tratando de entender lo que quiere la gente y hacerlo. Está en nuestro ADN. Muchos han criticado lo que se llama la vieja política, de la que soy parte, por haber llevado a la gente al matadero con tal de gobernarlos.

Créanme cuando les digo que los políticos no tenemos tanta influencia en general como para llevar a la gente a donde no quiere ir. Muy de vez en cuando aparece en el mundo algún Gandhi o Mandela, que fueron emblemas de haber provocado un giro social en sus países. Muchos nos piden a los comunes ser como ellos, pero ellos son únicos y, sobre todo, vivieron en un momento único de sus pueblos.



La gran virtud que tuvieron fue la de leer el cambio que deseaba la gente y guiarla a ese destino, cambio que también necesitaban ellos como líderes. Digamos que esas situaciones extraordinarias de liderazgos, que llevan a sus pueblos hacia un mejor destino, se dan por la convergencia de un líder con mucha fuerza, que comparte la visión de un pueblo que quiere ese cambio desesperadamente, en ese momento. No es posible forzar un cambio que aún no está en la gente. Es como una idea a la que no le llegó su tiempo. Esa era la convicción que había en la política argentina, a veces inconscientemente, y como lo que los políticos queríamos por vocación y deseo era gobernar, entonces le dábamos a la gente lo que quería con tal de gobernar, mientras tratábamos de que se nos ocurriera algo mejor.

Nuestra sensación, muy profunda, era que quien manejaba la política podía construir caminos alternativos, pero quien no la manejaba iba a ser volteado en poco tiempo por los que buscábamos adictivamente volver al poder. Por eso, cuando veíamos en el poder a alguien que no tenía nuestras convicciones de hacer cualquier cosa para volver, sentíamos que no era digno de ese cargo y no parábamos hasta sacarlo. Era una adicción en la que nos acompañaban las demás fuerzas que buscaban defender lo suyo, como los sindicalistas. Es verdad que hubo mucha manipulación, mucha corrupción y mucho aprovechamiento. Es verdad que existieron gobiernos con almas tan degradadas que solo buscaban construir poder y, desde ahí, destruir a los que ellos señalaban como sus enemigos o la posibilidad de la llegada de jóvenes libres, buscando adoctrinarlos y manipularlos antes de que tomasen vuelo propio.

Pero no nos engañemos, la corrupción existía porque las personas la aceptaban, participaban y, mayoritariamente, la votaban. Claro que hubo aprovechamiento, de todos lados, porque la gente, en buena parte, se dejaba gobernar

así porque también aprovechaba la situación de alguna forma o creía que esa era su mejor opción. Los más pobres, en su desesperanza, votaban a quien pensaban que era quien más les iba a dar. La clase media votaba a quien la podía ayudar a preservar un poco más lo que había logrado, ante el temor de que frente a un gran cambio podían desaparecer sus trabajos. Mucha gente de clase media o alta había construido lo suyo aprovechando la situación y, cuando se hartaba, votaba ideas más largoplacistas, pero luego no lo toleraba, porque percibía que ya no le convenía o porque dejaba de creer que esos líderes con visión de largo plazo resistirían nuestros embates continuos para volver al poder. Es por estos factores que los liderazgos de gente que intentaba implementar políticas sostenibles nunca duraban mucho en el poder, ya que en poco tiempo eran desgastados por la oposición que, en su desesperación por volver, sembraba miedo, aprovechando el sufrimiento de un pueblo que aún no estaba listo para la transformación verdadera.

Es verdad que se daba lo que llamo el «efecto espejo». Cuando uno es complicado, asume que el otro, en el fondo, también lo es. Entonces, cuando llegaba alguien para luchar contra la corrupción, los corruptos no creían que fuese honesto, simplemente creían que estaba engañando a la gente para quedarse con sus negocios. Todo se transformaba en una batalla por acceder al poder y a las cajas, y esto sucedía solamente porque era permitido por la sociedad. Hoy suena ridículo porque la gente ya no acepta la corrupción, además, con la aparición de los Cazadores de Parásitos y su tecnología, los corruptos son linchados socialmente en pocos días, pero no era así antes. Hasta ese momento, el modelo que habíamos utilizado por décadas había sobrevivido. La estructura socioeconómica se había desarrollado en base a él y cualquier cambio generaba riesgos para la mayoría. Todos estábamos manchados de alguna manera, porque nadábamos en la misma pecera social cuya agua



estaba podrida y, en consecuencia, no había masa crítica de gente que pudiera lanzar la primera piedra sin fracasar en el intento.

Los medios hacían su trabajo, pescando y exacerbando lo que percibían en el humor social. Algunos se vendían en un rol deplorable como parte de una época oscura y otros tenían que seguir la corriente porque, si no hablaban de cosas en las que la gente creía o se interesaba, perdían tracción. Era oscuro y lamentable, sí, pero difícil de cambiar si no se generaba una transformación en los intereses mayoritarios de las bases sociales. Siempre hubo excepciones, por supuesto, pero insuficientes. Con total sinceridad, reconozco que la mediocridad que se vivía en la sociedad se veía espejada en la dirigencia en general, incluyendo los ambientes empresariales, los medios y la política. Por suerte, a medida que fue transcurriendo el siglo 21, las cosas fueron cambiando, por diversas causas que convergieron hacia el segundo cuarto de siglo, luego de la Implosión del 25. Las causas de la crisis fueron varias y ya conocidas por todos ustedes, así que no quiero perder tiempo con eso. En el mundo se estaba agotando un modelo de capitalismo que no era sostenible por la falta de conciencia, y se enfrentaba al impacto de la tecnología y de los efectos del cambio climático, que afectaron fuertemente su crecimiento y matriz laboral. La dinámica global afectó gravemente el precio de los productos que exportábamos y que habían sido siempre el sustento de nuestra economía.

Mientras tanto, en Argentina, agotamos todas las cajas, rompimos las instituciones y matamos los negocios, abusando del uso del Estado para mantenernos en el poder, hasta que ahogamos la economía con impuestos, inflación e incertidumbres de todo tipo. Esa situación provocó un clima de pérdida total de confianza en nosotros mismos. Ya no tenía sentido emprender, tomar un empleado era suicida y finalmente todo explotó por los aires en la Implosión del

25. Todo cambió en ese momento y ahora sí se podía decir que una larga etapa de decadencia se había terminado en Argentina, pero de la peor manera. Quiero definir esa época con un nombre positivo, porque creo que los cambios generados por las malas fueron sumamente positivos en nuestra evolución social posterior. Yo la llamaría la época del «despertar ciudadano» de la Argentina.

El proceso de recuperación fue lento, pero sólidamente sustentado en el contundente respaldo social que provocó el entendimiento de la gente de que el pasado estaba agotado. En el peor momento del anterior modelo, la gente veía cómo los empleos se esfumaban de sus manos y cómo lo nuevo nacía en otros países, lejos de sus posibilidades. La gente consumía celulares, dispositivos, películas online, animación tecnológica, sistemas operativos, aplicaciones de redes sociales y comunicaciones, autos autónomos, energías renovables... todo eso era mayoritariamente inventado e implementado en otros países que apoyaban a sus emprendedores y apostaban por el conocimiento. Nosotros simplemente consumíamos lo nuevo, pero cada vez menos gente podía pagarlo y todos sabíamos que un cambio social era necesario, pero sin saber bien qué hacer y con mucho miedo de perderlo todo. Lo que exportábamos valía menos porque, por un lado, los países habían innovado para incrementar su producción local, dependiendo menos de otros, y, por otro, la demanda era muy débil porque no había crecimiento demográfico y habían cambiado los patrones de gasto de la gente por el auge del consumo responsable. Eso generó que no solo se fuera tornando crítico, para el funcionamiento social, lo que teníamos que importar, sino que lo que exportábamos fuera perdiendo relevancia en el comercio global.

Prevalcían los políticos más incapaces, resentidos y retrógrados, aferrados a ideas basadas en el comunismo del siglo 20, que luego fueron evolucionando, pasando por el



populismo y otras corrientes similares, buscando exprimir a los ricos para dar a los pobres y manipular a las masas para llevarlos a nadie sabe qué confuso lugar de que época, con tal de mantenerse en el poder. Pero estos líderes eran cada vez más rechazados por la gente, por hartazgo y por saber que ese cuento ya se lo habían contado muchas veces, con el resultado de habernos convertido en una perfecta fábrica de pobres, dentro de un país rico en recursos. Se hizo evidente como nunca que lo importante era abrazar lo nuevo y ya no servía ni atacar el pasado ni aferrarse a él. Como grupo social percibimos que debíamos entregarnos al devenir. Esa búsqueda nos fue tomando como sociedad, a medida que avanzaba el siglo, y lo que iba arraigando en la gente, con el tiempo, fue arraigando en los políticos, simplemente porque los políticos interpretamos los deseos de la gente para ganar su voto.

Algunos dicen que en el segundo cuarto del siglo 21 mejoró la política argentina. Si bien estoy de acuerdo, también creo que lo que mejoró fue la sociedad en su conjunto y esa mejora fue recibida con alegría por muchos en la política, porque ese nuevo humor social quería medidas viables y, con eso, los políticos podíamos no solo acceder al poder siguiendo nuestra vocación, sino también triunfar en la gestión. Ya estábamos cansados de echarle la culpa al otro por nuestros fracasos, sabiendo que lo que nos pedía la gente con su voto era inviable. Estoy de acuerdo con el comentario de varios, en este ciclo de charlas, respecto de la personalidad psicopática de los líderes de antaño. Los políticos queríamos construir poder. Teníamos que hacerlo en una sociedad histórica, cuyo lema más representativo era «hacé lo que quieras, mientras me des la mía». Para eso, teníamos que reinventarnos continuamente para capturar las ideas de corto plazo que nos permitían acceder al poder. Unos lo llamaban «relato» y otros, «narrativa». Los mismos políticos un día éramos capitalistas y al otro, socialistas, un

día éramos promilitares y al otro, antimilitares, y así sucesivamente. Entonces, obviamente, los que prevalecían en la cúspide política no podían ser sensibles, no podían sonrojarse por decir un día lo opuesto que el día anterior, ni por decir que amaban a quien hasta hace poco decían odiar. Tenían que ser pragmáticos y, quienes tenían una ventaja para ocupar y tolerar ese rol, eran aquellos con personalidades psicopáticas y narcisistas.

Los demás, los que queríamos acceder al poder por vocación, seguíamos a esos líderes confiando en que podíamos balancear esas personalidades, quizá engañándonos, porque también, debo reconocerlo, queríamos la nuestra. Es verdad que nos tuvimos que reinventar tantas veces para acceder al poder que nos desfiguramos, y entonces teníamos que hacer mayores esfuerzos para comprar voluntades, uniéndonos con más gente distinta de forma que, lamentablemente, al acceder al poder, este ya estaba loteado entre gente con ideologías distintas y objetivos muchas veces contrapuestos.

Hay que entender que era necesario tener bases para ejercer el poder. Cuanto más nos degradábamos en el proceso de manipulación social, peores eran las personas que se sumaban a la causa. Los soldados leales a esa causa eran, por lo general, gente problemática, que ganaba más protagonismo cuando traía desde su infancia odios y resentimientos, gente que veía el acceso al poder no solo como una posibilidad de ser protagonista, sino también como una posibilidad de venganza, de revancha, una energía imposible de contrastar por los mansos de la actividad privada que solo querían trabajar. Esa dispersión fue parte del camino de la muerte, parte del camino necesario para durar un poco más, como un enfermo al que le dan morfina, hasta que la gente nos liberó del yugo cortoplacista y no nos pidió más que le mintamos y le demos la suya, porque dejó de verlo posible.



Nosotros, los argentinos, estiramos increíblemente un modelo insostenible, décadas más de lo que lo hicieron otros países, porque fuimos víctimas de la maldición de los países con riquezas naturales. En Argentina hay tanto de todo que siempre pensamos que solo bastaba con distribuirlo y prometer darlo gratis a la gente que, mayoritariamente, lo deseaba y lo creía sostenible. Eso pasó en otros países, que también se degradaron, creyendo que solo había que sacarle al que más tenía, que antaño podía ser un campo, una fábrica o un yacimiento. Los políticos dábamos por sentado que los “exprimidos” no se podían llevar sus bienes porque eran materiales y, en el ideario popular, producían solos. Los políticos les sacábamos tajada porque sabíamos, además, que muchos de esos empresarios habían obtenido lo suyo en base a arreglos con nosotros. Y el espíritu era, “accediste a esto haciendo negocios conmigo, así que ahora tenés que devolverlo porque lo necesito para seguir gobernando”. Pero, luego de cincuenta o setenta años de degradación autoinfringida, el mundo había cambiado tanto que la riqueza no estaba en el petróleo o en los minerales, sino en el conocimiento, la tecnología y la innovación, y eso no se lo podías sacar a nadie.

Los que accedían a esa riqueza no lo hacían hablando con la política. Si lo hacían, era por buenas razones, era porque los políticos inteligentes de otros países les ofrecían ventajas para mudarse a ese país en lugar de quedarse en el nuestro. Entonces, los que soñaban con «mamar de una teta» se dieron cuenta de que ya no estaba, porque esos modelos se habían muerto y el tren de lo nuevo se nos estaba escapando otra vez. Mucha gente que tenía un buen pasar, que había educado a sus hijos en los mejores colegios, que había logrado su buena posición económica con mucho esfuerzo, coronando la inmigración de sus padres o abuelos de origen humilde, ahora veían cómo sus hijos se iban del país. Muchos de esos padres, cuando se fueron sus hijos,

se dieron cuenta de que no servía tener dinero si la sociedad en la que vivían ya no era atractiva para los jóvenes. Sus padres habían llegado a esta tierra de promesas y sus hijos se iban buscando lo mismo en otros lugares, porque todo había sido extraído en Argentina, hasta la esperanza. De hecho, muchos de esos padres emigraron detrás de sus hijos, buscando simplemente disfrutar de sus nietos en los últimos años de sus vidas. Ese convencimiento de que el modelo socioeconómico estaba terminado fue el gran motivador del cambio social del renacimiento.

Bueno, ha sido larga mi introducción, pero me pareció importante describir las tendencias políticas hasta el primer cuarto del siglo, como antesala de la descripción de lo que fue cambiando en la gente luego de la Implosión del 25. Quisiera, primero, resumir los cambios, para luego explicarlos. Las personas entendieron que si querían que cambiasen las cosas, tenían que cambiar ellos mismos primero y solo después exigirlos al otro. Entonces, si queríamos apoyar el trabajo privado argentino, cuidar el planeta, educar para el futuro, reducir la corrupción y la inequidad, o que bajen los impuestos, teníamos que actuar en consecuencia, verdaderamente. Si no actuábamos en consecuencia, sabíamos bien que todo planteo de cambio iba a fracasar, como había pasado con los fracasos de nuestros tibios intentos en el pasado. Comprendimos que solo había chances de éxito si, como ciudadanos comunes, nos convencíamos de un camino, lo tomábamos y luego lo defendíamos a muerte, con bronca, para que nadie se la lleve de arriba, para que nadie haga fracasar el sueño por el que estábamos apostando para ser viables como grupo social.

Voy a darles algunos ejemplos de estos conceptos. Todos sabemos que la mayor cantidad de empleo privado en un país lo dan las empresas pequeñas y medianas. En el pasado, para proteger la vulnerabilidad de los empresarios



de las pymes, los gobiernos cerraron las economías, unas veces prohibiendo importar y otras veces cobrando un arancel muy alto a la importación, todo para cuidar las debilidades de nuestros empresarios que pedían protección. Esto había provocado que Argentina se transformara en uno de los países más cerrados del mundo, haciendo que la gente pagara más caras las cosas que compraba y, además, al cerrarnos a tener acuerdos de libre comercio con otros países, se afectaba la exportación que necesitábamos desesperadamente. Las medidas del gobierno, para proteger a unos, afectaban a los otros, generando una gran contradicción.

Nos fuimos dando cuenta de que si la gente, real y mayoritariamente, quería proteger el empleo en las pymes, ¿era necesario matar la exportación para ello? ¿Si el sentimiento era genuino, no era más fácil que cuando cada uno fuese a hacer sus compras, leyese la etiqueta y apoyase a las pymes nacionales? ¿Por qué tanta regulación si todo se podía solucionar con conciencia de la gente, poniendo una mínima atención al hacer sus compras? Cuando se hablaba de esta situación, hasta 2025 aproximadamente, la gente decía: “bueno... la verdad es que los productos locales son mucho más caros y peores, y estos empresarios de las pymes son tan precarios, no invierten nada...”. Claro, era la situación del huevo y la gallina, porque los empresarios de las pymes sabían que solo eran viables por la protección del gobierno, protección que a su vez generaba un país inviable, porque mataba la exportación. Entonces, el empresario tampoco invertía, simplemente sobrevivía en la mala y ordeñaba en la buena para tener la suya mientras duraba esa situación inviable.

Ese ciclo vicioso, enquistado en la mentalidad de la sociedad, estuvo vigente por décadas, hasta el momento del hartazgo y sinceramiento de todos. En ese momento, cuando habíamos implosionado, tanto económicamente

como en nuestra autoestima social, pasó a ser crítico protegernos, porque cada empleo que se generaba con nuestra plata ayudaba a que se moviera un poco la economía y entendimos que eso también nos beneficiaba. Emergió, simplemente, más conciencia del poder que teníamos de transformar la situación con nuestro dinero.

Desde entonces, la gente comenzó a detenerse y observar un poco más al momento de hacer las compras. Surgió más conciencia y, por los avances tecnológicos, todos disponían de más tiempo e información para analizar qué estaban comprando, cómo y por quién estaba producido. Eso fue percibido por las marcas, que comenzaron a poner la bandera argentina cada vez más grande y a mejorar sus productos, porque rendía hacer esa inversión. Comenzamos, como consumidores, a elegir productos argentinos libremente y, sorprendentemente en muchos casos, no implicó ni comprar productos peores ni más caros. En otros, requería algún sacrificio, pero sabíamos que comprar nacional servía al desarrollo social y nos daba satisfacción. Sirvieron muchísimo las apps con precios comparados entre comercios y productos, poniendo mucha presión competitiva. También fueron muy importantes las aplicaciones de diálogo entre empresas y consumidores, que generaron una relación especial que retroalimentaba la intención de compra.

En esos tiempos, los consumidores que podían pagaban un poco más por el producto nacional de empresarios comprometidos, porque había un enganche emocional verdadero con esto de protegernos entre nosotros. Se había dejado de lado la hipocresía. Se generó un muy buen círculo virtuoso que, con el tiempo, hizo hasta innecesaria la protección arancelaria. Nos convencimos de que no servía una regulación arancelaria para proteger a una empresa cuya supervivencia y productos no interesaban suficientemente



al público y que, además, si el producto realmente interesaba al público, no hacía falta esa protección.

Lo mismo pasaba con el turismo. En las épocas más duras, la gente se quedó sin recursos y dejó de viajar al extranjero, pero los que seguían vacacionando, lo hacían en el país. Hubo momentos en que los extranjeros también dejaron de venir al país, por problemas económicos y otras razones, entre ellas la conciencia del cambio climático, las amenazas terroristas y las pandemias. En el turismo también tuvo impacto la conciencia de la importancia de apoyarnos entre los argentinos, gastando el dinero de ahorro en vacaciones en el país, favoreciendo el empleo local. Es sabido que el turismo es una de las industrias que más empleo genera en un país y las vacaciones locales fueron una muy buena forma de apoyarnos entre nosotros. Acá también había existido mucha hipocresía. Todos nos llenábamos la boca de lo maravilloso que era nuestro país y de cómo la luchaban los emprendedores del turismo, pero cuando llegaba el turno de las vacaciones, los que podían se iban al exterior. Fue muy comovedor el sinceramiento de estas actitudes. Ese mismo concepto se aplicaba a la conciencia del impacto de nuestros actos en el cambio climático. Era común, llegando al segundo cuarto del siglo, que la gente pidiera al gobierno hacer algo con el tema ambiental, pero eso no se reflejaba para nada en los hábitos de consumo de cada uno.

Con el avance de la primera mitad del siglo, las empresas mutaron, pasaron de hacer viajes corporativos frecuentes a usar los sistemas tecnológicos que, debe reconocerse, cambiaron dramáticamente hasta el punto de que uno casi podía oler el perfume de quien tenía enfrente en un encuentro virtual. Seguían existiendo los viajes, porque nada reemplaza el encuentro humano, pero eran distintos, más del tipo de encuentros de una semana en la que todos

los especialistas de un tema se veían en congresos o ferias, muchísimo más eficientes que los viajes bilaterales, que a su vez tanto afectaban el planeta y las relaciones familiares.

La gente también cambió con respecto a los vehículos, de tener un auto propio pasó a usar los autos compartidos y los transportes públicos, que ya eran completamente sustentables por el impacto que alguno ya mencionó de la tecnología. Esto bajó muchísimo la contaminación por consumo de combustible y aumentó la interacción social. Otro gran cambio de estas décadas fue la instalación hogareña de electricidad sustentable. Con el avance del tiempo se hizo bastante neutro, económicamente, invertir para tener energía propia en casa y lo que los gobiernos en el pasado gastaban en subsidios infinitos, lo gastaron en financiar por única vez con préstamos subsidiados la instalación de energías en las casas de menores recursos. Fue enorme el impacto de estas medidas en la reducción de la contaminación y en la mejora de las cuentas familiares y del Estado. Hasta los aviones, que eran grandes emisores de gases de efecto invernadero, bajaron drásticamente su contaminación, ya que se viajaba mucho menos y, además, por las pantallas solares autoadhesivas de generación eléctrica, gastaban un 50% menos por kilómetro recorrido que a inicios de siglo.

Lamentablemente hemos llegado muy tarde con todas estas conductas y seguimos sufriendo el efecto de los deshielos, la inestabilidad climática y la pérdida de biodiversidad, desastres ecológicos que se aceleraron intensamente en la década de los treinta y nos cargaron de desafíos económicos y sociales. Pero quiero resaltar, con todos estos ejemplos, que los cambios del siglo no fueron motivados por acciones gubernamentales, sino por la transformación en los hábitos de consumo e inversión, permitidos o fogueados por un despertar ciudadano, una nueva conciencia potenciada por el uso de las nuevas tecnologías, que fueron



descubiertas gracias a la innovación y el emprendedurismo. Todos estos cambios eran saludables, pero no solucionaban a fondo la problemática argentina de un Estado gigante y tonto, utilizado por psicópatas y sus seguidores oportunistas, para financiar su aventura ideológica y para comprar votos, que habían provocado en la sociedad un nivel insostenible de impuestos, inflación, deudas e incertidumbre, hasta la Implosión del 25.

Como la gente se hartó de eso, sobre todo cuando la mayoría dejó de tener la suya por la Implosión del 25, exigió a los gobiernos transformar el Estado, eligió educación que potencie la creatividad y el espíritu emprendedor, entendió la relevancia de la creación de empleo privado y comenzó a pagar los impuestos, pero exigiendo a cambio una reducción gradual de los mismos y servicios de calidad. Todo esto es una circularidad que presumo que alguien les contará más adelante, en este ciclo también, que requirió una solución integral que está en proceso de ejecución con mucho éxito, desde hace ya dos décadas. El cambio fue en la actitud de la gente. Ya no era aceptable, como a principios de siglo, robar en connivencia con alguien del Estado. Porque es tan corrupto el que está en el Estado como el que afana con él. Esa cultura había dejado de tener gracia. Ya no era graciosa. Ahora, hasta nuestros hijos se estaban yendo y ni siquiera teníamos la nuestra. Había pasado de ser algo aceptado a ser algo vergonzoso e inútil.

En un principio, los miembros de la vieja política intentaron frenar el cambio, por su adicción al poder y por miedo a ir presos, pero fue imposible pararlo porque, debido a los Cazadores, la información fluía por todos lados. Entonces, intentaron generar sistemas propios de manipulación para forzar un cambio de ánimo y contrarrestar a los Cazadores, pero eso tampoco duró mucho porque la batalla ya no era oficialismo contra oposición, era el pueblo masivamente contra los saqueadores de esperanza, era mucho

más profunda, era por lo nuevo, por fin. Generaban asco las actitudes que muchos habían tenido durante décadas, ya no eran tolerables porque la gente no recibía nada a cambio, ya no aceptaba a los ladrones ni a los aprovechadores, ni en su barrio ni en su familia. Por otro lado, quienes se venían resistiendo a ese cambio, se fueron escondiendo por miedo a enfrentar el linchamiento social. La gente que había vivido haciendo negociados con el Estado, que no tenía capacidades para hacer otra cosa, continuó haciendo lo mismo mientras pudo y cómo pudo, pero se fue extinguiendo, como todo lo que pierde fuerza en los ciclos de la vida.

Lo tremendamente robusto de este proceso fue que lo nuevo nacía mejor, ya que, debido al cambio en la educación, la juventud que se iba insertando en la sociedad se había criado con más esperanza en un futuro sano y con más convicción para sostenerlo. Ese proceso es la base de construcción del renacimiento de la Argentina, que lleva un par de décadas, pero requiere muchas otras más de sanación por delante. Lo único que me entristece es que muchos de mis amigos, que no estaban nada felices con lo que debían hacer para acceder al poder y soñaban con este cambio, que veían casi imposible, no estuvieron para disfrutarlo ni para reivindicarse. Hoy ya es imposible que gobiernen los viejos partidos que compraban votos con cortoplacismo. Simplemente la gente no cree más en eso. Cree en la dignidad del trabajo, y hay realismo económico y aceptación de la necesidad del esfuerzo y del conocimiento como único camino para estar a la altura de las circunstancias. Todos aquellos que creían que era posible adoctrinar a los pequeños, meterles el chip de un dictadorzuelo o una teoría política en su sensible cabeza, hoy son vistos como criminales sociales, además de imbéciles que hay que mantener alejados de nuestros hijos.

Creo que lo más esperanzador es que, al buscar objetivos mucho más verdaderos que tener la propia, la gente



comenzó a exigir más virtud a los líderes. Se dejó de aceptar la manipulación pragmática, como herramienta de construcción de poder, y se mejoró sustancialmente la calidad de la dirigencia, creando un círculo virtuoso que potenció la consolidación institucional. Bueno, disculpen que me calenté un poco al final, pero me pongo emocional. ¿Quisieran hacerme alguna pregunta?

—Sí, Miguel, acá. Relativizaste la manipulación de los políticos a la sociedad argentina. Creo que esa manipulación ha hecho mucho daño en la esperanza de la gente. Así como los niños se entregan a los adultos en sus primeros años de vida, porque dependen de ellos enteramente para insertarse al mundo, también los más vulnerables se entregan a los políticos que gobiernan. Cuando esas personas vulnerables eran utilizadas y degradadas por aquellos que decían preocuparse por ellos, se llenaban de resentimiento. ¿Por qué lo minimizás?

—Bueno, de la forma en que lo decís suena bastante feo. Es verdad que a algunos políticos les importaban un cuerno los pobres, que no solo les mentían, sino que les robaban en sus caras, pero no podemos generalizar. Muchos de nosotros buscábamos realmente un país mejor, lo deseábamos, pero la gente no tenía esperanza de lograr un cambio sustancial y votaba cortoplacismo. Nosotros queríamos acceder al poder. Sentíamos verdaderamente que éramos mejores para gobernar que cualquier oposición, que la alternativa a nuestra propuesta era el caos provocado por nuestra propia adicción que la iba a voltear. Si los pobres nos votaban, tomábamos el poder y apostábamos al milagro, que a veces por suerte se nos daba, como por ejemplo cuando cayó plata del cielo en la bonanza de los commodities, a inicios de siglo, que nos permitió hacer una gran distribución. Con el diario del lunes, reconozco que esa distribución fue una forma criminal de comprar votos, matando

el futuro, pero también que, cuando llegaban esos momentos, se hacía irresistible generar una épica distributiva que alegrara a la gente y permitiese comprar diez años más de poder. No creo en eso de que planeábamos fabricar pobres para que dependieran de nosotros. En todo caso, teníamos incapacidad de generar algo mejor, teniendo en cuenta lo que deseaba la gente. Simplemente hacíamos todo lo necesario para que nos votasen y gobernábamos lo mejor posible, considerando el equipo que teníamos y las alianzas que habíamos tenido que respetar.

—Miguel, hablaste del «despertar ciudadano». ¿Qué significa estar dormido?

—Para mí, el «despertar ciudadano» fue hacernos cargo de nuestro futuro. Hasta ese momento hacíamos lo que nos convenía para mantener la nuestra, y entregábamos el poder con nuestro voto a gente que prometía mantener la estructura socioeconómica vigente, lo que sabíamos que era insostenible, y luego nos quejábamos porque las cosas no andaban bien en la sociedad. Un día nos dimos cuenta de que votar para tener la nuestra, sin importar el daño, ya no daba para más y entendimos que si queríamos tener buenos líderes, antes teníamos que ser buenos ciudadanos. Decíamos que los líderes eran malos porque nos dormían con sus manipulaciones. La verdad era al revés, esos líderes se aprovechaban de que estábamos dormidos para manipularnos y obtener nuestro voto. Para ser gráfico, voy a usar la imagen de las sanguijuelas, que a Argentino le gusta tanto y la pone siempre de ejemplo. Si nos metemos en un charco con sanguijuelas, no podemos quejarnos de que nos chupen la sangre. Ellas simplemente harán lo único que saben hacer y podrán hacerlo porque nosotros solitos nos metimos en su charco calentito. Una vez fuera de su charco, ya no podrán succionarnos. Salir por nuestra propia cuenta de ese charco fue nuestro «despertar ciudadano». Desperta-



mos cuando fue tomando forma entre los ciudadanos la relevancia de los Diez Consensos esenciales del renacimiento, cuando dejamos de aceptar socialmente el robo, cuando el vivo y el piola pasaron a ser considerados imbéciles y criminales, y lo demostrábamos con nuestras actitudes en la familia, con amigos y en los clubes. A medida que esas convicciones maduraban, dejamos de votar a gente que sabíamos que nos mentía. La principal razón fue que dejamos de mentirnos a nosotros mismos. Recién ahí entendimos que, en lo máximo del poder, debe haber gente con virtudes y emociones sanas, que respete al Estado con todo su significado, por lo esencial de los servicios que debe brindar y por valerse del producto del sudor de la gente que trabaja para pagar sus impuestos.

Igualmente, creo que el despertar más relevante del siglo fue el espiritual. Porque, en este siglo, el mal tuvo más herramientas que nunca para actuar y era indispensable buscar en nuestro interior para elegir y resistir en el rumbo correcto. Esa búsqueda permitió a muchos de nosotros encontrar una fuerza interior que nos dio claridad en el camino a seguir y fuerzas para perder el miedo. Esa nueva predisposición de mucha gente fue clave para lograr mayorías en la construcción de los Diez Consensos para emprender el nuevo camino político y social. Cuando estábamos dormidos, en el fondo de nuestro corazón, lo sabíamos.

Durante más de cien años, los que deseaban la transformación no se animaban a apoyarla en forma contundente o duradera porque sabían que los militantes de la vieja política tenían mucha más energía que ellos. Sabían que en el mano a mano les iban a ganar, porque estaban adoctrinados y su necesidad era existencial, por eso no se empujaba el nuevo camino con suficiente fuerza o convicción. Esa sensación de tener que acomodarse a un entorno hostil, tomado por fuerzas que se sabía que ganarían con

su épica, era la pesadilla de quienes necesitaban un cambio pero estaban socialmente dormidos como para liderarlo o defenderlo. Hasta que llegó la Implosión y, a partir de ese momento, cambiar el rumbo pasó a ser de vida o muerte, y los que deseábamos un cambio nos animamos a luchar hasta el final.

Creo que todos los sufrimientos por los que pasamos como sociedad fueron necesarios para despertar y decidir con firmeza nuestro rumbo. Estar dormidos y sufrir, hasta el borde de la muerte, y la anemia que nos causaron las sanguijuelas fue la única forma de entender y motivarnos a salir del cómodo charco del cortoplacismo y tomar el nuevo camino que nos estaba esperando. Podríamos decir que, desde ese momento, pudimos renacer como sociedad, con mucha más unión en las bases de lo que cualquiera pudo haber imaginado, porque personas de todo tipo e ideología necesitaban abrazarse a lo nuevo, y se entendía verdaderamente que no se podían juzgar las decisiones del pasado con la mentalidad del presente.

—Miguel, ¿qué ha significado para vos como persona el cambio que describiste?

—Fue un proceso de realización personal, que tuve que transitar con mucho dolor. Amaba la política y, en mi pasión por ejercerla, también estuve ciego. Hasta bien avanzado el siglo 21 yo no había podido ver al otro en toda su dimensión humana. Luego de la crisis, también desperté con más fuerza y me di cuenta de que había que salir de la pelea adolescente, había que poner las barbas en remojo, como decía mi abuela. Cuando la gente despertó, los partidos cambiaron de discurso una vez más para adaptarse y ganar de vuelta, pero esa vez nos dimos cuenta de que la gente no transaba con un cambio de discurso con tal de mantener la suya, sino que quería un cambio de verdad y buscaba a líderes que realmente quisieran guiar al pueblo



en ese cambio, en lugar de los líderes que solo querían gobernar.

Eso fue un shock que me forzó a despertar. Me di cuenta de que en mi carrera no supe ver a los demás como personas, sino que los veía principalmente como votos, de que fuimos tan enfáticos en prometerles lo que querían para sacarles sus votos, que nunca evaluamos que era posible liderarnos hacia lo nuevo. En otras palabras, caí en la cuenta de que la gente había sufrido mucho por haber deseado lo incorrecto, en parte, porque nosotros fomentábamos ese deseo para ganar cada elección, sin preocuparnos por el después. La sociedad se había degradado en forma tan alarmante que la gente tuvo que reaccionar para salvarse de sus antiguos deseos, y de nosotros.

Ese shock personal me llevó a pasar un momento terrible, porque entendí que había dedicado toda mi vida a ser parte del problema con tal de tener «la mía», pero fue un baño de humildad para mí y, en poco tiempo, estaba nuevamente en el ruedo, haciendo política para llevar a la gente hacia donde quería en esta nueva etapa. La gran diferencia es que, esta vez, era por el camino correcto. Bueno, se nos ha hecho tarde y realmente estoy cansado, pero quiero decirles que estoy muy entusiasmado con la evolución de la sociedad argentina. Cada día está mejor, elige mejor y actúa mejor. ¡Ojalá podamos mantener esta tendencia! ¡Gracias Andrés, Argentino y todos los abuelos por el gran ejemplo que nos siguen dando todos los días!

Sí, Miguel era muy amigo de mi abuelo. Compartían la particularidad de amar lo que hacían y, si bien sus pensamientos fueron básicamente antagónicos a lo largo de sus vidas, lograron forjar una amistad basada en la comprensión del otro. Ese tipo de amistades fue poco frecuente en el pasado adolescente de la socie-

dad argentina, cuando las ideas se basaban en la ideología y en el adoctrinamiento, pero, luego de la Implosión del 25 y de la Gran Tristeza, cambió el ánimo social y entramos en la época del desarrollo interior, libre de adoctrinamientos, que permite el encuentro entre personas que se conocen a sí mismas y se interesan genuinamente por encontrar puntos de unión con el otro.

Repasando esta época con Joaquín, mientras caminábamos por el corredor, me recordó una frase muy usada en el renacimiento que decía que “momentos tormentosos generan personas fuertes, luego, las personas fuertes generan momentos de calma, luego, esos momentos de calma generan personas débiles, y finalmente esas personas débiles vuelven a crear momentos tormentosos, en un ciclo evolución y transformación que se repite, una y otra vez”.

Sin dudas que nuestros abuelos vivieron momentos tormentosos, y fueron muy fuertes para superarlos y generar el momento de calma que estamos viviendo. ¿Seremos esas personas débiles destinadas a crear la nueva tormenta? Me desespera ser parte de una generación adormecida que le deje problemas a la generación siguiente; creo que esta fue la principal razón por la que quise plasmar estas historias de superación y heroísmo en un libro.

Con Joaquín decidimos sentarnos en Fotogénica, el bar de Nené, a tomarnos unas Pícaras, agradecidos de vivir el momento social que nuestros abuelos habían construido para nosotros.



12

El valor del servicio público

Habrán notado que, en todas las charlas que vimos hasta ahora, los grandes parásitos que los protagonistas mencionaron inevitablemente eran los que abusaban del Estado que, luego de cien años de agrandarse en forma desmesurada e irresponsable, llegó a ser una carga insoportable para la sociedad. Un pasaje del diario de Argentino, de un momento cercano a la gran crisis, además de mostrar la indignación de mi abuelo, como en casi todos los escritos de ese año, repetía el mismo estilo de todo lo que venimos escuchando.

... Y la gente pedía una mejora en el corto plazo y la única forma de darla fue otorgando un cargo público o un subsidio, o asignaciones y planes de todo tipo.

Además, estatizaron empresas que luego llenaron de gente y terminaron dando pérdidas y un peor servicio. El Estado se agrandó tanto que terminó comiéndose nuestras entrañas sociales, dejándonos famélicos en este año 2025, al borde de la muerte social...

Desde la Implosión del 25, fue muy relevante el trabajo hecho por la sociedad para volver a fortalecer al Estado, haciéndolo más inteligente y respetuoso de los que lo financian con el sudor de su frente, y de los que necesitan de sus servicios. Tanto se tra-



bajó y se progresó que la transcripción de este video me pareció una escala indispensable en nuestra recorrida por las Charlas del Cincuentenario.

— ¡Hola a todos! Seguimos con la etapa más terrenal del ciclo. La semana pasada, hablamos de la relevancia del compromiso ciudadano que fue necesario para sostener el proceso de transformación política y social que hoy, todavía, estamos viviendo. Uno de los ejes de este cambio ha sido la transformación del Estado. Para contarnos sobre este proceso, invité a Patricia, una profesional con décadas de trabajo intenso en el ambiente público de la administración central. La elegí porque conozco su vocación de trabajo y de servicio, también por su larga, variada y comprometida trayectoria. Además, la hemos invitado a contribuir con nuestro trabajo en el Centro BV.

Bueno Patricia, conozco bien tu historia y creo que tu visión de las cosas va a ser muy útil al proceso de debate que estamos generando en este ciclo. Tenés ya más de cuarenta años de servicio en el Estado y estás próxima a retirarte. Sé que tu proceso ha sido muy duro, sin embargo, seguiste trabajando para el Estado durante toda tu vida profesional. ¿Qué es lo que te atrajo y por qué?

— ¡Gracias, Andrés, por la invitación y por darme la oportunidad de contarles mi historia! No sabés cuánto me gustó prepararme para dar esta charla. Comencé a pensar qué decirles desde el momento en que me invitaste. Ese proceso, de tratar de recordar los diversos momentos que viví y cómo me fui transformando, ha sido en sí mismo muy motivador para mí. Trabajando para el Estado pude satisfacer mi vocación, pude capacitarme y criar una familia dignamente, todo porque la gente ha hecho un esfuerzo pagando sus impuestos para que yo cobrara mi sueldo todos

los meses. Por todo ello, no siento otra cosa que gratitud. Gratitud que me motivó a trabajar duro para que la gente accediera al mejor servicio y que sintiese que valía la pena pagar sus impuestos. Realmente seguiría trabajando para el Estado y, si no fuera porque me entusiasma muchísimo empezar a colaborar con el Centro BV, estaría muy deprimida con la idea de jubilarme. Bueno, vamos al grano.

Creo que el rol del Estado es indelegable en un país. La discusión puede ser qué debe hacer el Estado y qué no, pero no si debe existir o no. Al menos yo estoy convencida de eso y la ausencia de Estado se discute poco en la sociedad actual. Lo que sin dudas debe hacer el Estado, en forma indelegable, son actividades muy sensibles para la sociedad, sobre todo para quienes no tienen otra opción que buscar ayuda en él. Esto incluye la enseñanza de todo tipo y nivel para los que tienen en el Estado su única posibilidad. Algo que no es una nimiedad, porque significa educar a los que peor están, los que más necesitan de una buena educación para progresar y salir del lugar social vulnerable en el que nacieron. Ya se ha hablado mucho sobre todo esto en las charlas previas, ¿no? Por eso, imaginen la enorme responsabilidad de dar un servicio de calidad a la gente en esas circunstancias.

Los servicios indelegables incluyen cuidar la salud de la gente. Contrariamente a lo que sucedió con la educación que, en estos años, fue pasando lentamente de lo público a lo privado o mixto, en el caso de la salud, la gente eligió cada vez más el ámbito público, porque el costo privado era muy alto y, al haber mejorado lo público, la salud dejó de ser algo que uno pagaba con sus impuestos pero usaba solo si no tenía alternativa. Hoy la gente elige lo público porque funciona bien. Quiero recordar que confían a los servidores públicos ni más ni menos que el nacimiento de sus hijos y, luego, el cuidado de toda su familia, incluyendo operaciones complejas, operaciones de urgencia, atención de emer-



gencia y hasta el cuidado de la salud mental. Todo esto es absolutamente crítico e indispensable y debe ofrecerse con el mayor profesionalismo.

Los servicios esenciales incluyen a la justicia, por supuesto. La gente que vive y realiza actividades en el país depende de la justicia administrada por el Estado para resolver sus conflictos y para proteger los bienes que ha conseguido trabajando. Los servicios provistos por el Estado también abarcan la sanción de leyes, la seguridad física, la seguridad vial y aérea, y muchas otras prestaciones ofrecidas por la Nación, por cada provincia y por cada municipio, hasta lo más recóndito del país.

Ahora quisiera que reflexionemos un poco. Si nos olvidamos, por un momento, cómo es y cómo funciona el Estado, y comenzamos a imaginar cómo debería ser un Estado digno de ofrecer los servicios descritos, ¿cómo lo imagináramos?

Por mi parte, desde que salí del colegio y percibí mi vocación, lo imaginé siempre como una empresa grandiosa. Pero no grandiosa por tener un gran tamaño, sino grandiosa por la maravillosa responsabilidad que asumen los que la integran, por la enorme capacidad de hacer una diferencia en la vida de la gente, por el orgullo de ver a las personas vivir en paz, con sensación de bienestar porque cuentan con servidores públicos que resuelven eficazmente sus necesidades y administran adecuadamente sus recursos. Durante mi juventud, pensaba que, al ser el Estado la empresa con más recursos del país, allí deberían trabajar las personas más capaces, con verdadera vocación de servicio, personas que se esforzaran para capacitarse en todo lo necesario para impactar en la gente positivamente. Imaginaba que el Estado debería estar organizado sobre la base de cómo servir, cómo dar el mejor servicio al menor costo porque, básicamente, se cobran impuestos a la gente, la mayoría de

muy bajos recursos, para servirla en sus necesidades irremplazables. Así veía el rol del servidor público... En fin, volvamos a la realidad.

Entré al Estado en el 2008, hace más de cuarenta años. En esa época tenía veinticuatro y me había recibido de abogada el año anterior. Entré al Estado con toda la ilusión, pero al principio me encontré con una realidad inesperada y viví una especie de shock. El Estado real no era como el que vivía en mi imaginario. Sabía que no era ideal en Argentina, tampoco era tan tonta, pero sí me sorprendió la degradación de la cultura del deber de servicio público, una degradación con la que me encontraba en todos los pasillos estatales. Por un instante, recuerden la imagen que me hacía sobre cómo debía ser un Estado y, entonces, podrán calibrar cuán tremenda fue mi sorpresa por lo que encontré y viví en esos años. Entré a un organismo regulador. Había un sentido de grupo, una cultura del lugar y, de hecho, se decía que aquel era uno de los lugares más profesionales del órgano estatal.

Apenas comencé, me di cuenta de que se hablaba mucho en los pasillos, pero no de casos resueltos, ni de ideas mejoradoras del servicio al ciudadano, ni de cómo trabajar más eficientemente o de cómo hacer uso de la tecnología para potenciar nuestro rendimiento. Solo se hablaba, en mis primeros años, de la cantidad de gente que estaba entrando, de que no había ni lugar físico para acomodar a tantos, de cómo los nuevos, en su mayoría elegidos a dedo por afinidad política, iban tomando el control del organismo y de cómo los dirigentes hacían cosas que les pedía la política, en lugar de hacer lo que les indicaba su deber legal o su supuesta vocación de servicio.

Claro que ingresé muy jovencita e idealista. Tenía miedo de no estar a la altura de los trabajos que me asignarían. En cambio, con el tiempo, fui notando que lo fun-



damental era solamente tener buena relación y mostrarse leal con los poderosos de turno. Por suerte, y esto lo debo decir, yo no era la única con vocación. Desde ese momento y en todos estos años, siempre encontré gente valiosísima, gente con la misma o con más vocación que la mía y con mucha capacidad, que amaba lo que hacía y cuyo ejemplo me servía de motivación. Pero esa gente, como también me pasó, terminaba aislándose, terminaba resentida. Ellos eran quienes mantenían funcionando el organismo para que los otros, los nuevos de la política, que además ganaban más, pudiesen hacer sus negocios o pudiesen cumplir con «lealtad» lo instruido por sus líderes políticos, aunque no fuese en el interés del mandato del organismo.

En mis primeros años vi horrorizada cómo crecía la planta de personal. Creo que se duplicó en menos de diez años. No había ninguna razón para ello, simplemente que al liderazgo le servía tomar gente afín o se sentían poderosos dando empleos con billetera ajena. Claramente, en los que tomaban gente desmesuradamente, no había conciencia del daño a la cultura del organismo ni de la relevancia de la vocación de servicio. “Total, si en el Estado hay millones de empleados, ¡qué hace uno más!”, decía cualquiera, pasando por alto que la plata no era de ellos, sino del contribuyente, y que destruían las culturas del trabajo y de servicio estatales.

Con el tiempo aprendí, en la jerga del Estado, a qué se referían cuando hablaban de «capas geológicas». Los funcionarios nombrados en las posiciones de liderazgo, por cada gobierno, traían a sus amigos, esos amigos les eran muy leales y útiles durante su gestión, pero cuando los funcionarios se iban, mucha de esta gente quedaba empleada. Luego cambiaban los funcionarios, con otros amigos, pero cada grupo que llegaba no sacaba al anterior, porque sabían que si lo hacían, el siguiente lo haría con los que pusieron

ellos. “¡Total, la plata era de los contribuyentes!”, seguían pensando. Así, entonces, se iba generando capa tras capa de gente. Gente que no hacía falta, que quedaba acumulada en las dependencias del Estado. Como no había un trabajo consciente de integración y capacitación, la gente se iba reuniendo en grupos, como clanes. Existieron, por supuesto, épocas buenas y épocas malas. Existieron buenos liderazgos también, que generaron mejoras en la forma de trabajar, de capacitación e inclusive de reducción de planta. Pero sabemos que, en la época de la «Argentina dormida», volvíamos a votar cortoplacismo para tener la nuestra y caíamos en lo de siempre.

Cuando empecé a trabajar, los fines de semana me reunía con mi familia o amigos y todos hablaban de lo mal que funcionaba el Estado, de los altísimos impuestos que pagaban para tener problemas, trabas y corrupción en lugar de servicios. Por supuesto que yo estaba de acuerdo, porque lo vivía desde adentro, pero estábamos todos como adormecidos. Percibíamos las cosas como si fueran culpa de otro, asumíamos que simplemente eran así y que era imposible cambiarlas.

Durante esos años, cuando la gente entraba a mansalva al Estado, aunque estaba absolutamente claro que la mitad no hacía falta, tomó mucho peso la actividad sindical. Ya desde hacía décadas que los sindicatos lograban derechos para la gente y, obviamente, la gente los bancaba porque obtenía cosas a cambio. Había casos grotescos, como la cantidad exorbitante de días de vacaciones y los empleados que tenían un trabajo paralelo, que a veces hasta afectaban al Estado, como los estudios jurídicos que litigaban con este o destrababan trámites que sus mismos miembros trabajaban en su rol de empleados públicos.

Pero el que siempre me llamó la atención era el derecho formal de los empleados del Banco Nación y del Banco



Provincia de meter familiares en los bancos. Sí, no pongan esa cara. Si vos eras mi hijo, por ejemplo, yo tenía derecho a hacerte ingresar al banco ya que, de la cantidad de ingresos de personal bancario, un porcentaje estaba reservado a los familiares. El incentivo era, entonces, tomar mucha gente para que el porcentaje dedicado a los familiares implique una cantidad mayor de familiares. Era una locura total, evidenciando que la calidad profesional y el respeto a los contribuyentes era lo menos relevante. Los cargos eran un patrimonio familiar. Como todo en Argentina, en esa época, la mayoría de los contribuyentes, en lugar de oponerse, habían asumido que solo podían tener la suya buscando algún negocio propio con el estado, para compensar.

Con tanta gente empleada, los que teníamos vocación nos capacitábamos para dar un buen servicio, pero cobrábamos sueldos cada vez menores. La razón era muy clara. Si era imposible financiar el gasto con emisión de dinero o con deuda pública indefinidamente, y si se tenía el doble de empleados de los necesarios, había que ajustar sus sueldos y pagarles menos de lo que deberían ganar. Dicho de otra forma, los que entraban sin hacer falta, los que no tenían ningún tipo de vocación y eran simplemente oportunistas provocaban que los que teníamos vocación y nos matábamos trabajando ganásemos menos de lo que debíamos ganar. Estos inútiles, que se la llevaban de arriba, no se preocupaban tanto por ganar poco, porque ni se habían capacitado ni se esforzaban, sabían que no tendrían un empleo así en la actividad privada y, en muchos casos, tenían otra actividad paralela y, a veces, hasta un negocio indebido ligado a su rol en el estado para complementar sus ingresos. Esa situación, por ejemplo, fue la que aniquiló la calidad educativa y provocó el éxodo a la actividad privada de todos los que podían. Recuerdo la sensación de desesperanza de mis amigos maestros que tenían toda la vocación y el amor por la educación, pero la preeminencia de los politizados iba matando el espíritu de todos.

Lo más increíble era que lo aceptábamos pasivamente. Nos gustaba tanto el trabajo que nos resentíamos, pero estábamos adormecidos y seguíamos con la esperanza de que todo en algún momento cambiaría. En esta Argentina construida con miras al corto plazo, se ganaba tiempo con inflación, con endeudamiento, defaults y pobreza, hasta que el ciclo llegó a su fin con la Implosión del 25, por inviabilidad y, por suerte, los ciudadanos que se bancaban cualquier cosa con tal de tener su cheque, vieron cómo ese cheque perdió relevancia, y reaccionaron. Pasaron del amiguismo al resentimiento. Pasaron de aceptar el desmadre del estado como cómplices, a darse cuenta de que los que cobraban un sueldo sin merecerlo habían aniquilado el equilibrio social.

El dilema era enorme, porque si se achicaba el Estado, sacando a los oportunistas, que eran millones, ¿cómo se hacía para repuntar la economía con un impacto tan grande en el consumo y la pobreza? El haber empleado gente innecesaria en el Estado, con visión cortoplacista, terminó asesinando al empleo privado por hacerlo inviable con la suba de impuestos necesaria para pagar esos sueldos en el estado. Al final ocurrió algo lógico. Un escenario raro, pero realista, teniendo en cuenta el estado anímico generado por la Implosión del 25.

Gracias al coraje y tesón de María que, como ministra de economía, propuso un plan integral para salir de la Gran Tristeza que siguió a la crisis, se pusieron de acuerdo el Estado nacional, las provincias y los municipios, en no emplear más gente en los organismos estatales hasta normalizar la situación. Muchos habían sido escépticos de esa idea en el pasado, indicando que siempre había que tomar gente por las necesidades distintas que no podían cubrirse con cualquiera. Los defensores de esa teoría indicaban que debían despedirse personas para tomar otras. Hubo momentos en los que hubo algún esfuerzo de ordenamiento,



pero, por ejemplo, cuando la Nación bajaba la cantidad de empleados, las provincias la subían. Uno de los engendros más problemáticos en este sentido fue el sistema de coparticipación federal de impuestos, del que entiendo se hablará más adelante.

La transformación verdadera solo comenzó cuando la economía implosionó por completo en el año 2025. En el Estado no había plata para pagar los sueldos ni espacios donde sentarse. Los que querían prenderse en alguna corruptela, comenzaron a ser escrachados por los Cazadores de Parásitos, en su mayoría jóvenes expertos en el uso de la tecnología, que recibían denuncias inmediatas de los empleados públicos hartos, que ya no toleraban los ingresos de gente que no hacía falta, y eran los ojos de los Cazadores en todos los rincones del Estado. Entonces, si algún intendente, aunque fuera de algún pueblo recóndito, tomaba un empleado indebidamente, no pasaba más de un día, desde que el empleado era dado de alta, para que esa persona, el intendente y cualquier otro involucrado fueran interpelados en las redes y, en consecuencia, condenados en sus círculos sociales.

El impacto fue importante no solo porque todo se descubría, sino porque la sociedad ya no toleraba todo lo que se descubría. Cuando digo que no lo toleraba, realmente era terrible, incluso familiarmente. Si alguien se metía en el Estado sin que fuera necesario, sus propios amigos y familiares lo aislaban, sus vecinos y su entorno laboral lo escrachaban como si le estuviera sacando la comida de la mano a un mendigo.

Se entendió por fin que no era justo que un buen maestro, un buen enfermero, un buen policía, un buen fiscal, un buen empleado administrativo o un jubilado tuviesen que ganar menos por acomodar a un amigo o un militante. Quedó bien claro que quien empleaba a gente innecesaria

estaba regalando lo que no era suyo, afectando el ingreso de los verdaderamente preparados para ese puesto, cargando a los contribuyentes con impuestos impagables e incertidumbre económica intolerable, por culpa de un Estado que ahogaba a la sociedad irresponsablemente.

Entonces, surgió el acuerdo que mencioné, por el cual no entraría nadie más al Estado en ningún lugar del país. Curiosamente se hizo de una manera que resultó exitosa y tuvo un impacto social muy positivo por la sensación de alivio y equidad que generaba en la opinión pública. La cantidad de empleados públicos no solo caía por las jubilaciones y por la gente que dejaba el trabajo por razones personales, sino que, además, empezó a controlarse férreamente que la gente trabajara, que no tuviera puestos que se superpusieran con otros o empleos complementarios en la actividad privada. Muchos patalearon con esto, porque era muy común, dentro del Estado, tener dos empleos, pero estábamos en crisis, entonces tenían que elegir con cuál trabajo se quedaban.

Gracias al coraje de María, una heroína de este siglo que, según pude ver en el programa, les dará una charla en estos días, se estableció que, luego de tres meses de plazo prudencial de implementación, ninguna repartición nacional, ni provincial, ni municipal cobraría un peso de coparticipación si no publicaban, en la lista centralizada, a todos sus empleados con los datos necesarios para hacer funcionar a pleno la inteligencia artificial del sistema integrado. Digamos que los dirigentes inteligentes dejaron de competir contra los Cazadores y decidieron aliarse a ellos para posicionarse como buenos gestores, para ganar votos siguiendo las nuevas ideas de la época, entregándoles información para que ellos pudieran apalancarse con sus algoritmos que cruzaban datos, ayudándolos a poner presión social en su tarea de saneamiento del Estado.



De esta forma, si los políticos no iban a sacar rédito tomando gente, tampoco querían pagar el costo político cuando tenían que sacarla y preferían trasladarlo a los Cazadores. Al disponer, integrar y cruzar los datos de todos los organismos estatales del país, pasando el filtro de las restricciones iniciales, se logró una reducción mayor al 5% de la cantidad de empleados en el primer año, solo por detectar a los que tenían más de un puesto, o los que no trabajaban las horas mínimas o tenían un puesto y un trabajo paralelo incompatibles. Este 5% representó una baja automática de doscientos mil empleos a nivel nacional, que simplemente eran truchos o duplicados, por lo que no se dejaba gente en la calle.

Por si no quedó claro, esta baja inicial se daba simplemente para evitar que estas personas cobrasen dos veces del mismo Estado, que cobrasen por no trabajar o que cobrasen cuando complementaban el trabajo en el Estado con otro trabajo inmoral en el que, por ejemplo, usaban información extraída del Estado para asesorar a contribuyentes para evadir impuestos estatales o, por el contrario, para extorsionarlos con mandarlos a controlar por los mismos organismos gubernamentales en los que ellos trabajaban, si no pagaban una coima. A partir de ahí, se bajó la planta un 2% anualmente, al principio, por las jubilaciones usuales y alguna salida voluntaria, y, luego, ese porcentaje fue creciendo, acelerándose a partir de los diez años de implementado el programa hasta el 4% anual.

Es que, como la Argentina comenzó a despegar, la gente dejaba el Estado porque conseguía un empleo que le gustaba más. Aunque no lo crean, la cantidad de empleados públicos que tenemos en el año 2050 es un 50% menor a la cantidad de 2025, pero sigue siendo mayor (¡es de no creer!) a la cantidad de empleados públicos que había a principios de siglo, antes de la incorporación masiva

e irresponsable de gente al Estado. La cantidad final podría inclusive haber sido mucho menor si no fuera por el plan de rejuvenecimiento del Estado que permitía, en los años en los que la baja superaba el 2%, compensar el exceso de salidas con empleados nuevos que debían tener la capacitación adecuada para el cargo que ocupaban.

Con los sindicatos no hubo problemas porque no hubo despidos de gente. Solo regularizaciones y salida natural por jubilación o voluntad propia. Además, con la Implosión del 25, los sindicatos perdieron protagonismo en la sociedad. Habían forzado la quiebra de miles de empresas ridículamente y la gente, que se había dado cuenta de que había sido utilizada y no escuchada durante la crisis, ya no los quería tener cerca. Pero lo más maravilloso fue la nueva energía que se creó dentro del Estado. Se volvió a recrear la mística del servidor público. Mística que solo podía recrearse partiendo del respeto por las instituciones y por los contribuyentes.

Una de las más grandes fuentes de impulso anímico fue el sistema de movilidad dentro del aparato estatal. El acuerdo fue que las miles de vacantes anuales que se generaban en el Estado, en cualquier lugar del país, se iban a cubrir con postulaciones de empleados estatales de cualquier lugar del país. También se acordó destinar recursos ilimitados de capacitación y se puso todo el engranaje del Estado a favorecer la capacitación de los que querían formarse para poder reinventarse. La gente se fue entusiasmando con esa posibilidad y contaba con los recursos para lograrlo. Se ofreció libertad de elección entre cursos dados por el Estado y cursos dados por terceros, que se licitaban acordemente, generando un incentivo en la búsqueda de la excelencia, tanto en los cursos provistos por terceros como en los estatales. Fueron surgiendo muchas dinámicas interesantísimas, por un lado, desde empleos que iban desapareciendo,



como la seguridad, hacia otros con nuevo impulso, como el desarrollo de software, el uso de la inteligencia artificial, la ciencia de datos, la salud y la educación.

Otra dinámica fue la regional. Mucha gente aprovechó la movida para mudarse a provincias o ciudades que les parecían más interesantes, o a reparticiones que habían tomado fama por su profesionalismo. Otros aprovechaban para escapar de provincias inviables, cuya existencia independiente no tenía ningún sentido económico. Esas provincias tenían gobierno y congreso propio con todo el gasto burocrático, pero su actividad económica era ínfima. Previamente a la Implosión del 25, habían logrado, solo por existir y por negociar el derecho a recibir una mayor coparticipación a cambio de votos en el Congreso nacional, beneficiarse con una redistribución enorme de los impuestos nacionales. Esta no tenía ninguna relación con los tamaños de sus economías, y les llegaba una chorrera de plata injustificada que la política despilfarraba para comprar votos, agrandando estados que, de por sí, no hacían ninguna falta, porque esas provincias hubiesen podido unir su aparato estatal al de otra sin que nadie se diese cuenta. Todo gracias a un mecanismo ridículo dentro de la coparticipación federal de impuestos nacionales, por medio de la cual cobraban dinero de la Nación sin ninguna relación con sus niveles de actividades, su seriedad administrativa o sus contribuciones a la recaudación de esos impuestos. Les giraban plata solo porque sí, como moneda de cambio, porque en algunos momentos los gobernadores de turno hacían que sus legisladores apoyaran con votos a las causas de los gobiernos nacionales cortoplacistas. Aunque parezca increíble, ¡llegaron a niveles ridículos! Ciertas provincias que vivían de las demás llegaron a tener ¡más del 70% de su empleo total en el Estado! Sí, no me miren así, había casos bien grotescos.

A los gobiernos de esas provincias no les interesaba cuidar la recaudación de impuestos nacionales, porque

cuanto más se evadía de esos impuestos en sus provincias, más plata le quedaba a la gente en sus bolsillos para pagar los impuestos provinciales. ¿Por qué controlar, entonces, que se paguen los impuestos del estado nacional, si esa plata podía quedarse para consumo en la provincia y aumentar la recaudación provincial? La AFIP tenía empleados en las provincias, pero el control de la casa central no era suficiente y los empleados locales no tenían incentivos suficientes para perseguir la evasión. De hecho, en la época de la Argentina dormida, como los impuestos eran impagables, lo malo no era evadir, sino ser descubierto. Entonces, por ejemplo, si la evasión de IVA y ganancias en esa provincia era del 90%, por decir un número grotesco, ¡¡a nadie le importaba en la provincia!!

Suena gracioso, pero es muy triste, porque los gobernadores no estaban alineados con los gobiernos de otras provincias, y solo querían cobrar lo que estaba en los acuerdos, sin importar el daño social que sufrían los habitantes de las provincias que eran exprimidas para financiarlos. Por medio de este mecanismo, por ejemplo, los trabajadores de la provincia de Buenos Aires pagaban impuestos para financiar el despilfarro absurdo en las provincias «bendecidas por la coparticipación» como San Luis, Catamarca, Formosa, La Rioja o Santiago del Estero. Esta fiesta funcionó hasta la implementación del famoso plan económico “Realismo que Alivia”, a cargo de María, luego de la Implosión del 25. Por suerte, desde entonces, hay alineación básica de intereses, ya que la fórmula que define la redistribución de impuestos nacionales tiene en cuenta la contribución de una provincia en la recaudación nacional, entre otros factores.

Pero volviendo a los efectos de la reforma estatal del país, mucha gente que estaba atrapada en provincias inviables, con trabajos vacíos e inhumanos, porque no hacían ninguna falta, aprovechó para capacitarse y postularse en trabajos en provincias en las que se estaba construyendo



una buena cultura del trabajo; trabajo útil que todos sabemos que es la principal fuente de dignidad de una persona. Entonces, desde hace más de veinte años que existe un vibrante intercambio de empleados entre áreas y provincias. Cada vez que hay una búsqueda relevante, se postulan candidatos de todas las provincias. Esto generó una gran movilidad e integración de familias de pueblos de provincias alejadas a grandes ciudades, y viceversa.

Ha sido particular el éxito de la plataforma tecnológica Potenciador, coordinado por el gobierno nacional y con participación de todos los gobiernos provinciales y municipales, en el que se registraron los datos de todos los empleados públicos, además de las búsquedas laborales y postulaciones en el ámbito público del país. En el Potenciador se podían generar y consultar diverso tipo de estadísticas e indicadores, y se evidenciaba cuáles eran las reparticiones ineficientes, por eso la gente luchaba por pertenecer a las exitosas, a las innovadoras, a las que generaban una diferencia en su territorio. A su vez, en paralelo, los Cazadores recogían las opiniones de los usuarios de cada repartición, ranqueando la calidad de atención en «excelente, buena, mediocre o lamentable», y también los trámites que se pedían y su simplicidad en «bien hecho, normal, mediocre o primitivo». Toda esa movida, que permitió cubrir vacantes internamente mientras se reducía el Estado, fue compensada en parte por el incremento de los salarios de los buenos trabajadores, que comenzaron a tener un ingreso cercano al del mercado privado. Porque al estar capacitados y trabajando en un Estado serio, existía verdaderamente el riesgo de perderlos y, como la provisión de un buen servicio adquirió relevancia, entonces, comenzó a valorarse el retenerlos.

La disminución del gasto total en salarios más la reducción del gasto en seguridad, por la efectividad de las

herramientas tecnológicas, más la interrupción de los subsidios a la energía por el traspaso a la energía renovable familiar y la caída abrupta de los intereses de la deuda pública, entre otros, generaron un fuerte ahorro del gasto público que permitió la baja de impuestos, que a su vez actuó de incentivo para potenciar la actividad emprendedora privada, que comenzaba a tornarse viable.

Actualmente, es muy satisfactorio cómo estamos viviendo en la cultura del servicio público. El Estado, en sus diferentes niveles, se ha profesionalizado y tecnologizado. La gente puede hacer todos sus trámites digitalmente y, salvo excepciones establecidas, toda la información relevante está disponible al público general en forma organizada. No hay secretos porque hay honestidad, orgullo por lo hecho y respeto por el contribuyente. Hoy, incorporarse al Estado es reconocido como un privilegio. Para lograrlo, hay que tener las mejores notas en la universidad o en los cursos de capacitación, y una verdadera vocación de servicio. Pasar por el Estado agrega muchísimo al currículum de una persona y, por eso, algunos aceptan ganar un poco menos en el Estado para valorizarse en el mercado privado, como había ocurrido en otra época, anterior a la degradación militante. Hace treinta años esto parecía imposible. ¿Cómo podía un gobernante, que hacía negocios propios, que tomaba gente para comprar favores, que ocultaba o engañaba con las estadísticas para que no existieran contradicciones en su narrativa, aceptar que pasara lo que hoy está pasando?

En realidad, lo que sucedió es que la gran crisis terminó de hartar a la gente y el cambio fue catalizado forzosamente por las circunstancias. Se hizo justicia porque las estructuras pasaron a ser verdaderamente profesionales y creció el respeto por los servidores públicos de vocación. Entonces, en cada cambio de gobierno, cambiaban los ministros y se tomaban un tiempo prudencial para reemplazar



algún funcionario, pero se entendió que los proyectos relevantes en el Estado llevaban años de diseño e implementación y que quienes los manejaban no podían ser removidos irresponsablemente para acomodar lealtades.

En fin, lo hice un poco largo, creo, pero es un tema que me apasiona. Estoy viendo en la audiencia a Juan, a quien conozco por cruzarnos durante varios años trabajando en el Estado. Juan, vos tenés un muy buen ejemplo personal para explicar cómo funciona el sistema Potenciador que se implementó luego de la Implosión del 25. ¿Te animás a compartirlo con todos?

—Sí, claro, ¡gracias Patricia! Yo soy uno de esos empleados de gobierno provincial que aprovecharon la oportunidad brindada por el programa Potenciador. Entré a trabajar en el Estado en 2024, en la provincia de Santiago del Estero. Lo hice por vocación verdadera, como estudiante de derecho y en la fiscalía de la provincia. Sabía que el Estado funcionaba mal, pero quería igual ser parte y agregar lo mío, porque el servicio público era mi vocación y me había preparado debidamente para ello. Pese a creer que sabía lo mal que estaba todo, cuando comencé no podía terminar de entender el desastre que era. En un trabajo que podían hacer pocas personas con excelente resultado, había cientos. ¡Así de ridículo! Me dijeron que me lo tome con calma, que inclusive era bueno que asistiera poco porque no había mucho para hacer, ni espacio suficiente, hasta tanto no se inaugurara el nuevo edificio del ente. Tuve ganas de no volver al día siguiente, pero me gustaba el Estado y no podía ir a la actividad privada, porque en la provincia no había nuevos trabajos disponibles. En esa situación estaba cuando vivimos el horrible proceso de la Implosión del 25. Entonces, con mi mujer, que era maestra, nos sentamos a pensar y charlar sobre qué futuro queríamos para comenzar a planificar un cambio. Estuvimos años analizando oportunidades hasta que se creó el programa Potenciador.

Vimos una oportunidad que nos encantó en el pueblo de Los Antiguos, que decía que todos los años tomaban al menos una familia para verificar prácticas orgánicas de los crecientes cultivos exportables del valle, principalmente cerezas. Estudiamos los requisitos y durante dos años nos preparamos para dar los exámenes. Era un cambio radical para nosotros, pero nos interesaba mucho transformarnos y empezar de nuevo. Luego de varias entrevistas, logramos ser aceptados en el puesto y desde hace casi veinte años que vivimos en un pueblo maravilloso de la Patagonia, en el que hemos tenido dos hijos. Mi señora volvió a ser maestra, movilizada por los cambios en el sistema educativo, y desde hace más de diez años que enseña en la escuela del pueblo. El programa verdaderamente funcionó y pasé de trabajar en un lugar en el que no hacía falta y en una profesión que descubrí que no era la mía, a otra en la que soy indispensable y me permite sentirme digno y útil a mi país. Estoy orgulloso de ser argentino y de trabajar para mi país en un Estado digno de respeto.

— ¡Gracias Juan!, Te conozco desde que eras chico y uso muy seguido tu ejemplo para mostrar cómo ha impactado en la calidad de vida de la gente la combinación de cambios que vivimos en estas décadas. En tus inicios, tu situación era el resultado del patético círculo vicioso de cortoplacismo, manipulación, corrupción y adormecimiento ciudadano, y luego pudiste beneficiarte del cambio de dinámica hacia un círculo virtuoso. Pudiste usar el sistema Potenciador para tener un empleo digno, descubrir y animarte a vivir en un lugar recóndito pero maravilloso de nuestro país. Además, Clara, tu mujer, se reinventó dos veces, la primera para aprender en certificaciones orgánicas y, cuando vio los notables cambios en el sistema educativo, se capacitó para volver a ser maestra en un entorno de desarrollo humano que valía la pena. Por último, la estabilidad económica reciente mejoró el clima de inversión, potenciando la



actividad exportadora y eso mejoró muchísimo el bienestar de muchas comunidades, entre ellas, la de Los Antiguos, donde viven ustedes. Así termina mi charla, ¿alguna pregunta?

—Sí, gracias Patricia, ¿cómo soportaban el destrato hacia ustedes y la falta de respeto por el contribuyente en los primeros años de tu carrera en el Estado?

—Vos sos muy joven y no has vivido esas épocas, por lo que entiendo que te suene tan raro lo que conté. Pero, en ese entonces, todo era así, Argentina se venía degradando desde mitad del siglo 20, por lo menos. En los inicios de ese período, el Estado era pequeño y la pobreza era muy baja. Fijate cómo, desde entonces, el Estado no paró de crecer y logró degradarse todo en la sociedad, matando toda esperanza. Desde ese momento, como tendencia, hubo más corrupción, más inflación, más deuda pública y más pobreza. Además, los impuestos crecieron tanto que durante el primer cuarto del siglo 21 dejaron de crearse nuevas empresas hasta la terrible crisis del 25.

Esa espiral suicida y autodestructiva, absolutamente obvia con el diario del lunes, que se había generado porque una clase política se había apoderado y abusado del Estado hasta hacer explotar todo por los aires, en ese momento era obvia solo para pocos, que no gritaban demasiado convencidos y que no eran escuchados por una sociedad adormecida, que decía “y bueno, somos así, yo veo qué saco de esto para ir tirando”. Entonces, cuando yo ingresé al Estado, después décadas de degradación e ideologización, era normal entrar a un lugar en el que había capas geológicas de amigos que habían dejado de regalo los funcionarios de varios gobiernos anteriores, que se quedaban donde no hacía falta porque no encontraban nada que los motivase más ni tenían expectativas de obtenerlo.

Como la mayoría de los empleados no se respetaba a sí mismo, por el lugar que habían decidido tomar, tampoco los respetaban los funcionarios de turno, que tampoco se respetaban a ellos mismos, ni al dinero de los contribuyentes. Todo estaba degradado, todo era así, y esa degradación surgía de nuestra falta de autoestima y confianza como cuerpo social. Lamentablemente, yo fui parte de eso, lo acepté. Es penoso, pero así era, y celebro que las nuevas generaciones hayan despertado.

—Patricia, ¿cómo impactaron estos cambios en vos?

—Diría que, gracias a este gran proceso de transformación, estoy por jubilarme sintiéndome realizada. El Estado que dejo, el de hoy, es exactamente como me lo había imaginado en mi juventud. Está presente, pero bien presente, porque respeta al contribuyente y al empleado. Hay respeto y, cuando las cosas se hacen desde el respeto, los resultados son espectaculares. Si bien sufrí mucho en las malas épocas, ha sido muy lindo vivir la transformación del Estado en estos años...

¿Se acuerdan de que yo nací en el año 2030? Hace muy pocos años comencé a prestar atención a lo que comentó Patricia. Siento que el Estado está realmente a nuestro servicio, es pequeño, eficiente y los servicios que recibimos son excelentes. Me cuesta imaginarme ese momento de altísima degradación que mencionó Patricia, sobre todo el nivel de adormecimiento de la gente para aceptar ser estafada de esa manera. ¡Menos mal que los argentinos reaccionamos a tiempo!

Hoy estoy muy melancólica. Escuchar las charlas y transcribirlas me hace emocionar, pero no deja de ser un relato de los logros y la épica de otros. Siento que no puedo ser injusta, ya que todo lo que ellos hicieron nos permitió recuperar el ánimo social de nuestro país, nuestra dignidad, y yo me estoy beneficiando de



ello. Sin embargo, eso se transforma en una especie de carga para nuestra generación, o al menos para mí, en la necesidad de estar a la altura de ellos, de hacer algo tan bueno para los que vienen como lo que ellos hicieron para mí, lo cual no está bien, porque tengo que vivir mi propia vida.

Es curioso, porque ellos seguramente hubieran deseado escapar de su realidad, enojados y agobiados por la frustración y el miedo, y sin embargo terminaron felices y realizados por haberse transformado ellos mismos y a su entorno. Mi generación, en cambio, disfruta de la calma de sus logros, pero la realidad no nos obliga a reaccionar, y nos adormecemos. Sé que no debo enfrascarme en estas cosas y debo disfrutar cada momento con alegría, porque todo es parte de un ciclo, pero no puedo evitar a veces este estado de confusión que dan los períodos de calma.

Había avanzado la tarde y lo llamé a Joaquín, y cuando vino fuimos al fondo del jardín con unos vinos y una picada, prendimos el fogón y disfrutamos de un lindo atardecer. Era muy bueno con la guitarra y podía pasar horas escuchándolo tocar.

13

El plan económico del renacimiento

Según contaba mi abuelo, los temas económicos eran parte crucial de la agenda de los argentinos hasta el momento de la Implosión del 25. Todos decían saber de crecimiento económico, del precio del dólar, de la inflación, del déficit fiscal y de cuanto variable se les ocurra. Argentino decía que a los argentinos nos iba pésimo consistentemente, pero creíamos ser expertos en fútbol, en economía, en política, en todo. Él también creía saber muchas cosas y se divertía discutiendo, como buen argentino.

Recuerdo cuando me decía que había una variable que nadie miraba con suficiente atención, pero marcaba nuestro destino al fracaso. Esa variable era el ahorro en dólares. Desde el siglo 20 y en forma recurrente, los argentinos comprábamos dólares cada vez que podíamos. De hecho, en los tiempos de la Implosión del 25, el ahorro en dólares de la gente, tanto en el colchón como en una cajita, en un pozo o en el extranjero, representaba cerca del 60% del producto bruto nacional, cuando en otros países el ahorro en promedio en monedas de otro país era del 10%. ¿Qué quería decir eso? Que no creíamos en nuestra moneda, a diferencia de los ciudadanos de otros países, que sí lo hacían. ¿Por qué no creíamos en ella? Porque no creíamos en nosotros mismos, porque como sociedad votábamos cosas que nos llevaban a la ruina en el largo plazo.

En otras palabras, un país en el que su sociedad vota lo que sabe o intuye que es insostenible en el largo plazo, no tiene futuro, y una sociedad convencida de que no tiene futuro, invierte



sus ahorros en la moneda de otro país. Por eso, para mi abuelo, la mejor medida de nuestra viabilidad era monitorear la fuga de ahorros a otras monedas, indicador que nos daba pésimo, porque los argentinos sabíamos que no éramos viables en el camino elegido. Cuando un pueblo demuestra, con sus acciones, que no se considera viable, entonces no hay forma de que lo sea. Es una profecía autocumplida.

Juan Pablo comentaba que a nuestras malas decisiones históricas se agregó que la situación general en el mundo en la década del veinte al treinta fue muy complicada, de mucha oscuridad y confusión, con crisis de deudas soberanas y poco o nulo crecimiento económico, y a nosotros en particular nos afectó el menor precio de las materias primas que exportábamos y la menor actividad de turismo receptivo.

Así llegamos a la Implosión del 25, y con la crisis sufrimos tanto que hubo un gran cambio de mentalidad en lo económico. Por eso considero que la charla que describe el plan económico del renacimiento es muy relevante para entender el andamiaje integrado que nos permitió salir adelante como país.

En esa oportunidad, Andrés invitó a María, una de las más recordadas funcionarias de los gobiernos que cambiaron la historia argentina. Una persona que llegó a su cargo público en el momento justo y tuvo la sabiduría y el carácter necesarios para trazar objetivos adecuados, con convicción y claridad, para transmitirlos en todos los ámbitos necesarios para conseguir apoyos, y mano dura para llevarnos por el camino correcto durante muchos años, sin desviarnos.

—Bueno, estamos llegando a la parte final de este ciclo de Charlas del Cincuentenario y, además, hoy es el vigesimoquinto cumpleaños de nuestro querido Centro BV. Hemos tocado todo tipo de temas y ahora le toca el turno a la economía. Si bien hoy, por suerte, entender los misterios

del funcionamiento de la economía no ocupa un rol fundamental en nuestras agendas de conversación, es un tema muy relevante en la historia de nuestro país, que debe ser entendido para nunca más bajar los brazos y cometer los errores del pasado. Yo diría que la vivencia de lo económico tuvo su pico de relevancia en los momentos previos a la Implosión de 2025, y comenzó a relativizarse desde entonces.

Para hablar del tema invité a María, que fue la segunda mujer en ocupar el Ministerio de Economía, en nuestro país, y la promotora del cambio de paradigma que nos trajo a la normalidad actual. La tarea de ese puesto siempre había sido tediosa, con una agenda alocada para buscar continuamente recetas a las crisis que nos aquejaban. Usualmente había una gran expectativa por la magia que pudiera hacer esa persona para resolver problemas que, en realidad, no se podían resolver teniendo en cuenta las demandas contradictorias de la población. Vos, María, fuiste quien más permaneció en el puesto de ministra de Economía y con el resultado más consistente de la historia argentina. ¿Nos podés contar cómo lo hiciste?

— ¡Gracias, Andrés, y hola a todos! Está muy bien cómo pusiste el tema sobre la mesa. Solamente olvidaste comentar un detalle que, en su momento, fue sumamente importante. No solo fui la segunda mujer en asumir ese cargo, sino que, además, no era economista. Soy contadora. Curiosamente, por su naturaleza, mi profesión tiene principios muy simples, eso me permitió capturar la necesidad del momento, que por suerte vivía ya en el alma de la gente. Pero vamos al grano.

Cuando asumí como ministra, Argentina venía de cincuenta años consecutivos sin crecimiento acumulado. Es decir, existieron años muy malos, por lógica, y muy buenos, por rebote, y en el neto no habíamos crecido nada. Era raro encontrar en el mundo un caso como el nuestro. En ese



mismo período, la población había crecido un 50% aproximadamente, la cantidad de empleados públicos en el país se había más que duplicado, había crecido el desempleo y caído el salario promedio. En síntesis, estábamos viviendo en una de esas situaciones complicadas, de las que siempre nos costaba salir. Algunos líderes habían logrado distribuir mucho dinero por haber contado, durante sus mandatos, con reservas disponibles o recursos que les cayeron del cielo. Y esas distribuciones generaron en la gente el vicio de esperar que sus gobiernos hicieran magia y les pusieran plata en el bolsillo, aunque en muchos casos ni siquiera trabajaran, como el caso de los famosos planes sociales, que se inventaron como distribución de alimentos en la década de los ochenta y, luego, ya como planes en la década de los noventa, se fueron tornando “indispensables para cuidar a los vulnerables”.

Todos teníamos el famoso vicio de “quiero la mía”, cada uno en lo que hacía, y esa mentalidad era justamente la que nos dificultaba mucho salir adelante como grupo social.

El pedido a los ministros de economía de hacer magia se basaba en la creencia de que en Argentina había mucha riqueza disponible por la variedad de recursos naturales. Entonces, solo era cuestión de repartirlos. Los políticos ganaban elecciones prometiendo distribuciones y luego pedían a los ministros que se ocupasen del tema con planes, subsidios, empleos o lo que consideraran conveniente. Durante esas largas décadas todo era tan inestable por el exceso de gasto público, que se medía el éxito de una gestión de gobierno por el crecimiento de la actividad en uno o dos años. Sí, no pongan esas caras, por absurdo que parezca, porque todo proceso de construcción relevante lleva mucho tiempo, pero esa mentalidad cortoplacista era la que prevalecía en esa época.

Recordemos que Argentina venía figurando desde hacía décadas como uno de los países más corruptos del mundo, con la mayor inflación, y había sido el segundo peor país del mundo en evolución económica. Este dato es interesante. Argentina fue, en el período entre 1950 y 2016, el país con mayor cantidad de años en recesión del mundo, es decir, con mayor cantidad de años de caída en la actividad económica, solamente superado en desgracia por la República Popular del Congo. Por crecer menos que el promedio en esos setenta años, Argentina quedó rezagada del mundo, perdiendo muchísimos escalones de riqueza contra países con políticas económicas coherentes, como Nueva Zelanda o Australia, que en dicho plazo tuvieron un crecimiento de riqueza por habitante equivalente a dos veces y medio el de Argentina. De hecho, Argentina es el único país del mundo que, en 1950, fue considerado rico, y luego dejó de serlo. Por favor, no tomen a la liviana esto. Obviamente, cuando uno considera ese dato en relación con ser, además, uno de los países más ricos del mundo en recursos naturales, se hace evidente que lo nuestro fue 100% mala praxis. Es decir, si uno tuviese que calificar la calidad de los gobernantes por sus logros, seríamos el peor país del mundo, galopando.

Siendo agudos, la realidad es que nuestra clase política prevaleciente era muy inteligente para manipular a la gente, para destruir opositores y acceder al poder, pero esa inteligencia también destruía toda posibilidad de construir el bienestar social de largo plazo. Entonces, producto de esta degradación, aquellos que tuvieron la ilusión de recibir plata en el bolsillo a cambio de un voto, se fueron dando cuenta de que recibían cada vez menos y vivían en un entorno de creciente confusión, pobreza, violencia, inseguridad, injusticia, humillación y tristeza. Y sobre llovido, mojado.

En el peor momento de degradación, comenzó a hacerse más evidente lo que se venía gestando desde tiempo



atrás. El mundo había cambiado tanto que muchos empleos, que estábamos acostumbrados a tener, se estaban perdiendo y los nuevos no llegaban a nuestro país. En ese momento, nos encontrábamos frente a una tormenta perfecta y llegó la Implosión del 25, de la que otros ya les hablaron. Ya no teníamos credibilidad en el mundo y, sobre todo, no creíamos en nosotros mismos. Todo emprendimiento se había vuelto inviable en Argentina. La gente estaba verdaderamente deprimida y sin energías para seguir luchando con las tormentas que nos azotaban todos los años, por culpa nuestra. Los discursos que buscaban culpables en la sociedad ya no prendían, el ataque a los empresarios malos para echarles la culpa y sacarles plata ya no alcanzaba, el ataque a otros países como supuestos complotistas contra nuestro destino ya no era creíble. Iba quedando claro que los culpables éramos nosotros mismos y que había que potenciar el espíritu emprendedor que yacía en la gente para buscar lo nuevo, para abrazar la modernidad, porque lo viejo ya no servía.

Quiero decirles que salimos adelante no porque yo haya hecho magia, sino todo lo contrario. Gracias a que hubo verdaderamente un cambio en la mentalidad de la gente, pude ser la primera ministra, en décadas, que no tuvo que prometer ningún tipo de magia. Yo destacué en todos mis discursos que no era maga, que en mi profesión la regla de oro era tan simple como que “el debe es igual al haber”. Es decir, que lo que entra es igual a lo que sale y yo solo les prometía hacer honor a las reglas básicas de mi profesión. Reconocí públicamente desde el principio mi vocación por ser una simple almacenadora de las cuentas públicas, que la magia esta vez la tenía que hacer la población, para adaptarse a las reglas sencillas y primitivas de mi mente. Entonces, ¿qué es lo que pasaba hasta ese momento en el ánimo social que hacía imposible cumplir esta regla básica, pero que, de repente, cambió?

Creo que luego de casi un siglo de sufrimiento, coronado con lo fenomenal que fue la Implosión del 25, causaron hartazgo, humillación y una necesidad desesperante de creer en algo que verdaderamente fuera sostenible. Quienes habían prevalecido por décadas usando al Estado para beneficio propio, robando y comprando voluntades irresponsablemente hasta mandarnos al abismo, luego de la gran crisis bajaron su tono. En épocas previas, cuando alguien quería transformar, esas personas oscuras, oportunistas del cortoplacismo, lo torturaban desde la oscuridad buscando desesperadamente debilitarlo para volver, pero luego de la Gran Tristeza percibieron que su magia para manipular había perdido efecto. Digamos que, luego de la crisis, quienes nos habían llevado a la ruina, tenían más miedo de ser linchados que de ser votados en otra aventura.

Entonces, algunos años después de la crisis, hacia el final de la Gran Tristeza, por la combinación de miseria económica, desesperanza e inseguridad, se dieron las condiciones para la transformación y tuve la suerte de que, justo en ese momento, los primeros líderes del renacimiento me llamaron. Debo reconocer que la oportunidad me llegó porque, increíblemente, habían ofrecido el puesto a los cinco economistas más prestigiosos de Argentina, pero ninguno había querido ocupar el cargo. Sin embargo, yo, ¿qué tenía para perder? Anuncié mi plan, le puse el mejor nombre que se me ocurrió: "Realismo que Alivia".

El espíritu fundamental de mi plan era una simple afirmación: «Argentina debe ser un lugar en el que la gente elija emprender». Todo estaba orientado a ese simple concepto. La base del plan era hacer todo lo posible, aunque doliera, para que todos aquellos que planeaban emprender y se preguntaban dónde, eligiesen hacerlo en Argentina. El proceso fluyó muy bien. La gente lo entendió porque en el ánimo social estaba muy claro que necesitábamos con



desesperación algo nuevo, ante el fracaso de lo viejo y, además, lo que aún seguía vivo se estaba muriendo. Necesitábamos que lo nuevo llegase a un ritmo mayor que la caída de lo viejo, por la desesperanza y el miedo a quedarnos sin nada, por haber entendido de la peor manera cuánto daño nos habíamos hecho al votar mayoritariamente promesas de cortoplacismo sin sustento, durante décadas. En ese momento, las madres y los padres entendieron que el mejor beneficio de corto plazo que se puede obtener es el entusiasmo de saber que uno está construyendo un futuro mejor para sus hijos y no así el dinero en el bolsillo que tanto buscábamos en el pasado, pero que ya ni siquiera teníamos luego de la Implosión del 25.

Propuse un plan que tenía el soporte de un paquete de leyes a presentar al Congreso y las legislaturas provinciales, que redactamos con participación del más amplio espectro de la política y la sociedad, y que aquí traje para leerles.

“Así será este Realismo que Alivia:

Desde hoy no entra ningún empleado más al Estado o empresa del Estado en ningún ámbito del país. Las provincias que lo incumplan en cualquiera de sus ámbitos, provincial o municipal, no recibirán un peso de coparticipación de impuestos.

Desde este año, ni el Estado nacional ni ningún estado provincial o municipal, en cualquier lugar del país, gastará más de lo que recauda, bajo ningún concepto. Si tiene un déficit de arrastre, los gastos se congelan nominalmente hasta alcanzar el equilibrio fiscal en el tiempo.

El ajuste de las jubilaciones priorizará a quienes hayan aportado consistentemente, de forma que exista un incentivo a los trabajadores actuales a realizar sus aportes. Todo aquel que ahorre para su jubilación, no pagará impuestos de ningún tipo por ese monto diferido ni por la rentabilidad

correspondiente, en la medida que los ahorros no sean retirados hasta el momento de su jubilación.

Los planes sociales pasarán a durar un máximo de veinticuatro pagos mensuales, que podrán reservarse para más adelante si, en el ínterin, el beneficiario consigue trabajo o presta servicios en el proyecto de bioconstrucción de viviendas sociales o en otros proyectos con impacto social y capacitación laboral que el gobierno diseñe en el futuro.

La distribución de impuestos nacionales con las provincias se hará mediante una nueva fórmula muy sencilla que alinee intereses. La provincia debe estar incentivada a contribuir con la recaudación de la Nación y los argentinos de una provincia no subsidiarán bajo ningún concepto la vagancia de otra.

Desde este año, ningún estado del país puede tomar deuda financiera. La deuda financiera solo la puede tomar el individuo o empresa que la pueda pagar con su propio esfuerzo comprometiendo sus propios bienes.

Cada peso de superávit que se logre por crecimiento de la recaudación será destinado a cancelar deuda y formar un fondo de reserva, y el exceso irá destinado a reducir impuestos.

A medida que la ecuación lo permita, comenzaremos la reducción de los impuestos distorsivos y contradictorios, como el impuesto al cheque, las retenciones a las exportaciones y las superposiciones generadas por la mala estructura de ingresos brutos, entre otros menos relevantes, siguiendo luego con la eliminación gradual de los anticipos de ganancias y la reducción de las alícuotas de los impuestos nacionales, hasta que Argentina sea competitiva positivamente, de forma que los emprendedores nos elijan.

Se respetarán los derechos adquiridos hasta este momento, pero a partir de ahora todo el andamiaje labo-



ral estará diseñado para promocionar la creación de nuevos empleos. La pauta salarial se acuerda en cada empresa. Si alguien quiere tomar un empleado, lo toma, si lo quiere despedir, lo despide. Si lo despide, salvo acuerdos distintos entre privados, el empleador le paga al empleado un monto acotado ligado al tiempo que necesita el empleado para aplicar al seguro de desempleo del Estado que será provisto por hasta veinticuatro pagos mensuales, con lineamientos parecidos a los de los planes sociales.

Las restricciones imperantes se irán liberando paulatinamente a medida que las variables de base se vayan estabilizando. Por ejemplo, la compraventa de las divisas internacionales se liberará completamente una vez que exista equilibrio en las cuentas públicas y la inflación baje del 10% por doce meses consecutivos.

Este plan implica, en síntesis, que el presupuesto argentino será cada día más sólido. Cada día habrá menos empleados públicos, cada día habrá menos impuestos, cada día se irá abriendo más la economía para integrarnos al mundo y cada día habrá más empleo privado porque el emprendedor no tendrá miedo a tomar gente.”

Me comprometí a liderar su implementación hasta recuperar completamente el nivel básico de la economía argentina, cuando la tasa de empleo privado superara al promedio regional. Planteé solo dos exigencias. A los legisladores, gobernadores y presidente de la Nación: que el paquete de leyes necesarias debía ser aprobado en el plazo de dos meses en todas las legislaturas necesarias. Si esto no se cumplía, renunciaría y se quedarían ellos con el problema. A la población: que debían comprometerse con estar a la altura del desafío. Si querían un país serio, deberían ser serios. Debían condenar socialmente a los que atentaban contra la sociedad. Debían pagar sus impuestos. Les dije que estábamos en una guerra contra la pobreza, contra la

hipocresía, contra nuestra mediocridad. Durante los años siguientes, íbamos a vivir en economía de guerra, cada uno debía poner su atención en cómo influir positivamente en el empleo en las pymes, en el medio ambiente, en la vida comunitaria y en las cuentas del Estado, en todos y cada uno de sus consumos.

Les avisé que al principio sería duro, que quizás solo compensarían el sufrimiento con más trabajo, hasta salir adelante. No había otro camino y, si no hacían su parte, el plan no iba a funcionar. Pero así fue y funcionó. El plan fue muy bien recibido por la población. En ese momento la gente estaba tan convencida de que solo saldríamos adelante con realismo, trabajo y perseverancia, que la sensación más común en la gente fue la de alivio. Por fin podían entender un plan económico, ya que carecía de la magia inentendible de los planes del pasado. Además, la crisis había causado un fuerte ordenamiento de las cuentas públicas, como ocurrió luego de la crisis de 2002, y, por lo tanto, el ordenamiento del punto de partida no tuvo que ser doloroso.

El Congreso nacional y los provinciales aprobaron los paquetes, incluyendo el tema más sensible, la coparticipación de impuestos con las provincias, que requirió compromisos de apoyo extra del gobierno nacional y el mantenimiento de giros transitorios entre provincias, a modo de deuda bilateral, por un plazo prudencial para permitir un reordenamiento de las cuentas. Porque, hasta ese momento, había una situación absolutamente perversa, originada en que para el gobierno nacional era sencillo dar soluciones a las provincias chicas y, a su vez, estas provincias tenían un peso mayor en proporción a otras en el Congreso, sobre todo en el Senado. Entonces, el Poder Ejecutivo compraba fácilmente sus votos a cambio de recursos, y las provincias subrepresentadas en el Congreso, como Buenos Aires, subvencionaban a las sobrerrepresentadas, como Tierra del



Fuego, San Luis o Formosa. Obviamente la pobreza se acumulaba en provincias como Buenos Aires, que cedían recursos a provincias como Formosa, que lo gastaban a su vez en dar empleos públicos y otras formas de comprar votos. Por eso los líderes de estas provincias duraban tanto.

La ciudadanía se comprometió mucho con el proceso de cambio, no solo por su propio convencimiento de la necesidad de ponernos serios de una vez por todas, sino también porque el “dame la mía” había perdido sentido y los Cazadores de Parásitos, llenos de resentimiento y con el apoyo de la gente de vocación en cada ámbito, habían comenzado su implacable tarea de escrachar a los usurpadores del Estado, a los jueces y fiscales que no cuidaban a las víctimas, a los policías que no cuidaban a la gente, a los que evadían impuestos y tantas otras cosas.

Desde entonces, muy lenta pero consistentemente, la inflación y las tasas de interés han caído, el empleo privado fue compensando, con dificultad, la caída del empleo público. Hoy puedo decir con orgullo que, desde 2040, más de diez años después del inicio del plan, tenemos números y estadísticas en línea con los de otros países de la región. ¿Alguna pregunta?

— ¿Por qué es clave poner el foco en que haya emprendedores?

—Muy buena pregunta. Te voy a responder con una secuencia de comentarios. Creo que no puede haber bienestar emocional en una sociedad si no hay trabajo. El trabajo dignifica. Los trabajos antiguos ya no alcanzan y es necesaria la creación de puestos nuevos. A modo de ejemplo, el comercio digital afecta a los comercios de la calle que históricamente emplearon a mucha gente. Entonces, los empleos que se agregan, por expansión del comercio o por nuevas ideas, no llegan a compensar los empleos que mueren por

el crecimiento del comercio digital. Las empresas mueren y es necesario que haya creación de nuevas empresas. Aquí aplica otro concepto. Las nuevas empresas, sobre todo las que crean empleos diferenciales de mucha magnitud, pueden crearse en cualquier lado. Esto es muy distinto a los empleos que se creaban en el siglo 20. Entonces, es clave tentar a quienes crearán esas nuevas empresas, para que lo hagan en Argentina.

Las capacidades necesarias en los nuevos empleos y en los nuevos emprendimientos están cambiando fuertemente en el mundo. Es clave que eduquemos a la gente para que tenga curiosidad y entusiasmo para adquirir conocimientos y poder obtener buenos empleos, o idealmente que prenda en ellos la llama irrefrenable del emprendedor, que tiene un sueño y lo quiere realizar. Los jóvenes están mucho más abiertos que antes a emprender en otros países. Ya no basta con educar jóvenes aptos, sino que es necesario retenerlos; también debemos pensar en atraer a jóvenes de otros países, ya que hoy es mucho menos relevante en sus decisiones estar cerca de su hogar. Entonces pasa a ser esencial que los que decidan emprender crean que vale la pena hacerlo en Argentina, ya que un país en el que la gente no quiere emprender, está frito.

En las primeras décadas de este siglo 21, las grandes empresas se crearon fuera de Argentina. Lo hicieron por las dudas, pero la realidad confirmó que habían tomado una buena decisión. Por suerte, con los esfuerzos que estamos haciendo, esa tendencia se revirtió en el período del renacimiento. ¿Tienen más preguntas?

—Sí. Me gustó lo del emprendedor, pero ¿en qué piensa un emprendedor cuando decide invertir en un país?

—Nosotros hicimos una lista de preguntas lógicas que asumimos que el emprendedor se haría cuando eva-



luara en qué país iba a emprender, y las usamos como guía para nuestra propia toma de decisiones desde el gobierno. Es decir, todo lo que hacíamos nosotros y queríamos que hiciera la población, en sus decisiones para contribuir a que hubiera un marco institucional, estaba orientado a que cuando un potencial emprendedor se hiciera las preguntas típicas para definir dónde emprender, su respuesta fuera que le convenía en Argentina, o si esta persona solo podía emprender en Argentina, no se desanimara.

Me vienen a la mente algunas variables, las que el emprendedor compararía entre los países en los que podría realizar su actividad: ¿qué tan complejo es abrir una nueva empresa en Argentina? ¿Conseguiré gente calificada para que funcione bien mi empresa? ¿Qué tan altos serán los costos laborales? ¿Podré dialogar con mis empleados y acordar los salarios que les pagaré en relación con cómo le vaya a la empresa? ¿Será apta la infraestructura disponible, por ejemplo, de caminos, energía, comunicaciones, puertos? ¿Qué tan altos serán los costos operativos, por ejemplo, de logística y energía? ¿Qué tan altos serán los impuestos? ¿Hay acceso a financiamiento adecuado para mi proyecto? ¿Es política del Estado apoyar a los emprendedores?, ¿existe algún beneficio concreto?, ¿hay cierta previsibilidad económica y de costos?, ¿hay derechos razonables de propiedad, o podría correr el riesgo de que alguien me saque lo que tengo y no me pueda defender?, ¿funciona la justicia para proteger mi negocio?, ¿es seguro para mí, para mi familia y los empleados de mi empresa vivir allí?, ¿es viable manejar un negocio éticamente?, ¿estaré protegido de los competidores y funcionarios corruptos?, si me va mal y quiero salir, ¿qué tan complicado sería cerrar la empresa o venderla?

Esas son algunas de las preguntas, las que me acuerdo de memoria, pero la lista era mucho más larga. Cuando analizábamos qué medidas tomar para que las respuestas

fueran a favor de emprender en Argentina, comparábamos cada tema en relación con su estado en cada uno de los países que competían con nosotros para atraer a los inversores. Es impresionante el cambio que hemos logrado en este aspecto. Hasta el anuncio del nuevo modelo y la implementación de las leyes, entre ellas la laboral y las rebajas de impuestos, era muy común oír que los emprendedores abandonaban sus proyectos porque decían que eran ridículos la carga de impuestos y el costo laboral. De hecho, la apertura de nuevas empresas en Argentina se desplomó en los años finales del viejo modelo y mucha gente capacitada se mudó a otros países para desarrollarse. Todo esto cambió desde entonces, por suerte, con el nuevo rumbo económico que tomó el país luego de la Implosión del 25.

—Mi papá siempre me hablaba de tal o cual ministro de economía, como si fuera un campeón, por las ideas que tenía. ¿Cómo puede ser que se valore a quienes fallaron consistentemente?

—Creo que ocuparon sillas calientes en modelos inviables, porque tenían un sentimiento patriótico o tenían un gran deseo de ser ministros y mucho voluntarismo. Muchos eran muy capaces, pero estaban condenados al fracaso. La gente pedía la suya, el político prometía darla, y el ministro sabía que no se podía. Entonces solo podían aferrarse a un pensamiento mágico y mostrar mucho convencimiento para tener chances de que sus planes fueran exitosos, al menos por un rato. Recuerden que la economía es una ciencia social, no es solo números, sino que está muy influida por las conductas, por el entusiasmo y por la confianza. Todos estos elementos permitían soñar con un milagro que luego, lamentablemente, cuando se daba, duraba poco.

Existieron economistas que pudieron contar historias de éxito temporal. En algunos casos, estuvieron sentados en la silla a la salida de una recesión o depresión y se be-



neficiaban por el rebote usual luego de toda caída. En otros, vivieron bonanzas como las de los precios de las materias primas o de caída de tasas de interés globales, y, en algunos pocos, una combinación temporal de todos los factores. Pero estos eran solo efectos momentáneos, bonanzas o rebotes que eran seguidos por otra caída que descompensaba cualquier mejora. Porque lo que subyacía era que los economistas no podían hacer magia. La gente quería la suya, quería plata en el bolsillo, porque, entre otras cosas, no creía que, si esa plata quedaba en el gobierno, iba a ser bien utilizada.

En síntesis, independientemente de la gran capacidad y buena voluntad de algunos ministros, cuando la situación de fondo es insostenible debido a lo que quieren los votantes y la política les promete para acceder al poder, entonces, no hay plan económico sostenible. Además, debemos considerar que en épocas previas a la Implosión del 25, en las que había que revertir la inviabilidad con ciudadanos que votaban cortoplacismo, la única esperanza era pegar una triple carambola con suerte y generar un shock de confianza para crecer varios años, pero la oposición se encargaba de dinamitar la confianza asustando a la gente, porque no le importaba el futuro del país, sino volver al poder. Me daba mucha bronca esa situación provocada por liderazgos desalmados, pero, al fin y al cabo, era la gente la que los votaba, por lo que no tenía ningún sentido aferrarse a los sentimientos que ese tipo de situación generaba, sino mirar para adelante.

— ¿Qué pasó con los sindicalistas que, entiendo, tuvieron mucho protagonismo en el pasado y hoy casi no se habla de ellos?

— Los sindicalistas tuvieron mucho poder en la época en que el cambio era más lento que ahora, cuando las empresas tenían poca flexibilidad para radicarse en diferentes

países y mientras funcionaba el antiguo modelo de suba de gastos y de impuestos que nos terminó haciendo explotar por los aires. En esa época, había empleo y un margen para mejorar los ingresos de los trabajadores. Pero los sindicalistas se pasaron de rosca, en parte porque sus liderazgos cortoplacistas tenían que conformar a sus bases para no perder su poder y, pese a que todo se degradaba, se seguían aferrando a lo indefendible.

La política los tuvo de aliados y, como los sindicatos fueron en general muy corruptos porque las cúpulas se quedaban con plata de los afiliados, tenían caja para apoyar las campañas de los gobiernos. A cambio de su apoyo económico, influían en las políticas laborales, promoviendo leyes que defendían los intereses del sindicato y de sus afiliados, pero espantaban la creación de trabajo nuevo. Con el tiempo, cuando el empleo nuevo se hizo difícil de capturar, los empleos viejos desaparecían o los ingresos de la gente se degradaban, la gente se fue hartando de ellos porque no aportaban ninguna solución. Digamos que la sociedad pasó del modo «cuidemos lo viejo que nos sirve», lo que daba protagonismo a los sindicalistas, al modo «seamos atractivos para atraer nuevos empleos».

Ese cambio de mentalidad dejó completamente fuera a los sindicalistas, que pasaron a ser un problema y un costo. Su capacidad de daño se hizo muy evidente en la Implosión del 25. Recuerdo que, en ese momento, cuando todos sufríamos durante la Gran Tristeza, los sindicatos parecían vivir en una burbuja y se plantaban para que las empresas no echaran a nadie ni bajaran los sueldos, pero estaban tan mal y los empresarios tan desalentados, que se aceleró el cierre masivo de empresas. Luego, aparecieron los furiosos Cazadores que, usando la inteligencia artificial para detectar corruptos y testaferros, escracharon fuerte a los sindicalistas. Ese fue el golpe de gracia para su imagen social.



Quedó en evidencia que se habían degradado durante un siglo, para convertirse en un negocio de pocos, muy alejados de su supuesto fin social. Solo impedían el nacimiento de lo nuevo. Si bien hubo y hay buenos sindicalistas, que han logrado mucho por sus afiliados y que, sobre todo, los han defendido en algunos casos de empresarios complicados, diría que en términos generales el sindicalismo fue una clase parasitaria de la vieja Argentina, que, como tal, perdió vigencia hace ya muchos años...

La charla de María también la recuerdo muy bien. Me impresionó su presencia y la convicción con la que hablaba de los temas. Según Juan Pablo, María fue uno de los grandes personajes dentro del grupo que nos sacó adelante. Él considera que a los argentinos les gustaban los líderes fuertes que les marcaran bien la cancha y, en este caso, se dio la muy buena combinación de una personalidad como la de María con la maduración en la sociedad de hacer las cosas bien, como ella proponía. La gente entendió que para progresar y lograr movilidad social era necesario educarnos, trabajar honradamente, pagar los impuestos y mantener un Estado ordenado, cuidando la plata y los bienes de todos. Algo que es tan obvio ahora pero que, hasta ese momento, no lo era.

14

El impacto social del uso consciente del dinero

El buen uso del dinero ha sido muy importante en el proceso de transformación de nuestro país. Aprendí que el dinero es solo una herramienta, como la tecnología, y que es muy útil como medio de comunicación entre las personas. Si en las personas hay un alto nivel de conciencia, entonces el uso del dinero promueve el desarrollo de lo bueno. Eso es lo que pasó en el segundo cuarto del siglo 21, al menos es lo yo viví desde que nació. La gente tomó conciencia del enorme poder que tenía su dinero y lo usó para provocar en el mundo el cambio que deseaba. Antes, las personas habían percibido la necesidad de tener un cambio interno, un cambio individual como condición necesaria para lograr una transformación en el grupo social; luego, se dieron cuenta de que el cambio social podía promoverse siendo muy conscientes de cómo influye cada peso gastado de nuestro dinero. Es obvio que una persona en forma aislada no logra nada con esta mentalidad, pero ese impacto aislado se transforma en algo poderoso cuando hay una corriente de personas yendo en el mismo sentido. Así ocurrió en el renacimiento, provocado por la nueva actitud de los ahorristas y consumidores responsables.

Recordé la charla de Julián, otro viejo amigo de Argentino, que había resultado muy valiosa para entender ese desarrollo, ese cambio de pensamiento respecto del dinero. Una vez más, lo presentó Andrés:

—¡Buenas noches a todos! Durante muchísimas décadas los argentinos hemos sido irresponsablemente cor-



toplacistas y, en consecuencia, hemos sufrido toda suerte de penurias autoinflingidas en lo económico y social. La incertidumbre económica no nos permitía planificar, la inflación no nos permitía relajarnos un minuto y transformaba el ahorro en pesos en un sinsentido. La falta de crédito en esos tiempos hacía muy difícil construir un futuro y la consecuente degradación social nos sumió en la desesperanza. Hay un dicho muy interesante: “Dios destruye nuestros proyectos justo antes de que nuestros proyectos nos destruyan a nosotros”, y así lo hizo.

En el período de degradación, el proyecto de la mayoría de la gente era tener la suya, sin importar cómo. Dios nos había escuchado, y nos dio la nuestra con todas sus consecuencias, durante décadas, y nos metimos solitos en el abismo social. La mayoría de los presentes en esta sala, por una cuestión de edad, no vivieron los años de la Gran Tristeza, la oscuridad que siguió a la Implosión del 25. Por suerte, en los últimos veinte años no hemos vivido grandes problemas de este tipo. Seguimos enfrentando desafíos, por supuesto, como cualquier grupo social que habite el planeta tierra, pero ya no estamos en la trampa de desconfianza que habíamos construido lentamente hasta que nos atrapó por completo al final del primer cuarto del siglo.

En esos momentos, desconfiábamos tanto de nosotros mismos que habíamos perdido toda la confianza en nuestra moneda. Como la moneda la emite el Banco Central, una institución gobernada por gente que es puesta en su lugar por gobiernos que son votados por la sociedad, entonces el Banco Central y su moneda siguieron la suerte de la lectura que hacían los políticos del deseo social. Si lo que deseábamos la mayoría de los ciudadanos era insostenible, pero lo queríamos un poquito más, y si los gobernantes leyendo esos deseos los satisfacían para obtener nuestros votos, entonces, como sociedad no éramos confiables y esa

falta de credibilidad se trasladaba a nuestra moneda, que no era otra cosa que una extensión de las decisiones del cuerpo social. Si las decisiones no eran serias, la moneda tampoco lo era. Ningún grupo que no crea en sí mismo, creería en su propia moneda. Sería un contrasentido.

Recuerdo cuando viajaba, por trabajo o por vacaciones, y en los aeropuertos veía casas de cambio con una lista interminable de monedas aceptadas, pero nunca estaba el peso argentino. Y, la verdad, sabíamos que no iba a estar, ¿quién lo querría si ni nosotros mismos lo queríamos? Pasaron muchas cosas a lo largo del siglo en relación con el dinero y para que nos lo explique invité a mi gran amigo Julián, quien dedicó buena parte de su vida a que logremos cambiar el mundo con nuestro dinero y debo reconocer que ha logrado mucho. Bueno Julián, te escuchamos.

—Gracias, Andrés, por invitarme. El tema del que voy a hablar es tan complejo como apasionante, teniendo en cuenta que el poder del dinero tiene relación directa con el nivel de conciencia del ser humano que lo usa. Porque, al fin y al cabo, el dinero no es otra cosa que una herramienta de comunicación entre las personas, y la forma en que es utilizado resulta de la forma de ser y de las decisiones que tomen los miembros de la sociedad que emite ese dinero y luego lo usa.

Miguel fue muy claro el otro día cuando contó en su charla cómo, de un momento a otro, por hartazgo, por haber tocado fondo o por haberlo hallado inevitable, la gente dejó de buscar lo insostenible y comenzó a desear más que nada ser parte de un grupo social viable, con disposición a hacer los esfuerzos necesarios y a exigir a los demás que hagan lo mismo. También me gustó mucho la presentación de María sobre la economía. Recuerdo que en esos momentos en los que abrazamos con seriedad y realismo el camino del esfuerzo, sentí un gran orgullo de ser argentino. La re-



cuerdo, también, diciendo que estaba dispuesta a entregar su vida para sanar nuestra economía pero que, en realidad, el cambio dependía en un 100% de nosotros, los ciudadanos.

Lo destacable fue que, como parte de ese proceso de reconversión y toma de conciencia, la gente comenzó a condenar al argento, al piola. Ese parásito social que todos teníamos dentro se inhibió para dejar salir al ciudadano decente que también habitaba en nosotros. Ya no era aceptado robar o evadir, ni siquiera dentro de las familias o los grupos de amigos. De repente, nos hartamos de los resentidos que no trabajaban, pero decidían sobre la plata de otros, y de los que nos estafaban desde el poder, haciéndonos creer que nos protegían de enemigos imaginarios. En ese momento, se inició la lenta reconstrucción de la confianza en nosotros mismos como grupo social. Contrariamente a lo que se pueda pensar, la eliminación de todas esas actitudes de piola, que hasta entonces eran simpáticas, no causó una reducción de la alegría. Por el contrario, el ser serios en lo actitudinal nos hizo mucho más alegres en lo personal, y creo que eso se dio porque nos sentíamos orgullosos de tomar el toro por las astas y construir juntos una sociedad con futuro.

Este camino de muchos frentes incluyó, por supuesto, el frente de la moneda y el crédito. Estos temas, hasta ese entonces, habían sido fríos y distantes porque, al ser una sociedad especuladora que solamente quería estar bien ese día, la moneda era una mentira, era algo que no cuidábamos y estábamos degradando, como el cuerpo de quien consume drogas. Pero cuando, como sociedad, incorporamos la conciencia del trabajo y del esfuerzo, entonces el uso de la moneda pasó a ser una forma de implementar esos nuevos valores y tomó vida como herramienta de construcción social.

Hoy ustedes, los jóvenes de 2050, pueden conseguir créditos en pesos, a veinte o treinta años, a tasas de interés de un dígito, para comprarse una casa o para emprender. Eso pasaba en decenas de países del mundo, desde el siglo pasado, pero en Argentina era imposible, porque era tan poco confiable nuestra moneda que nadie ahorraba en ella. Era tan alta la inflación y tan volátil la economía que muy pocas personas ahorraban en pesos por más de treinta días. Las sociedades que disponían de crédito a largo plazo en sus monedas disponían de ahorros, en esa moneda, al mismo plazo y a una tasa más baja. Una cosa permite la otra, porque solo se puede prestar a largo plazo el ahorro que alguien deja a ese plazo. Pero, ¿quién sería tan incrédulo de confiar sus ahorros a largo plazo, en pesos, cuando todos sabíamos que, como sociedad, no éramos serios cuidando el valor de nuestra moneda?

Entonces, Argentina tenía una de las peores monedas del mundo y, en consecuencia, uno de los mercados de crédito más pequeños en relación con el tamaño de su economía. La gente que tenía algún ahorro prefería comprar dólares o ladrillos. Eso fue cambiando, muy lentamente, con la evolución en la mentalidad de los argentinos. Y este cambio favorable se complementó con innovaciones y transformaciones permitidas por el uso de la tecnología. Disculpen la larga introducción, pero me pareció necesaria para poder hablarles de los tres grandes cambios del segundo cuarto de siglo en Argentina, nuestro período de renacimiento, en relación con la moneda y el crédito: la desaparición del dinero en efectivo, el uso consciente del dinero y el desarrollo de las finanzas sostenibles.

Vamos a comenzar por la desaparición del dinero en efectivo. Con la irrupción de la tecnología, el dinero en efectivo dejó de tener sentido. Llevó algunas décadas de acostumbramiento de la gente, pero, con el tiempo, tener



dinero en efectivo era tan ridículo como usar un fax. La razón por la demora en su eliminación, en algunos países, fue la obsolescencia tecnológica, la informalidad que requería el efectivo para manejarse en las sombras, la corrupción y la manipulación de la gente por parte de los Estados que requerían ausencia de trazabilidad del dinero. Pero los avances tecnológicos hicieron irrefrenable el proceso y se hizo tan evidente e indefendible el uso del dinero en papel que, hacia 2035, terminó desapareciendo por completo.

Por el alto nivel de corrupción de los gobiernos y la informalidad en la economía impulsada por los altos impuestos, Argentina fue uno de los últimos países en hacer el cambio. La desaparición del efectivo tuvo muchas implicancias. Una vez adoptada la digitalización, los gobiernos en general fueron aprovechando las herramientas tecnológicas disponibles y la inteligencia artificial para trazar el dinero. En consecuencia, los gobiernos sabían exactamente en manos de quién estaba, en cada momento, cada peso en circulación y usaban esta inteligencia para chequear consistencias entre el uso del dinero y la declaración jurada de impuestos de las personas que lo utilizaban. Lo que a inicios de siglo parecía muy complejo, en realidad era muy sencillo porque, si el dinero era electrónico y fluía por cuentas y billeteras electrónicas, el control de circulación permitía fácilmente saber quién lo tenía y cómo se usaba. Esto tuvo consecuencias excelentes en los manejos monetarios de los gobiernos como herramienta de desarrollo económico, pero es algo aburrido para esta charla.

Entre las consecuencias positivas de la eliminación del dinero en papel físico estuvo la reducción de la evasión impositiva. Lamentablemente muchos negocios y actividades que en aquel entonces eran inviables, pagando todos los impuestos, colapsaron. Esta difícil situación fue uno de los pilares del plan económico que describió María la sema-

na pasada. De un día para otro, nos dimos cuenta de que no teníamos otra alternativa que ordenarnos y sincerarnos, porque habíamos llegado a un callejón sin salida y solamente nos quedaba encontrar por dónde escapar. Con este caso en particular de la moneda, entendimos que si queríamos eliminar la evasión y, a su vez, mantener y fomentar el empleo digno, teníamos que bajar los impuestos para viabilizar la actividad económica.

Este proceso de transformación llevó varios años de mucha tensión, porque, cuando aparecieron estos cambios forzados, saltaron las inconsistencias y sufrieron todos los que tenían negocios inviables bajo el nuevo paradigma. El gobierno sabía que debía ordenar las cuentas fiscales y que, para eso, era necesario gastar menos y, como mínimo, mantener la recaudación. Para ello, había que reducir la evasión, que era una injusticia que generaba resentimiento en los que hacían las cosas bien, y que estaba asumida por los gobiernos que sabían de la distorsión y de los costos, a veces impagables, que generaba la formalización. Pero cuando el uso del dinero electrónico se hizo inevitable, los gobiernos fueron reduciendo impuestos para viabilizar a las empresas ante la desaparición del efectivo, que era la herramienta que hasta entonces les permitía evadir.

La formalización resultante fue generando un círculo virtuoso en el financiamiento de las empresas locales, sobre todo en las pequeñas que, hasta ese momento, tenían muy malos balances, por culpa de la informalidad. Para mayor claridad, el círculo virtuoso en las empresas fue posible por el ordenamiento económico general que sucedía en paralelo a la desaparición del efectivo, y se fue dando por el proceso de formalización de la actividad. Este estaba ligado a la reducción de impuestos, que mejoraba la rentabilidad, y al mayor financiamiento disponible, porque, con la baja de inflación que se estaba dando en paralelo, la gente estaba



comenzando a ahorrar más en pesos y, con eso, aparecía en espejo una mayor oferta de crédito.

Vamos ahora al segundo gran cambio: el uso consciente del dinero. En este ciclo se habló del mayor nivel de conciencia en el siglo 21. Estoy totalmente de acuerdo con esa afirmación, el uso del dinero no quedó ajeno a esta tendencia y, de hecho, el uso consciente del dinero, por la coherencia entre nuestros mejores pensamientos y nuestros actos de gastos e inversión, tuvo gran impacto en la sociedad. Podemos dividir el impacto en el consumo y el ahorro. También aplica a la donación, pero la actitud genuina de donar fue históricamente generada por la conciencia.

El impacto de un mayor nivel de conciencia en el consumo es muy fácil de explicar y, para facilitar su comprensión, les daré algunos ejemplos de lo que pasó en los últimos veinte años. A medida que avanzaba el segundo cuarto del siglo, la gente, buscando desesperadamente dar impulso económico a la sociedad, comenzó a involucrarse con cada compra que realizaba, y el efecto de este simple cambio de actitud fue formidable. En el siglo 20, ni se hablaba del uso consciente del dinero. A inicios del siglo 21, solo era tema de conversación en algunos ambientes de nicho, pero la cuestión fue creciendo, en buena parte por la sensibilización que generó el cambio de actitud ciudadana luego de la crisis.

Antes nos llenábamos la boca diciendo que el Estado debía cuidar a las empresas argentinas porque generaban empleo, pero cuando hacíamos las compras, solo mirábamos los precios. Hoy todo es muy distinto y cuando compramos un producto en el mercado nos fijamos quién lo produjo, buscamos la bandera argentina, nos interiorizamos por el trato que brinda su productor al ambiente y a su comunidad. Si bien actualmente hay más tecnología y tenemos mucho más tiempo e información disponible que

hace treinta años, la verdad es que antes ni nos preocupaba el tema y hasta se daban situaciones ridículas. Los empresarios pedían a los gobiernos que frenaran la importación para proteger el empleo nacional, pero cuando la gente iba al supermercado compraba productos importados, sin preocuparse ni un segundo por saber quién los producía. Cuando se les pedía a la gente que comprara productos de empresas nacionales que vendían poco, respondía que no lo hacía porque estos eran pésimos. Pero, entonces, ¿por qué pedíamos al gobierno que los protegiera, si sabíamos que lo que estas empresas producían no servía y la única consecuencia era que pagábamos productos más caros? Vivíamos en la hipocresía y el adormecimiento.

Ahora que entendimos que es bueno cuidarnos y que todos ganamos con la mayor generación de empleo local, se han eliminado totalmente las barreras proteccionistas porque no hacían falta. De hecho, la economía argentina es totalmente abierta desde 2015, y a las empresas nacionales les va muy bien porque la gente se interioriza con su producción y las apoya cuando hacen las cosas bien. Esto generó el verdadero incentivo de mejora para estar a la altura del cliente, que inclusive provocó un fuerte crecimiento de la exportación por la mayor calidad de los productos producidos localmente. Podríamos decir que se pasó de la hipocresía basada en lindos conceptos políticos, que a nadie importaba mientras tuviera la suya, a la verdadera conciencia de la importancia de cuidarnos entre todos.

Hay muy buenos ejemplos de empresas que, por emplear gente con discapacidad o por reducir a cero la emisión de gases de efecto invernadero, lograron el 50% del mercado local de un producto en pocos meses. Hoy, la gente, y ustedes lo saben bien, se fija muchísimo en esas cosas. También ha pasado que, al manejar los gobiernos seriamente las cuentas nacionales, hemos recuperado la moneda



y el crédito. Nuestras empresas ahora compiten con cualquier otra de la región, por tener acceso a créditos en pesos para financiar inversiones a plazos largos y tasas bajas.

En el segundo ejemplo de uso consciente del dinero pongo a la energía sostenible. Hoy es impensada una vivienda familiar sin producción propia de energía renovable. De hecho, desde 2030 es rentable invertir en paneles solares para abastecer la demanda energética del hogar, enchufar el auto de noche y vender energía sobrante a la red. Lo que motivó esta movida fue que la gente se fue asustando y concientizando con los duros efectos del cambio climático que se nos fue de las manos. Comenzó a invertirse globalmente en energía alternativa, aunque no fuese tan conveniente al principio, moviendo la innovación para hacer, con el tiempo, económicamente conveniente su uso.

El tercer ejemplo de consumo responsable es el transporte urbano sostenible. Fue la presión de la gente joven que motivó la aparición de las aplicaciones de movida cooperativa de transporte, que aceleraron el concepto de compartir viajes y el uso de los centros de traslado. Esta demanda también motivó a que los emprendedores invirtieran en flotas de autos autónomos para abastecer la demanda de transporte comunitario. Este interés de la gente, que buscaba abaratar los gastos y reducir el impacto en el planeta, gatilló una movida tremenda que eliminó por completo el uso de combustibles fósiles en el transporte urbano y redujo el tráfico a la mitad, por la eficiencia generada por el uso del transporte compartido.

El cuarto ejemplo del uso consciente del dinero fueron las monedas comunitarias, que tomaron algún vuelo en las épocas de mayor oscuridad y pobreza de la Argentina, por su enorme sentido comunitario y la necesidad de generar algo de movimiento en ciertos grupos sociales muy afectados por la crisis. Estas monedas existieron tímidamente

en el mundo desde fines del siglo 20 y el concepto fue muy bien descrito por Bernard Lietaer en 2005, en su libro *El futuro del dinero*. La idea tomó fuerza en Argentina a partir de 2025, con la creación de los centros de abuelos que hicieron de nodo distribuidor, y su uso se extendió, sobre todo, hasta 2030, año en que comenzaron a decaer hasta que perdieron relevancia. La primera moneda comunitaria fue creada en este Centro BV, impulsada por el matemático Peralta. Todo comenzó cuando los abuelos quisieron ayudar a vecinos de pocos recursos que necesitaban servicios de cuidado de sus hijos para ir a trabajar, o servicios de capacitación para conseguir trabajo y que no podían pagar por su muy mala situación económica. Los abuelos querían ayudarlos, pero los vecinos no tenían plata y los abuelos no querían modificar su principio fundamental de cobrar por sus servicios para reconocer el valor de las cosas.

Aquí hago un paréntesis. Para explicarles cómo funcionaron las monedas comunitarias, les quiero contar, como ejemplo, el muy conocido cuento de «el extranjero en el hotel del pueblo decadente». ¿Alguien lo conoce? ¿No? Bueno, aquí voy. La historia cuenta que un médico extranjero fue a participar de un congreso de cardiología en la ciudad de Rosario. Cuando llegó, el extranjero se encontró con que el hotel en el que ocurría el congreso no había registrado su reserva y, por la dimensión del evento, no había lugar disponible en ningún hotel de la ciudad. Se desesperó por la situación, pero los del equipo organizador del congreso le sugirieron que intentara conseguir hospedaje en un pueblo vecino, porque ahí había dos hoteles en los que todavía quedaban camas disponibles.

El extranjero viajó inmediatamente al pueblo vecino, a buscar lugar en los hoteles que le habían recomendado. Llegó a uno de ellos, pero como no le gustó nada la apariencia, le pidió al dueño del hotel que le mostrara una habitación con baño privado. El hotel era viejo y estaba en un horrible



estado de abandono, debido a la seria crisis económica por la que estaba atravesando el pueblo. El dueño, que sabía lo que estaba pasando en Rosario, pero también que su hotel estaba muy desvencijado, pensó que era poco probable que el extranjero se quisiera quedar ahí. Entonces, en un acto de desesperación, le dijo que solo quedaba una habitación libre y que, si no le dejaba cien dólares de seña, mientras iba a verla, se la daba al primer huésped que llegara. El extranjero no tuvo inconveniente y le dio los cien dólares de seña al dueño, antes de ir con un empleado del hotel a ver la habitación. El dueño del hotel lo mandó a la habitación más lejana, para ganar tiempo. El extranjero y el empleado tardaron quince minutos, transitando por pasillos, subiendo y bajando escaleras, hasta llegar a la habitación que, por supuesto, al extranjero no le gustó.

Mientras tanto, el dueño del hotel tomó los cien dólares, se fue corriendo a pagar una deuda que tenía con la dueña del bar de la esquina, que le había dado de fiado el desayuno del último mes y ya estaba harta de esperar a que le pagara. Cuando recibió el dinero, la señora, también desesperada por la cantidad de deudas acumuladas por la crisis, corrió a pagarle al carnicero por la carne que le había fiado durante el último mes, para hacer los guisos del mediodía, porque sin ese pago no le vendía la carne para preparar el almuerzo de ese día. Cuando recibió el dinero, el carnicero salió corriendo a pagarle al chacarero, que le había fiado los animales en la última semana, porque sin ese pago no le vendía más carne. El chacarero, contento por hacerse de unos dólares, llamó a una prostituta amiga y la invitó a pasar un rato en el hotel. Cuando entraba al hotel con el chacarero, la prostituta le dio al dueño los cien dólares en pago por las noches recientes que le debía. El dueño del hotel, con una sonrisa inocultable, puso el billete en el mostrador y, a los dos minutos, llegó el extranjero que le pidió que le devolviera la reserva, porque no le había gusta-

do nada la habitación e iba a probar suerte en el otro hotel del pueblo.

Esta historia es muy interesante. Fíjense que solo hubo un billete dando vueltas por un tiempo y, sin embargo, las deudas de mucha gente del pueblo quedaron saldadas. Esta historia circuló mucho tiempo en distintas versiones, se la usó como ejemplo de la magia del dinero, que con su movimiento todo lo soluciona. Pero no debemos engañarnos, ya que el dueño del hotel se arriesgó a que el extranjero no quisiera la habitación, cosa que pasó, y a no tener los cien dólares cuando se los reclamara. Digamos que, en este ejemplo, esa circulación del dinero no era sustentable. Hizo falta la suerte, que el dueño del hotel finalmente tuvo, para evitar defraudar al extranjero que le había dejado los dólares en garantía. Ahora volvamos a los abuelos, la problemática que querían solucionar y las ideas de Peralta.

Peralta vio que varias de las personas de bajos recursos del vecindario, o sus familiares, tenían la capacidad de proveer servicios a otros miembros de la comunidad. Entonces, propuso asignar un crédito a las familias para usar los servicios que recibían en el centro. A cambio de ese crédito, debían asumir el compromiso de permitir a los abuelos del centro, o a quien ellos designaran, usar ese crédito para pagarles por sus servicios como, por ejemplo, transporte, jardinería o albañilería. Los vecinos aceptaron con gusto, porque estaban pagando servicios con servicios. Estaban haciendo valer lo que ellos ofrecían, a cambio de recibir lo que ellos necesitaban. A modo de otro ejemplo, una persona dejaba a su hijo en el Centro BV, bajo el cuidado de los abuelos, para ello usaba créditos comunitarios que, luego, los abuelos usaban o transferían a otros. Estos créditos podían alcanzar, por ejemplo, para tres horas de masajes terapéuticos, cinco horas semanales de jardinería o un viaje en remis al centro de transporte autónomo.



Peralta se entusiasmó muchísimo y le pidió ayuda a Chipý, el rey tecnológico, para diseñar una moneda comunitaria digital. A la moneda la llamaron el Argentino, en honor al dueño de casa. Pero Argentino pidió por favor que no usaran su nombre para la moneda y que, si querían honrarlo, le permitieran ser él quien lo eligiese. No les quedó otra que dejarlo, y la bautizó BV. Todos pensaban que era por Bella Vista, el pueblo de sus amores, pero no, eran las iniciales de Bueno y Verdadero. De todas formas, a la gente le pareció aburrido ese nombre y los usuarios terminaron llamándola el Regatero.

En su primer año, la moneda funcionó muy bien. Las familias tomaban los servicios del centro y los abuelos, que daban esos servicios, gastaban sus Regateros usando los servicios que ofrecían a esas familias. Con el tiempo, el espíritu de esa moneda se fue derramando por toda la comunidad y se fueron agregando más comercios y proveedores que la aceptaban, de la misma forma que se fueron sumando familias que recibían créditos de los abuelos. También aceptaban esos créditos, como parte del pago de sus sueldos, quienes comenzaban a trabajar para el centro, por ejemplo en los call centers de denuncias o en las validaciones de sistemas informáticos, porque sabían que estaban ayudando a la comunidad y que esas monedas eran aceptadas en muchos lugares de Bella Vista, como una forma de apoyar el trabajo que estaban haciendo los abuelos.

A diferencia de lo que ocurrió en el ejemplo, con el extranjero en el hotel del pueblo, esta moneda no requería de la suerte ni del apuro para funcionar. Porque todos conocían las reglas y, detrás de la matemática, estaba el espíritu comunitario. Había confianza en los miembros de la comunidad y, con el tiempo, más personas del pueblo se daban cuenta de que este crédito interno provocaba un encuentro entre las personas, mejoraba el ánimo y genera-

ba esa actividad tan necesaria para salir adelante. También hubo monedas en otros centros. Fue muy llamativa la de Hurlingham, que se llamaba PT. No se rían, giles, que PT es por Purpose & Trust, que es propósito y confianza en inglés.

Por supuesto que se armó lío con el gobierno, porque el uso de estas monedas comunitarias no generaba automáticamente el pago de impuestos y, por lo tanto, toda la actividad que se creaba a su alrededor equivalía al uso del efectivo, y, si el usuario no la declaraba, no daba recaudación al Estado. Los de la AFIP, que trabajaban en la sucursal San Miguel, intentaron en un momento clausurar al Centro BV para frenar su moneda, pero fue un escándalo y casi hubo una revuelta social en Bella Vista en favor de los abuelos.

Los jubilados defendían sus monedas justificando que las emitían para dar crédito a familias de bajos recursos. Gracias a sus monedas, se iniciaba una actividad que antes no existía y su circulación producía conciencia social y una confianza inédita en el otro. También argumentaban que las emitían para hacer valer sus servicios, ya que la jubilación que cobraban del gobierno no alcanzaba, que gracias a sus monedas tenían el ingreso extra que necesitaban, sin agregar ninguna carga a la sociedad, y que se hacían mucho bien a ellos mismos y a la comunidad con el trabajo digno que generaban. Además, cerca del 80% del uso de las monedas se destinaba a pagar servicios, como enfermería, masajes y transporte, y eso lo podían hacer de todas maneras, sin pagar impuestos, por ejemplo, con un trueque de prestaciones, sin que se diera cuenta el Estado. Y tenían razón... Finalmente los gobiernos aceptaron el uso de las monedas comunitarias, emitidas por los centros de abuelos, y estas dieron, al menos temporariamente en los peores momentos de la Gran Tristeza, un gran impulso a la actividad económica vecinal.



Ahora pasemos al segundo eje de cambio en el uso de las monedas, que es el de la inversión y el que dio lugar al crecimiento exponencial de las finanzas conscientes o sostenibles. Creo que quedó claro que cuando se puso conciencia en el consumo, nació un cambio verdadero y quedó también demostrado que la economía puede ser libre de trabas, si hay conciencia en el consumo, porque conciencia mata restricción y, cuando no hay conciencia, no hay restricción que la sustituya ni sistema que funcione. Ahora supongamos que, luego de consumir lo necesario, nos sobra dinero de ahorro y tenemos que decidir dónde invertirlo. La creciente conciencia del impacto que se puede lograr, usando los propios ahorros, fue impulsando el desarrollo de las finanzas conscientes, de modo impensado, en el segundo cuarto del siglo 21. Este movimiento nació en el siglo 20 bajo diversas formas.

La banca ética reunía a bancos que solo prestaban a proyectos definidos como buenos para la sociedad, las inversiones de impacto eran básicamente proyectos con impacto social medible, y el menú se complementó con los préstamos sostenibles bancarios y un concepto más amplio, que fue el de las finanzas sostenibles en el mercado de capitales. Básicamente, estas finanzas estaban orientadas a proyectos que tenían un impacto positivo en lo social o ambiental desde una percepción consciente del mundo. Incluían, por ejemplo, el financiamiento de proyectos de energías renovables, proyectos de eficiencia energética, proyectos de reciclado de basura, de viviendas sostenibles y la creación de empleo digno, entre otros.

Al principio, el rubro crecía por el aporte de filántropos, gente que usaba su plata para hacer lo que creía bueno, aunque el riesgo de perderla era muy alto. Luego, se fueron sumando los grandes inversores del mundo, por diversas razones particulares, y estos fueron quienes cambiaron las

finanzas para siempre. El primer grupo en sumarse fue el de los fondos de pensiones que, por su tamaño conjunto, son el principal inversor financiero del mundo, a cuyos gerentes de inversiones se les hizo indispensable pensar en estos temas por su mandato legal de hacer lo mejor para sus ahorristas. Imagínense un gerente de un fondo que tenía que invertir el dinero a un plazo de treinta años, que era el plazo en el que esperaba jubilarse el beneficiario. En el año 2020, por ejemplo, ¿qué hubieran creído ustedes que valdría más en treinta años, una empresa que producía energía del carbón o una empresa que producía energía eólica? Hoy sabemos que las empresas del carbón dejaron de existir y, en ese entonces, ya lo intuían. Este es un ejemplo concreto de por qué un experto en inversiones, que tenía el deber legal de hacer lo mejor para los ahorristas, empezó a considerar las inversiones sostenibles para invertir a largo plazo.

El segundo grupo por relevancia fue el de las compañías de seguros. Estas empresas, desde el inicio del proceso de calentamiento global, tuvieron que hacer frente al costo de los desastres climáticos en activos que estaban asegurados por ellos. Hoy sabemos que ese costo fue creciendo con el siglo 20, pero ya desde hace cincuenta años que los profesionales que deciden las inversiones de las empresas de seguros internacionales habían decidido buscar cómo influir en la reducción del cambio climático. Lo hacían, entre otras cosas, invirtiendo en proyectos de energías renovables, vivienda sostenible y eficiencia energética. Era absolutamente natural para ellos, además del retorno financiero, buscar reducir a través de sus inversiones el riesgo de su negocio.

El tercer grupo fue el de los fondos comunes de inversión, una industria muy grande en el mundo. Sus gerentes fueron comprobando, por la evolución de los precios del mercado, que las empresas que incorporaban la sustentabilidad en su estrategia de negocio creaban más valor en



el tiempo. Entonces, como tenían una responsabilidad con sus inversores de hacer lo mejor para ellos, a medida que la mejor performance de los proyectos sostenibles se confirmaba en las series históricas, tuvieron que hacer el esfuerzo de buscar activos sostenibles para hacer frente a su responsabilidad fiduciaria, es decir, la responsabilidad legal de hacer lo mejor para sus inversores. A esto se sumó que los fondos de pensiones, las compañías de seguros y otros inversores institucionales también invertían en sus fondos, por lo que tuvieron que enfocarse en la inversión sostenible para satisfacer los objetivos de sus propios inversores profesionales.

El cuarto grupo fue el de los bancos. Estos fueron percatándose de que los activos sustentables (es un buen ejemplo el de la energía renovable versus la energía producida sobre la base del carbón) eran de una mejor calidad crediticia que los no sustentables y, por lo tanto, era recomendable incorporar, en las políticas de análisis de crédito, la evaluación de las políticas de sostenibilidad de los tomadores de los créditos, algo que también exigían los inversores que compraban deuda o acciones de los bancos y, en los últimos años, también quienes usaban sus productos minoristas. Dicho de otra forma, como la gente quería cambiar el mundo con su dinero, se fijaba muy bien qué hacía el banco con el dinero antes de darle sus ahorros.

El quinto grupo fue el de los gobiernos que se habían comprometido entre ellos a realizar fuertes inversiones para mitigar el cambio climático, pero no tenían la plata. Entonces instruían a los bancos de desarrollo y a todas las entidades similares, como las agencias de promoción de exportaciones, a apuntar todos sus cañones para acompañar con sus recursos el desarrollo del financiamiento privado de proyectos sostenibles. Por último, a medida que, por la demanda de estos grandes inversores, surgían los

proyectos y estos se ofrecían en los mercados públicos de capitales, se fueron incorporando los inversores minoristas, la gente común que, con un mayor nivel de conciencia, prefería invertir sus ahorros en un proyecto alineado con sus intereses personales, como las energías renovables, la actividad agrícola con prácticas que favorecen la absorción de carbono, o una pequeña empresa conocida por la persona que daba empleo de calidad y hacía productos disruptivos. Comenzó a circular fuerte el concepto de «usar el dinero para cambiar el mundo», los inversores, más tarde o más temprano, fueron adoptando esta filosofía y lograron que esto sucediera realmente.

Hoy ustedes tienen bien claro que no solo cuando consumen, sino también cuando invierten, deben hacerlo conscientemente y que cuando todos actuamos juntos tenemos un enorme poder. Esto provocó el fuerte desarrollo del mercado de financiamiento de proyectos con impacto positivo social y ambiental. La elección del proyecto se hacía comprando un cheque, un pagaré, una factura, deuda de largo plazo o acciones de una empresa a la que se quería acompañar o, como alternativa menos directa, se podía invertir en un vehículo de inversión totalmente dedicado a prestar a empresas de impacto positivo de tal o cual industria, o en un banco que tenía esa filosofía de crédito.

A medida que avanzaba el siglo, al digitalizarse la moneda y hacerse absolutamente rastreable su uso, en combinación con la inteligencia artificial, se avanzó a pasos agigantados en la capacidad de medir con precisión el verdadero impacto de una inversión en el objetivo que se buscaba. A modo de ejemplo, si el inversor invertía en un fondo que proponía contribuir en la creación de empleo digno, el fondo contrataba plataformas tecnológicas independientes que podían trazar el flujo real del dinero para verificar el empleo verdaderamente creado por las empresas financia-



das. Si el fondo proponía invertir en energías renovables, el trazado del dinero y del flujo de la energía producida, como fruto de la inversión, mostraba a los inversores cuánto habían contribuido a la reducción de carbono, cada día, con sus ahorros. La medición más exacta permitió promocionar este buen uso del dinero, potenciando el crecimiento de la industria al atraer más y más personas que querían influir usando sus ahorros. El crecimiento del mercado de capitales era novedoso en Argentina, porque hasta entonces no había tenido una moneda fuerte y, por lo tanto, no había ahorro local relevante en pesos, que es el combustible esencial para el desarrollo del mercado. Bueno, quizá fue demasiado técnico lo mío. ¿Tienen preguntas para hacerme?

—Mis padres me decían que, para ellos, el mundo financiero era de especulación y que nada bueno podía salir de él. Hoy no lo veo así, pero me gustaría entender por qué ellos lo percibían de esa manera hace treinta años. ¿Lo podrías explicar?

—Sí, claro, es muy comprensible. En esa época, diría hasta 2025, la economía argentina fue muy descuidada, porque el Estado consistentemente se agrandaba y gastaba más de lo que recaudaba, fue agregando incertidumbre, provocando mucha volatilidad económica y crecientes niveles de pobreza que iban totalmente a contramano del mundo. Por todo eso, Argentina tuvo, en esa época, récords de inflación, fuertísimas devaluaciones del peso, defaults de su deuda soberana y una lista interminable de pequeños episodios de volatilidad que hacían que quien tenía un ahorro tuviese altas chances de perderlo.

A su vez, no había créditos de largo plazo en pesos para financiar inversiones, porque nadie ahorra en pesos en el largo plazo. El que se endeudaba en dólares, se metía en problemas cuando venía la devaluación, entonces era difícil hacer un uso planificado del dinero y era poca la utili-

dad que podía darse a la moneda por encima del consumo. Por eso la gente como tus padres, que vivió en Argentina en las décadas que precedieron a la Implosión del 25, veía en el dinero solamente riesgos u oportunidades de especulación, dependiendo de qué lado se estuviera.

Actualmente es muy distinto. Al existir estabilidad económica, baja inflación y un peso fuerte, la gente puede dar buena utilidad al dinero como herramienta de progreso, endeudándose a largo plazo en pesos para hacer una inversión o comprar su vivienda. Encima, como hay conciencia, trazabilidad y excelentes sistemas para medir el impacto del uso del dinero, hay muchos inversores apoyando proyectos con impacto social o ambiental. En esta época, por suerte, se puede decir que la mayor conciencia y el mayor compromiso ciudadano han permitido que el dinero pueda ser muy bien utilizado como herramienta para el sano desarrollo de la humanidad...

Sinceramente, no fue de las charlas que más me impresionaron porque desde que tengo uso de razón, el dinero se utiliza conscientemente. Todos tenemos bien claro el poder que manejamos para influir en la realidad con nuestras decisiones de gastos. Si bien me sorprendieron las historias grotescas que comentó Julián sobre el pasado, nunca viví nada parecido ni me siento con capacidad de asimilarlo. ¿Cómo podría alguien ir al supermercado y no fijarse si las alcaparras que compra son argentinas o italianas? ¿Qué le cuesta y cómo se priva del placer de haber dedicado unos minutos a evaluar qué comprar, de optar por darle más oportunidades a un emprendedor del interior del país, o a una empresa que hace mucho por la sociedad? ¿Cómo puede alguien no fijarse si la ropa que compra es nacional, o planear vacaciones sin echarle un ojo a algún lugar del interior? Creo profundamente en la libertad, pero cuando hay crisis y hay conciencia, usar esa libertad para apalancarnos como comunidad es una de las cosas que más satisfacciones pueden darnos. Lo más grotesco de los cuentos de



Julián era que para proteger un producto de una empresa, a la cual a nadie le interesaba comprarle, ponían impuestos y restricciones a la importación, encareciendo el costo de ese producto para todo el mundo, ¡e inclusive la gente seguía comprando el importado! Muchos de estos ejemplos me parecen bastante patéticos, son la evidencia de la falta de conciencia y organización de la comunidad, un juego en el que todos perdían.

Vale la pena comentar mi propia experiencia como inversora para que tengan un ejemplo de lo común que es, en el tercer cuarto del siglo 21, el uso consciente de los ahorros. Mis ahorros los había juntado en mi viaje regional reciente, sobre todo en la etapa de Perú, porque los ahorros de México ¡los había perdido con el emprendimiento! Los tengo invertidos hace varios meses en el fondo regional de viviendas con sentido. Imagino que este tipo de fondos temáticos comunitarios no existían antes de la crisis, y hoy son muy comunes y entretenidos porque nos permiten usar los ahorros para participar de proyectos con un gran impacto en lo social y en el ambiente, y además disfrutar aprendiendo.

Lo que me movilizó a apoyar este fondo es su estrategia de prestar plata a comunidades o personas que utilizan materiales sostenibles para hacer sus casas, que las construyen con sus propias manos y con cooperación comunitaria, que les permiten mejorar su calidad de vida, que logran un bajo consumo energético y un ambiente interior bueno para su salud. Me alucina participar los viernes del chat entre inversores y beneficiarios, en el que me puedo enterar de las historias de quienes usan nuestro dinero para transformarse. En la reunión del viernes pasado dos familias tucumanas que construyeron juntas en terrenos linderos comentaban los beneficios de su técnica, que usa una especie de bambú en combinación con paneles de materiales prensados de caña de trigo. Esta técnica tiene el doble impacto de mejorar la vivienda, por un lado, y, por el otro, permitir a los viejos plantadores de tabaco reconvertirse, plantando bambú para evitar su colapso económico por la caída abrupta en el consumo de cigarrillos. Fue muy energí-

zante ver lo emocionados que estaban los propietarios de las casas y los chacareros que se habían podido transformar, y todo porque alguien se ocupó de organizar esas actividades que permitieron a gente como yo usar mejor su dinero.

En la mayoría de los casos, estos modelos constructivos reciben cuádruple apoyo, de los municipios con terrenos financiados, de empresas privadas con materiales baratos, de ONG con capacitaciones, y de fondos de inversión con lo que falta para completar el financiamiento para que lleguen a la meta. Este múltiple apoyo se hizo muy común, porque de alguna forma permite a cada parte confirmar, con el apoyo de la otra, que el proyecto es verdadero y bueno para la gente.



15

Los 10 consensos del renacimiento

En la mayoría de las charlas, si no en todas, se hizo evidente cómo la mayor conciencia ciudadana permitió que, a medida que avanzó la primera mitad del siglo, se lograsen acuerdos y que, a su vez, esos acuerdos retroalimentaran el fortalecimiento de la democracia en un círculo virtuoso. El proceso de la aparición de los consensos fue muy importante para nuestro país y, una vez más, encontré en el diario de mi abuelo un texto muy claro, escrito unos años después de la gran crisis, que puede ayudarnos a entender cómo se sintieron aquellos que lo vivieron en primera persona.

...Tengo la sensación de que algo está cambiando en Argentina.

Hace años que nos vienen gobernando los partidos que fomentaron la adicción social al corto plazo y la satisficieron hasta llevarnos a la Implosión del 25, pero, increíblemente, se las ingeniaron para mantenerse en el poder luego de la crisis, ahondando la miseria y la desesperanza.

Pero este año comienzo a ver que su modelo se está agotando verdaderamente, a la par del creciente peso del grupo que se hace llamar los «jóvenes del renacimiento».

Cuando llegó la Implosión del 25, caímos todos en el desánimo. Antes de la crisis, había cada vez menos actividad económica, pero luego se transformó en un parate total, una



parálisis emocional por la que nadie tenía ánimo para iniciar ningún proyecto personal ni comercial.

El clima que reinaba era de desazón y, cuando hablaba con mis amigos, los principales temas de la charla eran a qué país uno podía irse para estar mejor, cómo sobrellevar la tristeza por la partida de los hijos y nietos, cómo hacer para transformar la actividad personal en informal para sobrevivir, pagando menos impuestos, y el tema que con más amargura recuerdo era el de cómo evitar ser afectado por la inseguridad, que venía agravándose desde antes de la crisis, pero había empeorado aún más.

Yo contemplaba atónito cómo, luego de la Implosión, en lugar de cambiar el ánimo social para buscar un nuevo rumbo, la clase política logró mantenerse. fomentando en la sociedad la profundización del rumbo anterior. Si bien a primera vista parecía una locura, en realidad la razón fue muy entendible.

La crisis ocurrió porque la carga del Estado se había hecho tan pesada para la sociedad que trabajaba para sostenerlo, tanto por los impuestos que hacían falta para financiarlo como por la cultura corrupta, desalmada y vengativa de sus líderes, que la sociedad fue aplastada no solo en su ánimo económico, sino también emocionalmente. Eso llevó a dos años de suma tristeza y falta de energía social, que terminaron en un altísimo y abrumador nivel de desempleo y de pobreza.

Cuando llegó el momento de las siguientes elecciones, muchos estábamos esperanzados con el cambio de rumbo, pero ocurrió lo peor, los líderes cortoplacistas ganaron con un 60% de los votos.

La razón era muy obvia. La gente ya no creía en nada ni en nadie y, como la actividad económica era un desastre y los cortoplacistas se habían ocupado de decir que todo era culpa de los ricos y de los países poderosos, había crecido a tal nivel ese descreimiento, sumado a la desesperanza del día a día, que

solo se votaba al que prometía mantener por más tiempo el cheque mensual del que vivían miserablemente.

Los votantes sabían perfectamente que los líderes del corto plazo los engañaban, que jamás llevarían al país a un futuro mejor, pero el miedo al abismo era más fuerte, y se entregaron, una vez más, profundizando el proceso de degradación moral y social hasta niveles insospechados.

A medida que pasaba el tiempo y nos íbamos degradando más y más, también se iban degradando los liderazgos y, por lo tanto, para acceder al poder tenían que establecer más alianzas, meter en su bolsa peores personas, con menos capacidades y menos principios, principalmente, gente emocionalmente perturbada, con menos amor por la vida y sin respeto por ellos mismos.

Y con esto, cada institución se fue enviando hasta niveles insospechados, con dos tipos de consecuencia. Por el lado malo, provocando situaciones horribles, como por ejemplo una justicia que perdió todo el respeto de la sociedad, una policía que daba miedo cuando aparecía, y legisladores de los que ya no se esperaba otra cosa que perseguir una agenda política de leyes totalmente distanciada de los intereses de la gente. Y así podría seguir horas con la lista de instituciones que habían sido creadas para proteger a la gente, pero terminaron protegiendo los negocios de sus usurpadores. A pesar de ser una situación muy obvia, la gente los votaba igual, y los temas se manejaban con una impunidad total y grotesca. Esto generó una ola irrefrenable de violencia, en la que inclusive las bandas delictivas de otros países venían a robar a Argentina, porque sabían que no había mejor país para delinquir que aquel en el que gobiernos corruptos habían desarmado la justicia para garantizarse impunidad. Los delincuentes sabían que nadie iba preso si compartía sus negocios con la policía, el poder político del territorio o los cómplices en la justicia.



Pero también se dio un efecto bueno, que a mí me está llenando de esperanza. Dentro de cada institución siempre hubo gente buena y sigue estando. Esa gente de vocación, que da todo por su profesión, ya sea como maestro, policía, médico, fiscal, juez o cualquiera de las actividades con fines honorables que requieren una profunda vocación de servicio. Esa gente no accedió a los principales cargos en épocas de los líderes cortoplacistas, porque ese privilegio era para la gente leal al partido y cómplice de sus delitos. Pero esa gente estaba. Y mi principal reproche hacia esa gente, entre la que me incluyo desde lo privado, es que fuimos demasiado mansos, demasiado cobardes y nos dedicamos a seguir haciendo lo nuestro, mientras veíamos cómo la gente, perturbada por el adoctrinamiento y con más resentimiento que escrúpulos, arrasaba con nuestros ámbitos.

La degradación fue tal y tan extrema, que esa gente mansa ya no pudo seguir escondiéndose, ya no tuvo un lugar calentito en el que resguardarse, consolándose con las buenas acciones de cada día laboral, y reaccionó. Y comenzó a oírse, en los diferentes ámbitos, el inicio de una lucha feroz entre la gente mansa y honorable y con un corazón ardiente, que había reaccionado con la furia de quien le matan un hijo, y los mutantes adoctrinados del resentimiento que daban un paso atrás, sorprendidos por no estar acostumbrados a esa lucha.

Estoy viendo con algo de esperanza que la gente se está dando cuenta de que cuando uno reacciona desde el corazón, cuando uno se siente acorralado y decide dar la vida por sus ideales, adquiere una fuerza muy poderosa que siempre es superior a la de aquellos movilizados solo por la codicia o el resentimiento.

Fue en ese nuevo ambiente de renovada oposición que, en momentos en que perdían fuerza las ideas antiguas y ganaban fuerza las ideas del siglo 21, apareció el grupo de los jóvenes del renacimiento. Y este grupo me sorprendió mucho por su fuerza y su convicción. Muy inteligentemente, lo primero

que hizo fue buscar puntos de consenso entre la gente de todos los ámbitos y colores políticos, puntos de unión entre la gente que se definía como apolítica, y lo era, sabiendo que por ese camino iban a fortalecer lo nuevo y debilitar lo viejo en forma acelerada.

El grupo viene pisando fuerte, usando las redes y sus líderes más conocidos para influir de una forma transversal y distinta que me da mucha esperanza. A diferencia de otras épocas, en las que la gente votaba a los mentirosos, por miedo a perder su cheque, en esta época, la degradación y el sufrimiento son de tal magnitud que ya no hay cheque por defender y siento que la gente va, finalmente, a dejar de votar por miedo. Va a hacerlo por bronca y por el deseo desesperado de recuperar algo de su dignidad. Los del renacimiento parecen estar dando una luz de esperanza en la próxima votación.

Mi sensación es que los líderes del corto plazo son como vampiros que están siendo expuestos a la luz del día por los nuevos jóvenes, que se dieron cuenta de que uniéndose podían levantar el velo que los cubría...

Yo no había nacido todavía, sin embargo, siempre escuché a la gente hablar de tristeza para referirse a esa etapa. Para Juan Pablo fue una época de oscuridad absoluta, producto del fin de un período de décadas de degradación de la palabra, de la confianza y de la esperanza. Esa decadencia había opacado a la gente buena y lo que se veía con toda claridad era la preeminencia de lo malo, de la delincuencia, del abuso y de la injusticia.

Juan Pablo coincidió totalmente con el escrito de Argentino, esos jóvenes del renacimiento habían logrado instalar los Diez Consensos y fueron vistos, en su época, como una vacuna contra la mentira o una bebida energizante para la transformación verdadera. De hecho, desde ese momento, la gente comenzó a elegir mejor en sus votaciones, porque los Diez Consensos permitieron



que sobresalieran los líderes con verdadera vocación de servicio y capacidad de gestión del bien común.

Aunque estemos llegando al final, esta fue una de las primeras filmaciones que vimos con Juan Pablo, antes de su mudanza. Tardamos mucho ese día, pausábamos continuamente para compartir opiniones, estuvimos hasta la madrugada y ahora aprovecho para compartirla sin interrupciones.

—Hola a todos, hoy veo muchas caras nuevas y muy jóvenes. Para los que no me conocen soy Andrés, el organizador de estas Charlas del Cincuentenario. Hoy vamos a hacer un resumen de los temas sobre los que actualmente hay un consenso social, muchos de los cuales ya han sido tocados en otras charlas. Son temas que se han ido incorporando a nuestra cultura y, por lo tanto, han sido parte fundamental de la agenda de los gobiernos, en forma creciente, en los últimos veinte años. Esta charla la quise dar yo porque me gusta mucho el tema y, como soy el que organizó el ciclo, me quiero dar el gustito y me van a tener que bancar. A ustedes no les parecerá novedosa la lista de los Diez Consensos sobre los que voy a hablar, porque son parte de la sociedad actual y los viven en carne propia desde hace muchísimo tiempo.

Para mí hay un consenso sobre un tema cuando no se duda sobre su importancia. Un ejemplo muy gráfico es cuando estamos en la autopista y oímos la sirena de una ambulancia. No dudamos y la dejamos pasar con un gesto automático, porque cuando hay un enfermo cuya vida está en juego, nadie duda de que debemos hacernos a un costado. Tenemos claro que con eso no se jode.

Me parece relevante, entonces, destacar la importancia de los Diez Consensos, que se fueron consolidando en los años posteriores a la Implosión del 25, y que han sido

esenciales para mejorar nuestro ánimo, nuestro amor propio y nuestro orgullo de pertenecer a un grupo social que, por primera vez, en mucho tiempo, sentía que fluía armónicamente en el sentido correcto.

En algunos momentos de este siglo, cuando nos iba muy mal, con una falta total de seriedad en el manejo del gasto público, con tremenda corrupción, manipulación política y división social, algunos líderes del momento propusieron ellos mismos buscar y lograr estos consensos. Eso era absurdo, porque ellos habían sido elegidos por prometer cortoplacismo, y eran “mañanistas” por especialidad. Además, en la sociedad, aún no estaba la convicción de sacrificar el corto plazo para construir un futuro viable. La limitación alcanzaba también a las cámaras empresariales y sindicales porque, de una forma o de otra, cada uno de sus líderes había ganado su mandato para sacar ventaja en el entorno del cortoplacismo.

Vamos al grano, entonces, y hablemos de los Diez Consensos.

Consenso 1

Los ciudadanos son libres cultural, política y religiosamente.

Hoy no se duda. Una sociedad no puede tener una identidad genuina si, en ella, las personas no tienen libertad. Dios nos hizo libres y nadie tiene derecho a quitarnos esas libertades. Me refiero a la libertad cultural, religiosa, periodística, política, de vocación y en la convivencia en general. Esas libertades son una bendición, son la sal de la vida. La capacidad de descubrirnos como personas, pensar libremente y elegir nuestras creencias nos enfrenta al desafío más profundo y relevante de la vida.

Un país libre y justo es aquel en el que cualquier ciudadano siente el derecho de soñar su futuro, sin restric-



ciones, y tiene luego la capacidad de perseguir ese sueño hasta lograrlo. Un pueblo vibrante es aquel cuyos integrantes tienen diferencias y sienten curiosidad por conocerlas, al tiempo que buscan el encuentro, explorando puntos de unión entre ellos. Porque todos somos gracias al otro. Le debemos al otro el nacer, el subsistir, el aprender y la compañía que nos da fuerzas para seguir adelante.

Ha crecido mucho en este siglo el nivel de conciencia de nuestra espiritualidad. Pasó a ser común preguntarse, en esta época, si con nuestras actitudes diarias estábamos sembrando esperanza o resentimiento a nuestro alrededor, en aquellos que dependían de nosotros. Hubo como un despertar, que está influyendo en las decisiones que tomamos libremente en nuestra vida social. Es por eso que hoy hay un rechazo absoluto al adoctrinamiento de cualquier tipo, adoctrinamiento que tuvo su apogeo en el siglo 20, con el comunismo, el fascismo, el nazismo y otros movimientos similares, que pretendieron obligar a la gente a pensar de una manera y tuvieron, por su falta de sustento, una vida corta y violenta que solo dejó vacío en la gente que estuvo expuesta a ellos.

A diferencia de lo que pasaba en el primer cuarto del siglo 21, cuando todavía quedaban algunos resabios de adoctrinamiento, desde hace tiempo ya que, en el mundo, cualquier intento de adoctrinar y manipular políticamente cae en saco vacío, porque la gente ya no presta atención a esas ideologías. Por el contrario, se ha generado tal consenso en este sentido que, en el siglo 21, las cosas avanzan a un paso tan acelerado que las sociedades que más bienestar personal y paz social han logrado son las que viven el presente con intensidad y apertura a lo que les depare el futuro.

Consenso 2

Los niños son el futuro y debemos estar a la altura de sus necesidades.

Si queremos tener una sociedad sana debemos criar niños emocionalmente sanos. Tenemos plena conciencia de que los niños son nuestro futuro y de que no hay trabajo más importante en la tierra que acompañarlos con cuidado para potenciar lo que traen. En sus primeros años de vida, es esencial que el bebé esté bien alimentado para que desarrolle adecuadamente su cerebro. El crecimiento del cerebro y del cuerpo en general es muy acelerado en esos años, y si el niño no está bien alimentado, sufrirá las consecuencias. Es muy fuerte la dependencia que el niño tiene de los adultos que lo rodean. No solo ve al mundo a través de sus padres, sino que se considera él mismo parte de ellos al principio de su existencia. Ya no dudamos de que los niños son una esponja en sus primeros años de vida, que perciben con todo su ser lo que vivencian y que aprenden por asimilación. Todo lo imitan y, a través de eso que imitan, se van formando una imagen del mundo.

Hemos aprendido que debemos mostrarle al niño un mundo coherente y verdadero, en un entorno que lo haga sentir amado tal cual es, potenciando su imaginación y su sano desarrollo; no debemos mostrarle un mundo confuso, violento, hipócrita, que lo confunda y paralice por no poder comprenderlo. Sabemos que su exposición prematura a pantallas tecnológicas afecta su desarrollo neuronal, que si lo exponemos antes de tiempo a imágenes de adultos, como pornografía o violencia, verá el mundo como algo incomprensible y aterrador, sentimiento que muy probablemente inhibirá la confianza en sí mismo y en la vida. Ellos dependen totalmente de sus padres y de la sociedad entera, en la que se sustentan esos padres para acompañarlos adecuadamente en su momento de mayor vulnerabilidad.



Hoy, por suerte, todo esto no se discute, como tampoco que el intelectualismo temprano inhibe el potencial de largo plazo de un niño. Si cada vez vivimos más años y, por el uso de la tecnología, hay más tiempo disponible, si se entendió que una educación que respeta los tiempos del niño es la más adecuada, entonces es absurdo acelerar el proceso educativo. Hacerlo para intelectualizarlo antes de tiempo afecta la capacidad creativa y el espíritu emprendedor de las nuevas generaciones. Estábamos educando gente para ocupar lugares que ya no están, cuando necesitamos gente para crear lo nuevo, lo que necesitamos para evolucionar. Ya lo tenemos claro en esta época. Esta convicción ha sido el gran impulsor de la nueva filosofía de crianza en el seno familiar y los primeros años. Es fuerte el impacto anímico de esta convicción, porque hay sensación de empleo pleno, de gente de toda condición social, en el trabajo más desafiante e importante del mundo.

Consenso 3

La educación debe estar enfocada en que los jóvenes puedan desplegar su potencial humano para aportar al mundo su individualidad.

La falta de empleo nos forzó a entender que la educación debe estar orientada a promover el emprendedurismo y la innovación. En consecuencia, nos animamos, por desesperación, a dejar de lado una estructura educativa que atrasaba más de cien años para enfocar todos los cañones pedagógicos a destrabar la creación de lo nuevo. Se lograron otros consensos sobre la importancia de fomentar la creatividad, la autoestima y la curiosidad, que son la base del espíritu emprendedor. Perdió fuerza el impulso de querer adoctrinar a los nuevos con ideas y odios viejos, fue tomando forma la imagen del ser humano libre, del ser hu-

mano espiritual y la conveniencia de acompañar a los jóvenes para que descubran su vocación y aporten su potencial.

El desafío era tan grande, tan apasionante, que requirió un enorme y acelerado proceso de aprendizaje de los maestros, proceso que aquellos con vocación verdadera abrazaron con un compromiso admirable. Todo esto disparó un cambio fenomenal en el sistema educativo. Fue tan profundo y verdadero que hubo un récord histórico de vocaciones de maestros, una fiebre de capacitación y aprendizajes de todo tipo, que permitió adquirir la sabiduría necesaria para acompañar adecuadamente a los niños y jóvenes en la nueva etapa del sistema educativo. Los cambios provocaron una caída dramática de la deserción escolar, que tuvo una total correlación con el entusiasmo por el proyecto de los nuevos maestros. Aprendimos, con dolor, que la ideología que pretendía inocular ideas del pasado solo lograba asesinar el futuro.

Consenso 4

El trabajo es fundamental como fuente de dignidad humana.

El trabajo es esencial para el desarrollo humano. Pocas cosas igualan esa sensación de dignidad, de triunfo que tiene una persona cuando puede lograr cosas y ganar su propio sustento libremente, ya sea con su propio emprendimiento o porque alguien lo convoca para trabajar en su empresa. Nada mejor para un adulto que volver a su casa en la tarde y saber que tiene a su familia bajo techo, calentita y bien alimentada, con el producto de su propio esfuerzo. El empleo en Argentina era eminentemente privado hasta mitad del siglo 20. El Estado era pequeño, el nivel de pobreza era bajo y no existían los planes sociales, que consistían en pagarle a la gente para que se quede en su casa y pierda la



costumbre de trabajar y la confianza en sus capacidades. Pero, luego, los gobiernos comenzaron a construir poder tomando más gente en el Estado y, desde la década de los noventa, dando planes sociales a cambio de votos, algo que les resultaba muy fácil hacer porque la plata que usaban para esos planes no era de los gobernantes.

Para financiar ese gasto mayor, se fue haciendo necesario cobrar más impuestos y emitir moneda o deuda. Ya en los primeros años del siglo 21, los altísimos impuestos, la inflación y la incertidumbre hicieron imposible emprender en Argentina. Lo peor fue que esa gente, que había sido beneficiada con un plan o un empleo ficticio en el Estado, quedaba inutilizada para conseguir empleo privado, creando una trampa mortal para la sociedad y para el ánimo colectivo. En el mediano plazo todos habían perdido. Esa trampa se hizo muy evidente en la Implosión del 25 y, desde entonces, todos hemos trabajado para revertirla.

Hoy el Estado es muy eficiente. Se implementó la reforma laboral para favorecer la creación de empleos. La gente que tenía planes sociales se ha capacitado y muchos han conseguido empleos dignos en la actividad privada. Se ha reformado el sistema de jubilaciones para incentivar el trabajo formal, volviendo a premiar a los que hacen aportes. Este concepto básico de equidad se había perdido en el primer cuarto del siglo, cuando por los ajustes diferenciales todas las jubilaciones se habían achatado, eliminando todo incentivo de la gente a realizar aportes durante su vida activa. También ayudó a una mayor distribución del empleo la mayor conciencia espiritual y social que provocó que la gente desee trabajar menos horas, aun cobrando menos, con tal de tener más tiempo libre para estar con los suyos, disfrutando de sus actividades personales favoritas y participando en la vida de su comunidad.

Consenso 5

Las medidas económicas deben estar orientadas a que sea atractivo emprender.

Hoy ya no caben dudas de que abrazar lo nuevo ha sido nuestra esperanza de salvación. Los empleos relacionados con la producción primaria, o la tierra, y los relacionados con la producción industrial siempre estarán, pero su proporción sobre el total del empleo es cada vez más baja, siguiendo la tendencia global. Como los empleos en servicios se mantienen estables o con una leve suba, el gran cambio necesario para la creación de empleo privado incremental relevante depende de todo lo relacionado con el conocimiento, la innovación y la tecnología. Los desafíos son enormes, porque esos trabajos pueden crearse en cualquier lado y la gente capacitada para ellos se siente cada vez más libre de instalarse en cualquier lugar del mundo, donde pueda realizar el trabajo de su agrado.

Este cambio de paradigma se internalizó en la sociedad argentina recién a partir del gran golpe anímico de la Implosión del 25, que generó un profundo cambio de actitud en la sociedad. Hoy todo está enfocado con desesperación a que existan emprendedores y que esas personas quieran emprender en Argentina. Con el cambio de paradigma, toda la discusión se centra en cómo ser un Estado ordenado y predecible, que pueda brindar condiciones competitivas para que los proyectos valiosos se desarrollen en nuestro país. La actividad sindical tuvo su pico de protagonismo en el siglo 20, cuando tenía sentido defender empleos existentes a costa de espantar empleos futuros. Esa estructura socioeconómica, que les dio sustento, se fue desvaneciendo cuando, con el avance del siglo 21, el foco pasó completamente a la desesperación por atraer lo nuevo, porque lo antiguo se desvanecía.



Consenso 6

Los servicios provistos por el estado deben ser de calidad, y el servidor público de vocación juega un papel fundamental. Ellos deben ser respetados por la política.

El Estado es una gran empresa de servicios a la sociedad. Ser servidor público tiene un sentido profundo, porque su trabajo en el Estado tiene como objetivo curar, proteger, ordenar, educar, acompañar a los débiles, y facilitar a la gente su vida en sociedad. Entre los empleados públicos hay verdaderos expertos en salud, en educación, en asuntos internacionales, en resolución de crímenes, en cuestiones judiciales complejas, en protegernos de estafas financieras y hasta en elaborar complejos algoritmos de inteligencia artificial. Hoy se honra al empleado público y esto es fruto de décadas de reconstrucción de prácticas y de la épica del servicio, que había decaído cuando, a principios de siglo, se llenó al Estado de gente que no hacía falta, no estaba capacitada, ni le interesaba el servicio y que, por conveniencia política, tuvo mucho más protagonismo que los valiosos empleados de carrera.

En la Gran Tristeza, ámbitos de un enorme impacto social, como la educación, fueron tomados por sindicalistas y funcionarios ideologizados, mientras los verdaderos y valiosos maestros no solo ganaban la mitad de lo que merecían, sino que tenían miedo de reaccionar o quejarse de la situación que vivían. Situación que afectaba, sobre todo, a los estudiantes que eran la reserva de valor de la sociedad, que eran relegados por el interés de los gremios y la manipulación de una clase política degradada. Esa forma de corrupción terminó luego de la Implosión del 25 y se fue revirtiendo en línea con la implementación del plan económico de María, "Realismo que Alivia".

Después de la depuración necesaria, el Estado ha vuelto a ser eficiente y moderno y su gente ha vuelto a

ser valorada por quienes pagan impuestos. Hoy, cualquier agregado innecesario al Estado, que no pase por los filtros usuales de necesidad y capacitación, es escrachado en el mismo día, en base a denuncias de los compañeros de cada área de gobierno que, por fin, despertaron para defender su profesión. El respeto por el empleo público es una condición necesaria del respeto a las instituciones que dan esos empleos. Debimos quemarnos con fuego para aprender que el respeto por las instituciones es clave para el progreso social. En todos los niveles del Estado, si no hay una justicia independiente, una legislatura cuya agenda sea el bien común y un Poder Ejecutivo que respete todos y cada uno de los servicios esenciales que da, no hay forma de progresar como nación.

Consenso 7

La corrupción es el peor enemigo del grupo social y la mayor fuente de desesperanza.

Con el paso de la primera mitad de este siglo, se fue haciendo evidente que la corrupción es el peor crimen social y la mayor fuente de desánimo en toda la sociedad. El buen manejo del Estado es esencial para el bienestar de la gente. La corrupción no solo afecta al manejo del Estado, sino que tiene un sinnúmero de efectos negativos en toda la sociedad. Son muchos los ejemplos. Se hacían obras innecesarias de infraestructura con altos costos y materiales de mala calidad, se contrataban funcionarios sin capacidades y que no hacían falta, se torturaba a la gente con regulaciones que daban poder a funcionarios que luego cobraban coimas para sortearlas, se daban planes y subsidios inutilizantes para comprar votos, se subían impuestos para financiar gastos inservibles y se arreglaba con la justicia para dejar libres a los amigos. La lista de porquerías es infinita.



Esa corrupción general generaba un desánimo total en la gente honesta, la que no se beneficiaba con ella, la que tenía que pagarla o sufrirla y la que, con tal de mantener las cosas como estaban, la aceptaba asumiendo que no había nada mejor. Curiosamente, los gobiernos más corruptos eran los que más se jactaban de buscar justicia social. Ese engaño había generado en la gente mucha desesperanza y confusión, ya que la corrupción era en realidad la principal fuente de injusticia social. Por suerte, gracias al hartazgo, la tecnología y los valientes que comenzaron a condenar socialmente a los que estaban podridos por dentro, se pudo erradicar buena parte de la corrupción en las últimas décadas. Seguramente buena parte de este cambio involucró denuncias de gente reconvertida por conveniencia que, por ejemplo, hasta ese momento estaba prendida en la fiesta de la corrupción y no tuvo más chances de beneficiarse, también hubo gente que pasó de beneficiarse por la corrupción a tener miedo de los Cazadores de Parásitos, pero en cualquier escenario el cambio de actitud inició un despertar irreversible.

Consenso 8

Las cuentas del estado deben estar equilibradas para reducir la incertidumbre que vulnera a la gente y por respeto a quienes se esfuerzan para pagar sus impuestos.

Los países tuvieron un creciente endeudamiento desde el siglo 20, endeudamiento que se había transformado en una enorme carga hacia bien entrado el cuarto del siglo 21. Solo zafaron de la crisis de deuda del 2030 algunos países que trabajaron muy bien la confianza y diseñaron sólidos fondos de pensiones y ahorro local en su propia moneda. Esos países aún hoy siguen teniendo ese endeudamiento, aunque desearían no tenerlo, por el que

pagan intereses cercanos a cero. Pero eso no sucedió con países menos previsores y desordenados como Argentina. En nuestro caso, los ahorristas entendieron que prestar a sociedades adictas al corto plazo y acostumbradas al «hacé lo que quieras, mientras me des la mía», con políticos dispuestos a satisfacerlas con tal de gobernar un poco más, era como darle paco a un adicto.

Los gobiernos que buscaban ordenar las cuentas nunca llegaban a destino porque la gente sufría la abstinencia en el proceso y pedía la suya. Esa abstinencia era olfateada por los políticos de oposición que la fogueaban y prometían «ponerle plata en el bolsillo», si la gente los dejaba volver, aun sabiendo que era insostenible. Después de innumerables incumplimientos que nos transformaron en “defaulteadores” seriales, los ahorristas y los ciudadanos aprendimos. Aprendimos que los principales perjudicados del gasto irracional éramos nosotros. Era escupir para arriba y siempre nos caía el problema en la cara un tiempo después, como pasó con la terrible crisis y los años de la Gran Tristeza. Hoy, todos tenemos claro que, en Argentina, teniendo en cuenta nuestros antecedentes de adicción al cortoplacismo, con corrupción generalizada y autoengaño, ningún gobierno nacional, provincial o municipal ni ninguna empresa del Estado deben endeudarse.

El nuevo paradigma es que solo pueden endeudarse quienes paguen por esas deudas con sus propios bienes y con su propio esfuerzo. Nadie puede endeudar a la sociedad para comprar tiempo en el poder, generando deuda para los que siguen, y ningún gobierno puede incrementar el gasto por encima del ingreso, provocando al que sigue la necesidad de financiarlo tomando deuda o imprimiendo billetes. Eso, que en este segundo cuarto de siglo está marcado a fuego en nuestra sociedad, no se discute. Fue uno de los pilares de la reconstrucción de nuestras instituciones,



de nuestra moneda y de la confianza en nosotros mismos. María fue la persona indicada que asumió como ministra de Economía en el momento justo para implementar e incentivar todos estos cambios. Porque parece que los argentinos necesitamos que nos reten y, esta vez, quien nos retaba tenía un plan decente, en el que todos creímos. María nos marcaba el camino como una madre a un hijo adolescente y nos exigía cumplir con propuestas simples que todos intuíamos que eran las correctas.

La etapa de realismo y seriedad económica en la Argentina, que inauguró María, hoy continúa con más fuerza que nunca. Este nuevo esquema incluyó reformar la relación entre el gobierno nacional, las provincias y los municipios. Era el esquema de la coparticipación por el que el gobierno nacional compartía con las provincias lo recaudado por varios impuestos. El esquema injusto, que funcionó hasta aproximadamente 2030, no generaba ningún incentivo a la responsabilidad fiscal de las provincias. Por suerte, la reforma, que formó parte del plan integral implementado por María, estableció que lo que recibiera cada provincia debía estar absolutamente en línea con el tamaño de su economía, con la proporcionalidad de su estado, con la brecha entre lo que se recaudaba en la provincia y el potencial de esa provincia, y con el aporte de la gestión provincial al logro de la recaudación nacional.

Debido a esta reforma muchas provincias que habían vivido parasitando a los habitantes de otras, tuvieron que ajustar sus gastos para comenzar a vivir con lo suyo. Todos esos temas por suerte hoy están zanjados. Llevamos ya veinte años de orden fiscal y alineación del gasto y cada día que pasa estamos mejor. Argentina se desendeudó continuamente desde la Implosión y actualmente tenemos un muy bajo nivel de deuda del Estado. Eso dio una enorme tranquilidad a la gente y motivó la mejor de las señales, que

fue la repatriación voluntaria de los ahorros en moneda extranjera que, en los años cercanos a la crisis, representaban más de un 60% del producto nacional, seis veces más que el promedio mundial. El resurgimiento de los ahorros en pesos favoreció el surgimiento de los préstamos en pesos a largo plazo, que la gente aprovechó para financiar sus viviendas y sus emprendimientos, sin miedo a los usuales tsunamis macroeconómicos que, hasta la Implosión del 25, ahogaban nuestros proyectos personales cada tanto.

Consenso 9

Es prioritario el cuidado del planeta.

La falta de conciencia sobre el desafío climático, hasta principios de siglo, causó un desequilibrio ambiental contra el que seguimos luchando y, posiblemente, tengamos que continuar haciéndolo durante todo el siglo 21. Con el paso de los años, fuimos logrando muchos avances concretos. Hay enormes industrias enfocadas en la eficiencia energética, el tratamiento de residuos y efluentes, la protección de la diversidad y los cultivos sostenibles, entre tantas otras corrientes de cuidado del planeta. Ya no hay autos particulares, ni camiones o maquinarias que utilicen energía contaminante. Los aviones han reducido a la mitad sus viajes por el cambio cultural de los usuarios y han reducido otro tanto el consumo de combustible por viaje. Una gran mayoría de las viviendas familiares ya producen su propia energía limpia y, desde hace décadas, hemos abandonado el uso de plásticos y reducido severamente el vertido de residuos tóxicos en los ríos, lagos y mares.

Pero aún quedan industrias que usan energía basada en una matriz de combustibles fósiles, sigue la lucha entre el ser humano y la naturaleza por los espacios productivos, y hay países que se han tomado el desafío con menos



responsabilidad que otros. Ya casi no quedan glaciares ni corales por el incremento de la temperatura, y el clima se ha tornado impredecible mientras las fuerzas se reacomodan. Nadie duda de la importancia del tema. Todas las actividades que dañan el planeta pagan altísimos impuestos. La industria de lo sostenible pasó a ser una de las buenas fuentes de creación de empleo y riqueza. Lo más importante es la creciente consciencia de la necesidad de cuidar al planeta como organismo vivo que nos contiene y nos permite desarrollarnos. Su cuidado ya no es solo un tema de conveniencia, sino producto de un reconocimiento más profundo del milagro de la vida en él. Confío en que lograremos sacar el tema de nuestra agenda de riesgos hacia fines de este siglo.

Consenso 10

Somos parte de una comunidad global.

En la actualidad, todos sabemos que las fronteras son ilusorias y que somos parte de una comunidad global. El cambio climático, por ejemplo, no tiene fronteras. No importa que un país haga todo bien, porque si otros lo hacen mal, todos sufren las consecuencias. No alcanza con que un país cuide sus glaciares, si otros países provocan la mayor temperatura que los derrite. No alcanza con que un país cuide sus mares, si otros países contaminan el océano. Tampoco hay fronteras que impidan el costo de las pandemias o enfermedades. Podemos aislarnos para tener menos contagios, pero si la comunidad global frena su actividad, nos pagará menos por nuestros productos que necesitamos exportar.

Sabemos también que no podemos producir en un país todo lo que necesitamos y esto se hizo más evidente en este siglo, en el que todos consumimos tecnología producida en otros lugares. Nuestros jóvenes se criaron en un

mundo más integrado y no solo descreen del aislamiento, sino que no les interesa. Tienen curiosidad por aprender de otras culturas y por tener experiencias que les brinden otra perspectiva de la vida. Si hoy cerrásemos el país, probablemente muchos jóvenes se irían a otro lado para ser parte del mundo. Ya no sería posible retenerlos, como hacían los países comunistas en el siglo 20, con muros y fronteras alambradas que impedían que la gente escapara de su experimento ideológico. Nos dimos cuenta de la hipocresía inútil de cerrar fronteras para proteger a nuestros productores de la competencia de otros países, cuando el problema era que nosotros no teníamos conciencia cuando comprábamos. Hasta que descubrimos que, si teníamos conciencia y apoyábamos a nuestra comunidad, entonces no tenían sentido la mayoría de las restricciones al comercio.

Pero el remate fue cultural, porque nuestros jóvenes ya no tienen ningún interés en quedar encarcelados en un país, si el trabajo que quieren hacer se da mejor en otro. La gran emigración de jóvenes argentinos en la década del 2020, buscando probar suerte en países menos confusos y más alegres, fue un gran despertador para los adultos que habían creído posible escapar de la globalización hasta que vieron a la globalización llevarse a sus hijos. Siguen existiendo peleas geopolíticas y discusiones arancelarias e impositivas, típicas de la normal necesidad de convivencia entre personas de distintos países, pero nadie resiste ya la idea de que somos parte de una comunidad global.

Cerrando un poco, no creo que los Diez Consensos llamen la atención a los jóvenes presentes, pero créanme que cuando no existían, Argentina era muy caótica y su proceso de degradación social, asombroso. Imagínense una sociedad que votaba al que más le prometía, una sociedad que toleraba la corrupción, el exceso de gasto público, la



evasión impositiva, la alta inflación o las subas de impuestos para financiar gastos que no hacían falta. Esa sociedad que estaba dormida, tenía miedo o era cómplice porque algo ligaba, no era confiable. Todos sabíamos que lo que permitíamos para tener “la nuestra un poco más” no era viable, entonces la gente era muy cortoplacista en sus decisiones. Éramos expertos para manejarnos en el entorno del “sálvese quien pueda”, y en ese tipo de entornos siempre ganan las mafias.

Buscando comodidades, nos habíamos metido en el charco del que tanto nos hablaba Argentino, y nuestra sangre estaba siendo succionada por las sanguijuelas de esas aguas podridas. La pérdida de sangre, ligada al calor del agua, nos había adormecido y casi nos morimos en el peor momento de degradación. Los Diez Consensos que fuimos logrando, a partir de la Implosión del 25, permitieron nuestro renacimiento como nación. El problema no eran los políticos solamente. Sin duda, los líderes que prevalecían no eran buena gente y se aprovechaban de nuestra liviandad para comprar el poder. Pero el problema éramos nosotros, que pedíamos lo imposible y esto solo lo ofrecían los expertos en mentir sin sentir.

La clase política actual, en la que pudo prevalecer la gente sana y con vocación verdadera del servicio público, agradeció los Diez Consensos que favorecieron su tarea. Ellos siempre quisieron acceder al poder, porque está en su ADN, pero ahora su trabajo es mucho más fácil y tienen éxito, porque la sociedad tomó conciencia de lo que necesita hacer para construir un futuro sano. Hoy cada acción que toma un funcionario o legislador es chequeada por los Cazadores, en base a esos consensos, y cualquier desvío inexplicable le crea problemas instantáneos en su entorno.

La gente corrupta perdió protagonismo y cayó en el olvido. Los líderes de antaño son recordados como una

banda de desgraciados que se aprovechó de los vicios de la sociedad para someterla con mentiras y manipulaciones, y que al morir dejó enormes cantidades de billetes enterrados en lugares secretos y testafierros con fortunas inútiles y despilfarros de mal gusto, cuyo origen fue el innecesario sufrimiento social. El mayor efecto del cambio en la calidad de la política es que, a diferencia del pasado cortoplacista en el que los políticos, antes de cada campaña, estudiaban «qué debían decir para que los voten»; hoy, los líderes valiosos pueden pensar, “por fin, lo que desea la gente es lo que yo creo que hay que hacer, es mi momento”, y en las campañas se limitan a tratar de convencer a los votantes de que son los mejores para esas gestiones. Ahora sí... hasta acá llegué, ¿alguna pregunta?

—Sí, yo tengo veinte años y para mí los Diez Consensos son ideas obvias y básicas, con las que he convivido toda mi vida. Entiendo que el pasado era grotesco y bizarro, que nos fuimos degradando hasta tocar fondo en la crisis, pero no termino de entender cómo estos consensos sirvieron para sacarnos del pozo profundo en el que nos habíamos metido.

—Esa pregunta es difícil. Creo que, para llegar a la respuesta, hay que entender lo que pasaba en el ánimo de la gente en la época más oscura que siguió a la crisis, la Gran Tristeza. Nadie veía la salida y verdaderamente habíamos dejado de creer en nosotros como grupo social. El tamaño del Estado, la cantidad de gente que ya no sabía trabajar, el deterioro educativo, el nivel de impuestos y las trabas burocráticas eran tan, pero tan grandes, que nadie imaginaba cómo salir adelante. ¡Nadie sabía por dónde empezar!

Recuerdo el asombro y el entusiasmo cuando el grupo de los jóvenes del renacimiento comenzó a circular en las redes el proyecto de los Diez Consensos para opinión de todos. La gente participaba, opinaba y los consensos au-



mentaban. Al menos para mí, que el grupo social fuera reconociendo lo que había que hacer para salir adelante fue el principio del proceso. Lo curioso es que, cuando se habla en teoría, las cosas son más fáciles que la implementación práctica de las ideas. Desde el fondo del abismo emocional en el que estábamos, las propuestas eran sinceras y, como eran genéricas, se pudo llegar a esos consensos sin trabarnos en la dificultad de su implementación. Luego, me sorprendí gratamente cuando, en las elecciones siguientes, más de un candidato esgrimió el cumplimiento de los Diez Consensos como su plan de gobierno. Ese cambio fue tremendo, porque reflejó que los jefes de campaña habían leído en la gente la predisposición verdadera a enfrentar los desafíos relevantes, entonces pudieron florecer con convicción los políticos que también creían en la necesidad de una transformación y no querían perder esa única oportunidad de instrumentarla.

Finalmente, cuando quienes ganaron las elecciones nacionales y provinciales eran del grupo de los «defensores de los consensos» y formaron su equipo de gobierno con quienes los habían construido, me di cuenta de que habíamos destrabado nuestro futuro. La lección aprendida era que, para lograr un mejor futuro, primero había que imaginarlo y, cuando ese futuro era social, entonces había que imaginarlo entre los miembros de la sociedad.

Para terminar, quiero decir que los distintos consensos son partes esenciales de un andamiaje que se fue ensamblando maravillosamente con el tiempo. La nueva educación libró a la gente del yugo del adoctrinamiento. Ese adoctrinamiento estúpido que forzaba a los chicos a amar a un líder o a odiar a un enemigo, y cuando ese chico era adulto, ese líder ya no existía, pero estaba su franquicia de seguidores, que se iba desdibujando en el tiempo. Así se generaba gente problemática, generalmente resentida,

porque se pasaba su vida tratando de reencontrar el camino propio que le habían ocultado, para nada. Pero, con la nueva educación, la sociedad recibía personas libres, con voluntad y curiosidad, que traían nuevas energías.

La nueva juventud, insumo fundamental de la evolución social, era recibida por una sociedad más viable, con más ética y justicia, más respeto por la función del Estado de servir a la gente, por el planeta y la comunidad global, con menor incertidumbre por el equilibrio fiscal y menores impuestos por el orden estatal. Todo estaba dado para que fuera tentador emprender proyectos nuevos. Con el tiempo, esa energía se fue retroalimentando, hasta que la nueva realidad quedó plasmada. Seguimos enfrentando muchos desafíos, todos lo saben, pero al menos late en el ánimo social la convicción de que estos desafíos son necesarios, son los que enfrentan todos los grupos sociales y no los que estúpidamente nos creábamos por tomar decisiones suicidas.

Sí, yo fui la que hice la pregunta y esa vez no me la había sugerido mi abuelo. Del contenido de esta charla, me llama mucho la atención el poder de los Consensos para establecer un orden y el compromiso de la gente, cuando se harta y pierde el miedo, para transformar el futuro de una sociedad. Es difícil comprender la angustia que deben haber sentido nuestros padres y abuelos cuando estaban en el pozo de la oscuridad, sin saber qué hacer para salir. Quizá, la lección más importante sea que nada es imposible. Aún en los peores momentos, en los que sentimos que la oscuridad es tal que no hay forma de salir adelante, hay una salida. Siempre hay una salida, pero depende de nosotros imaginarla e implementarla.

Es curioso pero el solo hecho de haber leído lo de los Consensos me hizo sentir contenida, protegida, con un mínimo borde que me daba la sensación de poder entregarme en la diaria y soñar con cosas más relevantes que la mera supervivencia.



Esa noche volvimos a juntarnos con mis amigos en el fogón del fondo. Vinieron Joaquín y dos amigas del colegio, tomamos unas Pícaras heladas, hicimos unas pizzas en una parrilla improvisada, y cantamos hasta la madrugada. Qué lindo es tener amigos, compañeros de ruta, gente con la que compartís tu propia vida, y no la de otros.

16

El discurso de un presidente

En el baúl de mi abuelo, también encontré una carpeta con el original del discurso de asunción del presidente electo en el año 2047. El documento tenía anotaciones manuscritas del propio presidente, resaltados en negrita y hasta una mancha de café. Me pregunté cómo habría obtenido Argentino ese material y por qué lo habría guardado.

Por curiosidad, además de leerlo detenidamente, analicé otros discursos de presidentes previos y posteriores a la crisis, y cambié ideas con Miguel y otros expertos en política argentina. Fue un ejercicio muy interesante que varios de ellos nunca habían realizado, porque con tanta velocidad de ocurrencia de las cosas, rara vez alguien se toma el tiempo de repasar y comparar discursos de tiempos anteriores. Hubo coincidencia en que, salvo pocas excepciones, los discursos previos a la Implosión del 25 tenían un contenido predominante de arenga ideológica, de crítica a la oposición y a lo hecho por el presidente anterior, sobre todo si era de otra fuerza política. Abusaban del uso de frases fuertes, pero vacías, muchas veces utilizaban la ironía y el sarcasmo, enfatizando en grandes ideales que contrastaban absolutamente con la realidad e inclusive con lo hecho luego, por ese presidente, durante su mandato. Luego de la crisis, se nota muy claramente cómo se fue diluyendo el componente ideológico y de frases fuertes y vacías. Los mensajes comienzan a reconocer el valor del camino elegido y a mostrar desafíos y logros concretos en comparación con los objetivos comunes del grupo social.



Analizando la dinámica de los discursos y considerándolos a la luz de los cambios explicados durante las Charlas del Cincuentenario, los del grupo de consulta entendimos que el discurso que había guardado Argentino era una excelente prueba de cómo había madurado la sociedad, a partir de la Implosión del 25 y de la Gran Tristeza, y de cómo impactó esa maduración en la forma de hacer política y, sobre todo, de vivir en Argentina.

Soy sincera, salvo raras excepciones, los discursos previos al año 2030 se me hicieron totalmente indigeribles. Me parecieron engañosos, insulsos, que fomentaban la división entre la gente y el resentimiento, propios de un adolescente que parecía más miembro de una banda barrial, mandando mensajes a los enemigos del vecindario, que de un presidente dirigiéndose a una ciudadanía que estaba sufriendo, en medio de una pobreza estructural, de injusticias y desesperanzas crecientes. Algunos adultos, que habían presenciado esos momentos de adolescencia cívica, me comentaban que, con los ojos de entonces, el discurso del 2047 les hubiera parecido inocente e insulso para un presidente que debía entender contra quiénes luchaba. Así nos iba, por cierto.

10 de diciembre del 2047

Discurso de asunción presidencial

Queridos argentinos:

Me siento privilegiado por haber sido elegido su presidente. Además de la gran responsabilidad que acarrearán estos tiempos. Muchos de ustedes, quizás, se preguntarán, ¿qué tiene de particular este momento?

Creo que el gran desafío es justamente no entregarnos a esa sensación, típica de nuestra naturaleza humana, que nos invita a descansar en los logros y a aflojar el ritmo de transformación. Esa tentación es un enemigo contra el que tenemos

que luchar. Mantenernos despiertos, por el camino correcto, será una de las mayores responsabilidades en mi presidencia.

Cuando pasamos la Implosión del 25, yo era joven. Fueron momentos de gran oscuridad y desazón. Era tal la injusticia que vivíamos, que habíamos dejado de creer en el sentido de la vida, en la sociedad, en nosotros mismos. Recuerdo esa época para no olvidar cuáles son las decisiones que debemos tomar y cuáles no.

Mi padre decía que un país justo es aquel en el que sus habitantes se sienten con derecho a soñar, donde pueden imaginar un futuro y puedan desarrollar las herramientas para hacerlo realidad. Argentina hoy, el país que tengo el honor de presidir, es un país justo.

Hemos logrado mucho en los últimos veinte años, y el desafío para mantener el rumbo y consolidar este orden social todavía es enorme. Pese a los avances en muchos frentes, el ingreso de la gente no creció mucho porque la economía no ha crecido debido a la escasez de empleo por los avances tecnológicos, y a las limitaciones autoimpuestas por la nueva cultura de cuidar al planeta y su biodiversidad. Pese a esas restricciones, infinitamente más altas que las imperantes en el siglo anterior, hemos construido entre todos una vida social que es percibida como justa y armoniosa.

Hubo una dramática mejora en los servicios públicos. Actualmente los servicios que brinda el Estado son excelentes, y así pretendemos que continúen y sigan mejorando. Hoy la gente no siente la necesidad de contratar en forma privada seguridad, ni salud, ni educación. También ha mejorado de forma impactante la justicia. Hoy es efectiva y confiable. Las personas se sienten protegidas. La sensación que tengo, muy común en estos años, es la de una mayor humanidad en nuestra sociedad, como contracara de la antigua sensación generalizada de desamparo y vacío. Los Diez Consensos han sido



de gran ayuda como muro de contención y lo seguirán siendo. Hoy no tenemos nada que envidiar a países vecinos o lejanos gracias a nuestro cambio de actitud.

Inauguro mi presidencia en un país libre, en el que cada ciudadano tiene derecho a pensar como quiera y a ser lo que quiera. Ser presidente de semejante grupo social me llena de orgullo y, repito, también es una gran responsabilidad. Entonces, para mantener este rumbo de transformación, quiero hacerles algunos pedidos.

A los padres de familia, tutores y cuidadores, les pido que sigan sembrando nuestro futuro. Todos tenemos que reconvertirnos continuamente para adaptarnos a la nueva realidad. Nuestro principal aporte es lograr que los niños y jóvenes se sumen a la sociedad como personas libres, con autoestima, emocionalmente equilibradas y con espíritu creativo y emprendedor. Hoy más que nunca entendemos ese valor humano como un activo social indispensable. Si cuidamos a los niños de hoy, cada día y en cada momento, estamos aportando a la sociedad energía positiva para los próximos veinte años, mínimamente. Esforzarnos en potenciar a los niños es el aporte más valioso que podemos hacer a la sociedad, si queremos transformar nuestro futuro.

A la sociedad toda, le pido que sigan emprendiendo, sigan usando su energía para transformar. Todo emprendimiento es esencial para nuestro desarrollo. Tanto los educativos, como los sociales, científicos, económicos o artísticos. El destino del país está en manos, principalmente, de los ciudadanos comprometidos que crean nuevas oportunidades para el conjunto social. Estamos viviendo un momento muy desafiante en la humanidad, porque los avances de la ciencia y la tecnología generan bienestar, pero al mismo tiempo reducen el empleo disponible. Nuestro desafío como sociedad es encontrar nuevas formas de ocupar nuestro tiempo para reemplazar el empleo que se destruye en sus antiguas formas.

Estoy orgulloso de ser el presidente de un país que, desde el año 2040, le ha abierto las puertas a muchos extranjeros, sobre todo latinoamericanos, que han llegado masivamente para aprovechar las condiciones favorables que hemos construido desde el inicio de nuestro renacimiento. Por favor, sigan siendo protagonistas, sigan tomando riesgos y confiando.

Les pido que sigan ejerciendo su enorme poder de transformación con sus decisiones de gastos. El impacto en el empleo local de nuestras decisiones de consumo ha superado totalmente nuestras expectativas. Una persona no influye tanto, pero una sociedad entera, que sabe lo que debe proteger, es consciente del poder que tiene al usar su dinero, y si se compromete, logra maravillas. Los argentinos hemos ido mucho más lejos que los ciudadanos de otros países en esto, y estamos viendo los beneficios en la creación de empleo local y en nuestras capacidades de exportación. Mantengan ese compromiso para no detener nuestro progreso social.

Les pido que mantengan su compromiso también con la ética. Hace décadas que los argentinos decidimos dejar de ser cobardes o cómplices de nuestros saqueadores. Ha sido un éxito, en esta década, la participación en los canales de denuncias, pero queremos más. Sigán comprometidos con sus denuncias, sobre todo en las que afecten nuestro desarrollo social, sin miedos ni tibiezas. Actualmente, conviene denunciar a los corruptos porque no tienen a los líderes de su lado. Hagan lo que conviene y todos ganaremos como sociedad. Allá por 2030 se hablaba de la necesidad de asumir que estábamos en guerra contra la corrupción y la pobreza. No asumamos hoy lo contrario, porque siempre estaremos expuestos a tener una recaída de la que ningún país del mundo está exento.

Les pido que participen también con propuestas. Propongan y publiquen sus ideas para que el Estado, en cada uno de sus niveles, pueda cumplir mejor su rol, gastando menos y con más transparencia. Es muy útil para los gobernantes contar



con el compromiso ciudadano continuo, con ideas y sugerencias desde lo más básico hasta lo más complejo. Uno de los grandes cambios culturales desde el inicio de nuestro renacimiento ha sido el paso de la queja a la propuesta y necesitamos que sigan así, por el bien de todos.

Les pido que sigan pagando sus impuestos. Estamos en un leve pero firme crecimiento en la recaudación, con la correspondiente disminución de impuestos. Gracias a los que pagan y al esfuerzo por normalizar el gasto del Estado, se logró disminuir la carga impositiva, hasta llegar a compararnos muy favorablemente con nuestros vecinos de la región. El nivel impositivo actual no es alto, por lo tanto, la evasión dejó de tener excusas. Estamos bien, pero les pido que refuercen su compromiso de pago porque es fundamental.

Por último, a los servidores públicos, les pido que sigan haciendo su trabajo con la pasión y excelencia habitual. Son un ejemplo para los demás. Muestran todos los días su compromiso y hacen un enorme esfuerzo de capacitación para estar a la altura de las circunstancias. Es un orgullo para mí liderarlos en el gobierno nacional. Sigán cuidando lo que tienen y no teman en denunciar irregularidades que ponen a la militancia política por encima del servicio ciudadano.

Luego de estos pedidos, quiero manifestar mi compromiso, como presidente de la Nación, para realizar las acciones y reformas necesarias de modo que el esfuerzo que les estoy pidiendo tenga una contraparte en el Estado.

Se mantendrán congelados los ingresos de personal al Estado, como ha sido en los últimos veinte años. Ha sido muy exitoso el plan de reducción de empleados implementado en 2030 y el recambio prioritario de posiciones por servidores de otras áreas, organismos, provincias o municipios. El Estado en su conjunto tiene hoy la mitad de empleados públicos que en 2025. Las encuestas de satisfacción indican que, habiendo

agregado tecnología, capacitado a la gente y reducido regulaciones, el servicio brindado se percibe como el mejor de todos los tiempos.

No solo se tiene la mejor presencia de la historia acompañando a los argentinos, sino que se logró con una fuerte reducción de los impuestos, desbloqueando la creación de empleo privado. Hoy, tenemos a los mejores matemáticos, científicos de datos, maestros, médicos, enfermeros y expertos en diversas áreas, como la criminología y la seguridad cibernética. Se logró retenerlos, porque fueron respetados en su independencia, y se les brindó, desde el Estado, la posibilidad de progresar personal y profesionalmente. Muchos de ellos han aportado ideas brillantes para la evolución del Estado, que hasta han sido exportadas a otros países.

Además, estamos satisfechos con los cientos de miles de recursos humanos reasignados, dentro del Estado, a lo largo y ancho del país, para cubrir vacantes en tareas de gran utilidad para la sociedad. Mantendremos este sistema que permitió normalizar las dotaciones en todo el ámbito público. Existirán los ingresos excepcionales de personal al Estado solamente para personas de alta calificación técnica y en la medida que la caída en el empleo público, a nivel nacional, sea superior al 2% en los doce meses previos. Vamos a continuar todas estas prácticas, dignificando el rol del servidor público y respetando al ciudadano; es un compromiso que asumo personalmente.

Se continuará la reducción gradual de impuestos. Ha sido muy exitosa la nueva fórmula de coparticipación federal que alinea completamente el uso de los recursos con la proporcionalidad del tamaño estatal de la provincia, la brecha fiscal y el aporte de cada una en los ingresos a distribuir. Las provincias que lograron ordenarse han recibido muchas más inversiones que aquellas que no lo han hecho. También se han eliminado decenas de impuestos absurdos que solo complicaban la recaudación. La cantidad de impuestos vigentes, en las



distintas jurisdicciones del país se ha reducido a un tercio en los últimos veinte años, sin afectar la capacidad recaudatoria.

El mejor termómetro para medir el éxito de esas reformas es la cantidad de ahorro de los argentinos que se ha repatriado o pasado a pesos. Desde nuestro renacimiento, los argentinos empezamos a confiar en nuestro país como lugar para nuestros ahorros, de la misma forma que los ciudadanos de cualquier país promedio del mundo. Hemos alcanzado la normalidad. Igualmente, seguiremos poniendo el foco en reducir el costo de vida argentino para favorecer la creación de empleos sostenibles.

Por último, siguiendo con la tradición de los últimos mandatos, asumo el compromiso de no remover a los funcionarios existentes durante el primer año de mi gestión, tiempo que nos tomaremos para evaluar la idoneidad y capacidad de trabajo de cada uno. Me comprometo a continuar la transformación del Estado, buscando que sea más inteligente, más honesto y más útil. Hace años ya que tenemos superávit fiscal, por lo tanto, hemos ido reduciendo deuda, bajando el costo por intereses a casi cero y alargando los plazos. A este ritmo, la Nación Argentina, sus provincias y municipios no tendrán deuda soberana para finales del siglo. Después de lograr orden y responsabilidad fiscal, la gente por fin comenzó a creer en nuestra propia moneda, lo que permitió reducir la inflación hasta igualar el promedio de Latinoamérica, en 2040.

Hoy puedo decir, con certeza, que los argentinos hemos vuelto a creer en nosotros mismos y, en consecuencia, somos creíbles para los demás.

Quisiera agradecer a los países vecinos, por haber trabajado juntos en perseguir al narcotráfico. Nos estamos peleando por atraer emprendedores y colocar nuestros productos, pero con la convicción de valorizar la unión regional, basada en el reconocimiento de la necesidad que todos tenemos del otro. Me comprometo a seguir con ese espíritu de cooperación.

También quiero agradecer al gobierno anterior por el gran diálogo que siempre tuvimos y por haber trabajado priorizando el futuro de los argentinos, en lugar de las peleas de antaño por el poder. Me comprometo a actuar de la misma manera desde el poder.

Quiero agradecer al Poder Legislativo, porque en estos años recientes se ha respetado a la ciudadanía. Se tomaron su tiempo para analizar, debatir y votar leyes beneficiosas para la construcción de una Argentina justa. Cuenten con mi apoyo para seguir mejorando la institucionalidad en nuestro país.

Quiero agradecer al Poder Judicial, porque en estos años han trabajado en su propia transformación para recuperar su prestigio. Su rol es clave para la sociedad y su cambio produjo que los argentinos recuperemos la fe en la justicia. Tendrán todo mi respeto y apoyo para que continuemos sintiéndonos seguros en un país equitativo.

Quiero agradecer a la gente en general, por su voto de confianza. A los jubilados, porque nos mostraron el camino de transformación en los peores momentos de oscuridad de nuestra sociedad. El ejemplo que nos dieron con sus centros cambió la actitud de la sociedad argentina.

Los necesitamos a todos porque, pese a ser ahora un país normal, tenemos muchos desafíos por delante. El desempleo sigue siendo alto, el ingreso promedio de la gente no crece, ni acá ni en el mundo, y la tecnología tiene un potencial tan positivo como devastador, si es utilizada por criminales.

Hoy necesitamos más que nunca, como comunidad, hacernos cargo de nuestras responsabilidades y sacar lo mejor de cada uno para evitar la desolación que podrían provocar las amenazas tecnológicas. Como nación, debemos creer en los valores sociales fundamentales, en la ética, el respeto por el otro, y por la verdad. Debemos estar profundamente convencidos y comprometidos con el potencial que emerge de nuestra socie-



dad. Sé que me eligieron para eso, para continuar el trabajo y los esfuerzos que nos trajeron a este presente y me comprometo a hacerlo hasta el último minuto de mi mandato.

Leí y releí este discurso muchas veces. Creo que la frase que mejor lo define es “nada del otro mundo”. Pero para mi abuelo, acostumbrado a los discursos de fines del siglo 20 y del primer cuarto del siglo 21, se nota que fue suficientemente especial como para guardarlo. A mí me quedó bien claro, por el contenido del discurso, que ya habíamos recuperado el respeto por una serie de valores sociales que quedaron marcados a fuego, después de 2030, y que fueron el nuevo marco de contención que nos impulsó al progreso duradero.

17

Mensaje final de Argentino

El cierre de las Charlas del Cincuentenario estuvo a cargo de mi abuelo. Creo que Andrés lo eligió por su espíritu de lucha y por su visión de los sucesos de nuestra historia. Vi la filmación por primera vez con Juan Pablo, volví a verla algunos días después sola y decidí hacerlo nuevamente para incluirla aquí. Me resultó difícil no emocionarme, ya que unos meses después de esa charla, mi abuelo falleció...

—Hemos llegado al final de nuestro ciclo de Charlas del Cincuentenario y estoy muy contento por lo vivido en estos meses. Hace unos días me saqué las ganas de hablarles de los Diez Consensos, pero dejé la frutilla del postre para el final. Le pedí a Argentino, dueño de casa y uno de los pocos miembros fundadores de este centro de abuelos de Bella Vista que sigue entre nosotros, que se encargue del cierre. Quiero contarles que, además de amigo y compañero de muchas batallas, soy su gran admirador. En los peores momentos, en esos en los que uno ya no tiene fuerzas para vivir, nos inspiraba ver en Argentino esa fortaleza y alegría que lo caracterizaban. Sentíamos que derramaba dignidad, y que la claridad de sus ideas y su fuerza interior eran enormemente mayores que el poder de confusión y desesperanza causado por las fuerzas exteriores que aniquilaban el ánimo a los demás. Creo que su personalidad, junto con su don de liderazgo, fueron la principal razón por la que el



Centro BV fue tan exitoso, y su ejemplo, tan útil para el estado de ánimo y la transformación de tanta gente en estos tiempos. Con esta introducción te paso el micrófono, Argentino... ya que sé que no te gusta que me ponga meloso.

—¡Hola a todos! ¡Gracias, Andrés, por tus palabras! Siempre fuiste medio romántico, por cierto, y será por eso que no me sorprendió lo que dijiste. Te aprecio tanto como vos a mí. Creo que ese vínculo de confianza y afecto que tenemos nos hizo imparables como grupo en todos estos años. Quiero decirles que estoy muy emocionado por lo que significa la celebración de nuestro aniversario número veinticinco. A mis compañeros de batalla los llevo en el alma. No se imaginan la enorme cantidad de vivencias, de luchas, triunfos y derrotas que hemos pasado en estos años y la importancia que tuvo para cada uno sentirse acompañado por el otro. Con este proyecto, hemos logrado soportar la desdicha de los peores años y transformarnos anímicamente para alcanzar la plenitud desde la adversidad. Fue un logro enorme, si tenemos en cuenta lo mal que estábamos anímicamente cuando los primeros abuelos nos reunimos en aquel año de la Implosión, tratando de hacer algo con nuestras vidas, porque nuestra jubilación no nos alcanzaba ni para comer. Nos sentíamos estafados, frustrados y muy vacíos interiormente. Muchos de ustedes son jóvenes y no vivieron en carne propia el sufrimiento que padecimos los argentinos durante las décadas previas y durante la crisis. Por lo tanto, no valoran como nosotros el gran cambio que se generó en la sociedad desde ese momento.

Me propuse hoy compartir con ustedes vivencias que hacen a la esencia de la lucha de este grupo de abuelos, vivencias traducidas en consejos para seguir creciendo como personas y como grupo social. Nosotros surgimos como una especie de grupo de autoayuda para salir del pozo en el que habíamos caído con la crisis del 25. El proceso de

decadencia que nos llevó a esa crisis se inició a mediados del siglo pasado, cuando nuestra riqueza como país era rutilante y muy superior a la de los demás países de Latinoamérica. En esos momentos, cuando recién había terminado la Segunda Guerra Mundial, Argentina tenía el Banco Central lleno de oro, la desocupación y la pobreza eran muy bajas y la deuda externa argentina era irrelevante. Nuestra riqueza por habitante era similar a la de Australia o Nueva Zelanda, países con los que luego soñábamos poder compararnos, mientras íbamos derrapando camino a la gran crisis.

Pero como sociedad teníamos dolor, y un grupo relevante de personas percibía inequidad. Había mucho para sanar, pero tomamos malas decisiones y las cosas empeoraron.

Desde entonces, hemos vivido un proceso de degradación, producto de un aumento irracional de la cantidad de empleados estatales, del gasto público en general, y de la corrupción. El Estado se hizo grande, tonto y dañino. Para financiar ese engendro, nos endeudamos, nos expusimos al flagelo de la inflación y nos llenamos de impuestos que nos ahogaron. Como consecuencia de dicho proceso, en momentos cercanos a la Implosión del 25, se había perdido el respeto por la verdad y la confianza en la honestidad como camino. Perdieron su credibilidad la política, la justicia, la seguridad, las legislaturas y todo el aparato del Estado con sus instituciones y su moneda. Realmente los ciudadanos nos sentíamos desamparados en esos momentos. Argentina se había convertido en el país más corrupto del mundo, un país que había caído en tal nivel de cortoplacismo insostenible, que sus liderazgos ya no respetaban ni su propia palabra, su economía era la que más recesión había sufrido en el siglo, su nivel de pobreza era ridículamente alto en proporción a sus riquezas naturales y el nivel de inflación era récord mundial absoluto, sobre todo ponderando



la cantidad de décadas en las que habíamos convivido con ella.

En esos momentos de crisis, todo era confusión en Argentina. El cierre de empresas era escalofriante, los que podían se iban del país y no había reforma que lograra equilibrar las cuentas del estado, ni espíritu emprendedor capaz de crear una empresa rentable pagando los costos laborales e impositivos de ese momento. Parecía imposible salir de esa trampa porque la gente se había adormecido con las distribuciones de dinero, querían más y no había. La única forma de enderezar las cosas era esforzándonos durante años para lograr un orden sostenible, pero no había una mayoría de gente dispuesta ni confiada, y tocamos fondo.

Realmente sufro al recordar el dolor colectivo de esa época. Se vivía un fuerte desánimo. Habíamos caído en una total desesperanza. Recuerdo que yo tenía ganas de meterme en la cama y no salir más. En esos momentos, la pobreza se fue al cielo y la confianza al infierno. La recaudación de impuestos colapsó porque nadie podía pagarlos y el desempleo se fue a las nubes porque, entre los altos costos laborales, el apriete sindical y las caranchedas judiciales, nadie quería tocar un empleado ni con una tacuara. Tocamos fondo como sociedad y recuerdo con dolor que, en ese momento, estábamos todos convencidos de que no teníamos futuro. Nos sentíamos como un joven que había aceptado paco toda su vida y un día se daba cuenta de que ya no podía pensar.

Creo que el dolor y la desesperación infringidos por esa crisis fueron el empujón que necesitábamos para asquearnos de nuestras actitudes adormecidas y cobardes, para iniciar sin miedos el proceso de recuperación de nuestra dignidad.

Les repito que sufrí en ese momento la mayor crisis anímica de mi vida. Literalmente me quería morir y le pedía

a Dios que me llevara. Hoy puedo decirles que, por suerte, tuve esa energía interior que me permitió superar ese momento y seguir luchando, porque los años que siguieron a la Gran Tristeza fueron los más felices de mi vida. Recuerdo esos años de inicio del renacimiento como el momento en el que nos hicimos cargo de nosotros mismos y nos pusimos los pantalones largos como ciudadanos. Volvimos a valorar la cultura del trabajo y pudimos reconocer que nuestros problemas eran culpa nuestra y de nadie más.

El pasado nos atormentaba tanto que dejamos de mirar atrás y esa fue precisamente la clave para el nacimiento de lo nuevo. Y todo lo que vino después estuvo relacionado con abrazar el futuro, con entregarse a lo nuevo como fuente de esperanza para reconstruirnos, primero, como personas y, luego, como sociedad.

Se inició un proceso maravilloso en el que los ciudadanos fuimos protagonistas de la transformación. Como sociedad, logramos ordenar las cuentas del Estado, revalorizar al servidor público, mejorar el acceso de la gente a buenos servicios públicos, cambiar nuestra visión educativa, repudiar la corrupción y bajar los impuestos para potenciar la creación de empleo. Hace ya muchos años que hemos domado la inflación, estamos integrados al mundo y cada día tenemos menos deuda pública. Sinceramente, pensaba que eso era imposible de lograr en Argentina, pero lo hicimos entre todos.

La justicia recuperó su prestigio, actuando como protectora de la gente. Los legisladores lograron cambiar una agenda en beneficio de la política por una agenda al servicio de la gente. Siento un gran orgullo por esa reacción de mis compatriotas para proteger sus instituciones, tan importantes para resguardar la dignidad de los argentinos. Así como, salvo pocas excepciones, hasta 2025 el deseo de cortoplacismo irrealista de la gente, que hacía al sistema insostenible, transformó a los liderazgos prevalecientes en



una selección natural de psicópatas porque solo se accedía al poder engañando; en el renacimiento, los nuevos líderes de los Diez Consensos fueron personas que creían en el bien, que tenían una verdadera vocación de servicio y que estaban convencidas de la necesidad de unir a la sociedad y potenciar el futuro.

Gracias al cambio en la actitud de la sociedad, hemos pasado a ser gobernados por personas de valor que creían en la verdad como camino y trabajaban para potenciar verdaderamente la justicia social. Creo que uno de los ejes más importantes del cambio en el segundo cuarto del siglo 21, probablemente debido a la desesperación que vivíamos durante la crisis, fue la unión de los argentinos. Entendimos por las malas que, en la sociedad, no había un grupo de buenos y un grupo de malos, sino gente distinta, con problemas, miedos, resentimientos y visiones de la vida distintos, pero no necesariamente mejores ni peores. Entendimos que, desde la división, jamás íbamos a construir una sociedad que favoreciera el bien común de sus miembros, que si estábamos siempre atacando lo que no nos gustaba del otro, era justamente eso lo que potenciábamos en él. A fin de cuentas, aquello que más nos molesta del otro nos habla de nuestras propias sombras y limitaciones. Solo podíamos salir adelante por el medio, buscando puntos de unión, que por supuesto encontramos en los Diez Consensos.

Aprendimos que el desafío no era lograr el triunfo de buenos sobre malos, lucha en la que cada bando de la polarización se creía el lado bueno, sino crear las condiciones para que floreciera lo bueno de cada uno.

Aquellos que no podían dejar de lado sus odios, fueron perdiendo poder. El espíritu militante de los fanáticos fue dejando espacio al espíritu cooperativo que prevalecía en el ambiente durante el renacimiento. También entendimos que los verdaderos cambios, los que tienen efecto perdurable aún frente a las peores tormentas y desafíos, son

aquellos cuya fuerza viene del interior, cuya vitalidad nace de lo profundo, en un proceso desde adentro hacia afuera. Ese cambio se percibe en la naturaleza, como la lava que sale inesperadamente de un volcán o una rama de sauce en la que aparecen miles de brotes simultáneos con fuerza imparable durante la primavera. Socialmente, el cambio interior en la gente condicionó a los nuevos líderes y el cambio interior de las personas de vocación, en cada institución, revirtió el proceso de degradación que las había puesto de rodillas.

La fortaleza social que construimos nos ayudó a resistir las tormentas, porque en este siglo escaseó el trabajo en todo el mundo y se espera que siga escaseando, debido al impacto de la tecnología y a las restricciones que impone la nueva conciencia de cuidado del planeta. El cambio social global es positivo, pero se perdió uno de los pilares del viejo capitalismo que era apostar por el crecimiento. Hoy ya no se espera crecer económicamente y la humanidad enfrenta, desde hace tiempo, el gran desafío de lograr la sensación de bienestar en un clima de escasez. Esa convicción de que no existirá, en el siglo 21, la abundancia por acumulación que la gente buscaba en el siglo 20, promovió la búsqueda de otro tipo de abundancia, fomentando una creciente conciencia de lo verdaderamente importante. La gente se conectó con su interior y se generaron muchos efectos positivos en el ánimo social. La gente comenzó a dedicar tiempo para compartir momentos con los suyos, a cuidar a los menores y acompañar a los mayores, a realizar actividades deportivas y artísticas. Se enfocó en cuestiones que apuntaban el ánimo y permitían valorar el tiempo liberado por las eficiencias tecnológicas.

Se fueron consolidando nuevas tendencias, como la convicción profunda por el cuidado del planeta, la preeminencia de la cooperación por sobre la competencia y el agradecimiento por la vida como fuente primordial de ener-



gía anímica de la gente. Los avances tecnológicos y el profesionalismo en el Estado permitieron que la gente accediera a más servicios y se sintiera mejor. Mejoró sustancialmente el acceso y la calidad del agua potable, energía, cloacas, seguridad, salud, educación y vivienda.

Es curioso porque tenemos desafíos enormes, no hay más ingresos que antes y la esperanza de que la economía crezca es baja, pero nunca tuvimos tanta sensación de bienestar social. Los mejores servicios del Estado y los muy sencillos planes económicos que simplemente apuntan a estar cada día mejor, por tener un Estado que da servicios de excelencia y con bajo costo, dan una sensación de alivio indescriptible, porque nos sentimos encaminados, seguros y sin el temor de volar por los aires cada cinco años. Al evitarse la manipulación, desde la dirigencia, la gente se siente menos confundida. El nuevo clima de cooperación hace que la gente se sienta con derecho a soñar y con capacidad de perseguir sus sueños. Hay una fuerte reducción de la sensación de aislamiento social, de vergüenza y de injusticia. Todos los aspectos positivos que logramos, en buena parte, se los debemos a muchos abuelos que hoy ya no están con nosotros. Abuelos que, en el peor momento anímico de la sociedad, nos mostraron que con lo que tenemos alcanza, que trabajar es reconfortante, que acompañar al otro en su sufrimiento es un bálsamo para el alma y que debemos ser siempre agradecidos por el solo hecho de estar vivos.

En esta nueva época, no tenemos muchos bienes, pero nos sentimos respetados. Si tenemos un problema, confiamos en la justicia. Los que tienen la suerte de tener un trabajo, creen que los impuestos que pagan son justos. Hemos descubierto la enorme alegría que nos dan esas cosas sencillas que nos mantienen despiertos, como contar un cuento a los pequeños para ayudarlos a que vuele su imaginación. A diferencia de otras épocas más oscuras, nos

hemos animado a abrazar lo nuevo en lugar de pelearnos por vengarnos de gente que odiamos o para repartirnos lo viejo, que ya perdió sentido. Y esa nueva actitud se arraiga cada vez más profundo en nosotros, gracias a la nueva educación, que nos permite descubrirnos y vivir nuestra propia vida en lugar de una vida implantada y vacía, propia de las épocas de adoctrinamiento e intelectualización temprana que, por suerte, perdieron vigencia.

Pero, pensando ahora en el futuro, quiero advertirles que, así como hablé de las buenas tendencias también debo decirles que siguen muy vivas las malas. El mal está absolutamente presente en la tierra, siempre estará, porque la dualidad entre el bien y el mal son fuerzas necesarias para que nuestra estadía aquí tenga sentido. Lo dijo muy claro Angélica en su charla. Desde el momento en que Dios nos dio la libertad para elegirlo, también nos dio la opción de no elegirlo. Ese don maravilloso, que es la libertad, crea simultáneamente el espacio de no elección ocupado por el mal.

Seguimos conviviendo con la droga, la trata, el engaño, el robo, el abuso, la violencia familiar y tantos otros males que nos persiguen desde el inicio de la humanidad. Con el tiempo, logré asimilar esas fuerzas del mal y verlas como aliadas para nuestra evolución en la tierra, porque sin el rechazo y la reacción a ellas tendríamos menos incentivos para mirar al cielo. El horror nos ayuda a despertar, como nos ha pasado con la Implosión del 25, que fue el catalizador que facilitó nuestro renacimiento. Imaginando a nuestra alma como una roca en el lecho de un arroyo que debe pulirse para adquirir nuevas formas, veo al mal como la corriente del arroyo que, consistentemente, pule esa roca con su fuerza. Esa fuerza de desgaste continuo es esencial para generar en nosotros el despertar necesario para transformarnos y adquirir un nuevo nivel de conciencia. Pero, por supuesto, enfrentamos el desafío de perder batallas ante el mal y de desperdiciar el tiempo, adormecidos.



Hoy en día, al estar muchas horas conectados, enfrentamos la gran amenaza de la tecnología, la abundancia de información y las herramientas de inteligencia artificial que tienen doble filo. El mal busca usar estas fuerzas tremendas para confundirnos, mientras nosotros buscamos usarlas para progresar. Por eso, es sumamente importante que sigamos buscando fuerzas en nuestro interior para tener claridad y mantenernos en el camino correcto, luchando contra las fuerzas que buscan deshumanizarnos. En mi opinión, hay un elemento crucial que permite que sigamos progresando como grupo social: es el serio compromiso de cada individuo con su propio desarrollo personal y con facilitar el de los que dependen de su influencia.

Hemos enfrentado y ganado muchas batallas en nuestro camino como sociedad. Hemos logrado ser un país independiente, democrático y justo. Nuestra democracia fue evolucionando y hoy podemos basarnos en sanos consensos de una sociedad madura, que abraza el futuro sin resentimientos. El desafío que tenemos por delante es una bendición que nos mantendrá vivos y alertas, sobre todo ahora que, desde hace veinte años, hemos pasado de una espiral destructiva a una constructiva.

Para terminar, me gustaría darles algunos consejos de abuelo.

Busquen incansablemente su despertar interior. Con el tiempo, podrán reconocer el milagro de la vida y obtener mucha fuerza al ver con claridad su misión en la tierra.

Estén muy atentos para descubrir cada día las bendiciones que los rodean. Sean agradecidos, ya que la actitud de agradecimiento es muy enriquecedora y una fuente inagotable de energía positiva para encarar sus vidas.

No teman. Ejerciten la confianza buscando continuamente perder el miedo y entregarse al devenir, porque esta-

mos en las manos del mundo espiritual, que es infinitamente más poderoso que cualquier fuerza en la tierra.

Siembren amor, sobre todo en los más pequeños que los están mirando, entregados. Ellos dependen completamente de lo que ven en ustedes para aprender a vivir y ustedes se sentirán muy plenos si contagian a los niños con esperanza y alegría para favorecer su sano desarrollo. Solo sembrando esperanza en los pequeños puede una sociedad progresar en el largo plazo. Porque si la sociedad educa niños que de adultos no creen en el bien, entonces elegirán el mal, y volveremos a la época oscura que tanto daño nos hizo en el pasado.

Busquen líderes que crean en lo bueno y lo verdadero. No sigan a quienes no crean en nadie y los quieran arrastrar con sus teorías conspirativas de resentimiento y venganza.

Desconfíen de quienes pretendan liderarlos desde el odio, la manipulación y las mentiras. El que dice querer protegerlos de alguien muy malo, culpable de sus desgracias, es un mentiroso o verdaderamente cree que las desgracias de uno son culpa de otros. Quien cree en eso, no cree en sí mismo, y alguien que no cree en sí mismo no puede liderar una sociedad.

Estén atentos siempre para no volver al pasado. Sigán a quienes les propongan grandes logros en el futuro. Ignoren a quienes los quieran enredar en sus propios conflictos. Busquen líderes que les permitan ser ustedes mismos, que abracen la diversidad y potencien sus creencias. Ignoren a quienes buscan adoctrinar a los pequeños. El adoctrinamiento nunca nace del amor y jamás lleva a buen puerto. Del adoctrinamiento, créanme, solo pueden surgir épocas oscuras.

No se entreguen a personas corruptas. Cada vez que, por afinidad o conveniencia, se vean tentados a votar a



gente inmoral, sepan que están llevando a la sociedad a la podredumbre. La miseria moral genera miseria económica, inevitablemente. Ya lo hemos vivido con la Implosión del 25 y no debemos olvidar la lección.

Si algún día se descubren liderados por gente que busca dividir y generar odio, no olviden el ejemplo de las sanguijuelas. Esa gente será como las sanguijuelas, solo porque entraron en su charco, del que deberán salir inmediatamente. No pierdan su tiempo enojándose con ellos, solo salgan de ese charco y retomen su propio camino, haciendo valer su voluntad. Porque deben recordar que la única fuerza social que es duradera e imposible de frenar es la que sale del alma del pueblo, de las convicciones más profundas de sus habitantes.

Entonces, si quieren construir una sociedad sana para sus hijos, deben ustedes trabajar su interior para que sus convicciones y actitudes estén alineadas con ese futuro que quieren construir. No sueñen con una sociedad justa, si sus pensamientos y actitudes no lo son. Si logran alinear su interior con lo justo y verdadero, quédense tranquilos que se liberarán de los líderes inadecuados, porque dejarán de simpatizar con ellos y con las mentiras ocultas en sus promesas.

En fin... con los aprendizajes y bendiciones recibidos, hoy me siento infinitamente agradecido con la vida y con todos ustedes. Verdaderamente, siento que he cumplido mi misión y estoy listo para volver a casa. Gracias por escucharme y les deseo lo mejor en sus vidas, que serán fascinantes si ustedes buscan en su interior, todos los días, para recordar el milagro que significa el solo hecho de estar vivos.

¿Alguien quisiera hacerme alguna pregunta?

—¡Sí, yo! En tu charla no quisiste comentar sobre las corrientes políticas y personajes que nos hicieron daño en

nuestro pasado, llevándonos a una crisis tan profunda. ¿No creés que indagar en el pasado es útil para aprender lecciones esenciales, para no cometer los mismos errores en el futuro?

—Bueno, para los que no lo saben, ella es mi nieta amada... Camilita, sabés bien lo que pienso. ¡Pero no puedo creer que no te des por vencida con este tema! Podemos tener muchas satisfacciones encontrando defectos en el otro o culpables de lo que nos pasó. De hecho, la búsqueda de culpables, desde un yo supuestamente superior, ha sido uno de los pensamientos favoritos de los argentinos durante mucho tiempo. La pregunta es: ¿qué logramos con eso? Si somos realistas, vemos que es imposible que nosotros tengamos toda la razón y los demás, toda la culpa, en cualquier tema. Creo que todo foco de nuestra mente y emociones en culpar a otro es una fuente de desgaste innecesario que solo puede alejarnos de nuestra evolución como personas y como sociedad. Es apasionante la crítica, es como una droga, pero es tan inútil como negociar con nosotros mismos y sentir que ganamos. Diría que es una pérdida de tiempo que termina con un hartazgo, que puede llevarnos a un estado de ánimo que algunos llaman depresión.

Algo parecido pasaba con el revisionismo histórico, cuando la gente adoctrinadora reescribía la historia, buscando que los próceres del pasado adoptasen ideologías del presente. Siempre consideré a eso una pérdida de tiempo, un acto que nada útil construía y, encima, cuando cambiaban los aires, otros la reescribían de nuevo, logrando en nuestra historia una oscura confusión de total descreimiento. Como creo ya haber dicho, nuestro mejor momento como sociedad llegó cuando dejamos de mirar al pasado y abrazamos apasionadamente el porvenir. De cara al futuro, todos enfrentamos la misma incertidumbre y nos necesitamos, y cada paso que dimos fue de utilidad para el grupo entero. Nuestro mejor momento fue posible, además,



cuando pasamos a concentrarnos en los Diez Consensos y dejamos atrás las divisiones. De hecho, me llena de alegría recordar que, cuando como sociedad logramos ver con claridad el nuevo camino, muchos que estaban del otro lado de la grieta, o sea, nuestros supuestos enemigos, lo abrazaron con más fuerza que nosotros, generando una energía social imparable. Por eso, no tiene sentido invertir nuestro tiempo en marcar errores de otros, cuando esos errores pueden ser parte de un camino con un final mucho más fructífero que el nuestro.

Recuerdo cómo me miró mi abuelo cuando me respondió la pregunta, como reprochando mi actitud de revancha que buscaba indagar en el pasado. Argentino tenía una gran ventaja en su forma de ser, sabía perdonar y perdonarse, y consideraba cada experiencia de la vida como un milagro que aceptaba con alegría, cuyas lecciones incorporaba como parte de un necesario camino de crecimiento personal.

Epílogo

Una vez que terminé con la charla de mi abuelo, repasé varias veces todos los capítulos... sí, estaba más que satisfecha con mi trabajo.

Cada historia me llevó a recordar mis propias vivencias en casa y en el centro de abuelos, por supuesto. Hoy, nueve años después de las Charlas del Cincuentenario y casi treinta desde el inicio del proceso de grandes cambios, he podido confirmar que la generación que tomó la manija en el renacimiento y entregó su vida por todos logró unirnos y revertir un proceso de décadas de sufrimiento. Lograron lo que los pesimistas pensaban que era imposible, transformarnos en un país normal. Sin dudas, que el clima de desesperación que siguió a la Implosión del 25 fue muy propicio para generar los cambios que hasta ese momento parecían imposibles. Pero eso no les quita mérito, ellos, con su dignidad, transformaron una gran crisis en el renacer de una sociedad.

Cientos de miles de argentinos, como mi abuelo, y cientos de grupos de amigos, como el del Centro BV, fueron los que creyeron en ellos mismos, creyeron en la sociedad y marcaron el rumbo del cambio social.

Se logró lo imposible, gracias a que un día nos hartamos de sentirnos parte de una sociedad fracasada y de echarle a otros la culpa de nuestras propias miserias. Decidimos creer en nosotros mismos y hacernos cargo de nuestro destino, transformándonos en los protagonistas de un futuro mejor.



Agradecimientos

A Laura Perkins y nuestros hijos, Santos, Pedro, Justo y Violeta, porque jugaron en toda la cancha.

A Paula Viale, Carlos O´Brien, Belén Toscano, Justo Ayerra, Cecilia Adrogué, Frankie Pasman, Fernando Fabri y Gabriel Russo, por su contribución al trabajo de edición, diseño, e impresión.

A Cecilia Scallan, Angélica Demarco, Ignacio Colombo, Martín Ackermann, José María Astarloa, Álvaro Rolón, Santiago García Belmonte, Santiago Bausili, Jaime Feeney, Gustavo Ressia, Gabriel Langenheim, Guillermo Thomas, Carlos Pilatos, Toia Pereyra Iraola, Juan Casiraghi, Agustín Lamarca, Javier González Fraga, Lorenzo Preve, Frankie Albertón, Paulo Belluschi, Valentín Galardi, Nicolás Manes, Stephanie Dougall, Oscar y Felipe Collazo, por su acompañamiento, críticas y aportes.

En particular, a quienes me hicieron ver, del contenido de la primera edición, que había partes que en lugar de ayudar a provocar consensos, dividían. Ellos, con sus comentarios, me inspiraron a lanzar esta nueva edición, revisada y gratuita.

A Alan Gegenschatz, Marcos Hilding Olson, y mis compañeros en el grupo público-privado de Outobox, cuyo anhelo es superar la grieta, por la contención y el aporte de miradas diversas y sinceras.

A todos, gracias.





Este libro se terminó de editar en marzo de 2022

elfuturodeargentino@gmail.com

Marcos Ayerra

Editorial Bourel

Revisión: Paula Viale

Ilustraciones: Justo Ayerra

Diseño Gráfico: Belén Toscano



Marcos Ayerra. Soy ciudadano argentino y padre de familia.

Creo profundamente en la naturaleza espiritual del ser humano.

Me gusta mucho la vida familiar, la lectura, y la contemplación de la naturaleza. Soy un agradecido del rugby, y disfruto la pesca y hacer deportes con amigos.

Mi experiencia profesional ha sido variada. Trabajé en empresas y bancos, en la actividad privada y pública, en Argentina y en el exterior. Entre 2015 y 2020 fui Presidente de la Comisión Nacional de Valores, trabajo que fortaleció mi vocación ciudadana.

Escribí este libro para contagiar mi esperanza por nuestro futuro, y sueño con inspirar a los lectores a ser protagonistas, con alegría, de nuestra transformación personal y social.



Imaginé el futuro, y sentí la necesidad de compartirlo.

El Futuro de Argentino es una novela de ideas, situada en el año 2060, en la que describo desde lo que ya pasó, nuestro camino de renacimiento social.

Al principio vivimos la implosión y la oscuridad, esos momentos difíciles que nos llevan al límite, y nos permiten despertar.

Una vez despiertos, ¿Cómo podemos renacer como sociedad? ¿Por dónde empezamos?

La desesperación nos llevará a unirnos, favoreciendo el desarrollo de formas sociales superadoras.

Surgirán la nueva educación, la nueva economía, la nueva espiritualidad, y muchas otras tendencias producto de una mayor conciencia, de la necesidad de sacar fuerzas de nuestro interior, de cooperar y mirar al futuro.

¿Quién es Argentino? Sos vos, el que lee, el que, sin importar edad, creencia o afinidad política, quiero inspirar para participar en la construcción de lo nuevo.

Esta segunda edición, revisada, recoge lo aprendido de las críticas de lectores que piensan distinto. Agradezco por su contribución a que este libro tenga más chances de generar unión y esperanza.

Espero que leerlo te inspire tanto como a mi escribirlo.

